

Thomas Frank

¿QUÉ PASA CON KANSAS?

**CÓMO LOS ULTRACONSERVADORES
CONQUISTARON EL CORAZÓN
DE ESTADOS UNIDOS**

Seguido de
“Over the Rainbow”, de Slavoj Žižek



ACUARELA & A. MACHADO

THOMAS FRANK

¿QUÉ PASA CON KANSAS?

CÓMO LOS ULTRACONSERVADORES CONQUISTARON EL CORAZÓN DE ESTADOS UNIDOS

Seguido de
“Over the Rainbow”, de Slavoj Žižek

Traducción de
Mireya Hernández Pozuelo



ACUARELA LIBROS



A. MACHADO LIBROS



Licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, siempre que se reconozcan los créditos de la misma de la manera especificada por el autor o licenciador. No se puede utilizar esta obra con fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de ésta. En cualquier uso o distribución de la obra se deberán establecer claramente los términos de esta licencia. Se podrá prescindir de cualquiera de estas condiciones siempre que se obtenga el permiso expreso del titular de los derechos de autor.

© de la presente edición: Ediciones Acuarela y Machado Grupo de Distribución, S.L.

Título original:

What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America (2004)

Traducción:

Mireya Hernández Pozuelo

Corrección del texto:

Tomás González Cobos

Traducción de artículo de Žižek: Manuel Aguilar Hendrickson

Traducción de artículos de Frank sobre elecciones de 2008: Tomás González Cobos

Propuesta Gráfica:

Acacio Puig

Maquetación:

Antonio Borrallo

Edición:

Ediciones Acuarela

Apartado de correos 18.136, 28080 Madrid

info@acuarelalibros.com

www.acuarelalibros.com

Machado Grupo de Distribución, S.L.

C/ Labradores, 5 - P. I. Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com

www.machadolibros.com

ISBN: 978-84-9114-094-8

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL: Historia de un Doppelgänger

¿QUÉ PASA CON KANSAS?

Introducción

PRIMERA PARTE: Misterios de las grandes llanuras

Capítulo 1: Las dos naciones

Capítulo 2: En lo más profundo de la mentalidad republicana

Capítulo 3: Dios y la avaricia

Capítulo 4: Vernons de ayer y hoy

Capítulo 5: Ultraconservadores y moderados

SEGUNDA PARTE: La furia que va más allá de lo comprensible

Capítulo 6: Perseguidos, impotentes y ciegos

Capítulo 7: Rusia, Irán, Disco, Mierda

Capítulo 8: Cautivos felices

Capítulo 9: Kansas sangra por vuestros pecados

Capítulo 10: Heredarás el torbellino

Capítulo 11: Antipapas entre nosotros

Capítulo 12: El circo de la indignación

Epílogo 1: En el jardín del mundo

Epílogo 2: El Apocalipsis de la guerra de valores (enero 2005)

NOTAS SOBRE LA CAMPAÑA A LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE ESTADOS UNIDOS DE NOVIEMBRE DE 2008

Los conservadores y su carnaval de fraude (25 de junio de 2008)

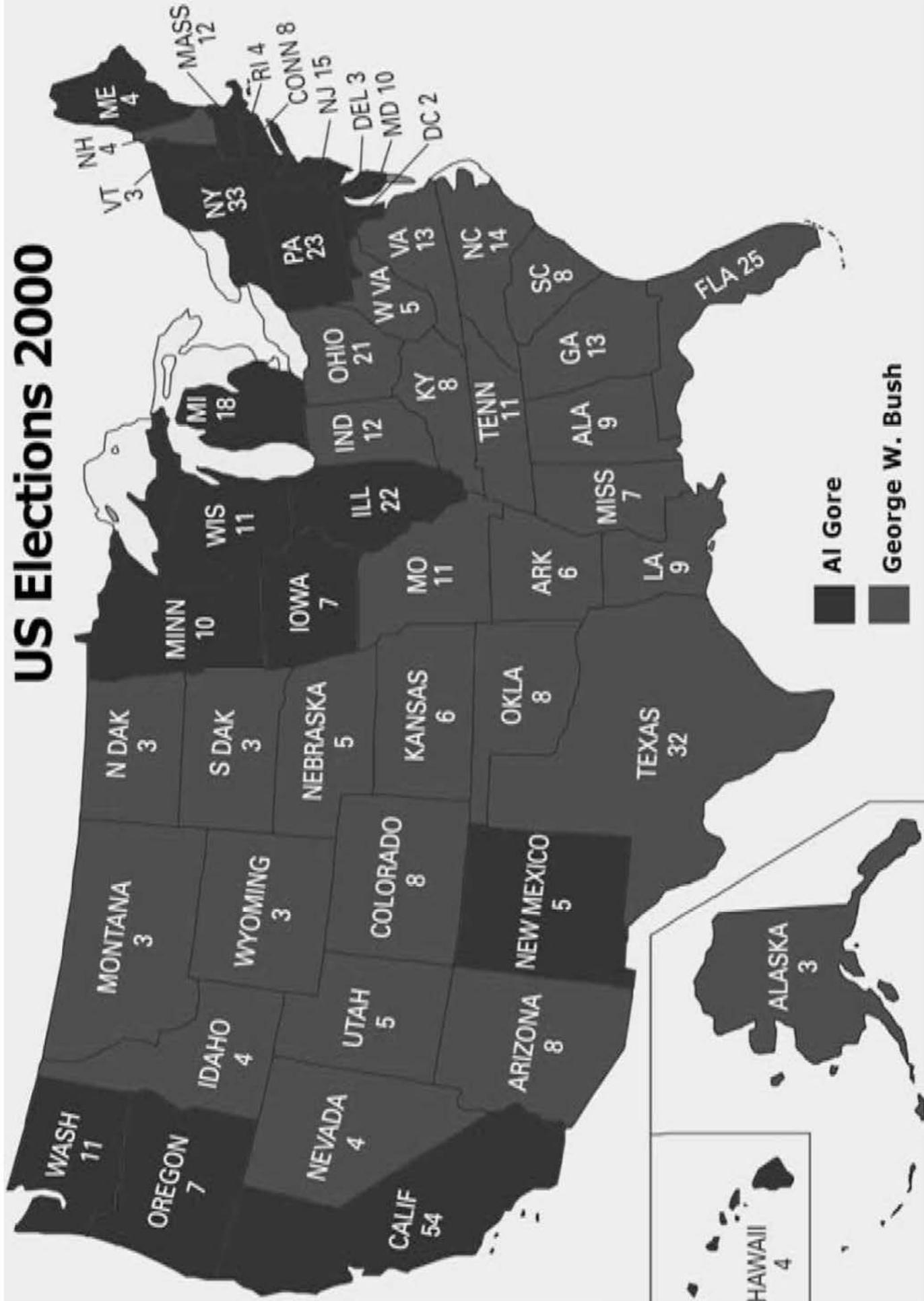
La excursión europea de Obama (30 de julio de 2008)

La audacia del rechazo (13 de agosto de 2008)

Obama debería buscar el espíritu de Kansas en su interior (27 de agosto de 2008)

OVER THE RAINBOW, de Slavoj Žižek

US Elections 2000



Resultados de las elecciones presidenciales de 2000 en Estados Unidos.

NOTA EDITORIAL

HISTORIA DE UN DOPPELGÄNGER

“Subvierte el paradigma dominante... ¡Darwin!”

La lucha de clases no sólo definió la conflictividad social durante gran parte de los dos últimos siglos. De alguna manera también contribuyó a “estructurar” la sociedad y hacerla legible, distribuyendo los campos del antagonismo y sus coordenadas, la posición de los adversarios y sus identidades, los términos infalibles en los que podía leerse la realidad (alienación, conciencia, explotación, contradicción, etc.). Ironías de la historia que el pensamiento dialéctico trataba de desentrañar, *reforzándolas a su modo*.

Hace ya algún tiempo que todo eso llegó a término. Pero el fin de la lucha de clases no significa que se acabara la desigualdad, la explotación o la división social, como quisiera hacernos creer la cultura consensual (la democracia-mercado como fin de la historia). Significa más bien la derrota irreversible uno de los contendientes en liza, la clase obrera, que durante un segundo tocó el cielo mediante sus luchas: la destrucción de las mismas estructuras sociales que definían al proletariado como proletariado.

Entonces supimos que el Apocalipsis no era la lucha de clases, sino más bien su desaparición. Junto con la misma realidad, saltaron por los aires todas las brújulas, los aparatos de medición, los mapas y las escalas. El mundo se volvió salvaje, disperso, confuso, indescifrable, deformé. Aparecieron entonces auténticos monstruos, imposibilidades lógicas pero bien reales que desafian toda razón, toda coherencia, toda previsión. Uno de esos monstruos imposibles es el objeto de este libro.

Thomas Frank lo llama “Contragolpe”. Es un cambio sísmico, un movimiento telúrico, la reacción violenta de placas tectónicas, un contraimpulso: la “revolución conservadora” que empezó hace más de tres décadas en EEUU, no precisamente un lugar sin consecuencias en el mundo globalizado. Su resultado más visible es la transformación del Partido Republicano en “heraldo de los más pobres”. No se trata sólo de que el Partido Republicano se proclame desde hace algún tiempo “defensor de la gente corriente” y “del hombre común”, sino de que efectivamente una parte muy significativa de las clases populares lo apoye entusiasta y activamente, *cavando así más y más hondo su propia tumba*.

La máquina de guerra republicana es una *paradoja andante*: promueve el neoliberalismo salvaje y apela a valores sustantivos (“El buen republicano es leal, honesto y muy cristiano”) ¡que el mismo neoliberalismo socava! Privatiza todos los recursos comunes y manipula más tarde el miedo al desarraigo y la desposesión. Fomenta la precarización generalizada de la vida y lamenta luego la pérdida de referentes. Critica la “decadente” industria cultural y hace un uso hiper-sofisticado de las nuevas tecnologías. Da la vuelta a la lucha de clases: todos los conflictos que antes se inscribían en el contexto de estructuras políticas, sociales y económicas ahora se codifican como “conflictos culturales” (*cultural wars*) que oponen “buenos americanos” y “arrogante élite progresista”. La propaganda republicana traduce la percepción de fragilidad e incertidumbre propia de la globalización en pánico social y paranoia securitaria, ofreciendo al desamparo explicaciones de su malestar, vías para darle salida, causas donde trascenderlo y enemigos contra los que dirigirlo. “Tenemos un programa: el Reino de Dios”: ¿quién da más?

¿Cómo es esto posible, qué ha pasado? Frank rechaza las respuestas fáciles sobre la “alienación de las masas” o el *american way of life*. Despachar a los monstruos con epítetos y etiquetas fáciles supondría creer que los viejos aparatos de medición aún funcionan, que los fantasmas terminarán por esfumarse si no les prestamos demasiada atención, que lo que no puede ser no puede ser y además es imposible. Pero la mera indignación moral y la condena política son tan bienintencionadas como inútiles. Por el contrario, Frank se arriesga a sondear palmo a palmo toda la extensión del monstruo, pero haciendo zoom a partir de un punto concreto, material, afectivo: su misma tierra natal, Kansas. Allí, según el propio Frank, “el cambio es decisivo, extremo”: justo el mejor lugar para una observación radical, intrépida y encarnada. Todo lo contrario de la típica “voz en off” crítica que no sabemos de dónde sale. Este libro es un viaje personal y subjetivo al mismo centro del huracán que ha sacado de sus goznes al estado donde nació y creció el autor, la tierra que critica apasionadamente porque ama apasionadamente.

De hecho, uno se pregunta en ciertos pasajes del libro si de alguna manera Thomas Frank *no ama al monstruo*. Tal y como se quiere a un hijo descarriado. Eso explicaría un punto de ternura en cierto humor, su consideración ante la devoción de los activistas ultraconservadores, su percepción vívida e inmediata de la potencia de movilización del Contragolpe, sus momentos de admiración hacia la capacidad ultraconservadora de desafiar los consensos establecidos, lo políticamente correcto. Y es que no se trata de un monstruo cualquiera, sino más específicamente de un *Doppelgänger*, la figura del “hermano gemelo malvado” tan presente en la mitología, el cine o la literatura. Pero, ¿un doble de quién? Por supuesto, de la antigua “izquierda emancipadora”. Como ella, apela a los pobres, moviliza su “odio de clase”, reivindica contra la “tiranía de los expertos” el imaginario (tan americano) que habla de comunidad, destrezas manuales y “power to the people”, rechaza el lenguaje terapéutico de la realización personal y construye mitos que galvanizan voluntades e incitan a la lucha colectiva... ¡pero todo ello sólo para reivindicar finalmente que bajen los impuestos a los más ricos!

El *Doppelgänger* en España

¿Resonancias o traducciones literales? Es la pregunta que martillea en la cabeza de uno durante la lectura del libro de Frank. ¿Cómo es posible que un relato sobre la revuelta ultraconservadora en Kansas nos suene tantísimo a lo que hemos vivido en España los últimos años, es decir, a la aparición de una nueva derecha con una gran sintonía con los malestares sociales y una mayor capacidad de producir realidad? Es otra de las motivaciones que nos ha animado a publicar este libro.

La respuesta fácil también se ha negado aquí a medir la verdadera profundidad del fenómeno: la etiqueta de “neo-fascismo” servía para pre-comprender la situación y librarse así de tener que acercarse a ver o pensar por uno mismo. Recordemos la actitud del Grupo Prisa frente a las “tesis conspiranoicas” sobre el 11-M: ni siquiera las mencionó durante más de dos años, como si la “sinrazón” fuese a disiparse por sí sola como un mal sueño. Pero la bola de nieve fue ya insoslayable cuando el portavoz del gobierno tuvo que responder en el Congreso de los Diputados a preguntas del PP sobre la factura del atentado. ¡Responder a unas preguntas que llevaban un subtexto conocido por todos: el 11 de marzo fue un golpe de Estado para derribar al PP cuyo precio político se concretaría más tarde en la negociación entre el PSOE y ETA! La nueva derecha llega lejos, pero el verdadero problema es que *el mundo la sigue*.

El mismo PP hacía esas preguntas empujado por una base social movimientista creada en sus márgenes a la que esperaba instrumentalizar y desactivar en su momento. La sorpresa de Rajoy cuando ha decidido virar el barco tras las elecciones de 2008 ha sido mayúscula. No se esperaba que hubiera tanta gente dispuesta a hacer pagar a “Maricomplejines” su cálculo electoralista de rebajar el perfil de la “guerra ideológica”: compárese lo ocurrido con el capítulo “ultraconservadores contra moderados” del libro de Frank.

El *Doppelgänger* ha *doblado* la “cultura de movimiento” típica de la izquierda emancipadora de otros tiempos. Algo impensable para los viejos popes de la cultura consensual, demasiado acostumbrados a manipular y, por ende, a ver manipulaciones por todos lados. Por ejemplo, ver al partido político tirando de los hilos de los medios de comunicación y las organizaciones. Pero la relación entre conglomerados mediáticos (Cope, El Mundo, Libertad Digital), estructuras organizativas (Iglesia, AVT, Peones Negros), *think tanks* (FAES), base social y partido es de nuevo tipo. Está por investigar y describir. Tal y como explica Frank: “en la izquierda es común definir el Contragolpe como un asunto estrictamente vertical donde los predicadores republicanos congregan en una última campaña desesperada a un segmento de la población en retroceso demográfico. Pero lo que han llevado a cabo los republicanos de Wichita debería desterrar ese mito para siempre. Proclamaron su credo combatiente a cada habitante de la ciudad, agudizando las diferencias, monopolizando al electorado, implicando a todo el mundo. Gietzen y compañía no sólo querían los votos de Wichita sino su participación. Iban a cambiar el mundo”.

Podríamos mencionar las masivas movilizaciones contra el matrimonio gay o la negociación con ETA. La batalla contra el aborto en Madrid o la desobediencia a la asignatura de Educación para la Ciudadanía. Pero tal vez la historia de los “Peones Negros” sea el relato sobre *Doppelgängers* más significativo en España. El colectivo de los Peones Negros surgió en torno al blog *Enigmas del 11-M* que gestiona Luis del Pino, uno de los periodistas que investigan los posibles “agujeros negros” en la investigación sobre los atentados de Madrid. En su afán por denunciar que el 11-M fue un golpe de Estado fruto de una conspiración, los Peones Negros llegaron a autoorganizarse en el terreno de lo virtual para leer el voluminoso sumario en busca de esos “agujeros”. Y además se autoconvocaron

también físicamente los días 11 de cada mes para celebrar en distintas ciudades españolas concentraciones en las que piden que se sepa “toda la verdad” sobre los atentados. Para ello se apropiaron uno por uno de los símbolos y las consignas más importantes de las movilizaciones tras el 11-M: “todos íbamos en ese tren”, “queremos la verdad”, las velas, el antiguo santuario de Atocha, donde se celebran las concentraciones, etc.

La nueva derecha es *también* una reacción horizontal y desde abajo que, en lugar de abrir preguntas críticas sobre la sociedad en que vivimos, captura la rabia en el tablero de ajedrez de la política-espectáculo.

En Estados Unidos, el tablero de ajedrez son “Las dos Américas”: los estados que votan a los demócratas y los estados que votan a los republicanos. Da igual por ejemplo que los índices más altos de divorcios se encuentren en los estados que votan masivamente a los republicanos, es decir, los estados “morales” de la “América buena”. Aquí, la propaganda de la nueva derecha manipula con mucha eficacia el imaginario victimista de “Las dos Españas”. “España se rompe” y, con ella, la igualdad constitucional de los españoles (“¡Viva 1812!” grita Esperanza Aguirre). La responsabilidad apunta exclusivamente a la presión centrífuga de los nacionalistas periféricos (con la “complicidad” de la izquierda). No encontraremos ni por asomo el menor análisis sobre cómo el contexto de globalización capitalista hace trizas los atributos clásicos de la soberanía del Estado-nación: fronteras, moneda, ejército, cultura...

La revuelta de la derecha populista ocupa el vacío de lo político y el vacío de las calles. Tanto en Estados Unidos como en España. Hace tiempo que la izquierda oficial decidió que habían llegado los tiempos “postpolíticos” de la mera administración de los efectos de la economía global. Se volvió retórica, cínica, autista, hipócrita, elitista, pija o simplemente gestora. No es casual que la nueva derecha critique que el PSOE “vive fuera de la realidad”, sin contacto con “los verdaderos problemas de la gente”, “los españoles corrientes que trabajan”. De hecho, la única baza posible de la izquierda oficial a estas alturas es jugar en el mismo tablero de política-espectáculo que la derecha: entre los últimos gestos simbólicos del gobierno ZP, la corbata de Miguel Sebastián, la regañina a Rouco Varela, los “palabros” de Bibiana Aído, la sonrisa de Leire Pajín, Chacón embarazadísima como ministra de Defensa, el puño en alto y la Internacional en el Congreso... Así no es de extrañar que las frustraciones cotidianas sintonicen mejor con la onda agresiva de la nueva derecha que con el “talante” soporífero de la izquierda retórica. ¡Si la política es espectáculo que al menos tenga algo de acción! Eso lo sabe muy bien el equivalente español del agitador de las ondas Rush Limbaugh.

La nueva derecha instrumentaliza malestares *reales* que no se politizan autónomamente, que no encuentran espacios colectivos para hacerlo, que no elaboran una voz propia. Explota la victimización y a su vez revictimiza. *Anger is an energy*.

Diagnóstico sin remedio

La fuerza del Contragolpe está lejos de haberse agotado. Su existencia no depende de quién venza en las próximas elecciones presidenciales en EEUU, aunque las atraviese y las sobre determine (¿concentrándose tal vez en la figura de la vicepresidenta Palin?). Surge de “factores sociales volcánicos” (fin de la forma clásica de lucha de clases, desbocamiento del capital) que van más allá de cualquier coyuntura electoral. Frank demuestra muy claramente que el Contragolpe *no puede ganar*, que su batalla es imposible (¿prohibir Hollywood?). Por eso mismo tampoco tiene fin. No sólo quiere alterar las leyes y la política macro, sino también afectar a los modos de vida.

¿Cómo luchar contra él? “Politicar la economía” sería la respuesta general de Frank, pero cuando habla del Partido Demócrata confiesa que las herramientas clásicas de esa politización están agotadas, que son ya parte del problema. En todo caso, el hartazgo actual ante los ultraconservadores hará un uso *táctico* de Obama, no esperanzado ni crédulo. Otro parecido más con España. ¿Entonces? Este libro no se propone tanto prescribir un remedio concreto, como observar lo más profunda e íntimamente posible el mal. A partir de los detalles más (supuestamente) nimios de la vida cotidiana en Kansas. Sus análisis sobre el Contragolpe pueden declinarse luego en múltiples direcciones, de ello es un ejemplo el ensayo de Žižek que cierra este libro. ¿Acaso es precisamente al trasluz de la reflexión vivida del Contragolpe –sus teóricos, sus activistas de base, sus dirigentes, su geografía desolada, su imaginario de batalla– como pueden hallarse indicios para devolver la vida a los proyectos de emancipación social?

A. F-S.
Acuarela Libros
Septiembre 2008

¿QUÉ PASA CON KANSAS?

**CÓMO LOS ULTRACONSERVADORES CONQUISTARON EL CORAZÓN
DE ESTADOS UNIDOS**

AGRADECIMIENTOS

No podría haber escrito este libro sin la amabilidad y la comprensión de mi mujer Wendy Edelberg y de nuestra hija Madeleine. Les estoy sumamente agradecido.

También le doy las gracias a Andrew Patzman, originario de Kansas como yo, que fue el primero en sugerirme que estudiara el tema del conservadurismo populista, y a mi padre, Lloyd Frank, que me acompañó en tantas de las expediciones del libro y estuvo a mi lado pacientemente mientras yo exploraba misteriosos almacenes de grano y me atiborraba de comida en los emporios de barbacoas de Kansas City y en los palacios de bistecs de Topeka y Wichita. Mis hermanos David y Nathan leyeron con gentileza el manuscrito y me ayudaron a capturar el ambiente de nuestra particular década de los setenta.

Sara Bershtel, mi correctora en Metropolitan Books, hizo cosas asombrosas con el manuscrito, asistida por su colega Riva Hocherman, mientras que Shara Kay se encargó de mantener todo en orden. Mi agente Joe Spieler me alentó y ayudó durante todo el proceso. Como de costumbre, Team Baffler me brindó una ayuda inestimable, con George Hodak y David Mulcahey haciendo un magnífico trabajo de edición. Jim Lawing hizo una fantástica corrección final. Y Chris Lehmann y Ana Marie Cox proporcionaron un asesoramiento editorial crucial.

Mis asistentes de investigación fueron de una importancia decisiva. Jenny Ludwig estuvo leyendo ediciones de varios años del *Wichita Eagles*, mientras que Andy Nelson se pasó horas en los juzgados del condado de Johnson en Olathe desentrañando hechos oscuros. Mike O'Flaherty prestó su ayuda con el amplio marco teórico del proyecto, ofreciendo fascinantes resúmenes sobre los textos sociológicos básicos del Contragolpe.

Gene Coyle, Dough Henwood, Jim McNeill, Nomi Prins y Daryll Ray me ayudaron a entender los detalles del campo de la industria que se han abordado en el libro. Liz Craig, Caroline McKnight y Dwight Sutherland hijo me guiaron a través del complejo entramado de la política de Kansas, y mis viejos amigos Bridget Cain y Tad Kepley me recordaron cómo era Kansas en el pasado. Naturalmente, cualquier error que pueda haber es mío y sólo mío.

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ PASA CON KANSAS?

El condado más pobre de Estados Unidos no está en los Montes Apalaches ni en los estados del sureste, sino en las Grandes Llanuras, una región de rancheros humildes y agonizantes pueblos agrícolas donde en las elecciones del año 2000 para elegir el candidato Republicano a la presidencia, George W. Bush ganó por una mayoría superior al ochenta por ciento¹.

Cuando me enteré en un principio me desconcertó, como a mucha de la gente que conozco. Para nosotros, el partido Demócrata es el de los trabajadores, los pobres, los débiles y los victimizados. Desde nuestro punto de vista es un planteamiento básico; forma parte del abecé de la edad adulta. Cuando le hablé a una amiga sobre aquel condado empobrecido de las Altas Llanuras tan entusiasmado con el presidente Bush se quedó perpleja. “¿Cómo puede alguien que siempre ha trabajado para otros votar a los republicanos?”, preguntó. ¿Cómo podía estar equivocada tanta gente?

Dio en el clavo con su pregunta; una pregunta que es, en muchos sentidos, el mayor problema de nuestra época. La vida política estadounidense consiste en gente que confunde sus intereses principales. Esta especie de trastorno es el fundamento de nuestro orden cívico, la base sobre la que descansa todo lo demás: ha situado a los republicanos al mando de las tres ramas del gobierno; ha elegido presidentes, senadores y gobernadores; ha desplazado a los demócratas hacia la derecha y luego pone en marcha un proceso de destitución contra Bill Clinton sólo para divertirse.

La gente que gana más de 300.000 dólares al año le debe mucho a este trastorno y debería brindar alguna vez por los republicanos indigentes de las Altas Llanuras mientras contempla su suerte: gracias a sus votos desinteresados ya no les agobian los impuestos estatales, los molestos sindicatos o los entrometidos reguladores de banca. Gracias a la lealtad de estos hijos e hijas del trabajo duro, se han librado de lo que sus prósperos antepasados solían llamar niveles “confiscatorios” de impuestos sobre la renta. Gracias a ellos este año pudieron comprar dos Rolex en lugar de uno y conseguir un transportador personal Segway con el reborde dorado.

Hay millones de estadounidenses de renta media a los que esto no les parece nada absurdo. Para ellos esta visión del conservadurismo en tiempos difíciles tiene mucho sentido y es el fenómeno opuesto —la gente de clase trabajadora que insiste en votar a los progresistas—* lo que les provoca un asombro indescifrable. Puede que piensen lo que ponía en la pegatina del parachoques que vi en una exposición de armas de Kansas City: “¡Un trabajador que *defiende* a los demócratas es como un pollo que *defiende* al Coronel Sanders!”*.

También están los que defendían a Estados Unidos allá por 1968, hartos de oír a aquellos niños ricos cubiertos de collares hablando pestes del país cada noche en televisión. Puede que ellos supieran exactamente lo que quería decir Nixon cuando hablaba de la “mayoría silenciosa”, gente cuyo trabajo duro era recompensado con insultos constantes en las noticias, en las películas de Hollywood y en boca de los profesores universitarios sabelotodo que no se interesaban por nada de lo que uno tuviera que decir. O tal vez fueran los jueces progresistas los que les irritaran cuando reescribían despreocupadamente las leyes de su estado según alguna idea absurda que aprendieron en un cóctel; o cuando ordenaban a sus ciudades que afrontaran un proyecto de mil millones de dólares para suprimir la segregación racial que habían ideado por su cuenta; o cuando soltaban a los criminales para que vivieran a costa de los diligentes trabajadores. O quizás fue la campaña para controlar el número de armas de fuego en circulación, que sin duda se proponía desarmar a la

población y despojarla del derecho de defenderse.

Puede que Ronald Reagan empujara a muchos hacia una espiral conservadora, con su modo de hablar sobre esa Norteamérica alegre de Glenn Miller justo antes de que el mundo se fuera a la mierda. O quizá Rush Limbaugh, el locutor de derechas de la radio, les convenciera con sus constantes diatribas contra los arrogantes y presumidos. O puede que fueran presionados. A lo mejor Bill Clinton convirtió a algunos al republicanismo con su “compasión” claramente falsa y su desprecio evidente por los estadounidenses corrientes que no han estudiado en la Liga Ivy –el grupo de las ocho universidades privadas más prestigiosas de Estados Unidos–, a los que tuvo el valor de mandar a combatir aun cuando él mismo escurrió el bulto cuando le llegó el turno.

Casi todo el mundo tiene una historia de conversión que contar: cómo su padre había sido sindicalista en una acerería de Estados Unidos y demócrata incondicional, pero todos sus hermanos y hermanas empezaron a votar a los republicanos; o cómo su primo dejó el metodismo y comenzó a ir a la iglesia de Pentecostés a las afueras del pueblo; o cómo ellos mismos se hartaron de que les criticaran tanto por comer carne o por llevar ropa con la mascota india de la Universidad de Arkansas hasta que un día las noticias de Fox les empezaron a parecer “imparciales y equilibradas”*.

La familia de un amigo mío, por ejemplo, era de una de esas ciudades del Medio Oeste a las que los sociólogos solían acudir por ser supuestamente muy “típica”. Era un núcleo industrial de tamaño medio donde se fabricaban herramientas mecánicas, repuestos de coche, etc. Cuando Reagan tomó posesión del cargo en 1981, más de la mitad de la población obrera de la ciudad trabajaba en fábricas, y la mayoría de ellos estaban afiliados al sindicato. La idiosincrasia de la zona era proletaria y la ciudad próspera, ordenada y progresista, en el viejo sentido de la palabra.

El padre de mi amigo era profesor en colegios públicos locales, fiel miembro del sindicato de profesores y de tendencias más progresistas que la mayoría: no sólo había sido partidario acérrimo de George McGovern, sino que en las primarias demócratas de 1980 había votado a Barbara Jordan, la diputada negra de Texas. Mi amigo, mientras tanto, era en aquellos días un republicano de instituto, un joven de la era Reagan al que le gustaban las corbatas de Adam Smith y que se deleitaba con los artículos de William F. Buckley. El padre escuchaba al hijo despoticar en defensa de Milton Friedman y la santidad del capitalismo de libre mercado y ponía gesto de desaprobación. *Algún día, muchacho, te darás cuenta de lo imbécil que eres.*

Fue el padre, sin embargo, el que con el tiempo se convirtió. Últimamente vota a los republicanos más derechistas que encuentra en las papeletas. El tema concreto que le convenció fue el aborto. Católico devoto, al padre de mi amigo le hicieron ver a principios de los noventa que la santidad del feto era más importante que el resto de sus preocupaciones y a partir de ahí fue aceptando paulatinamente el panteón entero de personajes diabólicos conservadores: los medios de comunicación de la élite y la Unión Americana por las Libertades Civiles, que desprecian nuestros valores; las feministas pijas; la idea de que los cristianos están vilmente perseguidos (nada menos que en los Estados Unidos de América). Ni siquiera le molesta que su nuevo héroe, Bill O'Reilly, critique al sindicato de profesores afirmando que es un colectivo que “no ama a Estados Unidos”.

Su corrientísima ciudad del Medio Oeste, entretanto, ha seguido la misma trayectoria. Justo cuando la política económica republicana arrasaba las industrias, sindicatos y barrios, los ciudadanos respondían arremetiendo contra los enemigos de la guerra de valores, aliándose finalmente con un congresista republicano de extrema derecha, un cristiano renacido que hacía campaña en una plataforma antiabortista. Hoy la ciudad parece una Detroit en miniatura. Y con cada mala noticia económica parece llenarse de amargura, volverse más cínica y más conservadora si cabe.

Este trastorno o desfase es el rasgo distintivo del Gran Contragolpe, un modelo de conservadurismo que llegó a la escena nacional gruñendo en respuesta a las fiestas y protestas de finales de los sesenta. Mientras las primeras formas de conservadurismo ponían énfasis en la moderación fiscal, el Contragolpe moviliza a los votantes con asuntos sociales explosivos –buscando el escándalo público por encima de todo, desde el *busing* (traslado de estudiantes de clases bajas, generalmente negros, a zonas más acomodadas para que se integren) hasta el arte anticristiano–, los cuales después vincula con políticas económicas favorables al libre mercado. Se explota la furia cultural con fines económicos. Y son estos logros económicos, no las escaramuzas poco memorables de la interminable guerra ideológica, los monumentos más importantes del movimiento. A los expertos de todo el mundo les gusta considerar la grandeza divina de Internet e imaginar que es la fuerza que ha hecho realidad los milagros políticos de los últimos años, privatizando, liberalizando y desindicalizando de un lado a otro del planeta según dicta su sabiduría. Pero en realidad es el Contragolpe que ha tenido lugar en Estados Unidos lo que ha hecho posible el consenso internacional del libre mercado, conduciendo a la solitaria superpotencia implacablemente hacia la derecha y permitiendo a sus sucesivos gobiernos librecambistas impulsar su visión del neoliberalismo económico sin temor a contradecirse. Resulta cada vez más evidente que para entender nuestro mundo debemos entender a Estados Unidos y para comprender a Estados Unidos tenemos que comprender el Contragolpe. Un artista decide escandalizar al estadounidense medio sumergiendo a Jesús en orina* y el Contragolpe decide que el planeta entero ha de reformarse según los criterios del Partido Republicano.

El Gran Contragolpe ha hecho posible el resurgimiento liberal, pero esto no significa que su estilo sea el de los capitalistas de antaño, que invocaban el derecho divino del dinero o exigían que los humildes supieran cuál era su lugar en la gran cadena de la existencia. Todo lo contrario, el Contragolpe se ve a sí mismo como enemigo de la élite, como la voz de los injustamente perseguidos, como una protesta justificada de las víctimas de la historia. Les importa un bledo que sus defensores controlen hoy las tres ramas del gobierno. Ni les da qué pensar que sus beneficiarios más importantes sean la gente más rica del planeta.

De hecho, los líderes del Contragolpe quitan importancia de manera sistemática a la política económica. La premisa básica del movimiento es que la cultura pesa más que la economía como asunto de interés público, que *los Valores Importan Más*, como reza un titular del Contragolpe. Por este motivo, reúne a los ciudadanos que una vez fueron partidarios fieles del New Deal y los asocia al estándar conservador². Los valores anticuados pueden tener importancia cuando los conservadores hacen campaña electoral, pero una vez que están en el poder la única situación anticuada que les preocupa reavivar es un régimen económico de bajos salarios y regulación de manga ancha. En las últimas tres décadas han desmantelado el estado de bienestar, han reducido la carga fiscal a las corporaciones y los ricos y han facilitado en líneas generales que el país vuelva al modelo de distribución de riqueza del siglo diecinueve. Por tanto, la principal contradicción del Contragolpe es que es un movimiento de la clase obrera que ha hecho un daño histórico e incalculable a la propia gente de la clase trabajadora.

Puede que los líderes del Contragolpe hablen de Dios, pero comulgan con la empresa. A los votantes les importarán más los “valores”, pero siempre desempeñan un papel secundario frente al imperio del dinero una vez que se han ganado las elecciones. Este es un rasgo básico del fenómeno, de una constancia absoluta a lo largo de las décadas de su historia. El aborto no cesa. La discriminación positiva no se suprime. Nunca se fuerza a la industria cultural a enmendarse. Incluso el mayor guerrero cultural de todos ellos les dio la espalda cuando le llegó la hora de cumplir lo

prometido. “Reagan se consagró como el defensor de los ‘valores tradicionales’, pero no hay indicios de que considerara la restauración de dichos valores como algo prioritario”, escribió Christopher Lasch, uno de los analistas más sagaces de la sensibilidad del Contragolpe. “Lo que realmente buscaba era el renacimiento del capitalismo salvaje de los años veinte: la revocación del New Deal”³.

Para los observadores este comportamiento es irritante y cabría esperar que disguste aún más a los verdaderos partidarios del movimiento. Sus líderes fanfarrones nunca cumplen lo prometido, su rabia no para de aumentar y sin embargo cada vez que hay elecciones vuelven a votar para que sus héroes de la derecha tengan una segunda, tercera, vigésima oportunidad. La trampa nunca falla; la ilusión nunca desaparece. *Vote* para frenar el aborto y *reciba* una reducción en impuestos sobre plusvalías. *Vote* para fortalecer de nuevo nuestro país y *reciba* desindustrialización. *Vote* para darles una lección a esos profesores universitarios políticamente correctos y *reciba* liberalización de la electricidad. *Vote* para que el Estado les deje en paz y *reciba* concentración y monopolio por todas partes, desde los medios hasta el embalaje de la carne. *Vote* para luchar contra los terroristas y *reciba* la privatización de la Seguridad Social. *Vote* para asestarle un golpe al elitismo y *reciba* un orden social en que la riqueza está más concentrada que nunca, en que los trabajadores han sido despojados de su poder y los ejecutivos son recompensados más allá de lo imaginable.

Los teóricos del Contragolpe, como veremos, imaginan incontables conspiraciones en las que los ricos, poderosos y con buenos contactos –los medios de comunicación progresistas, los científicos ateos, la detestable élite del Este– manejan los hilos y hacen bailar a los títeres. Aún así, el propio Contragolpe ha sido una trampa política tan desastrosa para los intereses de la clase media estadounidense que incluso el más diabólico de los manipuladores habría tenido problemas ideándola. De lo que se trata, al fin y al cabo, es de una rebelión contra “el sistema” que ha acabado aboliendo el impuesto de sucesiones. Hay una ideología cuya respuesta a la estructura de poder es hacer al rico aún más rico; cuya solución para la degradación inexorable de la vida de la clase trabajadora es arremeter furiosamente contra los sindicatos y los programas de seguridad en el lugar de trabajo; cuya solución al aumento de la ignorancia en Estados Unidos es quitar las ayudas a la educación pública.

Como una revolución francesa a la inversa –una en que los *sans culottes* salen en tropel a la calle reclamando más poder para la aristocracia– el Contragolpe empuja el espectro de lo aceptable hacia la extrema derecha. Puede que nunca vuelva a introducir los rezos en las escuelas, pero ha rescatado toda clase de panaceas económicas de derechas del cubo de basura de la historia. Una vez que ha eliminado las históricas reformas económicas de la década de los sesenta (la lucha contra la pobreza de Lyndon B. Johnson) y las de los años treinta (la legislación laboral, los subsidios para mantener los precios agrícolas, la regulación bancaria), sus líderes apuntan sus armas hacia los logros de los primeros años del progresismo (el impuesto estatal de Woodrow Wilson o las medidas antimonopolio de Theodore Roosevelt). Con un poco más de esfuerzo, el Contragolpe podría invalidar todo el siglo veinte⁴.

Como fórmula para mantener unida una coalición política dominante, el Contragolpe parece tan improbable y tan contradictorio consigo mismo que los observadores progresistas a menudo tienen problemas para creer que realmente esté ocurriendo. Sin ninguna duda, piensan, estos dos grupos –empresarios y obreros– deberían estar peleándose. Que el Partido Republicano se presente como el paladín de la Norteamérica de clase trabajadora les parece a los progresistas una negación tan flagrante de la realidad política que les lleva a ignorar todo el fenómeno, con lo que optan por no tomárselo en serio. El Gran Contragolpe, creen, no es más que criptorracismo, o un achaque de los

ancianos, o las quejas ocasionales de los campesinos blancos religiosos de los estados del Sur, o protestas de “blancos airados” que sienten que la historia les ha dejado atrás.

Pero entender el Contragolpe de este modo supone ignorar su fuerza y su enorme poder popular. Pese a todo sigue reapareciendo, como una plaga de resentimiento que se propaga entre ancianos y jóvenes, fundamentalistas protestantes y católicos y judíos, así como entre los blancos airados y todas las clases imaginables de la población.

No importa en lo más mínimo que las fuerzas que desencadenaran la primera “mayoría silenciosa” en tiempos de Nixon hayan desaparecido hace mucho; el Contragolpe sigue rugiendo sin parar, extendiendo con facilidad su rabia a lo largo de las décadas. Los progresistas seguros de sí mismos que gobernaban Estados Unidos en aquellos días son una especie en extinción. La Nueva Izquierda, con sus alegres obscenidades y su desprecio por la bandera, está extinguida del todo. Toda la “sociedad del bienestar”, con sus corporaciones paternalistas y sus poderosos sindicatos, se desvanece en el espacio cósmico de la historia con cada año que pasa. Pero el Contragolpe resiste. Sigue engendrando espantosos fantasmas de decadencia nacional, anarquía apocalíptica y traición en el poder independientemente de cuál sea la realidad en el mundo.

En el camino, lo que una vez fue genuino, popular e incluso “populista” en el fenómeno del Contragolpe, se ha transformado en un melodrama de estímulo-respuesta con una trama tan esquemática como un episodio de El Factor O'Reilly y con resultados tan previsibles –y tan rentables– como la publicidad de Coca-Cola. Por un lado se introduce un asunto sobre, por ejemplo, el peligro del matrimonio gay, y por el otro se genera, casi mecánicamente, un aumento de la indignación de la clase media y cartas furiosas al director, una cosecha electoral de lo más gratificante.

Mi intención es examinar al Contragolpe de arriba abajo –sus teóricos, sus dirigentes políticos y sus partidarios– y entender esta especie de trastorno que ha llevado a tanta gente normal y corriente a un extremo político tan perjudicial para ellos mismos. Lo haré centrándome en un lugar donde el cambio político ha sido dramático: mi estado natal, Kansas, un auténtico hervidero de movimientos izquierdistas, hace cien años que hoy figura entre los públicos más agradecidos para los portavoces de la propaganda del Contragolpe. Contar la historia de este estado, al igual que la larga historia del propio Contragolpe, no será lo que tranquilice a los optimistas o acalle a los cínicos. Aun así, si tenemos que comprender las fuerzas que nos han empujado tanto hacia la derecha, tenemos que fijar nuestra atención en Kansas. A los sumos sacerdotes del conservadurismo les gusta consolarse insistiendo en que es el mercado libre, ese dios sabio y benevolente, el que ha ordenado todas las medidas económicas que ellos han alentado en Estados Unidos y el resto del mundo durante las últimas décadas. Pero en verdad es el trastorno cuidadosamente cultivado de lugares como Kansas el que ha impulsado su movimiento. Es la “guerra cultural” o de valores la que trae el botín a casa.

Desde las alturas con aire acondicionado de un complejo de oficinas en un barrio exclusivo la realidad actual puede parecer una nueva edad de la Razón, con las páginas web conectadas en total armonía, con un centro comercial a la vuelta de la esquina que cada semana anticipa milagrosamente nuestros gustos ligeramente variables, con una economía global cuyas recompensas poderosas siguen fluyendo y con un largo desfile de coches de lujo que llenan las calles de zonas residenciales perfectamente diseñadas. Pero en un análisis más detallado, el país parece más bien un panorama de locura y falsas ilusiones digno de El Bosco, con fornidos patriotas proletarios jurando lealtad a la bandera mientras renuncian a sus propias oportunidades en la vida; pequeños granjeros votando con orgullo para que les echen de sus propias tierras; abnegados padres de familia asegurándose de que sus hijos nunca puedan permitirse ir a la universidad ni tener una atención médica decente; tipos de

clase obrera en ciudades del Medio Oeste celebrando la victoria aplastante de un candidato cuyas políticas acabarán con su modo de vida, transformarán su región en un “cinturón industrial” y asestarán a la gente como ellos golpes de los que nunca se repondrán.

Notas al pie

1. Me estoy refiriendo al condado de McPherson, en Nebraska, pero hay varios condados en dicho estado donde la pobreza extrema coincide con el Republicanismo extremo –al igual que ocurre en Kansas y en las Dakotas. Estos datos sobre los rankings de pobreza en los condados provienen de “Trampled Dreams: The Neglected Economy of the Rural Great Plains”, un estudio de Patricia Funk y Jon Bailey (Walthill, Nebraska: Center for Rural Affairs, 2000), p. 6.

* N.T. A lo largo del texto original aparece constantemente el término inglés *liberal* que en Estados Unidos equivale a nuestro “progresista”.

* N.T. Fundador del Kentucky Fried Chicken.

* N.T. “Fair and Balanced” es el eslogan de Fox News.

* N.T. Se refiere a la obra *Piss Christ* del fotógrafo Andrés Serrano.

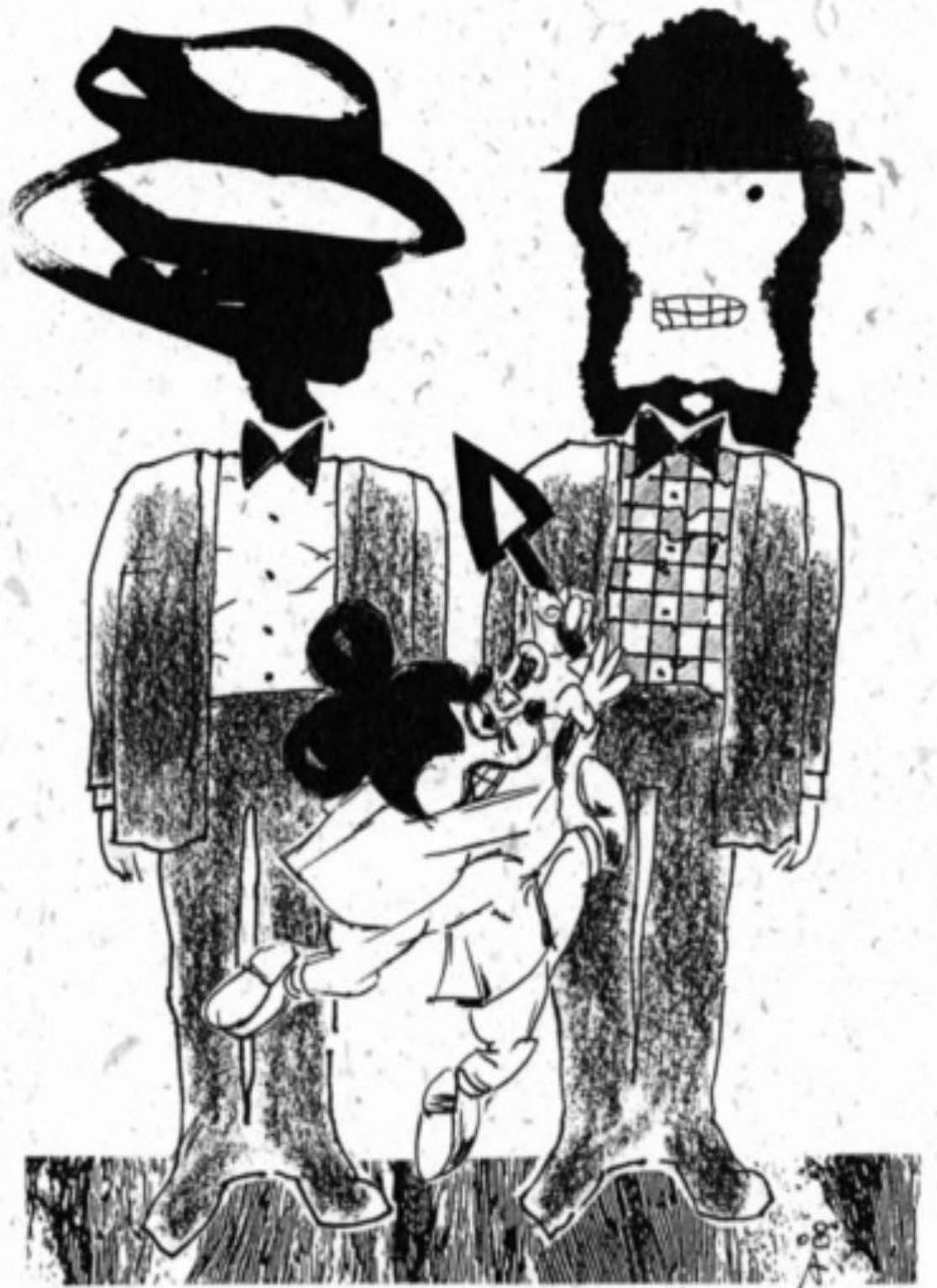
2. Ben J. Wattenberg, *Values Matter Most: How Republicans or Democrats or a Third Party Can Win and Renew the American Way of Life* (Nueva York: Free Press, 1995). Como muchos pensadores del Contragolpe, Wattenberg apoyó incondicionalmente la Nueva Economía durante un período breve de tiempo a finales de los noventa.

3. Este incumplimiento continuo de las promesas es discutido por el columnista progresista del Washington Post E. J. Dionne en *Why Americans Hate Politics*, pero es también una cuestión muy molesta entre los propios conservadores. David Frum, por ejemplo, se queja de que Ronald Reagan podría haber abolido la discriminación positiva “con unas cuantas firmas”. Pero nunca lo hizo. Frum, *Dead Right* (Nueva York, Basic Books, 1994), p.72. La traición de Reagan en el tema del aborto es algo más que un asunto delicado en el núcleo duro de los conservadores. Ver *The True and Only Heaven: Progress and its Critics* de Christopher Lasch (Nueva York, Norton, 1991), p. 515.

4. En efecto, anular el siglo veinte es, hablando en términos generales, el objetivo manifiesto de la corriente del diseño inteligente (creacionismo), que ha perseguido este propósito atacando la teoría de la evolución darwiniana. El famoso documento sobre las “cuñas” o temas culturales polémicos que publicó el movimiento en 1999 a través del Centro para la Renovación de la Ciencia y la Cultura del Discovery Institute, afirma que “las consecuencias sociales del materialismo han sido desastrosas”. Como ejemplos, el documento cita “los enfoques modernos en el derecho penal, la responsabilidad por los daños causados por productos defectuosos y la asistencia social”, además de “los programas coercitivos del gobierno”. Todo esto puede eliminarse, sugieren los autores, con un ataque estratégico al evolucionismo. Como el documento sigue explicando, “estamos convencidos de que para derrotar al materialismo debemos cortarlo de raíz. Esa raíz no es otra que el materialismo científico. Esta es precisamente nuestra estrategia. Si vemos la ciencia materialista predominante como un árbol gigantesco, nuestra estrategia pretende funcionar como una ‘cuña’ que, aunque sea relativamente pequeña, pueda partir el tronco cuando se aplique a sus puntos más débiles... La teoría del diseño inteligente promete revocar el dominio sofocante de la visión materialista y reemplazarlo por una ciencia acorde con creencias cristianas y teísticas”. El documento de la teoría de la “cuña” puede encontrarse en numerosos sitios de Internet; uno de ellos es <http://www.discovery.org/csc/TopQuestions/wedgeresp.pdf>.

PRIMERA PARTE:

MISTERIOS DE LAS GRANDES LLANURAS



CAPÍTULO 1:

LAS DOS NACIONES

En el imaginario del Contragolpe, Estados Unidos vive al borde de la guerra civil: por un lado están los millones de estadounidenses auténticos sin pretensiones y por otro los progresistas intelectuales y todopoderosos que dirigen el país pero desprecian los gustos y las creencias de la gente que lo puebla. Cuando el presidente del Comité Nacional Republicano anunció en 1992 a los telespectadores de una cadena nacional, “Nosotros somos Estados Unidos” y “los demás no”, estaba simplemente expresando de una forma más directa una fórmula de hace décadas. La famosa descripción que hizo Newt Gingrich de los demócratas como “enemigos de los estadounidenses normales” no fue más que otra repetición de este trillado argumento.

La última entrega de esta versión fantástica es la historia de “las dos Américas”, la división simbólica del país que, tras las elecciones presidenciales de 2000, cautivó no sólo a los partidarios del Contragolpe, sino también a una parte importante de los analistas políticos. La idea se inspiró en el mapa de los resultados electorales de ese año: teníamos aquellas enormes extensiones de espacio “rojo” del interior (todas las cadenas de televisión usaban el rojo para designar las victorias republicanas) donde la gente votaba a George Bush y las diminutas áreas costeras “azules” donde la gente vivía en grandes ciudades y votaba a Al Gore. A primera vista no había nada realmente sorprendente sobre estos bloques rojos y azules, sobre todo porque en lo que respecta al voto por número de habitantes la candidatura estaba prácticamente empatada.

Sin embargo, muchos comentaristas adivinaron en el mapa de 2000 una funesta división cultural, una imminente crisis de identidad y valores. “Rara vez esta nación ha estado tan dividida como ahora mismo”, protestaba David Broder, el analista jefe del *Washington Post*, en un artículo publicado unos días después de las elecciones. Las dos regiones eran algo más que meros bloques de votantes; eran perfiles sociológicos completos, dos Américas diferentes enfrentadas entre sí.

Y estos expertos sabían –antes de que la noche electoral terminara y con sólo mirar el mapa– qué representaban esas dos Américas. En efecto, la explicación ya estaba lista antes siquiera de que tuvieran lugar las elecciones¹. El gran sueño de los conservadores desde los años treinta ha sido un movimiento de clase trabajadora que por una vez esté de *su* parte, que vote a los republicanos y revoque los logros de los movimientos de clase obrera del pasado. En el mapa rojo y azul totalmente dividido del año 2000 pensaron que lo veían hacerse realidad: las antiguas regiones demócratas del sur y las Grandes Llanuras, que aparecían en masas sólidas de rojo ininterrumpido, ahora formaban parte de su bando*, mientras los demócratas estaban limitados a los viejos estados del nordeste, junto con la hedonista costa izquierdista**.

No quiero restar importancia al cambio que esto representa. Ciertas partes del Medio Oeste fueron una vez tan izquierdistas que el historiador Walter Prescott Webb, en su clásica crónica de la región de 1931, señalaba su constante radicalismo como uno de los “Misterios de las Grandes Llanuras”. Actualmente, el misterio no hace más que intensificarse; parece inconcebible que en algún momento se pensara en el Medio Oeste como un lugar de la “izquierda radical”, como cualquier cosa que no fuera la tierra de lo anodino, el adormecido interior del país. Los lectores de los años treinta, por contra, sabrían inmediatamente de lo que hablaba Webb puesto que muchísimas de las grandes agitaciones políticas de su parte del siglo XX se iniciaron en el territorio oeste del río Ohio. La región tal como la conocieron fue la que dio al país socialistas como Eugene Debs, progresistas

acalorados como Robert La Follette y sindicalistas prácticos como Walter Reuther; fue cuna de sindicatos como el anarquista International Workers of the World y el fríamente calculador United Auto Workers; y cada cierto tiempo se estremecía por enormes conflictos laborales, a menudo sangrientos. Incluso es posible que supieran que una vez hubo periódicos socialistas en Kansas, votantes socialistas en Oklahoma y alcaldes socialistas en Milwaukee, y que había granjeros izquierdistas por toda la región que se alistaban en organizaciones agrarias militantes con nombres como Farmers' Alliance (Alianza de los Granjeros), el Farmer-Labor Party (Partido del Trabajo Agrícola), la Non-Partisan League (Liga Independiente) o la Farm Holiday Association (Asociación de la Festividad Agrícola, que defendía la huelga en el mundo agrario). Y desde luego serían conscientes de que la Seguridad Social, el elemento básico del estado del bienestar progresista, fue en gran parte un producto de la mentalidad del Medio Oeste.

En la actualidad, casi todas estas asociaciones han desaparecido. Que el carácter de la región se haya alterado tanto; que buena parte del Medio Oeste ahora considere el estado del bienestar como una imposición extranjera; que incluso nos cueste creer que hubo un tiempo en que a los progresistas se les describía con adjetivos como *apasionado* en lugar de *esnob*, *mandamás* o *cobarde*; todo esto debe considerarse como una de las mayores transformaciones de la historia de Estados Unidos.

De manera que cuando se compara el mapa electoral de 2000 con el de 1896 –el año del enfrentamiento entre el “gran comunero”, William Jennings Bryan, y la voz de los negocios, William McKinley– se ve efectivamente una inversión extraordinaria. Bryan era un ciudadano de Nebraska, izquierdista y cristiano fundamentalista, una combinación casi inimaginable hoy, y en 1896 barrió en el noreste y en casi todo el Medio Oeste, que era fiel al capitalismo industrial. A los consejeros de George W. Bush les encanta comparar a su hombre con McKinley² y, armados con el mapa electoral de 2000, los seguidores del presidente pueden concluir que la gran contienda de 1896 se ha librado ahora con óptimos resultados: las ideas políticas de McKinley elegidas por la América rural del interior de Bryan.

Con el mapa electoral como única prueba, los expertos simplemente se decantaron por una interpretación cultural con atributos de análisis serio. Basta mirar el mapa, razonaban, para afirmar sin duda que George W. Bush fue la elección de la gente sencilla, de los estadounidenses rurales que poblaban el lugar que en Estados Unidos se conoce como *heartland*, el “interior”, una región de humildad, ingenuidad y, sobre todo, *rectitud* de granjero recio. Los demócratas, por otro lado, eran el partido de la élite. Con sólo mirar el mapa se observaba que los progresistas eran sofisticados, ricos y materialistas. Mientras las grandes ciudades se inclinaban descaradamente por el azul demócrata, el *campo* sabía lo que había en juego y se volvía republicano, por un margen en kilómetros cuadrados de cuatro a uno³.

Para los conservadores, el atractivo de ese esquema era obvio y poderoso⁴. La interpretación del mapa de los estados republicanos trajo la legitimidad mayoritaria a un presidente que en realidad había perdido las elecciones teniendo en cuenta el número de votantes. También permitió que los conservadores presentaran sus ideas como la filosofía de una región que los estadounidenses –incluso los sofisticados urbanitas– tradicionalmente veneran como depositario de la virtud nacional, un lugar donde se habla con franqueza y los disparos son certeros.

La división entre estados republicanos y demócratas también ayudó a que los conservadores llevaran a cabo una de sus maniobras retóricas preferidas, a la que llamaremos el *progresismo del café latte*, una bebida preparada con una mitad de café y la otra de leche caliente: la insinuación de que los progresistas se identifican por sus gustos y preferencias de consumo y que estos gustos y preferencias revelan la esencia arrogante y el carácter extranjero de los progresistas. Mientras que

una discusión más profunda sobre ideas políticas suele comenzar considerando los intereses económicos a los que sirve cada partido, la teoría del progresismo del café *latte* insiste en que dichos intereses son irrelevantes. En cambio, son los lugares en los que vive la gente y las cosas que beben, comen y conducen los factores críticos, las pistas que nos conducen a la verdad. En particular, las cosas que se dice que los progresistas beben, comen y conducen: los Volvos, el queso importado y, sobre todo, los cafés *latte*^{*}.

A mucha gente de los medios de comunicación, la idea de la división entre estados republicanos y demócratas les pareció una validación científica de este estereotipo familiar y en poco tiempo se convirtió en un elemento estándar del repertorio de sociología popular de los medios. La idea de las “dos Américas” se convirtió en un anzuelo para toda clase de tópicos regionales (la Minnesota demócrata sólo está separada por una calle estrecha de la Minnesota republicana, pero ¡qué diferentes son una de otra!); proporcionó una herramienta sencilla para contextualizar las pequeñas historias (a los estadounidenses republicanos les encanta cierto espectáculo de las Vegas que a los demócratas no) o para distorsionar las grandes historias (John Walker Lindh, el norteamericano que luchó para los talibanes, era de California y por tanto un reflejo de los valores de los estados demócratas); y justificó incontables reflexiones al estilo de *USA Today* sobre quiénes somos realmente los estadounidenses, refiriéndose sobre todo investigaciones sensacionalistas sobre los hábitos cotidianos: qué nos gusta escuchar, ver en televisión o comprar en el supermercado.

Estas versiones suelen suponer que la Norteamérica republicana⁵ es un lugar misterioso cuyas ideas y valores son básicamente ajenos a los amos de la sociedad. Al igual que la “Otra América” de los años sesenta o los “Hombres Olvidados” de los años treinta, sus vastas extensiones son ignoradas trágicamente por la clase dominante, es decir, la gente que escribe las comedias de situación, los guiones y los artículos en revistas de lujo, todos los cuales, según el comentarista conservador Michael Barone, “no pueden imaginarse la vida en esos sitios”. Lo cual es particularmente injusto por su parte, incluso insolente, porque la Norteamérica republicana es de hecho la Norteamérica *real*, la parte del país donde residen, como dice una columna en el *National Post* canadiense, “los valores originales de la fundación de Estados Unidos”.

Y puesto que muchos de los expertos que estuvieron aclamando las virtudes de los estados republicanos –expertos, recordemos, que eran conservadores y apoyaban a George W. Bush– en realidad vivían en los estados demócratas que apoyaban a Gore, las reglas de este juego absurdo les permitieron presentar la teoría del progresismo del café *latte* con el lenguaje elevado de la confesión. David Brooks, que desde entonces ha hecho carrera describiendo el estereotipo progresista, eligió las páginas de la revista *The Atlantic* para admitir en nombre de *todo el que viva en una zona demócrata* que son unos esnobs, unos pijos, unos gallinas y unos ignorantes que han perdido totalmente el contacto con la vida real de la gente.

Nosotros, los de las áreas costeras metropolitanas demócratas leemos más libros y vamos más al teatro que la gente del interior republicano. Somos más sofisticados y cosmopolitas –sólo pregúntenos por nuestros viajes de licenciados universitarios a China o Provenza o sobre nuestro interés por el budismo. Pero no nos pregunte, por favor, cómo es la vida en la Norteamérica republicana. No lo sabemos. No sabemos quiénes son Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins... No sabemos qué dice James Dobson en su programa de radio, que escuchan millones de personas. No sabemos nada acerca de Reba y Travis... Muy pocos de nosotros sabe lo que pasa en Branson, Missouri, pese a que recibe siete millones de visitantes al año, ni podemos nombrar cinco conductores de las carreras de coches de la NASCAR... No sabemos cómo disparar o limpiar un rifle. No podemos decir el rango de un oficial militar mirando su insignia. No sabemos cómo es la soja cuando crece en el campo⁶.

La primera tentación es negar las enormes generalizaciones de Brooks diciendo rápidamente en qué se equivoca: señalando que los tres primeros estados en producción de soja –Illinois, Iowa y Minnesota– son estados demócratas; o haciendo una lista de las muchas bases militares localizadas

en las costas; o advirtiendo que cuando llegó el momento de construir una pista de NASCAR en Kansas, el condado que tuvo el honor fue uno de los dos únicos del estado que apoyaba a Gore. La renta media per cápita en ese mismo remoto condado demócrata, creo necesario añadir, es de 16.000 dólares, que lo coloca bastante por debajo de las medias de Kansas y el resto del país y muy por debajo de lo que se requeriría para adoptar aires elitistas o cosmopolitas de ningún tipo⁷.

Pero es una pérdida de tiempo catalogar las contradicciones⁸, tautologías⁹ y errores garrafales¹⁰ que se oyen en semejante avalancha mediática. Las herramientas empleadas son los instrumentos contundentes de la propaganda, no la precisión de la sociología. Sin embargo, como en todos los casos de propaganda exitosa, la interpretación contiene una pizca de verdad: todos sabemos que *hay* muchos aspectos de la vida estadounidense que están fuera del radar de la industria cultural; que gran parte del país *ha pasado* de ser liberal progresista o incluso izquierdista a ser decididamente conservador; y que hay un pequeño segmento de la clase media alta “cosmopolita” que se considera socialmente ilustrado, que no sabe nada de las particularidades de la vida de los “paletos”, que le gusta el café *latte* y que optó por Gore.

Pero los comentaristas de las “dos naciones” no mostraron ningún interés en examinar de un modo sistemático la misteriosa inversión de la política estadounidense. Su objetivo era simplemente reforzar los estereotipos empleando cualquier herramienta que tuvieran a mano: clasificar a los demócratas como el partido de una élite arrogante, consentida y adinerada que vive lo más lejos que puede de los verdaderos estadounidenses; y presentar el republicanismo como el credo de la gente corriente trabajadora del interior, una expresión de sus sencillas costumbres típicamente estadounidenses como la música country y las carreras NASCAR. Y triunfaron ampliamente en su empeño. Para 2003, el dominio conservador del Medio Oeste era tan incontestable que Fox News lanzó un programa de entrevistas que trataba sobre aspectos indignantes de la guerra de valores y que se llamó simplemente *Heartland* (“El interior”).

¿Qué caracteriza a la buena gente de la Norteamérica republicana? Leer toda la documentación sobre “las dos Américas” es un poco como ver un ciclo de cortos de Frank Capra explicando los principios de un Boy Scout hipervitaminado.

Un habitante de un estado republicano es humilde. De hecho, la humildad es, según el mito periodístico actual, la cualidad distintiva de la Norteamérica republicana y de hecho fue uno de los temas centrales de la campaña presidencial de George W. Bush. “En la América republicana el ego es pequeño”, instruye David Brooks. “La gente declara de un millón de formas ‘soy normal’”. Como prueba de esta modestia, Brooks hace referencia a la ropa sencilla que llevaban los residentes de un condado de Pennsylvania que votó a Bush, y en particular los nombres de marcas corrientes que veía en las gorras de los vecinos. Las gorras indican claramente que a la gente de la América republicana les gustan las relaciones francas y amistosas con Wal-Mart y McDonald’s y por tanto son humildes.

John Podhoretz, antiguo escritor de discursos para Bush padre, encuentra la misma sencillez noble bajo una gorra ajustada. “La América republicana de Bush es una sociedad más sencilla”, concluye después de ver a la gente jugando en Las Vegas. Es una tierra “donde la gente llora la muerte del campeón de NASCAR Dale Earnhardt, es fiel a sus equipos, va a misa y se encuentra a gusto entre verdades anticuadas”.

Cuando los mismos habitantes de un estado republicano se ponen manos a la obra, redactando listas de sus propias virtudes, las cosas empeoran rápidamente. ¿Cómo de “humilde” puedes ser cuando escribes un ensayo de 3.000 palabras afirmando que todas las virtudes conocidas de la democracia están en tu posesión? Este problema salta a la vista en una invectiva del granjero republicano de Missouri Blake Hurst, que fue publicado originalmente en la revista *The American*

Enterprise y reproducida en multitud de ocasiones. Hurst se ofreció a decirle al mundo que él y los votantes de su camarada Bush eran ¡humildes, humildes, humildes, humildes!

La mayoría de los estadounidenses republicanos no somos capaces de entender la literatura posmoderna, dar órdenes adecuadas a una niñera, distinguir un cabernet con retrogusto de regaliz o indicar los precios del catálogo de los almacenes Abercrombie & Fitch. Pero podemos criar a niños sanos, hacer la instalación eléctrica de nuestras propias casas, crear cosas hermosas y deliciosas con nuestras propias manos, sentirnos cómodos hablando de Dios, reparar un motor pequeño, reconocer un buen arce de azúcar, contar las historias de nuestros pueblos y las esperanzas de nuestros vecinos, disparar un revólver y manejar una motosierra sin miedo, calcular la carga que soporta un tejado, cultivar nuestros propios espárragos...

Etcétera, etcétera.

En el lado demócrata de la línea divisoria de la virtud, Brooks informa que “el ego normalmente es desmesurado”. Esta especie de estadounidense puede ser identificado fácilmente en el campo por su constante fanfarronería: *Crean que son tan sumamente inteligentes*. Podhoretz, quien, no olvidemos, era escritor de discursos republicanos, admite que “nosotros” los de los estados demócratas “no podemos vivir sin ironía”, con lo que se refiere a que nos burlamos de todo lo que se cruce en nuestro camino, porque “nosotros” somos tan necios que creemos que “la confusión moral e ideológica son signos de un conocimiento superior”. Brooks, que atribuye la decadencia del Partido Demócrata a su esnobismo¹¹, se mofa de los que viven en estados demócratas por comer en restaurantes de lujo y comprar en pequeñas tiendas pretenciosas en vez de en Wal-Mart, pequeño comercio de la verdadera Norteamérica. De hecho, descubre una encuesta en la que el 43% de los progresistas confiesa que les “gusta presumir”, lo que luego remata con otra encuesta donde el 75% de los progresistas se definen como “intelectuales”. Semejantes confesiones, viniendo de quien vienen, equivalen a llamarse a uno mismo comunista retorcido.

Que es precisamente, según el mencionado columnista canadiense, lo que los progresistas son, como se puede ver claramente en el famoso mapa electoral. Mientras que la gente humilde de los estados republicanos se había ocupado de sus propios asuntos durante años, los “intelectuales educados en universidades europeas” se deleitaban con las perniciosas enseñanzas de Karl Marx, volviendo después para “dirigir nuestras universidades” donde “han condenado los valores estadounidenses y adoctrinado a generaciones de estudiantes en sus ideales colectivistas”. Así que la razón de que los progresistas se aliaron a Al Gore fue la oportunidad de fomentar el “colectivismo”. (Podhoretz, por su parte, afirma que a los progresistas les gustaba Gore por ser muy agudo).

Un habitante de un estado republicano es, por contra, *reverente* en materia religiosa. Como se nos recordó repetidamente después de las elecciones, la gente de los estados republicanos tiene mejor relación con Dios que el resto de nosotros. Van a misa regularmente. Son “practicantes, tradicionalistas, moralistas”, como formula Michael Barone, mientras que de los progresistas de las costas se dice que son “poco practicantes, progresistas y relativistas”.

Pero no hay que preocuparse; un individuo de un estado republicano es *cortés, amable, alegre*. Puede que sean religiosos, pero no intransigentes. La gente que David Brooks se encontró en aquel condado de Pennsylvania se negó a discutir del aborto con él, por lo que concluye que “a menudo se quita importancia a los temas potencialmente controvertidos” en toda la Norteamérica republicana. Incluso los pastores que conoció allí procuran respetar las opiniones de los demás. A esta buena gente “no le gustan las reprimendas públicas”. Son creyentes tolerantes, no les interesa enfrentarse con nadie en una guerra de valores. Que nadie se asuste.

Un habitante de un estado republicano es leal. Es el sector del país que llena las filas del

ejército y defiende la bandera frente a todos. Mientras los sabelotodo de influencia europea de los territorios demócratas tardaron poco tiempo tras el 11-S para empezar a culpar a Estados Unidos por la tragedia, se dice que los tenaces habitantes de los estados republicanos se ofrecieron sin vacilar a servir a su país una vez más. Para Blake Hurst, granjero de Missouri, esta relación especial con las fuerzas armadas es a la vez motivo de orgullo (“La Norteamérica republicana nunca es tan republicana como en nuestros sangrientos campos de batalla”) y un agravio: el de siempre, ya se sabe, el que vimos en Rambo, aquel donde todos los cobardes de las costas traicionaron a los hombres del bando republicano durante la guerra de Vietnam.

Pero sobre todo, *un individuo de un estado republicano es un tipo corriente, estricto y muy trabajador*, mientras que el de un estado demócrata suele ser una especie de burócrata pretencioso. La idea de que los Estados Unidos son “dos naciones” delimitadas por el rango social fue articulada primero por el movimiento obrero y la izquierda histórica. Los radicales agrarios de la última década del siglo XIX emplearon la imagen de las “dos naciones” para distinguir entre “productores” y “parásitos”, o sencillamente “entre ladrones y robados”, como le gustaba decir a Sockless Jerry Simpson, el congresista de izquierdas de Kansas. El escritor comunista John Dos Passos empleaba la expresión para describir su desilusión con el capitalismo estadounidense de los años veinte, mientras que el candidato presidencial demócrata John Edwards recientemente se ha propuesto retomar el sentido original del término¹². Para la mayoría, no obstante, el modo en que se utiliza últimamente la imagen de las “dos Américas” incluye toda la desilusión y el resentimiento pero nada de su radicalismo de izquierdas. “La Norteamérica rural está cabreada”, le dijo el habitante de una población pequeña de Pennsylvania a un reportero del *Newsweek* en 2001. Al explicar por qué él y sus vecinos votaron a George Bush dijo: “Esta gente está harta de la decadencia moral. Están cansados de que todo sea maravilloso en Wall Street y terrible para el ciudadano de a pie”. Dicho de otra forma: están votando a los *republicanos* para *ajustar cuentas con Wall Street*.

Este todavía no es el momento adecuado para intentar aclarar el intrincado razonamiento que lleva a un ciudadano trabajador de un pueblo empobrecido a concluir que votar a George W. Bush es una manera de asestar un golpe a los grandes negocios, pero es importante recordar el contexto. Durante la década que estaba a punto de acabar, la gran idea que había hecho que los expertos y los medios cantaran sus alabanzas había sido la llegada de una Nueva Economía, un milenio de libre mercado en el que el trabajo físico quedaba tan obsoleto como el reloj de sol. Nos contaban que era la época del “conocimiento”, del empresario heroico que construía una economía “ingrávida” de la “nada”. Los únicos que “no se enteraron” fueron los obreros de las fábricas, reliquias de un pasado anticuado y demasiado material que se desvanecía rápidamente. Ciertos pensadores capitalistas célebres llegaron a declarar, en la cima del boom, que los obreros y los oficinistas habían intercambiado sus posiciones morales, con los trabajadores convertidos en “parásitos” que gorronean el trabajo hercúleo de los directivos de las empresas¹³.

Las publicaciones sobre los estados republicanos y demócratas simplemente se dedicaron a corregir el flagrante exceso de la década anterior, redescubriendo la nobleza del trabajador medio y reafirmando las definiciones originales de *parásito* y *productor*¹⁴. Lo novedoso era que lo hicieron al servicio de las mismísimas políticas de libre mercado que caracterizaron los alucinógenos años noventa. Los actores habían guardado sus portátiles y el mono de trabajo, pero la obra seguía siendo la misma.

Cabe considerar, a este respecto, la historia de las “dos naciones” publicada en el *American Handgunner*, que nos habla de cómo el ataque terrorista del 11-S hizo que una persona “que se describía a sí misma como estadounidense ‘demócrata’ de la ciudad de Nueva York” se diera cuenta

de la verdad. Mientras observaba “al lado de otros ‘intelectuales’” neoyorquinos cómo los obreros de la construcción y los bomberos hacían su trabajo, se dio cuenta de que

aquellos hombres y mujeres cansados que pasan en camiones son los que ponen todo en marcha. Son los únicos que verdaderamente trabajan para que el país funcione. Hacen que la electricidad fluya, que se construyan los colegios, que se arreste a los delincuentes y que la sociedad funcione a la perfección. Comprendió, como si una brillante bombilla de la conciencia se encendiera en su mente, que no sabía cómo cambiar un neumático, cultivar tomates, ni de dónde viene la electricidad.

Esta desarraigada funcionaria trató de recordar sus “comidas de negocios” y otras actividades pretenciosas y de repente comprendió que “no tenía verdaderas habilidades”. No hubo ningún destello de bombilla para recordarle que los trabajadores de reconstrucción y rescate *también* eran de un estado demócrata y probablemente votaron a Gore. Por el contrario, en el artículo se nos explica que se ha vuelto una persona más humilde, una ciudadana republicana en actitud si no en lugar de residencia. La historia termina entonces con una exhortación para ir a votar.

Blake Hurst, el granjero de Missouri que está tan orgulloso de ser humilde, también mete baza en este tema, señalando en *The American Enterprise* que “el trabajo que nosotros [habitantes de los estados republicanos] hacemos se puede medir en onzas, kilos, clavos y ladrillos, y no en los frívolos criterios que se utilizan en las revisiones anuales de los empleados de oficinas”. Pero hay algo sospechoso en la reivindicación que hace Hurst de la superioridad moral de los trabajadores, algo que va más allá de la principal sospecha de una revista generalmente decidida a atacar a los sindicatos y aclamar al Dow Jones, y que ahora publica una ferviente celebración de la vida obrera. La familiaridad con el entorno físico no debería convertirle a uno automáticamente en miembro de la sufrida clase productora más de lo que lo hace vivir en un estado que votó a George W. Bush. De hecho, en otro momento Hurst se define no como un simple granjero sino como el copropietario de un negocio familiar que cuenta con varios empleados a los que confiesa que “no pagan un buen sueldo”. Incluso ha escrito un ensayo sobre el lamento constante del jefe: la increíble pereza de los trabajadores hoy día¹⁵. Puede que este hombre viva en el quinto pino, pero su trabajo es casi tan físico como el del propio Al Gore.

Quizá por eso Hurst está tan seguro de que, aunque claramente hay una división relacionada con el trabajo entre las dos Américas –la humilde Norteamérica productora de Hurst y la presuntuosa Norteamérica de los parásitos progresistas–, no es la espantosa división sobre la que escribió Dos Passos, la que se da entre trabajadores y jefes, que podría incomodar a los lectores de *The American Enterprise*. “La conciencia de clase no es un problema en la Norteamérica republicana”, les asegura; la gente está “completamente satisfecha de tener un ligero sobrepeso [y] estar un poco mal pagada”.

David Brooks va aún más lejos, concluyendo de su trabajo de campo sobre la Norteamérica republicana que la noción estándar de clase es errónea. Pensar en las clases en términos de jerarquía, donde algunas personas ocupan posiciones más elevadas que otras, escribe, es “marxista” y, probablemente por eso mismo, ilegítimo. Sugiere que el modelo más preciso es la cafetería del instituto, en que la gente está dividida en grupos según sus gustos: “empollones, deportistas, punks, moteros, friquis de la informática, adictos a las drogas, fanáticos religiosos” y demás fauna. “Los deportistas sabían que siempre habría empollones y los empollones sabían que siempre habría deportistas”, apunta. “En la vida pasa lo mismo”. Elegimos dónde nos queremos sentar y a quién queremos imitar y a qué clase queremos pertenecer, del mismo modo que elegimos peinados o programas de televisión o actividades extracurriculares. Todos somos personas independientes en

este sistema de clases no coercitivo y Brooks finalmente llega a la conclusión de que preocuparse por los problemas a los que se enfrentan los trabajadores es otra exageración ingenua de los ricos que viven en los estados demócratas¹⁶.

Como descripción del modo en que funciona la sociedad, esta teoría es absurda. Hasta en el instituto, la mayoría de nosotros sabemos que no seremos capaces de escoger la posición social que tendremos en la vida de la misma forma en que escogemos un refresco o ni siquiera de la misma manera en que elegimos a nuestros amigos. Pero como clave para entender las auténticas preferencias de la mentalidad del Contragolpe, la idea de Brooks es reveladora¹⁷.

Lo que divide a los estadounidenses es la autenticidad, no algo sólido y desagradable como la economía. Mientras los progresistas se comportan de forma arrogante, sorben cafés *latte*, conducen ostentosos coches europeos e intentan reformar el mundo, la gente humilde de los estados republicanos emprende sus negocios modestos, consume comidas caseras, pasa las vacaciones en las Ozarks, silba mientras trabaja, se siente a gusto con lo que es y sabe que está a salvo bajo la atenta mirada de George W. Bush, un hombre al que aman como si fuera uno de los suyos.

Notas al pie

1. El binomio estado republicano/estado demócrata se basó en *One Nation, Two Cultures*, un libro sobre las guerras de valores que publicó en 1999 la decana neoconservadora Gertrude Himmelfarb, esposa de Irving Kristol y madre de Bill Kristol, editor del *Weekly Standard*.

En adelante, las notas marcadas con asteriscos pertenecen al autor; salvo que se señale que son notas del traductor (N.T.).

* El puñado de estados del Medio Oeste que también apoyaban a los demócratas no encajaba bien en este esquema, por lo que rara vez fueron tenidos en cuenta por los comentaristas.

** N.T. Así denominan los conservadores a la costa oeste de EE.UU. debido a su tendencia política.

2. Véase, por ejemplo, la descripción que hace David Frum sobre la Casa Blanca de los Bush en *The Right Man* (Nueva York: Random House, 2003), p. 36, o el artículo de James Harding en el *Financial Times* el 20 de mayo de 2003. En este último se decía que el estratega de Bush, Karl Rove, estaba leyendo una biografía de McKinley y habla de la grandiosa realineación que estaba logrando el Partido Republicano comparándola con la de McKinley.

3. Me refiero aquí a los resultados en kilómetros cuadrados condado por condado. Bush ganó los votos de condados equivalentes a una superficie de 6.286.000 kilómetros cuadrados, mientras que Gore sólo obtuvo los votos de 1.503.000 kilómetros cuadrados.

¿Acaso es un asunto tan irrelevante como para que nadie en su sano juicio se lo planteara nunca? Pensemos un poco. Un artículo que apareció en *National Review Online* un año después de las elecciones se valió de este hecho para demostrar que el voto de Bush era más “representativo de la diversidad de la nación” que el de Gore: “Un vistazo al mapa de Estados Unidos condado por condado tras las elecciones de 2000 solamente muestra pequeñas islas (principalmente en las costas) de azul demócrata en medio de un ancho mar de rojo republicano. En total, Bush obtuvo la mayoría en áreas que representan más de 6,2 millones de kilómetros cuadrados, mientras que Gore sólo fue capaz de lograr 580.000”.

4. Las “dos Américas” fue, en la mayoría de los casos, una interpretación popular difundida por los conservadores. Hasta donde he podido ver, hubo pocos intentos de definir esta división entre estados republicanos y demócratas desde un punto de vista progresista, siendo el más famoso el empeño de Paul Krugman por interpretarla describiendo a los estadounidenses republicanos como gorrones que viven a costa del dinero procedente de los impuestos (es decir, subsidios agrícolas) de la próspera América demócrata. Huelga decir que, a pesar de todo, en las descripciones de la visión de las “dos Américas” no se adoptó ampliamente este punto de vista, pues se supone que la gente de los estados demócratas controla los medios nacionales y distorsiona constantemente las noticias para dar una imagen favorable de ellos mismos.

* El estado de Vermont es un objetivo predilecto de la teoría del progresismo del café *latte*. En su bestseller “BoBos en el Paraíso” (en inglés *BoBo* es una conjunción de los términos “burgués” y “bohemio”), David Brooks ridiculiza la ciudad de Burlington como la prototípica “ciudad del café *latte*”, una ciudad donde “unos niveles de ingresos a la altura de Beverly Hills” se combinan con una conciencia social al estilo escandinavo. En un anuncio de televisión emitido a principios de 2004 por el conservador Club for Growth (Club para el Desarrollo), el ex candidato presidencial demócrata Howard Dean, antiguo gobernador de Vermont, es injuriado por dos personas supuestamente normales que le aconsejan “devolver su aumento de los impuestos, su ampliación de poderes del gobierno, sus cafés *latte*, sus sushis, sus Volvos, sus *New York Times*, sus piercings, su amor por Hollywood y su espectáculo de freak de izquierdas a Vermont, que es de donde vienen”.

5. Mi estudio de la bibliografía sobre los estados republicanos y demócratas tuvo en cuenta las siguientes publicaciones, citadas en orden cronológico: “Burying the Hatchet”, de David Broder, en el *Washington Post* del 10 de noviembre de 2000; “Rural Individualists”, de Robert Tracinski, en el *National Post* del 30 de noviembre de 2000; “Red Zone vs. Blue Zone”, de Matt Bai, en el *Newsweek* del 1 de enero de 2001; “Two Americas” de Newt Gingrich, en el *Chief Executive* el 1 de febrero de 2001; “The Two Americas: Ironic Us, Simple Them” de John Podhoretz, en el *New York Post* el 13 de marzo de 2001; “The 49 Percent Nation” de Michael Barone, en el *National Journal* el 9 de junio de 2001; “Lizzie Crashes into America’s Class War” de Andrew Sullivan, en el *Sunday Times* (Londres) el 29 de julio de 2001; “One Nation, Slightly Divisible” de David Brooks, en *The Atlantic* en diciembre de 2001; “Sons of Liberty” en el *Wall Street Journal* el 7 de diciembre de 2001; “The NASCAR of News” de James Poniewozik, en el *Time* el 11 de febrero de 2002; (“Values, Votes, Points of View Separate Towns” de Jill Lawrence, en *USA Today* el 18 de febrero de 2002; “The Plains vs. The Atlantic” de Blake Hurst en *The American Enterprise* el 1 de marzo de 2002; “Winning Over Oregon” de Ronald A. Buel, en el *Portland Oregonian* el 17 de marzo de 2002; “Those Farm Subsidy Blues: Blame It on the Red States” de Paul Krugman, en el *Milwaukee Journal-Sentinel* el 9 de mayo de 2002; “Caught in the Crossfire of the ‘Two Americas’” de Doug Sanders, en el *Toronto*

Globe and Mail del 12 de octubre de 2002; “The Insider” de Roy Huntington, en el *American Handgunner* de enero y febrero de 2003; “The Red and the Blue” de Steve Berg, en el *Minneapolis Star Tribune* del 9 de febrero de 2003.

6. La falsa utilización de la voz de los odiados progresistas es una táctica retórica frecuente entre los conservadores. En 2002 recurrió a ella Peggy Noonan, que afirmaba hablar en nombre del espíritu del recién fallecido demócrata Paul Wellstone, de Minnesota, con el fin de criticar a los partidarios aún vivos de Wellstone.

Con todo, en el caso de Brooks, el recurso resultó demasiado retorcido para sus lectores. Al parecer conservadores de todo el país creyeron que al hablar de “más sofisticados y cosmopolitas” se refería a gente de los estados republicanos y se lanzaron a mandar correos electrónicos de protesta. Un granjero de Missouri llamado Blake Hurst llegó a escribir un artículo de 3.000 palabras para la revista *The American Enterprise* atacando a Brooks por sus pretensiones elitistas de estado demócrata y, paradójicamente, tomando muchos de los pasajes en los que Brooks elogiaba directamente la mentalidad de los estados republicanos como concesiones arrancadas a un enemigo acérrimo. Posteriormente Hurst analizó los temas planteados en estos pasajes (cierto, *somos* más humildes que tú), con lo que en la práctica su artículo se convirtió en una réplica fiel del de Brooks.

Normalmente se considera un error clamoroso que una revista publique una carta que se basa en un malentendido que hubiera comprendido cualquier escolar, pero en este caso el artículo de Hurst se acogió con gran entusiasmo entre los derechistas de internet como una respuesta demoledora a Brooks, al que ahora (pese a sus años de contribuciones a las publicaciones conservadoras) pasaba a considerarse como un demonio progresista y elitista. El ensayo de Hurst se publicó también en el *Wall Street Journal Online* y numerosas publicaciones del mundo agrario, contribuyendo casualmente a validar uno de los estereotipos que tanto él como Brooks se habían propuesto desechar: que el americano medio es un memo.

Entre los muchos que malinterpretaron la utilización que hacía Brooks del plural, la respuesta más divertida fue la de Phil Brennan, un conservador de la vieja escuela, que cargó en la web de derechas NewsMax.com contra Brooks por el “insufrible elitismo que desplegaba en esta mirada a una América que ni él ni sus amiguitos esnobs quieren entender”. Brennan pasaba después a confirmar a partir de la lectura del artículo de Brooks una curiosa teoría sobre la decadencia del periodismo. Antiguamente, nos explica, los periodistas eran “una clase viril, completamente dedicada a la actividad heterosexual, que comprendían completamente quién y qué eran. Y lo reflejaban en sus artículos. Y gracias a este conocimiento que tenían de ellos mismos no había elitismo”. <http://www.newsmax.com/archives/articles/2002/2/20/15555.shtml>.

7. Me refiero a Wyandotte County, donde se encuentra Kansas City (estado de Kansas). Gore ganó por 67 a 29%. *Kansas Statistical Abstract* 2001, Thelma Helyar, ed. (Lawrence, Kansas: Policy Research Institute, 2002). Las estadísticas de ingresos son de 1999 y se encuentran en la p. 320, los resultados electorales en la p. 180. Wyandotte tiene algunas de las mejores barbacoas del mundo, pero si llamas a alguien “bobo (bohemio burgués)” o “elitista” te estás metiendo en un buen lío.

Como la conexión entre republicanos y NASCAR destaca tanto en las fantasías populistas contemporáneas, merece la pena señalar que los republicanos conservadores no son seguidores de NASCAR de manera universal. De hecho, los conservadores republicanos de Kansas se oponían enérgicamente a la construcción de la Kansas Speedway por considerar que era una ayuda estatal a una empresa, lo que puede ser cierto. (A algunos tampoco les cae bien Branson pero dejaremos eso para otro libro.) John Altevogt, columnista que antes fue presidente del Partido Republicano de Wyandotte County, ha escrito incluso que él y sus vecinos “no consideran al NASCAR un ‘buen vecino corporativo’”; de hecho, lo consideran “más bien una molestia y una monstruosidad visual”. *MetroVoice News* (Kansas City), 5 de marzo de 2001.

8. Consideremos el dilema que representa la moto de nieve: como si se tratara de uno de esos libros al estilo de “Puede que sea un republicano si...”, en el artículo antes mencionado de *The Atlantic*, David Brooks insiste en que es posible trazar la división entre estados republicanos y demócratas determinando si una persona realiza actividades motorizadas al aire libre (al viejo estilo americano) o no (el pretencioso estilo demócrata): “A nosotros los demócratas nos va el esquí de fondo, a ellos, la moto de nieve”. Y sin embargo, según el punto de vista que adopta *Newsweek* sobre la división del país, en los feudos republicanos se critica a los que conducen motos de nieve precisamente por el motivo contrario: las motos de nieve simbolizan el desdén de los habitantes de las metrópolis por los valores de las pequeñas ciudades que apoyan a Bush.

¿Cómo resolverán los audaces sociólogos de la política el enojoso asunto de las motos de nieve? ¿Qué significa realmente ir en moto de nieve? ¿Populismo o elitismo? ¿Conservadurismo o progresismo? ¿Arrogancia o humildad? Quizá la respuesta no se halle en un ‘sí’ o un ‘no’ rotundo a la moto sino en un análisis del significante “moto de nieve”. Hay que tener en cuenta la prolongada enemistad entre las marcas rivales de estos vehículos, una enemistad que cobra máxima importancia en ciertas zonas del alto Medio Oeste – llegando incluso a superar las rivalidades de las carreras NASCAR– con la que Brooks probablemente no esté familiarizado por tratarse de un tipo demócrata y “sofisticado”.

A saber: Polaris es una marca de motos de nieve ostensiblemente republicana, humilde pero marcial en su gama de colores: rojo, blanco y azul. Por su parte, los demócratas patrullan orgullosos a bordo de Artic Cats, una marca de motos que hace alarde de una combinación provocativamente terciermundista: verde, morada y negra.

9. En la selección mencionada antes, Brooks deja caer un par de nombres del mundillo político conservador como si se tratases de héroes populares del interior, libres de toda controversia y semejantes a estrellas del country o a caricaturistas famosos. Pero la verdadera razón de que los progresistas no sepan demasiado sobre James Dobson o Tim LaHaye no se debe a que no estén en contacto

con Estados Unidos sino a que estos dos hombres son ideólogos de extrema derecha. Aquellos que escuchan el programa de radio de Dobson o compran las novelas de LaHaye, repletas de teorías de la conspiración a la manera de Bircher, suelen ser personas que están de acuerdo con ellos, personas conservadoras, personas que votaron a Bush en el 2000.

10. Hay un momento en su ensayo publicado en *Atlantic* en el que Brooks asegura que “zonas exclusivas en todas partes” votaron a Gore en el 2000. Aunque el fenómeno de los demócratas acomodados resulte interesante y a tener en cuenta, como consideración general sobre los ricos –o, por extensión, sobre la Norteamérica corporativa, el sistema que los ha hecho ricos– dista mucho de ser correcta. En realidad Bush fue el elegido por una mayoría abrumadora de la América corporativa. De acuerdo con el Center for Responsive Politics, Bush recaudó más en donaciones que Gore en cada uno de los diez sectores industriales. El único sector en que Gore le superó fue en el “laboral”. De hecho, Bush recaudó tanto dinero entre los contribuyentes ricos (más que cualquier otro candidato en la historia, un récord que él mismo batió en 2003) que fundó una organización tan notoria como especial para ellos: los Pioneers.

La apreciación de Brooks no es válida ni siquiera dentro de sus limitados parámetros. Cuando dice que “zonas exclusivas en todas partes” votaron a Gore, ofrece como ejemplo para sustentar su opinión la orilla norte de Chicago. De hecho, en Lake Forest, el barrio residencial más rico de la orilla norte, los republicanos, como siempre, ganaron con un rotundo 70% de acuerdo con los resultados oficiales de las elecciones de Lake Country, Illinois. Winnetka y Kenilworth, los otros barrios que se conocen como “exclusivos”, le dieron a Bush un 59 y un 64% de los votos respectivamente, de acuerdo con los resultados oficiales de las elecciones de Cook Country, Illinois.

Obviamente, hubo muchas más “zonas exclusivas” donde Bush prevaleció cómodamente: los condados de Morris, Somerset y Hunterdon, en Nueva Jersey; el condado de Fairfax, en Virginia (a las afueras de Washington D. C.); el condado de Cobb, en Georgia (a las afueras de Atlanta); el condado de DuPage, en Illinois (otra área a las afueras de Chicago) y el condado de Orange, en California, un auténtico símbolo de zona residencial exclusiva, sólo por nombrar unos pocos. O, para mantenernos dentro de los parámetros de este libro, Mission Hill, en Kansas, con mucho la ciudad más rica del estado, donde Bush consiguió un 71% frente al 25% de Gore. En el condado de Johnson, en Kansas, el más exclusivo del estado, Bush obtuvo una victoria clara: fue elegido con un 60% frente al 36% de Gore, de acuerdo con los resultados oficiales de las elecciones del estado de Kansas.

11. En un artículo del 21 de Octubre del 2003 en *The New York Times*, Brooks comentó que, de todos los demócratas que competían por el nombramiento presidencial de su partido, John Edwards es el que ofrece la “teoría más persuasiva” sobre el declive demócrata: “el pecado más recurrente de los demócratas a lo largo de las últimas décadas ha sido el esnobismo”.

12. Las opiniones de Richard Hofstadter sobre el lenguaje populista de las “dos naciones” resultan muy convincente, sobre todo dadas las actuales circunstancias. Véase el segundo capítulo de *The Age of Reform: From Bryan to F.D.R.* Nueva York, Knopf, 1955. La cita de Jerry Simpson puede verse en la p. 64. El famoso pasaje sobre las “dos naciones” de Dos Passos se encuentra en *El Gran Dinero*, el tercer volumen de la trilogía *U.S.A.*, Edhasa, Barcelona, 2007.

13. “La gente que levanta ‘cosas’ (ese grupo en... RÁPIDO... declive) son los nuevos parásitos que se aprovechan del síndrome del túnel carpiano que sufren las sufridas manos de los programadores informáticos”, protestaba Tom Peters en 1997 (*El Círculo de la Innovación: Amplíe su Camino al Éxito*. Ediciones Deusto, Barcelona, 2005). No estaba solo. El número de enero de 1998 de la revista *Wired* afirmaba: “Los ricos, la antigua clase ociosa, se está convirtiendo en la clase explotada. Y aquellos que siempre han sido considerados clase trabajadora se están convirtiendo en la clase ociosa”.

14. Ésta no es la primera vez que los conservadores han redescubierto las virtudes de una clase obrera conservadora después de un período de total reverencia por la clase media más creativa. Como Barbara Ehrenreich apunta en el tercer capítulo de *Fear of Falling: The Inner Life of the Middle Class* (Nueva York, HarperCollins, 1990), ocurrió lo mismo en los últimos años de los sesenta, la década que introdujo tantas de las fantasías revolucionadoras de la empresa que luego florecerían en la Nueva Economía de los noventa.

15. Véase “In Real Life” de Blake Hurst, en *The American Enterprise*, noviembre-diciembre 1999.

16. Según la imaginativa explicación de Brooks, los habitantes de los estados republicanos se sienten absolutamente cómodos con el capitalismo de libre mercado porque no conocen ni la envidia ni la necesidad. “En los lugares donde viven”, escribe, “pueden permitirse cualquier cosa que está en venta”. Por otra parte, a los que forman parte de los estados demócratas se les recuerda constantemente que hay personas que ocupan una posición superior a la suya en la escala social, debido simplemente a la dinámica del espacio de la ciudad. Es evidente que no existe ningún otro motivo para el descontento, lo cual nos lleva a la inequívoca conclusión de que nadie se quejaría nunca del capitalismo de libre mercado y muchas de las revoluciones, guerras y proyectos de asistencia social del último siglo podrían haberse evitado... si los ricos hubieran sabido esconderse mejor.

17. De hecho, el propio Brooks parece indeciso respecto a si la metáfora de la cafetería describe la realidad o si describe ideas conservadoras sobre dicha realidad. En su artículo sobre republicanos y demócratas publicado en 2001 en el *Atlantic Monthly*, que se cita aquí, la metáfora de la cafetería se presenta como una observación objetiva sobre la forma de vida estadounidense. El tema de la cafetería es como la vida misma. Brooks repite este argumento en la página de opinión del *New York Times* del 12 de enero de 2003, sólo que esta vez dijo que era algo con lo que “la mayoría de los estadounidenses” están de acuerdo y que lo reconocen instintivamente.



CAPÍTULO 2

EN LO MÁS PROFUNDO DE LA MENTALIDAD REPUBLICANA

Si es cierto que Estados Unidos ama la autenticidad, mi estado natal, Kansas, es sin duda un símbolo preeminente. Sea cual sea el estándar del momento para medir la honestidad –el realismo social de la WPA (una agencia estatal de ayuda a los desfavorecidos durante la Gran Depresión) en los años treinta o las teorías sobre los estados republicanos de los conservadores de hoy–, Kansas ocupará una de las primeras posiciones. Atendiendo a otros parámetros, puede que no le vaya demasiado bien, pero en lo referente a la búsqueda de símbolos de lo rústico, conservador, franco, adusto y básico de la bondad estadounidense, no tiene rival. Si estamos buscando americanismo al cien por cien, Kansas da un ciento diez por cien. Si lo que se celebra es el estoicismo práctico de la clase media votante de Nixon, no faltarán quien señale que Kansas es la más mediocre de toda Norteamérica, el centro exacto de los Estados Unidos continentales, de hecho. El vórtice de la nación, en palabras de Allen Ginsberg. Kansas es lo más profundo del país de Reagan, el corazón del interior, la gente de la tierra, el más republicano de los estados republicanos.

Kansas es lo que la ciudad de Nueva York no es: un lugar cándido, honesto, donde se habla claro, donde la gente es campechana, genuina y está en sintonía con los ritmos del universo. “¡Me encanta Kansas City!”, exclamó Ann Coulter en una entrevista que le hicieron en Nueva York. “Es mi lugar preferido del mundo. ¡Ay! Es ideal. O sea, eso es Estados Unidos. Es lo contrario de esta ciudad. Allí son americanos, son maravillosos, están defendiendo América. Quiero decir, ¡tienen tanto sentido común!”¹.

Coulter abraza un mito literario de larga tradición cuando se entusiasma de esta forma. Al igual que Peoria o Muncie, Kansas figura en la literatura y el cine como sustituta del país entero, la esencia destilada de lo que somos. “El habitante de Kansas”, escribió John Gunther en 1947, es “el más corriente de todos los estadounidenses, una especie de denominador común del continente”². Kansas está en “el punto medio de EE.UU.”; es el escenario de incontables fotos documentales de la era de la Depresión; es el hogar del chico listo de la oficina de correos que quiere ser corredor de bolsa en Wall Street. Es el lugar adonde Dorothy quiere regresar. Es donde crece Supermán. Es donde Bonnie y Clyde roban un coche y Elmer Gantry estudia la Biblia y los misiles intercontinentales rusos lo destruyen todo y el antihéroe mojigato de *Una tragedia americana* aprende las costumbres pecaminosas del mundo.

Este estado también posee un instinto innegable para lo corriente en la vida real. Es antiexótico, familiar incluso para el que nunca ha estado allí. Como destino turístico, Kansas figura el último de los estados con diferencia³, pero sigue siendo un popular campo de prueba para negocios de todo tipo. Ha sido un prolífico lugar de nacimiento de cadenas de restaurantes –Pizza Hut, White Castle y Applebees, por citar algunos–⁴ y abastece a la nación de presentadores, cómicos y actores de rostro saludable y acento neutro. Kansas City* es el hogar de las tarjetas Hallmark y del primer centro comercial del país levantado en un barrio residencial. Gracias a su infalible sentido para lo corriente, este estado es un productor político de primer rango, una fuente inagotable de estadistas campechanos⁵.

Su mediocridad también ha hecho de Kansas un símbolo de la estrechez de miras en el ancho

mundo de la rebeldía consumista, el vulgar sitio al que los actores que han dejado el estado dicen no pertenecer más cuando mascan un tipo de chicle especialmente mentolado o entran en una habitación llena de gente con peinados extravagantes. Recordemos las camisetas de finales de los ochenta con la burla: “Nueva York: esto no es Kansas” o aquellas películas de rebelión adolescente en que los estrictos ancianos de Kansas prohibían bailar y todos los jóvenes del campo, aburridos, deseaban escapar a Los Ángeles, donde podrían ser ellos mismos y adoptar su propio estilo de vida.

En política, sin embargo, donde los estadounidenses se arrodillan ante el altar del hombre corriente, la mediocridad convierte a los habitantes de Kansas en auténticos aristócratas. Sin tener en cuenta la posición social que realmente ostentan, se les considera a todos granjeros de pura cepa. Incluso los banqueros y magnates del petróleo, si proceden de Kansas, llevan consigo la autenticidad codiciada del verdadero estadounidense: hablan automáticamente con la voz del pueblo y desfilan por el escenario nacional con la abrumadora seguridad en sí mismos que una vez perteneció a los esforzados hijos del trabajo duro. Por eso el senador Sam Brownback, miembro de una de las familias más adineradas del estado y amigo leal de la clase de los ejecutivos, se refiere a sí mismo en el Congreso como “granjero de Parker, Kansas”. Por eso Bob Dole, ese consumado conocedor de Washington, dio comienzo a su campaña presidencial de 1996 quejándose de que “nuestros líderes han crecido demasiado aislados de lugares como Topeka, avergonzados de esos valores”.

Pero la mediocridad simpática no ha sido siempre el mito característico de este lugar. Hace un siglo, el estereotipo preferido de Kansas no era la tierra de la normalidad sino el estado de lo insólito⁶. Hervía de fanáticos religiosos, demagogos chiflados y alarmantes híbridos de ambos como el abolicionista homicida John Brown, generalmente considerado como santo patrón del estado, y la rabiosa prohibicionista Carry A. Nation, que demostraba su aversión por el alcohol destrozando bares con un hacha. Kansas era un lugar violento, radical y puede que incluso trastornado tanto por naturaleza como por las circunstancias en que fue fundado. Al principio estaba poblado por abolicionistas del Este y agricultores colonos que se dirigieron allí para impedir a los de Missouri avanzar hacia el oeste, en otras palabras, para contener el “poder de los esclavos” por la fuerza. En poco tiempo, la extrema brutalidad de la guerra fronteriza que libraban colocó a Kansas en los titulares de todo el mundo. También se encuentran allí Dodge City y Abilene, famosas por sus pintorescos homicidios al estilo *cowboy*, amén de gran parte de los tornados del país y, ya en el siglo veinte, las tormentas de polvo, que arrasaron granjas y desperdigaron el suelo fértil de la región entera por la inmensidad del cielo azul. Los primeros registros del estado hablan incluso de colonos que se volvieron locos por el rumor constante del viento.

Políticamente, Kansas es lo que en jerga de marketing se llama un “adoptador precoz”, un estado donde las panaceas ideológicas de cada momento –del amor libre a la Ley Seca, del comunismo utópico a la Sociedad John Birch– fueron abrazadas rápida y apasionadamente. En los años treinta, el estado estuvo a punto de elegir como gobernador a un aclamado radiólogo que afirmaba devolver la virilidad transplantando testículos de machos cabríos a humanos.

Pero fueron los brotes periódicos de radicalismo de izquierdas los que realmente marcaron a Kansas con la señal de lo insólito. En el siglo xix había agitaciones obreras y movimientos protosocialistas de reforma por todo el país, cierto, pero en Kansas los radicales se situaban a la cabeza. Era como si el paisaje desierto provocara sueños de una sociedad que empezara de cero, un lugar donde las instituciones pudieran rehacerse como la mente humana estimara conveniente. Los mapas del estado en la década de los ochenta del siglo xix muestran una aldea (ya desaparecida) llamada Radical City; en el cercano Crawford County, el pueblo de Girard era el hogar del *Appeal to Reason* (“Llamamiento a la Razón”), un periódico socialista cuya tirada era de cientos de miles de

ejemplares. En el mismo pueblo, en 1908, Eugene Debs pronunció un discurso apasionado aceptando su nombramiento como candidato a la presidencia por el Partido Socialista; en 1912 Debs incluso ganó en Crawford County, uno de los cuatro condados del país en los que venció (todos estaban en el Medio Oeste). En 1910 Theodore Roosevelt pronosticó su propia inclinación hacia la izquierda cuando viajó a Kansas y pronunció un incendiario discurso en Osawatomie, el que fuera hogar de John Brown⁷.

El desmadre más famoso de todos fue el Populismo, el primero de los grandes movimientos de izquierdas estadounidenses*. Se extendió por muchos estados –en la última década del siglo XIX llegó a Texas, el Sur y el Oeste– pero Kansas fue el lugar que realmente se distinguió por su entusiasmo. Al borde de la ruina tras años de precios bajos, endeudamiento y deflación, los granjeros del estado convocaron enormes reuniones donde agitadores autóctonos como Mary Elizabeth Lease les exhortaban a “cultivar menos maíz y más jaleo”. Los campesinos radicalizados se manifestaban en los pueblos pequeños durante días enteros protestando furiosamente contra lo que ellos llamaban “el poder del dinero”. Y pese a todo el clamor, lograron coger completamente desprevenidos a los tradicionales dirigentes republicanos del estado en 1890, barriendo a los pequeños dirigentes de provincias fuera del gobierno y acabando con las carreras de muchos políticos de profesión. En la década siguiente eligieron gobernadores populistas, senadores populistas, congresistas populistas, jueces populistas del Tribunal Supremo, ayuntamientos populistas y probablemente también guardianes populistas de perreras; hombres de ideas firmes, apodos curiosos y un acento llamativo.

Hoy en día, las demandas del Populismo no parecen tan descabelladas: querían varios programas agrícolas, la propiedad estatal de los ferrocarriles, un impuesto progresivo sobre la renta para financiar todos sus planes y una divisa de plata o incluso de papel moneda. En aquel entonces, no obstante, la opinión pública los condenó por su radicalismo. Los periodistas del *New York Times* no vieron en ellos la encarnación misma del americanismo sin pretensiones propio de un “estado republicano”. Al contrario, dichos periódicos les insultaban por su burdo ataque a la ortodoxia del libre mercado. El golpe más brutal, a pesar de todo, vino de uno de los suyos: William Allen White, director del diario *Emporia* y más tarde conocido como la voz de la Norteamérica provinciana, quien arremetió contra el Populismo en un ensayo de 1896 titulado “¿Qué pasa con Kansas?”. El artículo es un ejemplo clásico de reformulación política. Estableciendo desde este momento la base de la respetabilidad republicana, White, un poeta de talento con ambiciones empresariales, culpaba a los radicales de Kansas de arruinar la economía del estado con su actitud cínica y herética.

¡Este es un estado del que hay que sentirse orgullosos! ¡Somos un pueblo que puede llevar bien alta la cabeza! Lo que necesitamos no es más dinero, sino menos capital, menos camisas blancas y lumbres, menos gente con mentalidad de negocios y más de esos tipos que presumen de ser “sólo campesinos normales y corrientes, pero que saben más sobre finanzas que John Sherman”. Necesitamos más hombres... que odien la prosperidad y que piensen que un hombre que crea en el honor nacional es una herramienta de Wall Street⁸.

La campaña de McKinley seleccionó el ensayo y lo reeditó hasta la saciedad para usarlo contra William Jennings Bryan, lo que hizo de White una inmediata celebridad republicana.

Otros observadores vieron en los multitudinarios mítines del movimiento y en el lenguaje sencillo las señales de una “cruzada religiosa”. El Populismo era, como dijo un habitante de Kansas, un “Pentecostés político en que una lengua de fuego se posaba sobre los hombres, que hablaban según el Espíritu los inducía a expresarse”⁹. Esto no dista mucho de cómo entendieron los populistas su movimiento: una especie de revelación, el instante en que una generación entera de “tontos de

Kansas” comprendió que toda su vida había estado engañada. Gobernarán los republicanos o los demócratas, la política dominante era una “falsa batalla” que distraía a la nación de su verdadero problema: el capitalismo empresarial.

Una de las primeras víctimas electorales del Populismo fue el entonces famoso senador estadounidense John J. Ingalls, al que los electores echaron del poder legislativo estatal en medio de la avalancha de 1890 para hacer sitio a un hombre cuya barba le llegaba a la cintura. Sorprendido de su mala suerte, Ingalls hizo una clásica denuncia del perturbado espíritu de Kansas.

Durante una generación, Kansas ha sido el campo de pruebas para todos los experimentos en moralidad, política y vida social. Se podía dudar de todas las instituciones en vigor. No se ha venerado ni reverenciado nada sólo porque exista o haya perdurado. La Ley Seca, el sufragio femenino, la moneda fiduciaria, el bimetalmismo, todos los sueños incoherentes y quiméricos de reforma y mejora social, todos los errores económicos que hayan embelesado la nublada inteligencia de los fanáticos, todas las falacias políticas alimentadas por la desgracia, la pobreza y el fracaso que hayan sido rechazadas en otra parte, han encontrado aquí tolerancia y apoyo¹⁰.

Hoy los dos mitos son uno solo. Puede que Kansas sea la tierra de la mediocridad, pero es una mediocridad indignada, militante, fanática. La Kansas actual es una región asolada por el conservadurismo donde la propaganda del Contragolpe se ha entrelazado con el tejido de la vida cotidiana. La gente de las afueras de Kansas City denigra a la élite cosmopolita inmoral de Nueva York y Washington D. C.; la gente de la Kansas rural denigra a la élite cosmopolita inmoral de Topeka y de las afueras de Kansas City. Las tiendas de equipamiento de supervivencia florecen en los centros comerciales de barrio. La gente envía felicitaciones de Navidad instando a sus amigos a mirar el lado bueno del terrorismo islámico, ya que el Rapto* es inminente.

Bajo la sencilla bandera demócrata del estado se reúnen hoy algunos de los chiflados, conspiradores y catastrofistas más extravagantes que haya visto nunca la República. La pizarra de las escuelas de Kansas dibuja las carcajadas del mundo porque la ciencia del estado haya eliminado las referencias a la teoría de la evolución. Ciudades grandes y pequeñas alrededor del estado todavía se resisten a la fluorización del agua, mientras una diminuta aldea va un paso más allá al exigir armas de fuego en todas las casas. Una política importante expresa en público sus dudas sobre la sensatez de que exista el sufragio femenino, mientras otro político propone que el estado venda la autopista de peaje de Kansas para resolver su crisis presupuestaria. Los habitantes empobrecidos de las zonas rurales de mayor atractivo paisajístico luchan con determinación fanática para prevenir que se abra un parque nacional en su vecindario, mientras que el programa Rails-to-Trails, que convierte antiguas vías férreas en sendas de turismo y en el resto de los Estados Unidos se considera un proyecto inofensivo destinado a la diversión familiar, es desecharlo en Kansas por creerlo un plan diabólico contra los derechos de los terratenientes. La Operación Rescate elige Wichita como escenario para su gran ofensiva contra el aborto, convocando a la ciudad a 30.000 fundamentalistas que bloquean el tráfico y se encadenan a vallas. Un pastor de Topeka recorre el país aconsejando a los estadounidenses amar el odio sagrado de Dios, presentándose en cualquier lugar en el que un homosexual haya sido noticia para anunciar que “Dios odia a los maricas”. Los amantes de las técnicas de supervivencia y los secesionistas sueñan con reuniones secretas en la llanura solitaria; católicos cismáticos declaran que el propio Papa no es lo suficientemente católico; grupos antisemitas de Posse Comitatus celebran juicios imaginarios en los que condenan a las autoridades estatales que han participado en procesos jurídicos reales; y terroristas autóctonos intercambian sus teorías sobre la conspiración en una casa de Dickinson County antes de asesinar un golpe contra el

gobierno de Oklahoma City.

Con su implacable amargura, Kansas es un reflejo de todos nosotros. Si éste es el sitio donde Estados Unidos busca su espíritu nacional, entonces es donde va a encontrar que su espíritu, después de asimilar el resentimiento visceral del Contragolpe, se ha equivocado de camino. Si Kansas es la esencia concentrada de la normalidad, no debemos extrañarnos de que sea el lugar donde lo desquiciado se convierte gradualmente en lo normal, donde vemos esas caras sanas, confiadas, tranquilizadoras, inconfundiblemente estadounidenses –el líder de la clase, el capitán del equipo de fútbol americano, el universitario que recibe una beca para viajar a Oxford, el corredor de bolsa, el emprendedor industrial– y nos damos cuenta de que estamos delante de un lunático.

De acuerdo con la visión que tiene el Contragolpe de lo que supuestamente es Estados Unidos, la gente de lugares como Kansas es parte de una gran familia que exhibe la solidaridad cómoda del patriotismo, el trabajo duro y la habilidad universal de identificar la soja en el campo. Pero está claro que éste no es el caso. En todo el país, tanto en los estados republicanos como en los demócratas, diferentes comunidades mantienen diferentes industrias y sufren destinos drásticamente diferentes. Y en Kansas, fiel a su reputación como microcosmos de Estados Unidos, se pueden encontrar cada uno de los elementos básicos de la mezcla de estratos económicos norteamericanos. En los barrios residenciales pijos del condado de Johnson en Kansas City, empleados “creativos” de oficinas desarrollan estrategias empresariales mientras toman cafés *latte*. En Wichita, trabajadores sindicados fabrican aviones. Más al oeste, en Garden City, trabajadores inmigrantes mal pagados matan vacas. Y en medio de todos están los granjeros que luchan por ganarse la vida en la tierra más fértil y productiva del mundo.

Empecemos nuestro análisis del estado por los habitantes de Kansas que no sufren ningún trastorno, los que saben precisamente dónde residen sus intereses y cómo conseguir lo que quieren. En 2003, de hecho, los gustos, costumbres y andanzas de este tipo de habitante fueron objeto de un minucioso y exhaustivo análisis en los medios de comunicación gracias a tres escándalos corporativos locales. Al igual que los casos Enron y WorldCom ilustraban a la nación sobre el daño causado por los ejecutivos de las empresas, tres desastres corporativos similares, a una escala ligeramente inferior, enseñaban a los ciudadanos de Kansas las mismas lecciones sobre las élites autóctonas y, dicho sea de paso, sobre la verdadera naturaleza del clima económico que ha creado el conservadurismo. Cada uno de los tres casos, al igual que los escándalos mayores de Enron y WorldCom, implicaba a una empresa de servicios casi públicos cuya dirección se había embriagado con los efluvios de las teorías de la Nueva Economía. En cada uno de ellos, los jefes, que siempre eran proclamados genios, se habían propuesto librarse de la monotonía del servicio público para estafar al mundo. Y en todos los casos los planes fracasaron por las razones habituales, mientras los trabajadores y los clientes se tiraban de los pelos y mamá y papá accionistas se daban cuenta de que, después de todo, no iban a jubilarse en Hawái.

En la ciudad de Topeka se encuentra la mayor empresa de energía del estado, que una vez llevó el humilde nombre de Western Resources. Pero la humildad no iba a ser el destino de Western. Cuando esta empresa se miró en el espejo, vio la imagen de un grupo que configuraría el sector. Así que tras perder casi un siglo jugando al juego reglamentado y aburrido de la empresa de servicio público, a mediados de los noventa Western llevó a Topeka a un tal David Wittig, un ostentoso experto en fusiones y adquisiciones de Salomon Brothers, la agencia de valores de Wall Street, que tenía la intención de llevar a cabo algunas fusiones y adquisiciones, preferiblemente en áreas no sujetas a la regulación estatal¹¹. En un determinado momento llegó a proponer un trato mediante el cual los esforzados contribuyentes de Kansas tendrían que cargar con las deudas acumuladas por la empresa

pública de Topeka en todas estas aventuras corporativas mientras el propio Wittig dirigía las inversiones no reguladas, mucho más apasionantes. El procedimiento fue el habitual: socializar el riesgo y privatizar los beneficios¹². En el camino hacia este instante de iluminación, la compañía encontró un “director de estrategia”, un hangar para sus aviones y un nuevo nombre: Westar.

Westar nunca llegó a convertirse en una empresa líder del sector. Sus inversiones resultaron desacertadas y las acciones del grupo, muy extendidas en Kansas, cayeron un setenta y tres por ciento respecto a los niveles alcanzados en 1998. El propio Wittig, sin embargo, se convirtió en líder de Topeka. Siguió ganando millones de dólares en compensaciones mientras la cotización de la compañía caía en picado y se despedía a los trabajadores para reducir costes. Wittig volaba frecuentemente a Europa y a los Hamptons, la zona de vacaciones para ricos en Nueva York, en aviones de la empresa; se gastó seis millones y medio de dólares para decorar la suite ejecutiva de la compañía según los planos de Marc Charbonnet, un famoso diseñador de interiores de Nueva York*; incluso compró la vieja mansión del héroe local Alf Landon y el propio Charbonnet la reformó con gran ostentosidad. Al mismo tiempo, se expulsó a los disidentes del consejo de administración de Westar y de una u otra manera se les impidió entrar en los nuevos y lujosos despachos¹³. Cuando Wittig dejó definitivamente la empresa en 2002 gracias a una comprometida acusación de blanqueo de dinero no relacionada con Westar (el presidente de un banco de Topeka había aprobado un préstamo de un millón y medio de dólares a Wittig, cantidad que éste luego le prestó al presidente del banco), los titulares locales anunciaron que podía llegar a recibir unos 42,5 millones más por compensaciones acumuladas.

Justo al otro lado de la línea fronteriza del estado con Missouri se desarrollaba una historia parecida. Implicaba a una compañía eléctrica cuyo modesto nombre original había sido Servicio Público de Missouri... luego había evolucionado a Utilicorp y, más tarde, librándose de los opresivos grilletes de su origen semántico, a Aquila. La idea misma de servicio público también se dejó atrás mientras Aquila se preparaba para la gran utopía competitiva que estaba por venir, adquiriendo empresas de servicio público por todo el país y el extranjero, invirtiendo grandes cantidades en fibra óptica (¡nunca tenían suficiente fibra óptica!), y poniendo en marcha una arriesgada división de compraventa de energía donde trataban de reproducir el éxito espectacular del que entonces gozaba Enron, ídolo de los gurús ejecutivos. En Aquila, los genios residentes eran los hermanos Robert y Richard Green, que se turnaban en el puesto de consejero delegado. Y luego llegaron las conocidas etapas del desastre: las agencias de calificación rebajan los bonos a la categoría de inversión basura; los despidos masivos; la cotización que cae en picado y pierde hasta un 96%; y la revelación pública de que Richard Green había sacado 21,6 millones de dólares durante los años de la quiebra, mientras Robert se llevaba a casa 19 millones de dólares más una indemnización por despido de 7,6 millones de dólares adicionales cuando dejó el barco que se hundía. Que los reguladores se encarguen de limpiar los restos¹⁴.

Luego está Sprint, el conocido proveedor de servicios de telefonía móvil y de larga distancia, que nació como una pequeña compañía telefónica de Kansas llamada United Telecommunications. La revolución del libre mercado de los noventa convirtió rápidamente a este perezoso negocio local en una superpotencia de las telecomunicaciones, un titán en el campo más legendario de la Nueva Economía. En 1999, Sprint era la mayor empresa en el área de Kansas City y estaba construyendo una ciudad corporativa descomunal en el condado de Johnson, junto a Overland Park, que tendría un espacio de 1,3 millones de metros cuadrados para oficinas, 16 aparcamientos y su propio código postal. Era lo habitual en el sector. En el mundo de las telecomunicaciones todo era más grande. Las sumas que se embolsaban los que estaban en el bando vencedor del gran despertar capitalista eran

obscenas, mientras que la retórica que les alentaba era ultraterrena, grandiosa, utópica. Se hablaba de la abolición de la distancia, los directivos “visionarios”, el “telecosmos”. Por desgracia, todo aquel dinero e idolatría fomentó lo que ha resultado ser una asombrosa cantidad de fraude y especulación¹⁵.

Sprint estaba a otro nivel. Aquí el maestro revolucionador fue William T. Esrey, oriundo de Kansas City y respetado por los periodistas de información financiera. El gran momento de Esrey fue también el clímax de la burbuja de las telecomunicaciones: el plan de fusión con WorldCom en 1999 que, con un valor de 129.000 millones de dólares, habría sido la mayor de todos los tiempos y naturalmente obligaría a Sprint a trasladarse a la ciudad natal de WorldCom. Los medios de comunicación nacionales daban volteretas aclamando a Esrey por forjar tamaño triunfo. Sin embargo, lo que realmente forjó fue un lugar destacado en el archivo de delincuentes de la avaricia financiera personal. Como condición para la operación, a él y a sus lugartenientes se les entregarían generosísimas partidas de *stock options* –por valor de 311 millones de dólares entre Esrey y Ronald LeMay, su mano derecha– tanto si los reguladores aprobaban la fusión como si no¹⁶.

Los ciudadanos de Kansas se quedaron atónitos. No tanto por las *stock options*, que en cierto modo se consideraban algo normal en aquella época de culto al consejero delegado, sino por la posibilidad de que la mayor empresa de la ciudad hiciera la maleta y desapareciera. La amenaza era especialmente grave en la jovial zona residencial de Overland Park, donde el estilo corporativo es casi una religión y donde faltaba poco para terminar la gigantesca ciudad corporativa de Sprint. ¿Era éste el pago por el “liderazgo”, la “excelencia”, la liberalización? ¿Se convertiría ahora la periferia sur de la ciudad, que había sido rediseñada para satisfacer al gigante de las telecomunicaciones, en un pueblo fantasma de la Nueva Economía? ¿Quién llenaría aquellos aparcamientos, quién pagaría por las ventajas de aquellas urbanizaciones con control de acceso, quién jugaría en todos aquellos campos de golf de diseño?*.

Como todos sabemos, los reguladores federales rechazaron la fusión, salvándole el culo republicano a Overland Park. Pese a todo, Esrey y su pandilla recibieron sus millones según lo acordado. Pero entre finales de 1999 y el verano de 2002 los accionistas de Sprint vieron cómo el valor de sus participaciones caía un noventa por ciento en el momento en que el éxtasis de las telecomunicaciones daba paso a la realidad. A principios de 2003, Sprint había despedido a más de 17.000 trabajadores. WorldCom, mientras tanto, confesaba un fraude contable a una escala sin precedentes y a continuación se declaraba en bancarrota. El último acto tuvo lugar en febrero de 2003, cuando Hacienda puso en duda los escudos fiscales donde Esrey y LeMay habían escondido su botín. Se descubrió que ninguno de los dos había vendido las acciones que recibieron allá por 1999 y que ahora, en una época mucho más austera, acumulaban una deuda con hacienda propia de la época de la burbuja. Sprint dio respuesta a sus penas despidiéndolos.

En el momento de su estrellato corporativo, Bill Esrey de Sprint y Bob Green de Aquila vivían en Mission Hills (Kansas), un pequeño barrio residencial de Kansas City. Por su parte, David Wittig creció en el siguiente barrio hacia el sur, mientras que Ronald LeMay vivía unas cuantas manzanas más al este. De hecho, la mansión neoclásica con tejado de pizarra de Green está a sólo unos minutos caminando del palacio normando con torreones de Esrey, que a su vez está situado al lado de la rústica casa solariega francesa de Irvine Hockaday, un ejecutivo jubilado de Hallmark que fue miembro de los consejos de las empresas de los dos. Y muy cerca están desperdigados los domicilios de los dueños de H&R Block, Hallmark y Marion Merrell Dow, además de las algo menos imponentes fincas de varios directores de bancos regionales, magnates de la prensa y los omnipresentes promotores inmobiliarios de zonas residenciales. Incluso el gobernador de Kansas

vivió aquí una temporada en la década de los noventa, en una casa de las afueras que estaba a menos de una manzana de la frontera con Missouri.

Los periódicos de otras ciudades suelen calificar de *estrechamente unida* a la “comunidad empresarial” de Kansas City. David Brooks diría que los propietarios de esa ciudad son sólo gente a la que le gusta reunirse en la cafetería de la vida en torno a una mesa muy pequeña pero bien abastecida. No obstante, sería más correcto hablar de ellos como una *élite*. De hecho, es la misma palabra empleada por la revista de negocios local que publica cada año un número especial sobre “La Élite del Poder” en el que ensayos aduladores sobre la naturaleza del poder acompañan a un ranking de la pujanza relativa que tienen los hombres importantes, igual que otras revistas clasifican restaurantes, películas o coches.

Mission Hills es un ejemplo representativo de cómo viven las élites. Sus 3,2 kilómetros cuadrados de ondulante exquisitez ajardinada albergan una población de cerca de 3.600 habitantes con unos ingresos medios anuales por familia de 188.821 dólares, lo que la convierte en la ciudad más rica de Kansas con diferencia y en una de las más ricas del país¹⁷. Unida a las poblaciones colindantes, genera más dinero con contribuciones individuales a los dos partidos políticos que el resto de Kansas¹⁸. Pero llamarla ciudad, aunque sea técnicamente correcto, puede conducir a engaño. Mission Hills posee tres clubs sociales y una iglesia pero no tiene tiendas de ningún tipo. Su población es más o menos la misma que la de los dos edificios que rodean mi apartamento de Chicago. En la mayoría de lugares no hay autobuses, trenes de cercanías, ni siquiera aceras decentes. Lo que hay son mansiones, modernas y coloniales, extravagantes y discretas, ocultas en inmensos jardines cuidados con buen gusto que se extienden hacia el horizonte.

Evidentemente, Mission Hills no es representativa de todo Kansas, pero es el hogar de mi familia, mi pueblo en la pradera, y nos servirá mucho mejor como introducción al estilo de vida del misterioso Medio Oeste de lo que lo harían miles de reflexiones sentimentales sobre el noble republicano frente el arrogante demócrata. Cuando se construyó tras la Primera Guerra Mundial, Mission Hills no era más que una ampliación del barrio más próspero de Kansas City conocido como Country Club District. El resto de esta sofisticada zona, incluyendo el famoso Country Club Plaza, el primer centro comercial en una zona residencial del mundo, estaba en Missouri. Mission Hills era el nombre que se le daba a la parte que traspasaba la State Line Road adentrándose en el condado de Johnson del estado de Kansas. En aquellos tiempos no había casi nada al sur o al oeste de Mission Hills. En lo relacionado con la canalización del agua y los servicios postales, se consideraba que esta zona era parte de Kansas City, Missouri¹⁹.

Cuando mi familia se mudó a Mission Hills al final del periodo alcista de los mercados en los sesenta, era un barrio residencial donde los médicos y abogados se codeaban con los ejecutivos; donde uno encontraba Pontiacs, tractores cortacésped y canchas de baloncesto a la entrada del domicilio, e incluso alguna hacienda con tejado de asfalto. Las grandiosas casas antiguas de los primitivos habitantes estaban ya cubiertas de vegetación y no se veían desde la calle por culpa de los arbustos y las malas hierbas que se habían descuidado durante años. Con su pintoresco deterioro, estos palacios sombríos despertaron una fascinación mórbida en mis hermanos y en mí en los turbulentos años setenta. Ya de niños sabíamos que estas viviendas eran reliquias de un pasado muerto, de un tiempo en que la gente tenía sirvientes y jardineros y coches hechos a mano. En nuestra época de decadencia y pérdida de poder adquisitivo el solo hecho de calentarlas resultaba extremadamente caro, por no hablar de lo que costaba ocuparse de sus enormes jardines. Vimos como un riachuelo le iba ganando terreno a un belvedere de piedra maciza, un disparate de algún millonario de aquel tiempo perdido, hasta que tras un temporal de lluvias no quedaron más que

ruinas. En 1987, la casa más grande de Mission Hills, un edificio señorial inglés de casi 3.700 metros cuadrados que había sido hogar del hombre que inventó el Eskimo Pie –el primer helado de vainilla cubierto de chocolate que se vendió en EE.UU. y Canadá–, estuvo desamparada en el mercado inmobiliario durante meses, incapaz de encontrar un comprador²⁰.

Nouento todo esto para restarle importancia a la prosperidad del barrio residencial, sino para señalar que era una prosperidad muy diferente a la que vemos en la actualidad. Ya nadie siega su propio jardín en Mission Hills y solamente un jardinero de los muchos que trabajan en la zona aparcaría un Pontiac allí. Los médicos que vivían cerca de nosotros en los setenta han ido saliendo de la zona para dar entrada a banqueros, agentes de bolsa y ejecutivos que les han doblado una y otra vez en el circuito del estatus y los ingresos. Cada vez que visitaba Mission Hills en los noventa, habían derribado otra de las casas más modestas de nuestro vecindario y la habían sustituido por un edificio mucho más grande, una residencia rural lujosa de piedra de tres pisos repleta de torrecillas, terrazas, buhardillas, miradores y un garaje para tres coches. A los antiguos palacios sombríos de los años veinte les habían salido elegantes tejados de pizarra, jardines impecablemente confeccionados, puertas de entrada teledirigidas y en ocasiones ampliaciones completamente nuevas. A una mole impresionante de nuestra calle le habían instalado canalones relucientes hechos íntegramente de cobre. Y una casa nueva a poca distancia de la finca de Esrey es tan grande que tiene *dos* garajes para varios coches, uno en cada extremo.

Estos cambios no son exclusivos de Mission Hills. Lo que ha ocurrido allí es algo habitual dentro de su carácter excéntrico. Se pueden observar los mismos cambios en Shaker Heights, La Jolla, Winnetka o el pueblo natal de Ann Coulter: New Canaan, en Connecticut. Reflejan la más dura y simple de las realidades económicas: las fortunas de Mission Hills aumentan y disminuyen de forma inversamente proporcional a las fortunas de la gente trabajadora normal y corriente. Cuando los trabajadores tienen más poder, los impuestos son elevados y la mano de obra cara (como era el caso desde la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los setenta), las casas que se construyen son más pequeñas, los coches, familiares, los criados son poco habituales y el aspecto descuidado se pone de moda en los círculos de la jardinería. La gente lee novelas sobre extravagantes aristócratas ingleses atrapados en una era democrática y suspira tristemente por su mundo perdido.

Cuando los trabajadores son impotentes, los impuestos bajos y la mano de obra barata (como en los años veinte y de nuevo en la actualidad), Mission Hills se cubre con resplandecientes vestidos en verde y dorado. La rentabilidad de las acciones es óptima, las gratificaciones de la empresa son sustanciosas, uno se puede permitir tener criados y el barrio residencial se da cuenta de que la vida aristocrática no ha desaparecido después de todo. Así que se construyen ampliaciones, fuentes y terrazas de estilo italiano con vistas a jardines de flores de proporciones olímpicas conservadas en buen estado por jornaleros que trabajan por turnos. La gente lee libros sobre la gloria del Imperio. Los chavales se compran Porsches o todoterrenos al cumplir dieciséis años; las casas con tejados de asfalto van desapareciendo; las alas que se cerraron se reabren triunfalmente, y todo vuelve a su antiguo esplendor. Los tiempos pueden ser difíciles en otros lugares, pero aquí los acontecimientos han creado un paraíso en la tierra, una colonia de recreo salida de un cuadro de Maxfield Parrish.

Para mi familia, esta serie de acontecimientos no ha sido precisamente favorable. Aunque resulte tranquilizador tener un vecino que vaya de un lado a otro del edificio en un Ferrari Superamerica, la plutocratización de Mission Hills ha mandado a los Frank en dirección opuesta. La sencilla casa de mi padre ahora sólo se valora por el solar en el que se encuentra –sus amigos la llaman “la Ruina”– y ser consciente de esto le ha hecho perder por completo sus ganas de mantenerla. La ciudad le ha llegado a enviar avisos para que mantenga el césped segado. Es esa clase de sitio.

Si uno crece en Mission Hills aprende rápido los límites y costumbres de las personalidades locales: el colegio de secundaria privado al que asisten todos los hijos de los directivos de empresas, las universidades esnob en las que todos planean entrar en unos años, los negocios familiares que podrían heredar, las fuerzas privadas de seguridad a las que mantienen, el club de campo súper exclusivo al que todos pertenecen –el cual, por cierto, fue también el lugar de votación designado para nuestro rincón de Mission Hills, el sitio donde teníamos que ir a votar, pese al hecho de que a mucha gente del vecindario nunca se le permitiría hacerse socia.

Curiosamente, uno se va enterando de que muchos de los padres ricos de sus amigos están en la cárcel. La epidemia del delito corporativo es la silenciosa acompañante de la vida feliz del barrio residencial, el compañero desagradable de su tranquila domesticidad y de la adulación compulsiva de sus cortesanos. Además de los ejecutivos caídos en desgracia como Esrey y Green, Mission Hills es hogar de numerosos ladrones a pequeña escala, desfalcadores, evasores de impuestos, defraudadores inmobiliarios y falsificadores de cheques. Hasta los niños son pequeños matones con frecuencia: cuando tenía diez años me amenazó un chico que empuñaba una navaja automática y que hoy es el presidente de un prestigioso banco local. Con diecinueve, vi a una pandilla de las clases más altas de Kansas City, con sus shorts de Madrás y sus polos del uniforme, esnifando cocaína en una fiesta que se celebraba en una mansión señorial estilo Tudor de una eminencia del barrio. Crecer aquí le enseña a uno la lección inolvidable de que la riqueza tiene algún vínculo secreto con la delincuencia –y con el consumo de drogas, la intimidación, la mentira, el adulterio y los delirios desorbitados de grandeza.

Cuando descubrí que Mission Hills había sido diseñada por los mismos arquitectos paisajistas responsables de River Oaks en Houston, donde viven Ken Lay y otros ejecutivos de Enron, empecé a sospechar que los jardines elegantemente arbolados eran de algún modo los culpables de transformar a los hombres buenos en malos con sus misteriosos murmullos selváticos. Pero la importancia del componente criminal aquí probablemente se deba a la exención ilimitada de impuestos sobre la propiedad en Kansas, lo que permite a aquellos que se declaran en bancarrota mantener su residencia. Naturalmente, la gente que estaba a punto de hundirse quería las casas más caras disponibles, de tal manera que Mission Hills se convirtió en un imán para los que tenían problemas con la justicia en la región. Eso sumado a lo cercano a la delincuencia que se encuentra el capitalismo en sí, una condición que se ha acentuado bruscamente en buena parte del mundo durante los últimos años.

Hasta la Segunda Guerra Mundial, no había mucho desarrollo en el condado de Johnson (Kansas), aparte de Mission Hills. Aquel suburbio estaba entonces en las afueras de la ciudad, un refugio semirrural para los ricos de Kansas City. Pero de aquella diminuta y próspera bellota ha crecido un imponente bosque periférico. El cambio tuvo lugar repentinamente en los años que siguieron a la guerra. Como ocurrió en tantos sitios, los préstamos federales asequibles hicieron posible una instantánea metrópoli suburbana, millas y millas de ranchos, casas de dos pisos y centros comerciales que las heroicas promotoras inmobiliarias erigieron en muy poco tiempo.

La segunda etapa del boom del condado de Johnson, al igual que en la mayor parte de la Norteamérica residencial, fue desencadenada por la ley de 1954 que suprimía la segregación racial en la universidad y recibió un impulso adicional en la consiguiente espantada de los blancos de Kansas City. La tercera fase, en los años ochenta y noventa, llegó cuando la Kansas City empresarial hizo la maleta y trasladó sus activos a la periferia del condado de Johnson, donde ya vivían sus ejecutivos. Hoy los barrios residenciales del condado se extienden quince millas hacia el sur y el oeste desde Mission Hills, eclipsando prácticamente a la propia Kansas City y modificando el

aspecto de todo el estado. Actualmente, el condado de Johnson alberga en conjunto a más de 450.000 personas, lo que la convierte en la mayor área metropolitana del estado²¹.

El resultado ha sido uno de los casos más extremos de crecimiento urbano de baja densidad que ha habido en el país²². Cuando iba al instituto nuestros vecinos trabajaban, compraban y daban rienda suelta a sus vicios en Kansas City (Missouri); hoy todos ellos van en otra dirección, en la dirección opuesta: hacia finales de los noventa, el centro de gravedad del área metropolitana se había desplazado al punto más periférico de las afueras de Kansas. El más grande de los barrios residenciales, el antes mencionado Overland Park, soñaba con competir con la propia Kansas City. Se construyeron hoteles y un centro de convenciones, con la esperanza de sustraer aún más energía a la agonizante metrópolis; se levantaron centros comerciales a un ritmo vertiginoso; se edificó un nuevo distrito de oficinas junto a mini-rascacielos de cristal en el extremo sur del pueblo; y se trazaron subdivisiones interminables, una fortificación cubierta de tejados de madera que se extiende sobre las colinas hasta donde alcanza la vista. Y como hemos visto, Overland Park convenció a Sprint de que eligiera este escenario para su ciudad corporativa de 16 aparcamientos.

Hoy, el condado de Johnson es un enorme imperio suburbano, un feliz hervidero de autopistas, centros comerciales y construcción interminable; de colonias residenciales idénticas, pretenciosos nombres europeos de calles, distritos escolares de excelentes resultados académicos y casas de tamaños excesivos edificadas según una de las cuatro modelos disponibles. Según los criterios del mundo empresarial estadounidense contemporáneo, es una historia con final feliz. Johnson es con mucho el condado más rico de Kansas²³, y el éxtasis neoliberal de la Nueva Economía en los noventa le fue de gran ayuda a pesar de los escándalos. Las telecomunicaciones y la dirección de empresa eran los empleos donde había que estar y la población del condado aumentó en el transcurso de la década en casi 100.000 personas, una oleada constante de gente de clase media que llenaba sus complejos de oficinas y asimilaba la falsa cordialidad de sus restaurantes de comida rápida Fuddruckers y TGI Friday. El condado de Johnson es también uno de los lugares más republicanos del país. Aquí hay más del doble de republicanos registrados que de demócratas. De los 22 diputados de la Cámara de Kansas, sólo uno es demócrata.

Allá por los ochenta, el periodista Richard Rhodes definió el sitio con tan sólo dos palabras: *Cupcake Land*^{24*}. Para fastidio de los líderes locales, el apodo se sigue utilizando. Cupcake Land es una metrópolis construida totalmente de acuerdo al proyecto de una inmobiliaria sin dejar que se entrometan proles encolerizadas o políticas étnicas como en la cercana Kansas City. Cupcake Land no fomenta ninguna cultura salvo la que hace aumentar el valor de la propiedad; no apoya ningún aprendizaje salvo el que mejora la imagen de la marca; no escucha ninguna opinión salvo la que engorda aún más a la élite cupcake; no tolera ninguna rebelión salvo la de los cortes de pelo, los piercings y el rock alternativo. Todos saben cómo es aunque no hayan estado allí. Jazz sofisticado. Tarjetas Hallmark. Restaurantes Applebees. El complejo de oficinas Corporate Woods. Su fiesta municipal más importante es el día que se encienden las luces de Navidad en un centro comercial cercano, un acontecimiento tan inspirador para la mentalidad cupcake que nada menos que Thomas Kinkade ha pintado el centro comercial iluminado de esta forma.

Yo mismo he ido presenciando de forma gradual el reciente crecimiento dinámico de Cupcake Land, cuando cada seis meses aproximadamente iba de visita y observaba el contraste con mi lugar de residencia, una ciudad decimonónica donde la gente vivía en apartamentos y arrastraba la compra hasta casa en carros de dos ruedas. Visto así, la peculiaridad del condado de Johnson parecía aún más exagerada: cada vez que regresaba, las inmobiliarias habían vuelto a quitarle millas al campo,

asignando una numeración antes inimaginable a las calles (¡Calle 119! ¡Calle 143!), de igual manera que el Dow Jones va superando niveles psicológicos de cotización. Siempre se observaba alguna curiosidad suburbana o había algún superlativo que indicar o alguna combinación iglesiacentro comercial que le dejaba a uno boquiabierto. Recuerdo mi asombro cuando, dando una vuelta en coche en 1996 tras explorar una urbanización de las afueras llamada Patrician Woods, pasé por un establecimiento de Dean & DeLuca, una cadena de delicatessen que antes se encontraba principalmente en la ciudad de Nueva York y que ahora domina una esquina frente a un campo arado. Aún más extraño es que en sus comienzos el “centro de estilo de vida” del que formaba parte se llamó Town Center Plaza, aunque estuviera a más de treinta kilómetros del centro de Kansas City.

Sin embargo, el raro soy yo si todo esto me asombra. Mientras cenaba recientemente en 40 Sardines, probablemente el restaurante más fino de Kansas City pese a estar situado en un centro comercial levantado donde hace sólo unos años se cultivaba trigo, interrogué a los empleados y a otros clientes y descubrí que antes de mudarse aquí vivían en los barrios empresariales que hay en las afueras de otras grandes ciudades. No veían nada raro en que semejante palacio posmoderno ligeramente iluminado, con su caprichoso bar de piedrecitas incrustadas y su surtido aperitivo de patés y jamón de pato, se encontrara donde hacía tan poco había tierras de cultivo. Cuando se habla de vino y quesos, a la gente de Cupcake Land le gusta que sean añejos, pero cuando se trata de sus ciudades las prefieren completamente nuevas.

La otra única región de Kansas que tenía una fórmula ganadora en la época de la Nueva Economía estaba en la otra punta del estado, la zona en torno a Garden City, un pueblo remoto en las llanuras desarboladas del oeste. La gente cree que el condado de Johnson es extraño, pero Garden City es el futuro, el único modelo real de cómo puede crecer el resto del estado. Todo el mundo habla de ello en Kansas. Yo mismo se lo he oído decir a un senador de Estados Unidos.

Sin embargo, no hay ningún Dean & DeLucas en Garden City. Es una tierra ganadera, en el otro extremo de la cadena alimenticia. El otro extremo del mundo.

A los sitios como Garden City los llaman *boomtown rural*, poblaciones rurales que experimentan un boom económico y de población. Una vez allí se tropieza constantemente con el eslogan “Sencillamente éxito”. Y según las estadísticas, sus logros son impresionantes. Gracias a Garden City y las ciudades cercanas de Liberal y Dodge City, durante buena parte de la última década Kansas fue el estado más importante del país en lo que se refiere a procesadoras de carne de vacuno. Hoy, esas tres ciudades del lejano oeste poseen una “capacidad de matanza diaria” de unas 24.000 cabezas de ganado y producen por lo menos el veinte por ciento de la carne de vaca que se consume en Estados Unidos²⁵. Yo como mucha, así que supongo que esto es algo de lo que hay que estar orgulloso.

Pero hablar de estas cosas de una forma tan tradicional lleva a conclusiones erróneas, como que Garden City sea “el carnicero del mundo”, una Chicago en miniatura que los ingeniosos habitantes de Kansas han construido con esfuerzo en la llanura estéril. Son procesos en los que Kansas y Garden City y pueblos aislados de las Grandes Llanuras han sido *objeto* pasivo. Los únicos protagonistas con poder real en esta situación son las empresas que construyen los mataderos y tienen la sartén por el mango: Tyson (conocido universalmente por su antiguo nombre, IBP, por Iowa Beef Packers), la cacofónica ConAgra (conocida universalmente por su antiguo nombre, Monfort) y otro grupo de nombre aún más desafortunado, Cargill Meat Solutions (conocido mundialmente por su antiguo nombre, Excel). Dichas entidades, a su vez, afirman que cada uno de sus movimientos está condicionado por las exigencias implacables del mercado. Aquí abundan los rancheros pero ya quedan pocos individualistas ferreos; hoy Garden City y Dodge City están clavadas a los ganchos de

acer de la lógica económica con tanta seguridad y tan mala suerte como las vacas a las que despedazan con tanta laboriosidad.

El elemento más importante de dicha lógica es, como siempre, la demanda de mano de obra barata. Casi todo lo que ha ocurrido aquí en los últimos 25 años parte de ese simple imperativo. A comienzos de los sesenta, los grandes pensadores del negocio de la carne resolvieron la manera de que sus operaciones fueran automatizadas de principio a fin sin necesidades de trabajo cualificado. Esto no sólo les permitió vender más barato que los expertos carníceros sindicalizados que trabajaban en supermercados, sino que también les permitía trasladar sus fábricas a la región más remota de las Grandes Llanuras, donde podían deshacerse de sus trabajadores sindicalizados de la gran ciudad y ahorrar en alquiler. A principios de los noventa, esta estrategia había sacado completamente del negocio a los corrales de ganado centenarios de Chicago y Kansas City. Como ocurre con cualquier institución que busca la máxima rentabilidad, lo que la industria desearía por encima de todo es largarse de una vez por todas de este país tan costoso y trasladar sus centros al tercer mundo, donde podría librarse de los reguladores, abogados y periodistas entrometidos. Desgraciadamente para los grupos cárnicos, varias regulaciones agrícolas les impiden hacer realidad ese sueño. Así que a cambio traen a este rincón de Kansas a los trabajadores y contratan oleadas de inmigrantes del sudeste asiático, México y otros países del sur.

Pero había otras ventajas para que las compañías cárnicas decidieran mudarse a ciudades lejanas y aisladas. En las grandes urbes habían sido siempre el blanco de reformadores y periodistas; no podías pasar por Chicago sin percibir el tufo de los corrales de ganado y recordar inmediatamente la novela *The Jungle* de Upton Sinclair sobre la corrupción en el negocio de la carne. En las Altas Llanuras, estas empresas ostentan el monopolio local. Y utilizan su poder en consecuencia. Amenazan con cerrar una fábrica si no se salen con la suya en una u otra cuestión. Enfrentan a los pueblos entre sí de la misma forma que los equipos de deportes. ¿Quién reducirá más los impuestos de los grupos cárnicos? ¿Quién votará la emisión de bonos más lucrativa? ¿Quién les dejará contaminar más?

Las historias sobre Garden City que aparecen en los medios de comunicación nacionales tienden a centrarse en todos los habitantes no anglófonos de la ciudad y se asombran al encontrar un multiculturalismo tan “dinámico” en la solitaria llanura. Y supongo que es una actitud muy progresista por su parte. Sin embargo, al igual que los conservadores de la Norteamérica republicana, los medios más importantes generalmente no tienen el valor de examinar los crueles procesos económicos que hacen que todo esto suceda. La zona que rodea Garden City es un ejemplo de agricultura industrializada: enormes granjas que sólo cultivan maíz pese al clima semiárido; gigantes mecanismos de riego que giran bombeando el agua desde un acuífero subterráneo y hacen posible un cultivo que sería impensable de otro modo; comederos del tamaño de ciudades donde se engorda a los animales confinados con maíz; y mataderos de hormigón sin ventanas en las afueras de la ciudad que preparan el producto final. Si uno se da una vuelta por el campo no verá árboles ni pintorescos molinos de viento antiguos ni puentes ni granjas ni a casi nadie. Cuando el acuífero se seque, como ocurrirá algún día –millones de años acumulando agua de lluvia para gastarla en unas décadas–, aún se verán menos.

Una cosa que sí que se ve hoy en día son los poblados de viviendas prefabricadas, con casas desvencijadas, calles sin asfaltar y cubiertas de basura que albergan a gran parte de la población activa de Garden City. Enfrentada a algunas de las estrategias antisindicales más avanzadas jamás concebidas por la mente del hombre de negocios, esta gente recibe un salario mediocre por desempeñar el que estadísticamente es el trabajo más peligroso de la Norteamérica industrial. Debido a la renovación constante de personal que hay en los mataderos, muy pocos reciben

prestaciones sanitarias o pensiones por jubilación. Los “costes sociales” para educación, asistencia médica y orden público de esta gente están “externalizados” –como dicen los académicos–, de modo que se endosan a las poblaciones, grupos parroquiales, agencias de asistencia social o a los países de donde provienen los emigrantes. Debido a la constante aceleración de las líneas de trabajo en las fábricas y las bajas temperaturas, un trabajador furioso me dijo: “Después de diez años, la gente camina como si tuviera sesenta o setenta”.

Esto es crecimiento económico, sí, pero es esa clase de crecimiento que hace que una ciudad sea *menos* rica y saludable a medida que su población aumenta²⁶. Y la situación no mejora mucho con el paso del tiempo. Ya hace veinte años que los grupos cárnicos se trasladaron a Garden City y dos antropólogos que han estudiado la zona advierten ahora de una “decadencia permanente” en la vida de la clase media; de una estrategia de desarrollo que pone siempre a las poblaciones –aunque se esfuerzen por lo contrario– “a merced del insaciable apetito que tiene la industria cárnica de mano de obra barata y el desbarajuste social que conlleva”²⁷.

De camino a Garden City, alejada de cualquier autopista interestatal y de las zonas de cobertura de mi teléfono móvil, me acordé de una de las parábolas de la Nueva Economía que alguna compañía informática solía poner en televisión en los noventa, donde se muestra a un joven ejecutivo inteligente y ambicioso llevando al campo en su coche a un viejo e indolente ejecutivo superior. En el trayecto, el segundo se queja de lo que cuesta hacer negocios en Manhattan. Cuando se encuentran en medio de la nada, el chico le habla de su sueño: ¡Las nuevas tecnologías hacen que Manhattan ya no importe! No estamos en el quinto infierno, esto es la *frontera*, la tierra de las oportunidades. Los ojos de su viejo amigo se iluminan, da un salto y lo celebra como un auténtico vaquero. La pesadilla centenaria de salarios-e-impuestos del empresario ha terminado y aquí vuelve a ser su propio jefe, un Wyatt Earp libre de concejales fanfarrones, sindicalistas quejas e intelectuales caprichosos.

Volviendo de Garden City, después de observar sus siniestros mataderos, su hedor espantoso y los comederos de vacas confinadas que se extienden sobre el paisaje como un suburbio de muerte post-apocalíptico, me acordé de otra parábola sobre la que solían hablar los populistas de Kansas: la frontera como un lugar terrible de saqueo y pillaje. Esqueletos de búfalo en el suelo, ganaderos matando a tiros a los indios, empresas que trasladan a poblaciones enteras por todo el planeta, agricultores que agotan la tierra, empresas privadas de ferrocarriles que expropián a los granjeros: la economía de libre mercado sin trabas en su máxima expresión.

Visto desde Mission Hills, se trata de un orden social que ofrece pintorescos tejados de pizarra, canalones de cobre y fuentes que borbotean en isletas. Visto desde Garden City, es un orden que conlleva accidentes, infecciones y muerte en cientos de formas distintas de degradación: patios de recreo para niños llenos de hierro oxidado, escuelas en ruinas y aguas subterráneas agotadas; toda una vida que ha desaparecido en cuestión de décadas. Los antropólogos nos advierten con sensatez sobre las recetas de “crecimiento” que toleren sin más la existencia de una clase permanentemente empobrecida²⁸, pero la gente de Mission Hills no se altera lo más mínimo. Puede que sean demasiado educados para decirlo en voz alta, pero saben que la pobreza tiene su lado positivo. La pobreza es rentable. La pobreza hace que las acciones suban y la mano de obra baje.

A algo más de trescientos kilómetros al este de Garden City se encuentra Wichita (Kansas), una metrópoli de 340.000 habitantes que es a la aviación civil lo que Detroit solía ser a los automóviles. Los mapas de la llamada “capital del aire” están surcados de un lado a otro por las pistas de aterrizaje de los fabricantes: Boeing, Cessna, Learjet y Beechcraft*. Todos construyen allí los aviones, y la base del ejército de McConnell mantiene el cielo ocupado a todas horas con KC-135 y los ocasionales B-52. Tal y como ha mejorado y empeorado la suerte de las industrias aeronáuticas,

lo ha hecho la de Wichita: la población de la ciudad aumentó rápidamente durante la Segunda Guerra Mundial, mientras llovían los contratos de defensa y el Boeing B-29 sobrevolaba el Pacífico. En los años cincuenta y sesenta Wichita construyó B-47 y B-52; años más tarde produjo Boeing 737 y aportó componentes a los otros aviones del grupo aeronáutico.

Las historias de Wichita suelen fijarse en los esfuerzos prometeicos de sus líderes empresariales y se maravillan de cómo hicieron aparecer como por arte de magia una ciudad floreciente en medio de la llanura baldía²⁹. Al verlo desde tierra, en cambio, se trata de un lugar muy distinto. Wichita es una ciudad profundamente obrera, donde la industria manufacturera sigue siendo el mayor sector de la economía local y es prácticamente el único sitio del estado con una fuerte presencia sindical.

Hasta hace bien poco, Wichita gozaba del tipo de auge obrero que es tan sólo un recuerdo borroso en lugares como Cleveland y Pittsburgh. Hoy Wichita tiene serios problemas, siguiendo el vuelo en picado de la industria aeronáutica, pero su esencia permanece intacta y sus fábricas todavía están abiertas al público. La enorme planta de Boeing que ocupa varios edificios de la ciudad es la mayor empresa privada de Kansas. Hay barrios enteros poblados por trabajadores de Boeing, miembros del sindicato con excelentes prestaciones sociales y salarios lo suficientemente buenos como para poder costearse un tipo de ranchos que en cualquier otro sitio sería privilegio exclusivo de los trabajadores de oficina. Wichita es la clase de ciudad donde los periódicos publican editoriales sobre los mártires del atentado anarquista de Haymarket el Día del Trabajador y donde unas elecciones legislativas podrían enfrentar a un encargado de mantenimiento con un fontanero.

Para alguien que sea, como yo, fan de la mediocridad estadounidense, Wichita es el lugar ideal: un El Dorado de puestos de hamburguesas, eslóganes con ripio, bocadillos de solomillo de cerdo, camiones tuneados, restaurantes baratos chapados a la antigua, boleras y asadores con camareras que llevan vestidos Spandex. Y, sobre todo, iglesias. Muchísimas iglesias: COGICs (Church of God and Christ), las Assemblies of God, Foursquare Gospels y todas las variantes conocidas de la Renovación Carismática Católica. Los títulos de los próximos sermones, expuestos en letreros fuera de todas ellas, son suficientes para mantener ocupado durante horas a un coleccionista del kitsch religioso: “Ponte tus zapatillas espirituales para correr”; “La receta que cura el sufrimiento espiritual”. Aquí hasta los sindicatos tienen Biblias con su propio logotipo impreso. Luego está el lado oscuro, los camiones cubiertos con fotos muy descriptivas de fetos destrozados que de vez en cuando recorren la ciudad. Y el lado enigmático, como el mensaje que reveló el vapor en el espejo de mi cuarto de baño del hotel Wichita Hyatt después de que dejara correr el agua caliente unos minutos: “Caballero de divina armadura” (Knight in God’s Armor). Me imaginé al delegado de una reunión pro-vida girando en una especie de éxtasis santo, garabateándolo ahí con su dedo para que coronara su cabeza como una aureola mientras se afeitaba.

Michael Carmody, director de un semanario de Wichita, compara a la ciudad con una depresión en el centro del país en la que va cayendo toda la cultura popular que desaparece en el resto de lugares, un sitio donde las modas pasajeras anticuadas se acumulan y nunca desaparecen. “La gente de aquí piensa que los Chevrolet Camaro todavía se llevan”, señala. Los observadores más entusiastas de este lugar extraordinariamente corriente fueron The Embarrassment, un grupo de música independiente de principios de los ochenta que podría haber sido perfectamente la mejor banda de rock de todas las que había entonces. (Fueron sin duda la mejor que ha dado Kansas). Según el mito republicano, se supone que la gente de aquí rechaza el ingenio y el cinismo alegando que son síntomas de un progresismo costero pseudo-sofisticado, pero The Embarrassment eran tan arty y melódicos como cualquier cosa que saliera del East Village de Nueva York en la misma época, con canciones sobre la compra en tiendas de segunda mano, telepredicadores, ropa de poliéster,

reposición de comedias en televisión y, por supuesto, coches.

*El Trans Am de Scott tiene las ventanillas bajas
Pero él se mete en un atasco cuando la chica se acerca.
Grita “¡Eh!; Aparta de mi camino!”
“No he tenido sexo en todo el día.”*

Los noventa fueron una mala década para Wichita, al igual que para el resto de ciudades que todavía confiaban en la industria manufacturera y los trabajadores cualificados para su prosperidad. El problema no fue tanto el final de la guerra fría, aunque como es obvio es algo que afectó negativamente; sino que las compañías como Boeing se vieron a sí mismas como “corporaciones virtuales” que se deshicieron de la tradicional carga de fábricas gigantes y ejércitos de empleados. Recurriendo a expresiones como *flexibilidad* y *competitividad*, subcontrataron y “externalizaron”, pidieron a las ciudades que compitieran con las demás por los nuevos proyectos, trasladaron producción al extranjero y buscaron camorra con sus sindicatos. Entre 1999 y 2002, el principal sindicato que representaba nacionalmente a los trabajadores de Boeing perdió cerca de un tercio de sus afiliados en despidos; en Wichita, la cifra se aproximaba a la mitad.

Los ataques terroristas de septiembre de 2001 empeoraron la situación, ya que las líneas aéreas se tambalearon y los pedidos de aviones Boeing comerciales se agotaron de la noche a la mañana. Aparte de Nueva York, es posible que “la capital del aire” fuera la ciudad más afectada por la catástrofe. Boeing aprovechó la oportunidad para deshacerse de más trabajadores sindicalizados e informó a Wichita de que esta vez los puestos de trabajo no se recuperarían aunque las cosas mejoraran. En el verano de 2003, el desempleo superó el siete por ciento en Wichita y aumentaron los embargos de viviendas por impagos de hipotecas cuando estos desastres repercutieron en la economía local.

Había tantas tiendas cerradas en Wichita cuando la visité en 2003 que se podían recorrer varias manzanas sin salir siquiera de sus aparcamientos vacíos, pasando por delante de grandes jugueterías, tiendas de artículos deportivos o de aperos de labranza, todas abandonadas. Durante unos minutos paré el coche en medio de lo que según mi plano era una calle concurrida de Wichita: no había nadie. En la avenida Douglas, la calle principal de la ciudad, solía haber un célebre cartel que se alzaba sobre la muchedumbre alardeando “Mira cómo gana Wichita” (Watch Wichita Win); hoy en día hay estatuas de bronce de gente corriente en las aceras de la avenida, por lo visto para que no parezca tan misteriosamente vacía.

En cuanto al resto del estado, nadie se molesta siquiera en intentar ocultar lo que ha sucedido; Kansas está en caída libre. Incluso he oído a gente justificar lo que pasa en Garden City y considerar que es mejor que lo que ha ocurrido en cualquier otra parte de la Kansas rural. Es mejor que no tener economía alguna.

Al bajar la calle principal de prácticamente cualquier pueblo agrícola del estado se sabe inmediatamente de lo que habla la gente: es una civilización que ha comenzado su decadencia irreversible.

Me asusté la primera vez que di un paseo por allí. No había pasado mucho tiempo en la Kansas provinciana desde principios de los ochenta, y cuando rememoraba el lugar siempre me parecía bastante mejor que el barrio de South Side (Chicago) en el que había vivido desde entonces. Siempre pensaba en la Kansas rural como se supone que hay que pensar en ella: tipos simpáticos caminando tranquilamente por las viejas aceras de baldosas, chiquillos cantando en la escuela, gente corriente

en laberínticas casas victorianas escuchando atentamente la retransmisión por radio del partido de fútbol americano del instituto. Quizá mis recuerdos estaban demasiado idealizados; quizás el rápido aburguesamiento de Chicago (y su expulsión sistemática de los pobres) durante los años que siguieron me ha confundido. Sea como sea, en la carrera de la desolación, Chicago no le llega ni a la suela de los zapatos a Kansas.

Aquí las calles principales casi siempre están vacías; las fachadas grandiosas de piedra se desmoronan y se cubren de contrachapado, generalmente podrido, ya que se colocó y abandonó hace quince años o cuando fuera que Wal-Mart llegó a la ciudad.

El único negocio que sobrevive, ya sea en Osawatomie o en El Dorado, son las tiendas de segunda mano. Lo que hace la gente hoy en día en la calle mayor es vender trastos viejos que en una época mejor habrían ido al Ejército de Salvación o a la basura. Trastos inútiles. Una botella de bourbon con forma de radio CB. Una caja de *National Geographic*. Sigue siendo un misterio a quién se lo venden. En cada una de las doce tiendas de la calle principal que visité, era claramente uno de los pocos clientes que pasaba allí en todo el día.

En los casos de las poblaciones de Kansas que llegaron a ser lo suficientemente grandes como para albergar centros comerciales, se ven edificios de los setenta en ruinas además de los edificios abandonados de un siglo antes y muchas hectáreas de asfalto desmoronado junto a los antiguos almacenes JCPenneys que o bien se han convertido en tiendas de segunda mano o se han cerrado definitivamente.

Y uno empieza a preguntarse dónde está la gente. A juzgar por la actividad en las calles, todos los días parecen domingos, festivos o que son las cinco de la mañana. Se puede aparcar en cualquier sitio y ser el único en tener el coche estacionado en la manzana.

De hecho, más de dos terceras partes de los condados de Kansas perdieron habitantes entre 1980 y 2000, algunos nada más y nada menos que un 25%. He oído que hay pueblos enteros en la zona oeste del estado que sobreviven por la Seguridad Social; allí no queda nadie salvo los ancianos. No hay médicos ni zapaterías. Uno de estos sitios incluso vendió su colegio público en eBay. Kansas pierde importancia década tras década mientras su delegación del Congreso y su voto electoral siguen disminuyendo.

La ciudad donde este sentimiento de abandono me golpeó con más fuerza fue Emporia, famosa en otro tiempo por ser el hogar del escritor y periodista William Allen White. En la época de nuestros abuelos, White era un personaje conocido a nivel nacional, amigo íntimo de los presidentes, ganador del premio Pulitzer y portavoz extraoficial de la Norteamérica provinciana. La propuesta literaria de White, al menos en su primera etapa, era la divertida viñeta del día a día de la vida en el pueblo; retratos de los estadounidenses del Medio Oeste, gente afable, satisfecha, laboriosa, ordenada, respetuosa de la ley y sabia en su humildad. Kansas era tan exuberante que White la llamaba “el jardín del mundo”. Todo lo que esta tierra le pedía a la vida era una oportunidad para trabajar duro, jugar limpio y mostrarles de qué estábamos hechos aquí en el interior.

Ya casi se ha olvidado a White, incluso en Kansas (un dirigente republicano de Emporia me dijo que nunca había oído hablar de él antes de mudarse aquí), pero en la arquitectura del decadente centro de Emporia todavía se pueden distinguir vestigios de su apogeo: el edificio de 1880, con sus ventanas del segundo piso de cuatro metros de altura; la elegante iglesia presbiteriana, construida para servir a un ejército de fieles acaudalados y en cuya endeble estructura de ladrillo yacen los sueños incumplidos de todas las generaciones muertas de empresarios de la Kansas provinciana, ansiosos por ponerse una camisa limpia y una actitud positiva para entrar en el juego. Iban a conseguir que los respetables financieros de las grandes ciudades se fijaran en ellos; iban a atraer

población, vender bonos, introducir mejoras, criar una familia y ver cómo su pueblo crecía en el mundo³⁰. Desde luego que iban a hacerlo. Ya verás como Wichita sale ganando.

Lo que vi en las dos horas que estuve deambulando por Emporia un día de octubre unos 98 años después de que William Allen White publicara *In Our Town*, fueron casas de madera aglomerada pintada; una fachada en la calle Commercial compuesta por tablas de dos por cuatro sin tratar clavadas una junto a otra; imponentes casas de ladrillo con todos los marcos de las ventanas vacíos y un metro de hierba en el jardín; edificios de apartamentos en ruinas con el estuco pintado a pistola y la chapa despegada; casas con el porche medio derrumbado y con una frágil envoltura de plástico en lugar de cristal; almacenes prefabricados de acero mezclados con residencias; aceras empedradas tan agrietadas y erosionadas que ya no se pueden usar; un canalón para el agua de lluvia que sobresale de una casa como un hueso de un brazo roto; un aparato de aire acondicionado de una ventana abandonado en medio de un jardín cubierto de maleza. Y sobre todo esto, flotando débilmente en el aire como si se oyera por megafonía en una piscina pública cercana, el eterno rock clásico de la década de los setenta: Led Zeppelin, Van Halen, Rush. Por alguna razón sigo pensando en lo que Sam Walton u otro de nuestros magnates desaprensivos modernos dirían a los fieles y optimistas fundadores de la ciudad: “¿Con que queríais ser capitalistas, eh?” Mientras asimilaba todo este abandono me crucé con un desfile. Era la bienvenida a los antiguos alumnos de la Universidad Estatal de Emporia y habían acudido varios líderes del Partido Republicano de Kansas. Un chico del club de estudiantes con un enorme sombrero de cowboy le gritó a su chica:

Él: ¿Dónde está la sudadera de mi universidad?

Ella: (Levantándose la sudadera para enseñarle los pechos):

Está aquí mismo, joder.

Existe una razón por la que probablemente no se haya oído hablar mucho sobre este aspecto del interior. No se puede culpar fácilmente de este desastre a los sospechosos habituales como el Estado, la contracultura o la política urbana esnob. El maleante que le hizo esto a mi estado natal no fue el Tribunal Supremo ni Lyndon Johnson, colmando de dólares a los pobres o volviendo a poner a los delincuentes en la calle. El culpable es el capitalismo de libre mercado al que los conservadores veneran y que, libre de todo control, no les sirve de mucho a los comerciantes de las pequeñas poblaciones ni al sistema agrícola del que vivían antes. El capitalismo liberal es lo que ha permitido a Wal-Mart aplastar los pequeños negocios locales de Kansas y, más importante, lo que ha llevado a la agricultura, la esencia del estado, a una situación de quiebra casi total.

“Estados Unidos está experimentando las mayores pérdidas de tierra agrícola desde mediados de los ochenta”, dice la Coalición Nacional de Granjas Familiares (National Family Farm Coalition)³¹. Al hablar con cualquier agricultor de Kansas se aprecia su extremado pesimismo en cuanto sale el tema de su subsistencia. Excepto los dueños de las mayores fincas, los granjeros y agricultores no pueden obtener ningún beneficio. En el estado hay a lo sumo la mitad de las granjas que había en 1950. Las que subsisten siguen creciendo. Varias aumentan, pero la mayoría van desapareciendo.

Como de costumbre, hay muchos factores en juego en la última crisis agraria; entre ellos –al menos en Kansas– una dura sequía en 2001 y 2002. Pero la causa principal son los cinco o seis enormes conglomerados de empresas agrícolas que compran materias primas a los granjeros, las procesan y las envasan para exportarlas o venderlas en los supermercados. Quien nunca ha vivido en un estado agrícola suele pensar que todos los intereses de la agricultura son idénticos, que los granjeros y la agroindustria quieren lo mismo. Pero en realidad sus intereses son tan distintos como

los del coronel Sanders y la gallina de la tradición popular del Contragolpe. Y el coronel Sanders ha tenido una buena racha durante veintitantes años consecutivos con una legislación agraria, una política comercial y un clima regulatorio diseñados para fortalecer a los conglomerados mientras los granjeros se debilitan. Para los accionistas y los altos cargos de empresas como Archer Daniels Midland (ADM) y Tyson, el resultado ha sido milagroso, un paraíso en la tierra. Para poblaciones como Emporia, ha sido la ruina.

Curiosamente, la granja es el lugar donde los estadounidenses aprendieron las primeras lecciones de los peligros del progresismo económico hace cien años. La agricultura es un campo especialmente incompatible con el avance descontrolado del libre mercado. Hay millones de granjeros y por naturaleza están desorganizados; no pueden coordinar sus planes entre ellos. No es sólo que sean castigados con facilidad por poderosos intermediarios (como lo fueron por los ferrocarriles en la época del Populismo), sino que cuando se encuentran en una situación injusta –por ejemplo cuando el precio que cobran por el trigo es bajo– no tienen la opción de reducir la producción, como hacen las demás industrias. En su lugar, cada uno de estos millones de granjeros trabaja mucho más, compite mejor, se vuelve más eficiente, produce más de la materia prima en cuestión... y de este modo hace que el exceso sea todavía más grave y los precios todavía más bajos. A esto se le llama “la trampa de la superproducción” y sólo puede superarse con una suspensión de la competencia mediante la intervención del Estado. Dicha intervención es la que el Populismo y los sindicatos agrarios lucharon por asegurar durante décadas y que llegó finalmente con el New Deal, que trajo consigo medidas para mantener los precios, limitaciones en las extensiones de tierra cultivadas y avales para préstamos.

Para las multinacionales agrícolas, sin embargo, la superproducción es la situación ideal. Desde su punto de vista, los precios bajos implican mayores ganancias e incluso más poder en el mercado; la superproducción y la competencia total entre los granjeros han de ser fomentadas por todos los medios políticos disponibles.

Mientras que los granjeros son desorganizados por naturaleza, la agroindustria es justo lo contrario: como todas las industrias, siempre trata de fusionarse, comprar y acabar con la competencia. Y al igual que a otras industrias, finalmente se le permitió hacer todo esto en el clima neoliberal de la era Reagan-Clinton. En los ochenta, según William Heffernan, sociólogo de la Universidad de Missouri, los expertos en agricultura normalmente estaban de acuerdo en que si cuatro compañías controlaban más del 40% de la cuota de mercado en un campo determinado, ya no era competitivo. Hoy, no obstante, Heffernan calcula que los cuatro grupos cárnicos más importantes procesan el 81% de la carne de vaca, el 59% de la carne de cerdo y el 50% del pollo que se produce en Estados Unidos. El mismo fenómeno se da con los cereales: las cuatro grandes compañías procesan el 61% del trigo estadounidense, el 80% y el 57 ó el 74% del maíz, dependiendo del método³². No es ninguna coincidencia que el lema interno de Archer Daniels Midland, el gigante del procesamiento de cereales célebre por su influencia política y la fijación de precios, sea, según dicen, “el competidor es nuestro amigo y el cliente nuestro enemigo”³³.

La agroindustria había adquirido un dominio casi total a mediados de los noventa, pero todavía no ejercía su control sobre los granjeros gracias a los programas agrícolas promulgados en los años treinta. Esta defensa se fulminó en 1996 con la irónicamente llamada Ley de Libertad Agraria, que terminó eficazmente con las ayudas para mantener precios, permitió el uso de todas las superficies de cultivo y prácticamente puso fin al sistema de regulación agrícola del New Deal. También lanzó a los granjeros que quedaban en el país a una espiral desesperada de superproducción, una frenética carrera competitiva. Una vez más, sálvese quien pueda. Redactada por el senador de Kansas, Pat

Roberts, y respaldada por los demás miembros republicanos de la delegación estatal, la ley de la Libertad Agraria fue una de las muchas iniciativas audaces que se propusieron acabar con la regulación en la era de la Nueva Economía; según ellos, los granjeros ya tenían las herramientas para competir eficazmente en el libre mercado. Ahora todo era distinto. Los granjeros y agricultores ya no necesitaban que el Estado les dijera lo que tenían que hacer (para entonces se había olvidado que eran ellos mismos los que exigían los programas del New Deal); podían cultivar lo que quisieran en cualquier cantidad y confiar que el mercado les diera un precio justo³⁴. Los mercados eran grandiosos y todo iría como una seda.

Pero resultó que, después de todo, las funestas leyes económicas de los viejos tiempos no habían desaparecido. Los granjeros empezaron a producir comida al máximo de su capacidad y los precios agrícolas cayeron en picado, ahora sin el respaldo de los llamados “préstamos sin recurso”. Desde un récord de más de 6,5 dólares en 1996, el precio medio de una fanega de trigo (el cultivo predominante en Kansas) bajó a 2,25 dólares en 1999, el mismo precio que había alcanzado en los años desastrosos de mediados de los ochenta. Con semejante tarifa, el fracaso era inevitable para todos excepto para las granjas más grandes y con mayor rendimiento. De hecho, la crisis se agravó tanto y tan deprisa que el gobierno federal volvió a dar ayudas a los agricultores a fin de detener la sangría –esta vez no con subsidios para mantener los precios, sino simplemente según la cantidad producida, de manera que las granjas más grandes, las que menos necesitaban el dinero, recibían más. En 2000 y 2001, estas limosnas eran en Kansas incluso más de lo que los granjeros ganaban con la propia agricultura³⁵.

Para ADM, Cargill, ConAgra y el resto de la industria alimentaria, la Ley de la Libertad Agraria no podría haber sido mejor si ellos mismos la hubieran escrito. Las empresas cárnica pagaban ahora por su trigo y maíz mucho menos de lo que costaba cultivarlos; por sus productos finales seguían cobrando a los consumidores en el supermercado lo mismo que antes³⁶. Entretanto, el Estado cargó con el problema de evitar la quiebra total en las áreas rurales³⁷. Bruce Larkin, legislador estatal y agricultor del noreste de Kansas, no tiene pelos en la lengua cuando habla de los resultados. La Ley de Libertad Agraria, dice, es “una licencia que tienen un par de multinacionales agrícolas para robar lo que produce el granjero”. Las gigantescas subvenciones repartidas desde que la ley se aprobó en 1996 son simplemente “ayudas indirectas del contribuyente para las corporaciones de gran escala y la industria ganadera”.

Pensando en términos históricos, el periodista agrícola A. V. Krebs ve en esta ley la antítesis precisa de la revuelta populista que azotó a Kansas en la década de los noventa del siglo XIX. Fue el final de una batalla que duró cien años, el momento de derrota absoluta para el ciudadano medio, un día en que “la agroindustria cumplió finalmente su sueño de robar a los granjeros familiares los últimos vestigios de aquel poder económico que los populistas agrarios habían concebido y defendido un siglo antes”³⁸.

Los admiradores de la liberalización agrícola –innumerables en los departamentos económicos y en el Ministerio de Agricultura de la administración de Bush– no ven en ella un atroz aumento de poder, sino una heroica “reestructuración” de la industria alimenticia. A esto se le llama “integración vertical”, un sistema de distribución de los alimentos más flexible y mucho más eficaz que el sistema fuertemente subvencionado del pasado, tan fragmentado y desorganizado. Cargill, ADM y el resto de gigantes están poniendo orden en el caos; si finalmente tenemos que despedirnos de la fantasía Jeffersoniana de la granja familiar –si hemos de transformar al granjero próspero en un aparcero³⁹, convertir el campo en una tierra baldía industrializada y destruir los pueblos pequeños– quizá es por

el bien de todos.

Notas al pie

1. George Gurley, “Coultergeist”, *New York Observer*, 11 de noviembre de 2002. Más avanzada la entrevista, Coulter da una muestra de su respeto por el sentido común diciéndole a Gurley que desearía que Timothy McVeigh, el terrorista de la ciudad de Oklahoma, hubiera volado el edificio del *New York Times*.
2. John Gunther, *Inside USA* (Nueva York: Harper and Brothers, 1947), p. 259.
3. Véase “Kansas Ranks Dead Last in New Vacation Survey” (“Kansas es la última en la nueva encuesta sobre vacaciones”), de Judy Thomas en el *Dallas Morning News*, 3 de diciembre de 1995. En 2003, la atracción turística número uno en todo el estado de Kansas fue una tienda de artículos deportivos en Kansas City (Kansas).
4. La comida rápida ocupa un lugar tan preponderante en la imagen que Kansas tiene de sí misma que hay una exposición considerable sobre el tema en el museo histórico estatal de Topeka. Además de los restaurantes citados arriba, el centro comercial de Kansas City donde perdí muchas horas de adolescente albergaba el primer TJ Cinnamon del mundo, pionero de las franquicias de bollos de canela. Kansas también vio nacer las Harvey Houses, uno de los primeros restaurantes de cadena, que se fue extendiendo por las poblaciones junto a la vía férrea que une Atchison, Topeka, y Santa Fe.
* La Kansas City propiamente dicha está en Missouri, pero su área metropolitana se extiende al otro lado de la línea fronteriza del estado, abarcando la mucho más pequeña Kansas City de Kansas y los barrios residenciales ricos del condado de Johnson (Kansas). Actualmente, alrededor de una tercera parte de la población del área metropolitana vive en Kansas.
5. El periodista de Kansas W. G. Clugston señala en *Rascals in Democracy* (Granujas de la democracia) (Nueva York: Richard Smith, 1940) que en cada una de las elecciones de 1928 a 1936 había un habitante de Kansas en una de las listas de las elecciones nacionales: en 1928 y 1932 los republicanos presentaron al senador veterano de Kansas, Charles Curtis, como candidato a vicepresidente, y en 1936 propusieron al gobernador de Kansas Alf Landon para enfrentarse en la campaña por la presidencia contra Roosevelt. Earl Browder, que encabezaba las listas de los comunistas en 1936 y 1940, era nativo de Wichita. Dwight D. Eisenhower también era de Kansas, así como Bob Dole.
6. Estoy en deuda con el libro *Kansas: The History of the Sunflower State, 1854-2000* (Lawrence: University Press of Kansas, 2002) de Craig Miner, por la caracterización que hace de Kansas como un “estado insólito”.
7. El discurso de Debs se puede encontrar en http://douglassarchives.org/debs_a80.htm. El de Roosevelt en Osawatomie, en el que proponía su “Nuevo Nacionalismo”, hace algunas advertencias irónicas dadas las circunstancias actuales. En él denuncia “la corrupción en los negocios a escala gigante” y exigía el control de las empresas y la eliminación del dinero corporativo en la política. También anuncia su apoyo a un impuesto sobre la renta progresivo y al impuesto de sucesión, los cuales habían sido originalmente propuestos por el Populismo y pronto fueron promulgados bajo la administración de Wilson. Actualmente estas dos propuestas fiscales se han convertido en objetivo a eliminar para los populistas de derechas de Kansas, que a su vez son financiados por el mundo empresarial.
* Escrito con P mayúscula, Populismo se refiere al movimiento específico asociado con la Farmers’ Alliance y el People’s Party de finales del siglo XIX. Escrito con p minúscula, populismo denota un estilo político más general que enfatiza el antagonismo de clase y la nobleza del hombre corriente.
8. “¿Qué pasa con Kansas?” se ha reeditado muchas veces. Un lugar donde puede encontrarse es en la *Autobiografía* de White (Nueva York: Macmillan, 1946), vol. 2, p. 1148.
9. Elizabeth Barr, “The Populist Uprising” (“El levantamiento Populista”) en *A Standard History of Kansas and the Kansan*, William Connelley, ed. (Chicago: The Lewis Publishing Co., 1918), vol. 2, p. 1148.
10. El famoso análisis que hizo Ingall de su estado natal se cita en Walter Prescott Webb, *The Great Plains* (Nueva York: Ginn, 1931), p. 502.
11. Por razones que sólo entienden los genios estratégicos de la Nueva Economía, lo que Western decidió fue adquirir varias compañías de defensa. Luego lanzó una opa hostil (la primera de todas en este campo, lo que provocó el entusiasmo de Wittig) por la cercana empresa Power and Light de Kansas City. Y después, cuando esta operación fracasó, Western cambió de táctica y se preparó para ser adquirida.
12. Privatizar las ganancias mientras se socializan las deudas fue una estrategia constante de las compañías energéticas del país en la era post-Enron. Puede que Westar esté entre las infractoras más célebres, pero no fue la única. Véase Rebecca Smith, “Beleaguered Energy Firms Try to Share Pain With Utility Units”, (“Las empresas energéticas que atraviesan un mal momento comparten su sufrimiento con las de servicio público”), *Wall Street Journal*, 26 de diciembre de 2002.

* Lo que no es poco en una ciudad como Topeka. Por ejemplo, la torre de Jayhawk, uno de los edificios emblemáticos más notables de la ciudad, está valorada en sólo 1,6 millones de dólares. En teoría Wittig podría haberla comprado más de cuatro veces por el precio del proyecto decorativo de su oficina.

13. Westar Energy, Inc., *Report of the Special Committee to the Board of Directors* (Informe del comité especial para la junta directiva) 29 de abril de 2003, p. 333. El informe está disponible online en http://media.corporateir.net/media_files/nys/wr/reports/custom_page/WestarEnergy.pdf.

14. Para más información sobre la catástrofe de Aquila véase “Major Shareholder Criticizes Management of Utility Company Aquila” (“Accionista de referencia critica a la directiva de la compañía de energía Aquila”), de Steve Everly, en *Kansas City Star*, 22 de enero de 2003; “Hockaday Defends Service on Boards of Embattled Sprint, Aquila” (“Hockaday defiende los servicios prestados en los consejos de las atribuladas Sprint y Aquila”), de Diane Stafford, en *Kansas City Star*, 2 de marzo de 2003; “Scandal Jolts Energy Traders” (“El escándalo alcanza a las empresas de compraventa de energía”), de Edward Iwata, en *USA Today*, 21 de enero de 2003; y “Former, Current Employees of Aquila Inc. Hurt by Company’s Problems” (“Los antiguos y actuales empleados de Aquila Inc. perjudicados por los problemas de la compañía”), de Mark Davis, en *Kansas City Star*, 20 de octubre de 2002.

15. Según el informe que escribió Nomi Prins sobre el cataclismo del sector de las telecomunicaciones para el *Left Business Observer* (véase <http://leftbusinessobserver.com/Telecoms.html>), sólo el cinco por ciento de todos los cables de fibra óptica del mundo se usan para algo hoy en día. En la quiebra de las telecomunicaciones, se perdieron alrededor de 2,8 billones de dólares en capitalización.

16. Para más información sobre los problemas fiscales a los que se enfrentaron Esrey y LeMay y a la fracasada fusión WorldCom, véase “For Sprint Chief, a Hard Fall From Grace” (“Para el líder de Sprint, una dura caída en desgracia”) de Simon Romero en *The New York Times*, 12 de febrero de 2003; y “More Sprint Officials Used Questionable Shelters” (“Más directivos de Sprint que tenían defensas sospechosas”) de Rebecca Blumenstein, Shawn Young y Carol Hymowitz en *Wall Street Journal*, 6 de febrero de 2003.

Sobre la adulación de Esrey por parte de los medios de comunicación nacionales, véase el perfil que empieza con las palabras “Visionary. Dedicated. Focused.” (“Visionario. Dedicado. Centrado.”) de la *Associated Press* el 5 de octubre de 1999. Mientras tanto, los medios de Kansas City lo habían colmado de elogios durante años. Véase la reseña de Esrey en el *Kansas City Star* del 9 de junio de 1991 en cuyo titular se lee “motivado, listo, emprendedor”.

* Miren el lado bueno, aconsejaba Jerry Heaster, veterano columnista de información económica del *Kansas City Star*. Después de todo, “Kansas City puede estar orgullosa de haber proporcionado un entorno en el que una empresa se pueda nutrir hasta alcanzar el precio de adquisición más alto en la historia de las fusiones corporativas” (“Such a Gem We Have in Sprint”, “Vaya joya tenemos en Sprint”, del 6 de octubre de 1999). Merece la pena revisar la sensatez de Heaster años más tarde, con la resaca de la Nueva Economía aún cercana. Las empresas de servicio público no existen para servir a las ciudades: *las ciudades sirven a las empresas de servicio público*, y la mayor esperanza de éstas es que el casino del capitalismo algún día las acabe vendiendo a algún ingenuo que pagará una prima por el negocio tan bien “nutrido”.

17. Según los datos del censo para las ciudades de más de 1.000 personas, Mission Hills es la cuarta más rica del país, si medimos sus ingresos medios por familia.

18. Según la página web del Center for Responsive Politics. Véase <http://www.opensecrets.org/states/presmap.asp?State=KS>. El código postal de Mission Hills es 66208.

19. En aquella época se identificaba tanto a Mission Hills con Kansas City (Missouri) que las fotografías del lugar están incluidas en la guía WPA de Missouri, no en la de Kansas.

20. Russell Stover fue quien patentó el Eskimo Pie. Los detalles de la casa provienen de “The Beast of Mission Hills”, de Bill Norton, en *Kansas City Star Magazine*, 2 de agosto de 1987.

21. Aunque Wichita, de 340.000 habitantes, es más grande que ningún barrio residencial de Kansas City, la población total del condado de Johnson sobrepasaba en 2002 la del condado de Sedgwick, donde se encuentra Wichita. El área metropolitana de Kansas City incluye cerca de 1,8 millones de personas.

22. Kansas City tiene una densidad de población de alrededor de una décima parte de la de Chicago. Es la quinta en la lista del Sierra Club de “Grandes ciudades amenazadas por una expansión urbana descontrolada”. Ver http://www.sierrachub.org/sprawl/report98/kansas_city.html

23. Según el Bureau of Economic Analysis de Estados Unidos, la renta personal per cápita del condado de Johnson en 2000 era de 43.200 dólares; la del condado de Sedgwick, donde se encuentra Wichita, era de 28.200 dólares; la de Kansas en conjunto era de 27.400 dólares, de modo que el estado está justo en la media.

24. El artículo de Rhodes, “Cupcake Land”, se publicó originalmente en la revista *Harper's* en 1987. También puede encontrarse en la versión revisada de *The Inland Ground: An Evocation of the American Middle West* (Lawrence: University Press of Kansas, 1991), la colección de artículos de Rhodes que hacen referencia a la región que rodea Kansas City.

* N.T. La tierra de los “bollos” o “pastelitos”. Los cupcakes son una especie de pasteles que Frank utiliza aquí como símbolo de la vulgaridad de los nuevos ricos de Kansas, ya que suelen servirse en cumpleaños para niños y se consideran postres de baja calidad.

25. "Dances with Cows" de Lourdes Gouveia y Donald Stull, en *Any Way You Cut It: Meat Processing and Small-Town America*, ed. Stull, Broadway, y Griffith (Lawrence: University Press of Kansas, 1995), p. 85.
26. La renta per cápita de Garden City, como porcentaje de la renta per cápita del estado, ha bajado constantemente desde que las empresas cárnicas llegaron a la ciudad a principios de los ochenta. "We Come to the Garden'... Again", de Donald Stull y Michael Broadway en *Urban Anthropology*, vol. 30 nº 4 (invierno 2001), p. 278. Para más información sobre la salud pública en Garden City, véase p. 288.
27. Ibid, p. 295.
28. Según el antropólogo Robert J. Hackenberg, la saga de Garden City denota "la aceptación de una clase marginal y su explotación pasiva, como una característica permanente del sistema social de las clases medias y altas de una nación". "Joe Hill Died for Your Sins" en *Any Way You Cut It*, p. 261. Véase también "Dances with Cows" de Gouveia y Stull, p. 102.
- * Ahora Cessna pertenece a Textron, Learjet a Bombardier y Beechcraft se conoce como Raytheon.
29. Véase, por ejemplo, *Wichita: The Magic City* (Wichita: Sedgwick County Historical Museum Association, 1988), de Craig Miner, que cuenta la historia de la ciudad como la evolución de un boom acelerado a otro. Entre otras cosas, el libro es un tesoro de eslóganes de poblaciones medianas en el siglo XIX y de rimas comerciales burguesas. Una rima publicada en el *Wichita Eagle* en la década de los noventa del siglo XIX que Miner recuperó podría seguir vigente sin problema como lema de nuestro tiempo: "Aquellos que son fieles y piensan menos / Obtienen lo más sustancioso del festín".
- Una exposición que vi en 2003 en el Museo Histórico de Wichita que también se llamaba "La ciudad mágica" toca el mismo tema. "Esta es la historia de una ciudad", explica la introducción, "un lugar especial que, desde el principio, ha atraído a emprendedores de éxito, optimistas buscadores de riqueza que sabían que aquí todo es posible. Esto es Wichita, la sin par Princesa de las Llanuras –LA CIUDAD MÁGICA".
30. Véase el famoso ensayo de White "What's the Matter with Kansas?", en su autobiografía, p. 280. Más tarde, las opiniones de White cambiaron drásticamente.
31. Este desafortunado hecho está recogido en el número 248 del *Agribusiness Examiner* de A. V. Krebs, el 16 de mayo de 2003.
32. Los porcentajes de Heffernan son cálculos aproximados, advierte, porque las cifras exactas "son más difíciles de obtener. Se ha presionado a las revistas especializadas para que no publiquen esta información y los organismos gubernamentales dicen con frecuencia que revelar la proporción de un mercado controlado por una sola empresa es revelar información confidencial". Véase *Consolidation in the Food and Agriculture System*, un informe del Sindicato Nacional de Agricultores del 5 de febrero de 1999, p. 2. Para algunos sectores, Heffernan ha publicado cifras más actualizadas; éstas aparecen en "Multi-National Concentrated Food Processing and Marketing Systems and the Farm Crisis" ("Procesamiento multinacional de alimentos concentrados y sistemas de marketing y la crisis agraria"), de Heffernan y Mary K. Hendrickson, una ponencia que se presentó en la reunión anual de la Asociación de Estados Unidos para el Avance de la Ciencia, Boston (Massachusetts), 14 de febrero de 2002. Ambas ponencias están disponibles online en <http://wwwfoodcircles.missouri.edu/consol.htm>.
33. Ver *Rats in the Grain* de James B. Lieber (Nueva York: Four Walls Eight Windows, 2000), epígrafe; y *The Informant* de Kurt Eichenwald (Nueva York: Broadway Books, 2000), p. 303.
34. Para esta descripción me apoyo en "The Failure of the 1996 Farm Bill: Explaining the Nature of Grain Markets" de Daryll E. Ray, en *A Food and Agriculture Policy for the 21st Century*, ed. Michael Stumo (Lincoln, Nebraska: Organization for Competitive Markets, 2000), pp. 85-94.
35. *Kansas Farm Facts 2002* (Topeka: Kansas Department of Agriculture, 2002), p. 95.
36. Si se le pregunta a un economista de libre mercado sobre todos estos chanchullos, dirá que lo que les ocurre a los granjeros no importa mientras los consumidores compren barata la carne de vaca, el pan y las patatas. El problema, sin embargo, es que cuando una industria se concentra tanto que las empresas que la conforman tienen un incontestado poder en el mercado (como ocurre claramente en el caso del monopolio agrícola), no hay nada que las obligue a compartir los ahorros con el consumidor. Así que mientras los granjeros se van metiendo una situación cada vez más difícil, los precios en los supermercados permanecen más o menos igual. Según las conclusiones de un profesor universitario de agricultura, los precios de los alimentos han aumentado un 2,8% para los consumidores desde 1984, mientras que los precios que se les paga a los granjeros por producir los mismos alimentos han *bajado* en un 35,7%. Los intermediarios se quedan con la diferencia. Estas cifras las dio C. Robert Taylor, un profesor de agricultura y política pública de la Universidad de Auburn en las sesiones de la Comisión de Agricultura del Senado en 1999. Yo las citó aquí tal como aparecieron en el artículo de A. V. Krebs, director del *Agribusiness Examiner*. Este artículo en particular apareció en el *Progressive Populist* el 1 de abril de 2002, p. 7.
37. "Esta política de producción total, sin tener en cuenta las necesidades del mercado, es muy provechosa para los consumidores de cereales y otros cultivos", escribe Daryll Ray del Centro de Análisis de Política Agraria de la Universidad de Tennessee. "La agricultura de cultivos está haciendo que productores de ganado integrados, procesadores de trigo e importadores tengan uno de sus gastos de aprovisionamiento más importantes con un descuento de entre el 40 y el 50%, y la diferencia va a parar a los americanos" ("Current Commodity Programs: Are They for the Producers or the Users?", "Programas vigentes sobre materias primas: ¿Son para los

productores o para los consumidores?”). Artículo de Daryll Ray que data del 31 de octubre de 2003. Disponible en la página web del Centro de Análisis de Política Agraria de la Universidad de Tennessee: <http://www.agpolicy.org/weekcol/169.html>.

38. Número 273 del *Agribusiness Examiner* de A. V. Krebs, 28 de julio de 2003. Los ejemplares del *Agribusiness Examiner* están en la página web de Krebs, <http://www.ea1.com/CARP>.

39. Me refiero aquí al aumento del sistema de contratos según el cual el procesador recibe un porcentaje creciente de productos agrícolas. En algunos ámbitos de producción agraria y ganadera, de hecho, los mercados reales –en los que los compradores compiten, por ejemplo, por el ganado vacuno o porcino con ofertas mayores o menores– ya casi han desaparecido por completo. Los granjeros ahora sólo son “cultivadores o criadores”, trabajadores que proporcionan mano de obra y un terreno para producir algunas materias primas que, desde el principio hasta el final, tienen un contrato de suministro con un conglomerado de empresas.

En los sesenta y setenta, mi padre diseñó estructuras de acero para ferias de subasta de ganado en pueblos de las Grandes Llanuras. Muy pocas se siguen utilizando con este fin, dice. El mercado de ganado sencillamente ya no existe; los animales se crían conforme al contrato con las todopoderosas empresas cárnica y su precio se fija mucho antes de que la criatura cambie de dueño.

Sobre la transformación de los granjeros en “cultivadores”, véase “Multi-National Concentrated Food Processing and Marketing Systems and the Farm Crisis”, de Heffernan y Mary K. Hendrickson, p. 5. Sobre el predominio de los contratos de suministro sobre mercados en la industria porcina, ver la publicación del Ministerio de Agricultura estadounidense *Food and Agricultural Policy: Taking Stock for the New Century*, septiembre de 2001, p. 19. En este informe se estima que los cerdos vendidos por contrato implican aproximadamente el 65% de animales sacrificados en el año 2000, mientras que los mercados abiertos representaban sólo un 30%, frente al 95% de 1970. Los restantes cerdos pertenecen directamente a la industria cárnica.

Aparcero (sharecropper) es de hecho el término que emplea Ronald Cotterill, director del Food Marketing Policy Center de la Universidad de Connecticut, para describir lo que les ha pasado a los granjeros en “A Critique of the Current Food System”, *A Food and Ag Policy for the 21st Century* (Una política agraria y alimentaria para el siglo XXI), p. 39.



• 8. t.

CAPÍTULO 3

DIOS Y LA AVARICIA

Toda esta gente de Kansas tiene algo en común: millonarios y habitantes de viviendas prefabricadas, granjeros, encargados de tiendas de segunda mano, empleados de los mataderos y ejecutivos de empresas de energía y telefonía son en su mayoría republicanos. Fueron muchos más los que votaron a Bush en Garden City, con todos sus trabajadores de la industria cárnica, que en el próspero condado de Johnson¹. La ciudad obrera fuertemente sindicalizada de Wichita solía ser uno de los pocos baluartes demócratas del estado, pero en los noventa se convirtió en uno de los lugares más conservadores, una immense fortaleza en las guerras por el aborto, el evolucionismo, la libre interpretación de la Constitución y la fluorización del agua.

No hace mucho, Kansas habría reaccionado ante esta situación haciendo que los responsables en el gobierno pagaran por ello. Habría sido una certeza política, tan predecible como lo que ocurre cuando se acerca una cerilla a un charco de gasolina. Cuando la gran empresa estafaba a los agricultores y trabajadores, cuando aplicaba estrategias de monopolio más agresivas de lo que el Populismo pudiera imaginar, cuando engañaba a los accionistas y despedían sin más a miles de personas, uno podía estar totalmente seguro de lo que vendría después.

Ahora no pasaría lo mismo. Ahora la balanza del descontento se inclina en una única dirección: hacia la extrema derecha. Si despojan a los habitantes de Kansas de su estabilidad laboral se afilian al Partido Republicano. Si los expulsan de su tierra lo próximo que sabremos es que se manifiestan frente a clínicas abortivas. Si despilfarran los ahorros de toda la vida de la gente de Kansas en hacerle la manicura al consejero delegado, no es descabellado prever que se unan a la sociedad John Birch. Pero les preguntas sobre los remedios que proponían sus ancestros (sindicatos, medidas antimonopolio, propiedad pública) y es como si les hablaras de la Edad Media.

Las desgracias aquí descritas –despoblación, auge de la agroindustria, reestructuración de la vida en general para favorecer a las clases ricas– han tenido lugar durante los últimos diez o veinte años. Nadie niega que hayan ocurrido o que sigan ocurriendo. Y Kansas, la que siempre luchaba por la justicia, ¿cómo reacciona? Pues le planta cara a sus problemas, aprieta los dientes, se arremanga y sale corriendo justo en la dirección equivocada.

No es que el estado no esté enfadado; la rabia es una cosecha que abunda en Kansas y que ha producido suficiente ira como para provocar apoplejía a todos los hombres, mujeres y niños del país. El estado se encuentra en rebelión. Se ha alzado en armas. Lo que pasa es que se ha alzado muy lejos del culpable.

A los habitantes de Kansas no les importan los asuntos económicos, dice regodeándose el senador republicano Sam Brownback, un hombre que cree que el motivo de la pobreza es más espiritual que “mecanicista”². Su interés está en cosas más importantes, como la pureza de la nación. Los buenos salarios, el juego limpio en el mundo agrario o decidir el destino de las pequeñas poblaciones –incluso las propias–, todo esto tiene una importancia mucho menor si se compara con la teoría de la evolución, a la que se quiere eliminar de los libros, o con la educación pública, a la que se desacredita de mil maneras distintas.

Basta con oír cómo debaten sobre temas de actualidad nuestros líderes. Lo que nos afecta es la “crisis del alma”, se lamenta el congresista de Wichita Todd Tiahrt. Lo que nos motiva, dice un dirigente de uno de los grupos antiabortistas más importantes del estado, es la indignación por la

“decadencia inmoral de la sociedad”. “En Estados Unidos y aquí en Kansas hay una crisis moral”, brama el Galahad conservador del estado, David Miller, a su ejército de seguidores. Lo que necesitamos es convertirnos en “virtuosos”, de acuerdo con las claras instrucciones de los padres fundadores; porque si fracasamos, “toda nuestra cultura se perderá”. Y desde el Congreso de los Estados Unidos el gran Brownback denuncia el gangsta rap, protesta enérgicamente contra la investigación de las células madre y propone que el Senado cree comisiones para analizar “el declive cultural” de Estados Unidos”³.

La estrategia estatal para librarse esta batalla por el alma de América ha sido directa y clara: Kansas buscó a los devotos más enérgicos que pudo encontrar en sus iglesias y los ha ascendido a los puestos de responsabilidad pública más destacados, desde donde se espera que estos santos emisarios ladren, griten y reprendan al mundo por sus pecados. “Soy cristiano”, le dijo en una ocasión el líder del Partido Republicano de Wyandotte County a un periodista con la intención de explicar su proyecto político. “Ante todo, mi objetivo es construir el Reino de Dios”⁴.

Y de este modo tenemos como representante estadounidense de Kansas central al legendario atleta Jim Ryun, quien dice que se presentó como candidato porque Dios lo quiso así y repite con gran alegría a los periodistas la fecha exacta de 1972 en que se “convirtió al cristianismo”. En una ocasión Ryun emocionó a sus seguidores hablando en lenguas desconocidas durante un éxtasis místico en un evento de la campaña y en 1995 publicó un artículo describiendo el orden social hiperprotector que imponía sobre sus niñas:

Si un joven está interesado en una joven, empieza a rezar por la relación. Luego, con el visto bueno del Señor y de sus padres, se dirige a los padres de la chica. Ellos rezan y si la chica tiene un interés recíproco por el chico, su padre discute con él detenidamente acerca del noviazgo y las expectativas de la pareja⁵.

Por ahora, el joven ha recibido dos luces verdes del Todopoderoso, pero todavía no es suficiente para que el noviazgo dé comienzo. A continuación tiene que demostrar –para que Jim se dé por satisfecho– que está “espiritual y económicamente preparado para casarse”. Lógicamente, Ryun ¡tiene que ver el dinero por adelantado!

En Wichita tenemos a Todd Tiahrt, un hombre que destaca en primer lugar por su peinado perfecto y que hace campaña en las iglesias evangelistas de la ciudad y salpica su conversación de referencias bíblicas. “Todo consiste”, explicó un Tiahrt triunfal al *Wichita Eagle* con motivo de su inesperada victoria sobre el antiguo diputado demócrata del distrito, en “devolverle los Estados Unidos a Dios”⁶. O más bien, castigar a los que lo pueblan por su insuficiente devoción. En tres ocasiones distintas en 1998, Tiahrt criticó al país en el Congreso por “haber perdido su alma” al volverle la espalda a Dios y a los valores familiares.

Mientras que Tiahrt es vehemente, Sam Brownback es considerado y dulce, el intelectual de los conservadores de Kansas. Si hablar en una lengua desconocida durante un éxtasis es la marca de Ryun, la marca distintiva de Brownback fue lavar los pies –de la misma forma que Jesucristo– a un ayudante que dejaba su puesto*. Mientras que el estilo conservador de Kansas se caracteriza por hacer ruidosas campañas en las iglesias protestantes más activas y antijerárquicas –el movimiento Carismático, el Pentecostalismo, Asambleas de Dios–, Brownback es partidario del planteamiento de trabajar dentro de las estructuras tradicionales, incluso las más ortodoxas dentro del catolicismo. En 2002 se convirtió al catolicismo bajo la supervisión del Reverendo John McCloskey, un líder del Opus Dei, prelatura conservadora conocida por su papel durante el régimen franquista en España.

Pero el Opus Dei no es la única organización cuasisectaria de derechas con la que Brownback ha decidido vincularse. Cuando estaba en Washington vivía en una residencia regentada por un grupo cristiano conocido como la Familia (Family) o la Hermandad (Fellowship), cuya misión parece ser unir a los legisladores estadounidenses con los capitalistas y dictadores de todo el mundo. Y estudiar los secretos de liderazgo de Hitler.⁷

Por extravagantes que puedan resultar tales estallidos de fanatismo, no son suficientes por sí mismos para desacreditar a estos hombres. Lo que hace que el estilo de Kansas sea tan excepcional – y tan disfuncional – es que en cada caso los legisladores del estado combinan su ostentosa piedad pública con un programa político que sólo consigue empeorar los problemas reales del estado. Cabe recordar que el fundamentalismo protestante no es necesariamente amable con las grandes empresas; después de todo, una vez trajo al mundo a William Jennings Bryan, al que se consideraba prácticamente anarquista. Pero aunque Kansas se esté quemando en la hoguera del libre mercado, cada uno de sus dirigentes aquí descrito es un apóstol tan dedicado a la doctrina del libre mercado como a las enseñanzas de Jesús.

Por esta razón, la Cámara de Comercio estadounidense los tiene en gran estima, debido a su historial de votaciones favorables al mundo empresarial. Y todos se han comprometido con las causas conservadoras sagradas de la desregulación, el desmantelamiento de las instituciones públicas y la eliminación del estado de bienestar. Puede que Jim Ryun haya levantado un muro alrededor de sus hijas para protegerlas de nuestra lasciva cultura, pero no existe prácticamente ningún aspecto de ortodoxia empresarial que no haya interiorizado y aprobado. Ha comparado la política económica estadounidense de los años anteriores a Reagan con la Unión Soviética y ha respaldado la reducción de impuestos a los ricos con el argumento de que estos necesitan incentivos económicos para seguir haciendo sus contribuciones sobrehumanas a la sociedad. Apoyó la derogación del impuesto a la propiedad bajo el engañoso pretexto de que si lo suprimía ayudaría a las granjas familiares^{*8}; expresó sus dudas sobre el calentamiento global y no culpó a la liberalización de la crisis energética en California sino al “sistema político estatal” que “impedía el libre mercado”⁹. Se podrían ir tachando los temas de la lista uno tras otro: el cristianismo fervoroso de Ryun no se desvía ni una pizca de los objetivos de las grandes empresas que he observado.

Todd Tiahrt era directivo de Boeing antes de ir al Congreso y puede que su compromiso con los jefazos de las empresas nacionales sea incluso más feroz que el de Ryun. En Washington se le conoce principalmente por su firme hostilidad hacia el Departamento de Energía. Según los demócratas que quedan en Wichita, lo que le distingue es su oposición a los obreros sindicados. En 1992 el *Wichita Eagle* resumió secamente su opinión sobre los asuntos no religiosos: a Tiahrt “no le gusta el gobierno en general”, pese a que Boeing dependa tanto del gasto público en defensa; exige la “privatización de las cárceles, dice que algunas personas son pobres porque quieren y describe los programas de asistencia social como ineficaces”¹⁰. Cuatro años más tarde, el periódico advirtió de que en la Wichita corporativa todo el mundo brindaba por este cruzado de la fe. Cuando Koch Industries, un negocio de petróleo y gas que financia revistas de derechas e institutos de análisis económico amén de políticos, creó una agencia para recaudar fondos para Tiahrt, el periódico pareció sorprendido de lo lejos que había llegado este joven que tan buen sentido tenía para tratar con el pueblo. “Pertenece al nuevo estilo de conservadores republicanos”, señalaba el diario. “Casi todos hablan de sus opiniones sociales. Pero lo que más les interesa a los directivos de las empresas son sus ideas sobre economía. Tiahrt defiende el libre mercado, desconfía profundamente del Estado y está convencido de que el Gran Hermano se esconde detrás de tomos y más tomos de regulación gubernamental”¹¹.

Sin embargo, de todo el grupo es Sam Brownback, miembro de una de las familias más acaudaladas del estado, el que más ha favorecido a Dios y a Mammon*. Los admiradores de Sam el Santo hablan de la muy difundida austeridad de su estilo de vida en Washington D. C. y de sus célebres guerras contra la clonación humana y en apoyo a los cristianos perseguidos en los países del Tercer Mundo. Pero harían bien en examinar la peculiar serie de acontecimientos que impulsaron a Brownback a la vida pública allá por 1993. En esa época, Brownback trabajaba en la oscuridad como secretario de agricultura de Kansas, un puesto de poca importancia pero considerable poder que mantenía desde 1986. Lo que no quiere decir que Brownback fuera elegido secretario de agricultura, o ni siquiera nombrado como tal por alguien que fuera elegido. En aquellos días, el Departamento de Agricultura del estado aún estaba anclado en el siglo XIX y no respondía en absoluto al voto popular; Brownback había sido escogido para el cargo por los grandes grupos agrícolas, por los líderes de la propia industria a los que debía supervisar. Por ejemplo, cuando hizo que los límites impuestos a herbicidas peligrosos fueran voluntarios, Brownback actuaba como regulador gubernamental, pero la clase de regulador que los conservadores ven con buenos ojos, aquél que responde a la industria privada en lugar de a la pública. Por desgracia, el apacible mundo de la agricultura de Kansas se puso patas arriba por una demanda judicial que señalaba que todo el acuerdo era anticonstitucional, lo que forzó a Brownback a buscar otra forma de abrirse paso en el mundo.¹²

Como líder de los congresistas republicanos “novatos” elegidos en 1994, Brownback –desempeñando el papel del independiente con principios que trabajaba en un despacho diminuto donde había garabateado el importe de la deuda nacional en una pizarra– no se cansaba de denunciar el papel que tiene el dinero de los PAC (comités de acción política que recaudan fondos de forma voluntaria para los candidatos electorales) en la política. Hasta escribió una meditación religiosa en que distinguía la ambición espiritual de la inmoral y mundana que tentaba con frecuencia a los miembros del Congreso¹³.

En poco tiempo, no obstante, Brownback se dio cuenta de que los dos tipos de ambición se complementaban bien. Durante su campaña para el Senado en 1996, le ayudó considerablemente una misteriosa tapadera empresarial llamada Triad Management Services, que a última hora invirtió dinero suficiente para acallar los mensajes de su enemigo. Brownback celebró la victoria una recepción patrocinada por la Asociación de Telecomunicaciones de EE.UU., un poderoso grupo de presión de una industria con un programa desregulador que el senador favorecería con gran diligencia en los años siguientes. Con el tiempo también aprendió a apreciar el valor del dinero de los PAC en la política, encontrando incluso motivos para votar en contra de la propuesta de McCain-Feingold para reformar la financiación de las campañas¹⁴.

Siempre es la misma historia con Sam Brownback: un hombre de principios públicos inmaculados que parece ponerse del lado de los intereses corporativos se trate de lo que se trate. Así ha sido incluso cuando los intereses corporativos en cuestión son industrias cuyos productos Brownback considera como fuente de todo mal. Por lo menos es lo que ocurrió en 2003, cuando a una de las comisiones del Senado de Brownback se le instó a que considerara el problema creciente de que la radio fuera propiedad de monopolios desde la liberalización de la industria siete años atrás. Naturalmente, Brownback ha denunciado durante toda su carrera a la industria de la cultura por su vulgaridad y sus valores perniciosos, supuestamente por el daño que ha causado al alma de Estados Unidos. Habría sido lógico aprovechar esta oportunidad para controlarla. Después de todo, como señala el crítico de la industria Robert McChesney, el vínculo entre la propiedad de los medios, su contenido ofensivo y la obsesión por los beneficios tendría que ser evidente para

cualquiera que tenga ojos en la cara. “El mal gusto va unido al poder empresarial y a los mercados semicompetitivos muy concentrados”, afirma McChesney. Y para muchos conservadores, “la lucha por la radio fue el momento de la verdad. Si a la gente le preocupa seriamente la ordinariet, ésta era su oportunidad de demostrarlo”. Por esa razón, apunta McChesney, ciertos guerreros culturales de derechas estaban encantados de unirse a la lucha contra una mayor relajación de las reglas de propiedad de la radio. Pero Brownback no era uno de ellos. Cuando tuvo que escoger entre proteger los beneficios corporativos y hacer algo de una vez contra la cloaca cultural que había estado deplorando durante toda su carrera, eligió lo primero. La liberalización siempre es para bien, insistía, y hasta llegó a regañar a los que *criticaban* a la industria por actuar (nada más y nada menos que) por *propio interés*¹⁵. En otras palabras, el sistema de libre mercado es inviolable, aunque uno se pase el día haciendo campaña en su contra porque vulgariza nuestras vidas y nos aleja de Dios¹⁶. En Kansas, el ansia de dinero o Mammon siempre va primero.

La mezcla de la guerra de valores y el capitalismo no es una manía que compartan únicamente estos tres individuos; figura en el mismo manifiesto del movimiento conservador de Kansas, el programa del Partido Republicano estatal de 1998. El documento se queja de que “nos rodean los signos de una sociedad degenerada”, despotrica contra el aborto, la homosexualidad, el control de armas de fuego y el evolucionismo (“una teoría, no un hecho”), y al final el documento propone una lista de reclamaciones tan amables con la plutocracia que parecen ideadas por Monsanto o Microsoft. El programa exige:

- Un impuesto plano o impuesto nacional sobre las ventas que reemplace la fiscalidad progresiva en la que los ricos pagan más que los pobres.
- La supresión de impuestos sobre plusvalías (es decir, sobre el dinero que uno gana cuando vende acciones).
- La derogación del impuesto a la propiedad.
- Ninguna “intervención gubernamental en asistencia sanitaria”.
- La eventual privatización de la Seguridad Social.
- Privatización en general.
- Liberalización en general y “el funcionamiento del sistema de libre mercado sin la intervención del Estado”.
- La entrega de todas las tierras federales a los diferentes estados.
- La prohibición de “utilizar el dinero del contribuyente para financiar cualquier campaña electoral”.

Además, dicho documento apoyaba expresamente la desastrosa Ley de Libertad Agraria, condenaba los subsidios agrícolas para mantener los precios agrícolas y defendía que los programas de conservación de la tierra fueran “voluntarios”, quizá con cierta nostalgia por los tiempos de la Tormenta de Polvo en que los habitantes de Kansas aprendieron que lo más sensato era temer al Todopoderoso^{17*}.

Me gustaría hacer una pausa para reflexionar sobre esta disfunción tan estadounidense. Un estado sufre de manera drástica la aceleración de liberalización, privatización y no intervencionismo estatal de Reagan y Bush. Su campo está despoblado, sus pueblos desintegrados, sus ciudades se han quedado estancadas pero sus enclaves más acaudalados brillan tras sus puertas blindadas teledirigidas. El estado se subleva y es noticia en todo el mundo por su valiente desafío a las convenciones. ¿Pero qué es lo que reclaman los rebeldes? Más medidas como las que les han llevado a la ruina a ellos y a sus vecinos en primer lugar.

Éste no es sólo el misterio de Kansas; es el misterio de Estados Unidos, el cambio histórico que ha hecho que todo sea posible.

En Kansas el cambio es más asombroso que en cualquier otra parte por el hecho de ser tan decisivo, tan extremo. Los que una vez fueron radicales son ahora reaccionarios. Aunque sigan

hablando con el mismo lenguaje sufriente de la victimización y aunque se enfrenten a las mismas fuerzas económicas que sus aguerridos antepasados, las exigencias de los populistas de hoy son precisamente las contrarias. Acabar con los programas agrícolas federales. Privatizar las empresas de servicio público y abolir los impuestos progresivos. Todo lo que Kansas está pidiendo es un poco de ayuda para crucificarse en esa cruz de oro.

Notas al pie

1. De hecho, Bush se impuso en todos y cada uno de los distritos electorales de Garden City, mientras que un puñado de barrios del condado de Johnson votaron a Gore.

2. En 1996, cuando no era más que diputado, Brownback dijo: "Señor Presidente de la Cámara, cuando recorro mi distrito del este de Kansas y hablo con la gente de allí, les pregunto si piensan que los mayores problemas a los que nos enfrentamos como nación son morales o económicos. Si son problemas que están asociados con la economía o con los valores. Y prácticamente ocho de cada nueve personas me dice que los problemas a los que nos enfrentamos son más bien morales que económicos. Son problemas de la familia y de la desintegración de la familia. Son problemas de drogas. Son problemas de delincuencia. Son problemas de gente que no quiere trabajar. Son problemas de gente que desea hacer cosas que, si se lo pensaran dos veces o si su propia brújula moral les funcionara mejor, no harían en absoluto". Este texto forma parte del discurso de agradecimiento al Congreso tras concederle una medalla a Billy Graham (24 de enero de 1996).

Las ideas de Brownback sobre los orígenes metafísicos de la pobreza se hallan en un ensayo que escribió sobre William Booth, el fundador del Ejército de Salvación. Véase *Profiles in Character: the Values that Made America*. Nashville, Thomas Nelson, 1996, p. 14.

En varias ocasiones, en sus discursos ante el Senado de los Estados Unidos, Brownback ha expresado su deseo de medir la cultura del mismo modo que se mide la economía. En su discurso del 5 de marzo de 1997 se refería a nuestra "piedad interior bruta (PIB)", y en el del primero de mayo de 1997 describió un estudio de la cultura americana que mostraba, según él, un declive "que iba del 73% de 1970 a un 38%, de acuerdo con datos objetivos, en los valores de América, que se han reducido hasta la mitad en este período. Fíjense en el período de tiempo del que estamos hablando, 25 años, ¿no es increíble?".

3. Tiahrt: *Wichita Eagle*, 7 de mayo de 1996. El líder antiabortista David Gittrich: *Wichita Eagle*, 10 de noviembre de 1994. David Millar, citado en el capítulo de Allan J. Cigler y Burdett A. Loomis "Alter the Flood: the Kansas Christian Right in Retreat", *Prayers in the Precincts: the Christian Right in the 1998 Elections*, editado por John C. Greet, Mark J. Rozell y Clyde Wilcox (Washington DC, Georgetown University Press, 1998), p. 176.

4. Dennis Farney, "Religious Right", *Wall Street Journal*, 10 de abril de 1995.

5. Los deseos de Dios respecto a Ryun se mencionan en la p. 14 del panfleto que Ryun escribió para el comité del congreso nacional republicano (*America Strong: George W. Bush's Plan*, Ottawa, Illinois, Green Hill, 2001). La fecha exacta de su conversión la da la revista *Insight*, el suplemento dominical del *Washington Times*, en su número del 31 de marzo de 1997. Sobre el don de lenguas: Fred Mann, "Jim Ryun: Running on Faith", *Wichita Eagle*, 29 de diciembre de 1996. Sobre el noviazgo: el artículo está escrito conjuntamente por Ryun y su mujer, Anne, y aparece en *Focus on the Family*, una publicación del emporio de James Dobson (noviembre de 1995, p. 11-12).

6. Sobre campañas en iglesias, véase la historia de J. McNulty, "Vote in Kansas Shows the Power of Grassroots Organizing", que apareció originariamente en el *Chicago Tribune* pero fue reeditada en numerosas ocasiones (mi copia es del *Wichita Eagle*, 25 de noviembre de 1994). "What it's all about": Suzanne Perez Tobias, "Tiahrt Found His Voice Slowly but Surely", *Wichita Eagle*, 4 de diciembre de 1994.

* Un político veterano de Kansas con el que hablé llamó a este incidente "acoso religioso". Cuando "tu jefe dice 'quítate los zapatos', ¿qué puedes hacer?".

7. No estoy exagerando. La vida cotidiana y las creencias de la Familia son descritas de forma tan detallada como escalofriante por el escritor Jeffrey Sharlet en un ensayo llamado "Jesus Plus Nothing" que fue publicado en el número de marzo de 2003 de la revista *Harper's*. Sharlet añade más detalles sobre las interconexiones de la organización con distintos dictadores en una entrevista publicada en Alternet (<http://www.alternet.org/story.html?StoryID=16167>).

Cuando le pregunté a Sharlet sobre las referencias a Hitler, tan numerosas como alarmantes, que los miembros de la Familia recogen en su ensayo, me lo aclaró de la siguiente manera: "La Familia no ve la ideología de Hitler como un modelo, sino como un esquema organizativo. Los miembros ignoran el hecho de que la 'organización' en su sentido más degradado, era el núcleo del fascismo hitleriano y prefieren hacer hincapié en la 'camaradería' que Hitler fomentó dentro de sus cuadros de élite. La Familia aspira a compartir el mismo lazo: en toda su retórica, son muy comunes las referencias a la 'visión' que Hitler tenía de Alemania, por el interés que tiene estudiar sus raíces en un grupo de amigos que soñaban sobre el futuro en la parte de atrás de una cervecería bávara. Así pues la Familia espera que uno de sus pequeños grupos de oración, ya sea militar, de negocios, o de líderes políticos, transforme América".

No se menciona a Brownback en el reportaje de Sharlet, pero durante abril de 2003 la prensa informó en numerosas ocasiones de su estancia en la casa local de la Familia. El incidente del lavado de pies fue mencionado por Associated Press en noviembre de 1998, inmediatamente después de la primera reelección de Brownback. El 22 de julio de 2002, el *Washington Post* informó de su conversión al

catholicismo a manos de McCloskey.

* El esfuerzo republicano por derogar el impuesto a la propiedad se ha presentado con frecuencia como modo de ayudar a los pequeños granjeros en los tiempos difíciles. Pero los mayores beneficiarios de dicha derogación han sido con mucho los ricos. Sólo un porcentaje mínimo de los bienes tasados cada año con el dicho impuesto eran propiedades agrícolas y un economista agrario del estado de Iowa declaró en 2001 que incluso después de estudiar el tema durante 35 años, no había encontrado ni un solo caso en que una familia hubiera perdido su granja debido al impuesto a la propiedad. "El problema son los bajos ingresos agrarios y la concentración empresarial", escribió un granjero de Missouri en un elocuente ensayo sobre este tema. "El impuesto a la propiedad ni siquiera es una solución que los granjeros familiares se estén planteando para solucionar la política agrícola."

8. Roger Allison, "The problem Is Corporate Agribusiness, Not the Estate Tax", In Motion, junio de 2001. Véase <http://www.inmotionmagazine.com/ra01/ratax.html>. Asimismo, véase el resumen que hace del tema United for a Fair Economy en <http://www.ufenet.org/estatetax/ETFarms.html>.

9. Todas estas opiniones están recogidas en el panfleto de Ryun, *America Strong: George W. Bush's Plan*, que fue distribuido en el comité del congreso nacional republicano antes de las elecciones de 2002. El párrafo citado aparece en la p. 81.

10. Laurie Kalmanson, "Abortion Question Divides GOP Hopefuls", Wichita Eagle, 19 de Julio de 1992. Este artículo se publicó antes de que Tiahrt fuese elegido por primera vez para el congreso del estado.

11. Jim Cross, "Koch Employees Put Money On Tiahrt", Wichita Eagle, 28 de julio de 1996.

* N.T. Mammon es un término utilizado en el Nuevo Testamento para describir la abundancia o avaricia material. Podría traducirse como "dinero", "riqueza", "avaricia material" o "búsqueda de lucro".

12. El herbicida era atrazina. Como secretario de agricultura, Brownback hizo que las restricciones al uso de la atrazina fueran voluntarias, poniendo la conveniencia de los terratenientes por encima de la salud de los demás. Véase James Kuhnhenn, "Topeka Republican Is Making His Mark in Congress's Freshman Class", *Kansas City Star*, 23 de febrero de 1995.

Fue el caso Hellebust contra Brownback, que terminó cuando un juzgado federal de Kansas inculcó al departamento de agricultura de Kansas por violar la disposición de la enmienda catorce: una persona, un voto. Brownback y compañía apelaron la decisión en el Tribunal Supremo en 1994, pero volvieron a perder.

13. La facción compuesta por novatos que Brownback encabezaba era conocida como los nuevos federalistas. Sobre el estilo de vida espartano y la determinación de sacar dinero de la política de Brownback, véase Killian, *The Freshmen*, y el perfil que de él hace Mike Hendricks en el *Kansas City Star* del 27 de octubre de 1996. Sobre su ambición, véase la contribución del propio Brownback a un libro de ensayos escritos por los miembros novatos de la cámara, *Profiles in Character*, p. 18.

14. La recepción que describe Steve Kraske en el *Kansas City Star* (25 de mayo de 1998) fue financiada por lo que por aquel entonces se conocía como U.S. Telephone Assiciation (Asociación Telefónica de los EE.UU.). La oposición de Brownback a McCain-Feingold también se discute en este artículo.

15. Véase la trascipción oficial de la sesión: Comisión del Senado de los EE.UU. sobre Comercio, Ciencia y Transporte, *Hearing on Media Ownership*, 30 de enero de 2003.

16. He aquí la opinión de Brownback al respecto: "No obstante me inquieta la 'creciente vulgaridad' como preocupación social. Ningún segmento de nuestra nación es responsable, pero todos nosotros, como miembros de una sociedad y una comunidad, somos responsables. No apoyaré ningún tipo de esfuerzo para utilizar nuestras preocupaciones comunes y legítimas con relación a la indecencia y la grosería creciente en nuestra sociedad como un ardid para impulsar dañinas políticas reguladoras de la competencia, tales como limitaciones a la propiedad en las radios públicas, o restricciones sobre la propiedad compartida entre varios medios de comunicación, siempre y cuando dichos acuerdos no impliquen leyes antimonopolio".

17. Fotocopia de 1998 del programa del Partido Republicano de Kansas, fechada el 31 de enero de 1998, colección del autor. Dicho programa fue un documento controvertido, elaborado por la facción más conservadora del partido y denunciada por el entonces gobernador de Kansas Bill Graves, un republicano moderado. Y lo que es más, David Miller, presidente del partido en el estado y responsable del borrador, fue derrotado en su carrera contra Graves ese mismo año. El Partido Republicano de Kansas en la actualidad está controlado por moderados y no posee copias de este documento. No obstante, el programa se mantiene como una expresión concisa de la visión política del populismo de derechas.

* N.T. Se conoce como Dust Bowl a un fenómeno climático que se originó en Estados Unidos en los años treinta y que duró casi una década. Fue un desastre natural que afectó duramente a buena parte de los Estados Unidos en los años treinta. Se produjo en 1934, 1936 y 1939-40, pero algunas de las regiones del Altiplano experimentaron condiciones de sequía durante cerca de ocho años. El efecto "dust bowl" (cuenca de polvo) fue provocado por condiciones persistentes de sequía, favorecidas por años de prácticas de gestión del suelo que lo dejaron susceptible a la fuerza del viento. Éste, despojado de humedad, era levantado por el viento en grandes nubes de polvo y arena tan espesas que escondían el sol durante varios días, conocidos como "ventiscas negras" o "viento negro".

CAPÍTULO 4

VERNONS DE AYER Y HOY

“Desde luego que era su culpa”, escribió el historiador Vernon L. Parrington sobre los apuros por los que pasó el granjero del Medio Oeste a finales del siglo XIX.

Debido a su negligencia política, el granjero se había convertido en el esclavo servil de la sociedad. Mientras el capitalismo había estado perfeccionando su maquinaria de explotación, él permanecía indiferente al hecho de ser el ganso más gordo al que el capitalismo iba a desplumar. Es más, había proporcionado la cuerda para su propio ahorcamiento. Había votado ceder dominio público a los ferrocarriles que lo estaban arruinando; estaba orgulloso de las capitales del condado que vivían de sus ingresos; enviaba abogados de la ciudad para que lo representaran en las asambleas legislativas y en el Congreso; leía los periódicos de la clase media, escuchaba a los banqueros y políticos y votaba a favor del progresismo, con un resultado que no podía ser otro que su propio expolio.

Desde su pobre infancia en una granja a las afueras de Emporia (Kansas), Parrington había adquirido un profundo conocimiento de la política del autoengaño. Por una lealtad casi supersticiosa hacia la economía de libre mercado, los agricultores que había en Kansas durante su niñez habían sido cómplices de su propio expolio. El ascenso del Populismo, en cambio, fue para Parrington una suerte de epifanía política. La gente era consciente de la realidad; las piedades etéreas del progresismo se desvanecían y les sucedía un nuevo “realismo crítico”, caracterizado por los célebres consejos de Mary Elizabeth Lease de “cultivar menos maíz y más jaleo”. Los granjeros por fin tenían “conciencia de clase”, como señalaba Parrington:

Se habían alistado en una lucha de clases. Empleaban el vocabulario del realismo y los tópicos y sofismas zalameros de los políticos de la capital del condado les traían sin cuidado. Tenían la convicción de estar librando una importante batalla contra Wall Street y el poder económico del Este; estaban empeñados en salvar a Estados Unidos de la plutocracia; y arrasaron en las capitales del condado, enterrando a los políticos del viejo sistema bajo una avalancha de votos, haciéndose con las asambleas estatales, eligiendo congresistas y senadores y aspirando a lograr aún más poder¹.

Parrington participó personalmente en el levantamiento de los granjeros y cuando escribió sobre ello años después en *Main Currents in American Thought*, su famosa historia de las letras norteamericanas, vio en el Populismo los primeros indicios de algunos de los grandes movimientos intelectuales del siglo XX –naturalismo, el periodismo de denuncia social conocido como *muckraking* y la sátira contundente de la realidad– que con el tiempo harían tambalearse a la tradición del refinamiento del siglo XIX. De alguna extraña manera, Parrington parecía pensar, Kansas era una de las cunas del modernismo literario.

El libro de Vernon Parrington ya no se lee mucho, pero merece la pena recordar hoy el indudable progresismo de aquel hombre aunque sólo sea para hacernos una idea de lo que han cambiado el Medio Oeste y el país setenta años después de que fuera publicado. Los contrastes entre esa época y la nuestra son lo suficientemente profundos para que a uno le duela la cabeza durante días. En la Kansas de hoy hay granjeros iracundos y trabajadores con conciencia de clase, cierto, pero cuando irrumpen en los organismos de poder del estado desalojando a la vieja guardia, lo que piden es más poder para Wall Street, más privatización y el fin de las reformas de la era progresista como el impuesto a la propiedad. Y despotrican contra el admirado realismo crítico de Parrington afirmando

que no es más que ateísmo y manipulación progresista². Hoy Kansas anhela enterrar el modernismo.

Parrington creía que la historia de las ideas se movía majestuosamente en una dirección concreta, lejos de las supersticiones y de las devociones vacías del libre mercado. Aquí, el contraste con la actualidad vuelve a ser sorprendente. La religión librecambista de la economía decimonónica ha vuelto y se ensalza con más vigor que nunca. Para documentar la transición no hay que mirar más allá de la propia Kansas y de otro de sus hijos predilectos, el economista Vernon L. Smith, ganador del premio Nobel de economía en 2002.

Smith fue educado como socialista en Wichita. Cuenta a los entrevistadores que su madre depositó el primer voto a favor de Eugene Debs y que él mismo votó una vez al abanderado socialista Norman Thomas. Hoy, sin embargo, es un embajador del mercado, un sumo sacerdote del capitalismo con una fe inquebrantable en la bondad y misericordia de su dios. Al igual que Kansas, Smith ha cambiado de bando. Y su conversión atiende a un objetivo retórico. Normalmente, cuando nos tropezamos con alguien que sostiene, como Smith, que los parques nacionales tendrían que venderse al mayor postor, que todo, desde la electricidad hasta el agua, debería privatizarse, que el Estado arruina todo lo que toca, que es necesario abolir los programas nacionales contra la pobreza, que las personas tienen de manera innata un “instinto para el intercambio de bienes” (Smith ha llevado a cabo experimentos donde la gente piensa en problemas económicos mientras explora su cabeza con resonancias magnéticas) y que, por tanto, los mercados están hasta cierto punto conectados fuertemente al cerebro humano³, suponemos naturalmente que el que hace tales afirmaciones simplemente está en la plantilla de alguna empresa de petróleo y gas sin escrúpulos que promueve malas ideas para que su jefe se pueda beneficiar de una reducción de impuestos o de una regulación medioambiental más permisiva.

Pero si consideramos que su antiguo radicalismo de izquierdas forma parte de esta combinación –a la que puede añadirse el comentado hecho de que Smith se recoge el pelo en una coleta– parecerá que tenemos a un auténtico rebelde entre manos, y no a un lacayo cualquiera. Se interesa por la gente corriente. Desafía las convenciones. Cuando el *Wall Street Journal* da el título “Poder para el pueblo” (Power to the People) a un artículo de Smith que culpa a los reguladores estatales del desastre de la liberalización de la electricidad en California, bien podríamos creer que estamos leyendo las palabras de un economista que se preocupa por los problemas reales⁴.

O quizás nuestra primera impresión era correcta. La sensibilidad de Kansas con la que Vernon Smith conecta mejor no es la del populismo sino la de Koch Industries, la segunda mayor empresa privada del país. El negocio principal de Koch –con sede en Wichita– es el petróleo, pero se conoce mucho mejor por su generoso apoyo al mundo político de sus propietarios que por sus actividades en el mercado del petróleo. El fundador de la dinastía, Fred Koch, fue uno de los socios fundadores de la sociedad John Birch. Su hijo multimillonario Sam fundó el Instituto Cato –defensor de las libertades del individuo frente al Estado– en 1977 y otro hijo multimillonario, David, se presentó a vicepresidente como candidato del Partido Libertario estadounidense –de tendencia ultraliberal– en 1980. El dinero de Koch contribuía a financiar Triad Management Services, que prestó una ayuda crucial en la campaña de Sam Brownback para el Senado en 1996; y este mismo dinero, unido al de muchos otros negocios petroleros, apoyó la campaña presidencial de George W. Bush. O lo que es más importante, el dinero de Koch subvenciona la fabricación en serie de malas ideas, consejos ridículos sobre la política de libre mercado que por lo general pretenden matar de hambre o limitar el Estado mientras hacen negocios aún más lucrativos. Cuando leí que los legisladores estatales de derechas de Kansas estaban proponiendo que el estado vendiera su red de autopistas, por ejemplo,

supe inmediatamente que el dinero de Koch estaba de algún modo alimentando esta idea absurda⁵. El dinero de Koch sostiene semilleros de la derecha como la revista *Reason*, el Instituto Manhattan, el Instituto Heartland, Citizens for a Sound Economy y el Democratic Leadership Council. La influencia de los Koch en Washington es tan conocida que los bromistas llaman a su imperio intelectual “el Kochtopus”[#]. Es el “poder económico” del Populismo en persona.

El dinero de Koch ha jugado un papel decisivo en la carrera académica de Vernon L. Smith. Llegó a la Universidad George Mason por una beca de la fundación Koch; trabaja allí para el Mercatus Center financiado por Koch; su trabajo está publicado por el Instituto Cato financiado por Koch; y el Instituto Reason financiado por Koch, en cuya página web está publicado un artículo que hace referencia al premio Nobel de Smith como prueba triunfal de su honradez (“Creedle”, ordena)⁶, pone por las nubes sus ideas de culto al mercado. Una opinión más franca sobre el Nobel de Smith y la credibilidad que generó instantáneamente por sus malas ideas fue la de Charles Koch, que dijo simplemente: “El donativo de la Fundación Koch fue una excelente inversión”⁷.

Los dos Vernons reflejan las opiniones cambiantes de la clase intelectual de mi estado natal, pero en el arte popular se puede ver un contraste todavía más marcado entre el Kansas de antaño y el radicalismo de derechas actual. Empezaré hablando de Lucas, un diminuto pueblo al oeste de Kansas donde se halla un curioso jardín de esculturas que ilustra el más grandioso de los temas: la condición humana. Construido con hormigón en los primeros años del siglo XX por un tipo llamado J. P. Dinsmoor, el “Jardín del Edén” mezcla historias bíblicas con la inconfundible iconografía política del Populismo: está Caín cuando acaba de asesinar a Abel. Está el “Trabajador crucificado” rodeado por sus atormentadores –el médico, el abogado, el cura y el capitalista. El pez grande se come al chico en una cadena interminable de explotación y opresión.

Las imágenes son contundentes, no cabe duda, pero eso no las salva de la enfermedad estadounidense del olvido. Cuando visité el lugar hace unos años, me fijé en una escultura de un pulpo tratando de agarrar un mapa de las Américas, con un tentáculo extendido amenazadoramente sobre Panamá. Para un espectador de comienzos del siglo XX, semejante escena habría sido fácilmente reconocida como una denuncia izquierdista de las ambiciones imperialistas de las grandes corporaciones, tan evidente como una viñeta del *Kansas Farmer*. Pero de la forma en que el vigilante me lo explicó, lo que en realidad había hecho Dismoor era anticipar milagrosamente las traiciones del odiado Jimmy Carter que, de acuerdo con la mitología del Contragolpe, entregó el Canal de Panamá.

No culpo al guía por este error. Que un hombre corriente como J. P. Dinsmoor se opusiera al imperialismo estadounidense es simplemente impensable aquí; todo el mundo sabe que esa clase de opiniones son remilgos de los niños ricos que beben café *latte* en universidades selectas, cuando el trabajador medio se enorgullece de las armas de fuego y la bandera. Y si no, sólo hay que mirar la curiosa colección de esculturas construidas por un tal M. T. Liggett durante los últimos diez años en las afueras del diminuto pueblo del oeste de Mullinville, en Kansas. Liggett, al igual que Dinsmoor, es un hombre en estado de protesta. Su arte se ve durante un kilómetro y medio desde la autopista 400. Rezuma ira, con sus cientos de brazos girando frenéticamente gracias al incesante viento de Kansas. Las esculturas son ingeniosas representaciones grotescas de políticos, ensambladas hábilmente a partir de trozos de utensilios agrícolas desechados, pero no hay nada sutil u oculto tras el mensaje. Es el Evangelio según Rush Limbaugh –locutor de radio de derechas– presentado en madera y acero y apoyado en enormes fragmentos de textos rabiosos cuando las esculturas no son suficientes por sí mismas para expresar la indignación del artista. Hay un artilugio que gira

caracterizado como “Femi-Nazi” construido con partes viejas de un coche; una esvástica gigante con botas y cabello rubio con la leyenda “Hillary Clinton/Sieg Heil/Nuestra Eva Braun de botas altas”; una hoz y un martillo adornando una caricatura del hombre del saco favorito de la derecha de Gingrich: la Agencia de Protección Medioambiental; y para el propio Limbaugh hay una cara con forma de corazón que ostenta la melancólica leyenda “Rush/Presidente en 1996/Sólo los hombres ‘libres’ hablan”. Un tornillo gigante gira con el viento y se burla del plan de Clinton para un sistema sanitario (“4012 páginas=vomitona progresista”), mientras que otras instalaciones son un homenaje a la desaparecida secta de los davidianos –más conocidos por el asalto federal a su rancho de Waco– y atacan a James Carville, jefe de estrategia electoral de Clinton (“Eres un chulo de putas, estúpido”).

El condado de Kiowa donde está situado el jardín de esculturas de Liggett es uno de los condados más pobres de Kansas, con ingresos medios por familia un 22% por debajo de la media estatal. Como pasa en el resto de la Kansas rural, en los últimos años se ha visto muy afectado. Entre 1980 y 2002 perdió una cuarta parte de su población. Dando una vuelta por allí, tropecé con el mayor pozo excavado a mano del mundo y una iglesia que se había convertido en otra tienda de segunda mano más, pero no vi a casi nadie en la carretera.

En la exposición de Liggett no hay caricaturas de las fuerzas económicas que le han hecho esto al condado de Kiowa, o al menos yo no vi ninguna. No hay representaciones de grupos agroindustriales como Monsanto o Archer Daniels Midland con cuernos o dientes gigantescos; no hay “Kochtopus” que atenacen con sus tentáculos el cerebro de la nación. Lo que parece enfurecer al condado de Kiowa es el poder gubernamental que los ha mantenido a flote durante los momentos malos. Cerca del 29% del total de la renta personal procede de ayudas del gobierno y el gasto público en general. Solamente en subsidios agrícolas los granjeros del condado han recibido 40 millones de dólares desde 1995⁸. Y sin embargo, lo que anhela Kiowa desesperadamente, urgentemente, si el arte de M. T. Liggett sirve de indicio, es que los progresistas recojan su comunista Agencia de Protección Medioambiental, su feminismo fascista y su “teoría de la evolución anticristiana” y les dejen en paz. Aquí Al Gore obtuvo sólo el 18% de los votos y en 1992 el condado votó para separarse del estado de Kansas y acabar de una vez por todas con la arrogancia de los urbanitas de Topeka.

Ahora pasaré a describir la última diferencia entre el espíritu de la vieja Kansas y el de la nueva. En 1888 la ciudad de Ulysses, en el extremo más occidental de Kansas, se vio envuelta en una lucha encarnizada con una aldea cercana para convertirse en la sede del gobierno del condado de Grant. Para obtener este premio, que en aquellos días se creía que garantizaría la felicidad eterna, Ulysses emitió 36.000 dólares en bonos. La historia oficial fue que el dinero se destinaría a mejoras municipales, pero en realidad se empleó para proseguir la guerra por la capital del condado y se gastó en “votantes profesionales” y pistoleros (la ciudad fue fundada por un primo de Wyatt Earp) que echarían una mano en el gran enfrentamiento. Naturalmente Ulysses se impuso y, después de ganar, levantó un palacio de justicia en el condado –junto a una ópera, cuatro hoteles, doce restaurantes, un montón de bares y demás establecimientos típicos del Oeste– antes de hundirse en la miseria. La sequía, la deflación y el encanto de los nuevos territorios hicieron disminuir a su población de 1.500 a 40 habitantes.

En 1908 vencieron los bonos, que habían alcanzado un valor de aproximadamente 84.000 dólares. Puede que no sea mucho dinero hoy día, pero entonces equivalía a una tercera parte del valor de todo el condado. Pagar la deuda a los bonistas de Nueva York habría resultado imposible para el puñado de ciudadanos que quedaron en Ulysses.

Lo que hicieron en cambio fue meter al cobrador en la cárcel mientras ideaban un plan para mudarse del pueblo. Empobrecidos pero emprendedores, los habitantes de Ulysses desmontaron los

edificios de la ciudad y los arrastraron por la llanura hasta llegar a un nuevo emplazamiento, “dejando a los recaudadores”, como consta en la guía WPA del estado de 1939, “más de 160 km cuadrados de tierra baldía en la que ejecutar las garantías de la deuda”⁹.

En la actualidad, el único actor social capaz de esa clase de desafío es la empresa. Las corporaciones se desplazan, las ciudades no. Nos quitan miles de millones en bonos, desgravaciones fiscales, derechos de agua y subvenciones a fondo perdido amenazando con levantarse y deslocalizar sus máquinas, sus edificios y sus empleos a alguna región más soleada. Un estado como Kansas, que ve cómo sus principales industrias salen volando con el viento cálido del verano, es más vulnerable a esta táctica que la mayoría. Los mayoristas de la industria de la carne encontraron la amenaza de gran ayuda cuando se trató de Garden City. Sprint la empleó con excelentes resultados en Overland Park. Todo el que hace negocios en Kansas City (Missouri), donde la línea fronteriza estatal nunca está a más de unas pocas manzanas, conoce el poder de la amenaza.

Pero la empresa con la que el estado va a asociar siempre esta especie de extorsión es Boeing. Como es la más grande de Wichita, durante mucho tiempo ha sido capaz de lograr que la ciudad, desesperada, le diga “sí” a todo, con un coste muy elevado. En 2003, el grupo de aeronáutica decidió pescar en aguas todavía más profundas. Empezó a recibir ofertas de los estados para ver cuál construiría su nuevo avión comercial 7E7. Habitualmente, claro está, son las compañías las que tratan de conseguir los contratos gubernamentales, pero en este caso fue Boeing quien examinó las ofertas de los gobiernos, una novedad que daba rienda suelta a una forma de competición municipal muy similar a las guerras decimonónicas por ser capitales de los condados. La posibilidad de ganar la construcción del 7E7 desencadenó una inmediata carrera de fondo en Kansas y Washington, los estados donde están situadas las fábricas más grandes de la empresa. Michigan, Texas y California no tardaron en lanzar sus carteras al ring. Cualquiera que se pregunte cómo se convierte exactamente la visión corporativa en los aspectos básicos de la normativa estatal haría bien en estudiar la guerra de ofertas que vino después.

Boeing anunció que la comunidad ganadora proveería a la empresa con colegios de calidad, bajo absentismo laboral, buenos servicios, impuestos bajos, terrenos baratos “y apoyo de la comunidad y del gobierno para las industrias”¹⁰. Quizá alguna gente no lo entendiera. Los estados que competían desde luego que sí. Respondieron haciendo declaraciones de amor a Boeing y promesas serviles de sumisión eterna¹¹. La gente de la zona de Puget Sound recordaba cómo Boeing había criticado una vez al estado por tener impuestos y gastos sociales más elevados¹²; ahora proclamaban que estaban preparados para cambiar todo eso con atractivos incentivos fiscales y la promesa de convertir la problemática agencia medioambiental del estado en una organización “más abierta con el mercado”.

Kansas, con su carácter campechano, intentó competir con su estilo directo republicano: amontonando dinero a los pies de Boeing. En abril de 2003, la compañía informó al estado de que tendría que soltar 500 millones de dólares si quería permanecer en la carrera por el 7E7. Entretanto, el congreso del estado se ocupaba de un déficit presupuestario monumental, enfrentándose a los profesores por los salarios y lidiando con otras cuestiones económicas consideradas triviales, pero los líderes políticos reunidos en asamblea dejaron caer inmediatamente las espadas alzadas para reducir gastos y cumplieron con los deseos de Boeing. Votaron a favor de una emisión de bonos del valor nominal requerido y le sumaron un aliciente especial, la clase de novedad orientada a los negocios por la que Kansas quería que se le conociera: aunque Boeing a la larga tendría que reembolsar el principal del capital prestado por el estado, todos los intereses de estos bonos saldrían de los impuestos estatales de la gente que trabajaba en el proyecto del 7E7. No era necesario que

dichos trabajadores estuvieran recién contratados, bastaba con que fueran empleados de Boeing a los que se había encomendado un nuevo trabajo. El cambio principal sería que sus impuestos estatales ya no irían a parar a los ingresos generales sino a un fondo especial para pagar las deudas de su patrón.

La operación constituía un negocio estupendo para los accionistas de Boeing y una maniobra de lo más curiosa para un gobierno estatal que se enfrentaba al peor déficit presupuestario de su historia¹³. ¿Pero se puede culpar a Kansas, o a cualquier estado, por reaccionar de ese modo? Cada acuerdo de libre comercio que hemos firmado en los últimos años ha sido diseñado para hacer que las ciudades sean así de vulnerables. Para una ciudad de tamaño medio como Wichita, albergar una fábrica de una multinacional gigante es hoy por hoy no tanto un éxito como una pistola apuntándole a la cabeza, un recuerdo constante de que un ejecutivo tiene el poder de convertir inmediatamente a la ciudad en otro Flint –municipio de Michigan que sufrió un fuerte proceso de desindustrialización en los ochenta y noventa, con General Motors como principal responsable– y destrozar las vidas de sus ciudadanos, el valor de sus viviendas, sus comercios y todo lo que se le antoje mientras asiste a algún seminario inspirador.

Finalmente, Boeing decidió fabricar el 7E7 de un modo bastante similar al de los otros aviones comerciales: parte del trabajo se haría en Wichita y el ensamblaje final se haría en la zona de Puget Sound. Los bonos y deducciones fiscales que votó la gente de Kansas y Washington sólo cambiaron los niveles de beneficios de la compañía. Sin embargo, los líderes de Kansas estaban orgullosos de la “señal” que habían enviado. En la comunidad donde se había reubicado la empresa, todo el mundo estaba “familiarizado con la legislación de Boeing”, presumía el vicegobernador del estado. “Saben que [Kansas es] pro-mercado y pro-empleo”. Algo más de un mes después, no obstante, Kansas aprendería el verdadero criterio del respeto por el mundo corporativo con una lección que helaría la sangre del estado: según una circular divulgada por un periódico de Seattle, Boeing estaba considerando *vender* la enorme fábrica de la que dependía la prosperidad de Wichita¹⁴. Toda una década de favores legislativos y floridas declaraciones en favor del libre mercado se convertían de repente en tarjetas de San Valentín enviadas a un novio infiel. Lo único que calentaba el gélido corazón de Boeing eran los beneficios y su ilusión estaba ahora puesta en la subcontratación. A Kansas no le quedaba más alternativa que sumirse en la autocompasión.

Notas al pie

1. Vernon L. Parrington, *The Beginnings of Critical Realism in America*, vol. 3 de *Main Currents in American Thought*, Nueva York, Harcourt Brace, 1930, p. 262, 266.
2. De hecho, en el verano de 2002 asistí a una conferencia en Kansas City que formaba parte de un encuentro antievolucionista en la que se atacaba el naturalismo literario de principios del siglo XX.
3. Sobre la resonancia magnética: en una noticia de Associated Press del año 2000, http://more.abcnews.go.com/sections/living/dailynews/mri_love001108.html. Sobre las chapuzas del gobierno y los programas federales contra la pobreza: Kevin McCabe y Vernon Smith, "Who Do You Trust?", *Boston Review*, diciembre 1998-enero 1999. Sobre parques nacionales: Ferry L. Anderson, Vernon L. Smith, y Emily Simmons, "How and Why to Privatize Federal Land", en *Policy Analysis*, 9 de noviembre de 1999 (en este artículo Smith y los demás comparan los parques nacionales con el comunismo soviético). Sobre la privatización de las eléctricas: Vernon L. Smith, "Regulatory Reform in the Electric Power Industry", <http://www.stoft.com/e/lib/papersSmith-1995-History.pdf>, y Stephen J. Rassenti, Vernon L. Smith y Bart J. Wilson, "Turning Off the Lights", en *Regulation*, otoño de 2001. Sobre el tendido de cables: Vernon L. Smith, "Reflections on Human Action After 50 Years", en *Cato Journal*, otoño 1999. Tanto *Regulation* como *Cato Journal* son publicaciones del Instituto Cato.
4. El artículo del *Journal* de Smith se publicó el 16 de octubre de 2002. Una semana después, Lester Telser, un economista de la universidad de Chicago, corrigió a Smith, señalando que gracias a los particulares del sector de la electricidad, un grupo dedicado a la compraventa "se parece más a un monopolista astuto que a una empresa que opera en una industria competitiva", lo cual es una descripción adecuada de lo que sucedió en realidad en California. "Selling Electricity is Easy; Then Comes the Hard Part", carta al editor, en *Wall Street Journal*, 23 de octubre de 2002.

Por su parte, en su ensayo del *Journal*, Smith ni siquiera menciona a los grupos dedicados a la compraventa de energía –Enron es el ejemplo más destacado– que jugaron de forma tan lucrativa con el mercado californiano. En cambio, para solucionar el desastre Smith propone desregular a toda costa, cargar los costes de la energía directamente a los consumidores y dejar que afronten el problema mediante cambios de hábitos. (Gracias a Gene Coyle por señalarme esta idea).

5. Véase "Officials Discuss Selling Turnpike", en *Topeka Capital-Journal*, 13 de junio de 2003, y la réplica de los editores del periódico, "Kansas Turnpike–Not for Sale", 22 de junio de 2003. El ejemplo más prominente dentro de los partidarios de la privatización de las autopistas públicas es la Reason Foundation, una fundación neoliberal financiada con capital de Koch.

N.T. Juego de palabras entre "octopus" (pulpo) y Koch.

6. <http://www.rppi.org/vernonsmithteaches.html>

7. Cita de Koch aparecida en el *Benefactor*, una publicación de la George Mason University, otoño de 2002, <http://www.gmu.edu/development/pubs/benefact/fall02/pages/nobel.html>. Tanto Smith como Koch tienen puestos en la junta directiva de Mercatus Center, donde también está presente el teórico del libre mercado Tyler Cowen. La lista de "académicos y miembros de la junta" de Mercatus incluye a nombres familiares de la Nueva Economía tales como Larry Kudlow (inscrito como "académico distinguido") y personajes de derechas fracasados en política como Wendy Gramm y J.C. Watts. No resulta sorprendente que Mercatus fuese financiada con dinero de Enron.

8. Estadísticas incluidas en *Kansas Statistical Abstract 2001*, op. cit., y en la base de datos sobre ayudas agrarias del Environmental Working Group: <http://www.ewg.org/farm/region.php?fips=20097>.

9. Sobre Ulysses, véase *Kansas: a Guide to the Sunflower State*, Nueva York, Viking, 1939, p. 438. Le agradezco a Tad Kepler que me sugiriera estas fuentes: Daniel Fitzgerald, *Ghost Towns of Kansas*, Lawrence, University Press of Kansas, 1988, y *Grant Country Republican*, 20 de marzo de 1909.

10. Pueden leerse en <http://www.boeing.com/commercial/7e7/criteria.pdf>.

11. Véase, por ejemplo, la página web que el estado de Washington creó para conseguir el trabajo: "Action Washington: Working TOGETHER for the Boeing 7E7", <http://www.actionwahsingon.com>.

12. Véase "RealEstateJournal" en la página web del *Wall Street Journal*, 13 de junio de 2003: <http://www.homes.wsj.com/propertyreport/propertyreport/20030613-siteselection.html>.

13. Como se apuntaba en el *Wichita Eagle*, la emisión de bonos fue cincuenta veces mayor que la siguiente suma importante que el gobierno concedió en ayudas a corporaciones y habría incrementado la deuda que el estado tenía en bonos casi en un 20%. *Wichita Eagle*, 2 de abril de 2003.

14. Comentarios del vicegobernador. Véase Molly McMillan, “7E7 Bond Gave State Favorable Profile”, *Wichita Eagle*, 12 de diciembre de 2003. Paréntesis del original. Sobre la posible venta de Boeing-Wichita, véase el editorial “Stunning” en el número del 26 de enero de 2004.

CAPÍTULO 5

ULTRACONSERVADORES Y MODERADOS*

El cambio más importante de Kansas ha tenido lugar dentro del Partido Republicano, donde durante más de una década ha habido una guerra civil enfrentando a moderados y ultraconservadores. El republicanismo siempre ha sido primordial en la identidad del estado: Kansas fue fundada por colonos *free-soilers* –un grupo político en contra de la expansión de la esclavitud, aunque no de su abolición en los estados en los que ya existía, que fue finalmente absorbido por los republicanos– que lidiaron una guerra fronteriza contra los habitantes de Missouri donde la esclavitud era legal (demócratas) y desde 1932 no ha enviado a ningún demócrata al Senado de los Estados Unidos. Sin embargo, el republicanismo aquí no ha sido siempre estrictamente ultraconservador; aquéllos que representaron al estado en la política nacional –William Allen White, Alf Landon, Dwight Eisenhower, incluso Bob Dole– eran del Ala “progresista” o “moderada” del partido. Y aunque fuera un estado de una fiscalidad elevada y prohibiera emborracharse hasta 1986, tenía excelentes colegios públicos, algunos servicios públicos bastante buenos e impuestos ligeramente más altos para poder pagarlos. Se parecía mucho más a Minnesota que a Alabama.

Lo que es más importante, Kansas fue tradicionalmente pionera en los derechos de la mujer. El sufragio femenino se propuso aquí por primera vez en 1867 y se logró completamente en 1912, y fue uno de los pocos estados que había reformado sus leyes sobre el aborto antes incluso de la decisión del precedente del caso *Roe contra Wade*, que estableció el derecho al aborto en EE.UU. en 1973. Años más tarde Wichita, la ciudad más grande del estado, obtuvo la dudosa distinción de ser el único sitio de la región donde una mujer podía abortar en estado avanzado, en una clínica dirigida por un médico llamado George Tiller. Como a los irascibles todavía les gusta decir, Kansas era “la capital del aborto en el país”¹.

Kansas siempre ha sido un lugar religioso, pero cuando yo me crié allí en los años setenta y ochenta no se podía hablar de una derecha religiosa. Estaban los típicos chiflados, claro –cuando yo era joven, una pandilla de maleantes que se hacían llamar Ejército Revolucionario Capitalista atracaron un banco del condado de Johnson y dispararon a varios policías–, pero en general Kansas era tan normal y corriente en su política como en el resto de aspectos. David Adkins, un senador estatal al que habían educado en el baptismo fundamentalista en la ciudad de Salina en las llanuras (hoy es un republicano moderado), dice: “No puedo recordar una sola cuestión política –aborto, homosexualidad, ninguno de los asuntos de conveniencia que ahora dominan el discurso republicano– que se mencionara durante mi formación religiosa o en el transcurso de mi fe”. Dan Glickman, antiguo diputado de Wichita (uno de esa rara especie, los demócratas de Kansas), comenta que cuando era miembro de la junta directiva de la escuela de la ciudad en los sesenta “nunca surgían cuestiones ideológicas”. A principios de los ochenta, yo mismo asistí a una reunión convocada por una madre furiosa que quería quitar unos cuantos libros de la biblioteca de nuestro instituto. Mientras espetaba su lista de acusaciones –chismes preparados de antemano que probablemente habría recabado de la Sociedad John Birch– a los directores del centro les costó contener la risa.

A finales de los ochenta, Kansas se regodeaba con satisfacción en su tradicional centrismo pragmático. Dos de sus diputados eran demócratas; otros dos (uno de ellos mujer) eran republicanos moderados. Su célebre senador Bob Dole había sido tachado de ultraconservador cuando presentó su candidatura a la vicepresidencia en 1976; en el momento de obtener la nominación del partido para

el cargo más alto en 1996, estaba firmemente en la facción moderada. A la otra senadora de Kansas, Nancy Kassebaum, hija de Alf Landon, se la podría denominar republicana liberal.

Durante la década de los ochenta, el congreso del estado estuvo dominado por los republicanos moderados tradicionales, que aprobaron las leyes como una máquina bien engrasada. El estado aún no estaba lo suficientemente polarizado, de tal manera que en 1990 los votantes pudieron elegir, por segunda vez desde la Segunda Guerra Mundial, una mayoría demócrata para el parlamento de Kansas. No obstante, lo que fue clave en el asunto que aquí nos interesa fue el pequeño grupo de chalados de derechas que distraía a la población mediante la ocasional maniobra obstrucciónista en la legislación tributaria, la suspensión temporal de leyes y la presión al gobierno siempre que se presentaba la oportunidad. A finales de los ochenta puede que hubiera diez de estos personajes en el congreso estatal, uno de los cuales era de una persistencia tan deplorable que sus compañeros lo nombraron “reptil del estado” en 1986².

Con todo, en 1991 comenzó un levantamiento que impulsaría a aquellos republicanos reptilianos desde su papel de insignificante grupo disidente a convertirse en facción política dominante del estado, rebajando a los demócratas de Kansas al estatus de tercer partido y destruyendo lo que quedaba del legado progresista estatal. Estamos acostumbrados a pensar en el Contragolpe como un fenómeno de los setenta (los disturbios en torno a los autobuses que llevaban a los escolares del colegio público a escuelas fuera de su zona para favorecer la integración racial, la lucha contra el pago de impuestos) o de los ochenta (la revolución de Reagan); en Kansas, el gran movimiento hacia la derecha fue un suceso de los noventa, una historia del presente.

El empujón que hizo que Kansas se precipitara en el abismo del Contragolpe lo dio la Operación Rescate*, el grupo nacional pro-vida célebre por sus tácticas agresivas contra las clínicas abortistas. Lo llamaron el Verano de la Misericordia. El plan consistía en cometer actos de desobediencia civil por toda la ciudad de Wichita en julio de 1991, tal y como habían hecho los seguidores de la organización en Atlanta en 1988 y en Los Ángeles en 1990. Pero Wichita iba a ser diferente. Aquí estaba la clínica de Tiller, situada en el seno de una población que es famosa en el mundo entero por su entusiasmo espiritual. Los manifestantes tenían la intención de demostrar esta contradicción –forzar que un aspecto de la identidad de Kansas chocara con otro– para provocar un conflicto tan difícil de resolver que todo el mundo en el estado tuviera finalmente que tomar partido y unirse a la lucha.

Lo que hizo que Operación Rescate tuviera éxito y que el verano de 1991 fuera distinto de los mítines antiabortistas anteriores fue la reacción de las clínicas de la ciudad, que cerraron voluntariamente durante una semana cuando empezaron las protestas. Aunque esta estrategia desastrosa se emprendiera bajo el asesoramiento de la policía de Wichita, para ciertos integrantes del movimiento pro-vida representó un auténtico milagro³. Por primera vez habían frenado en seco lo que llamaban “la industria del aborto”. En julio y agosto miles de personas aparecieron de improviso en Wichita, dispersándose por la ciudad, encadenándose a las vallas, tirándose bajo los coches, llenando las cárceles y organizando piquetes a la puerta de los domicilios de los médicos abortistas y de otros a los que consideraban coautores en la cultura de la muerte.

El acontecimiento culminante fue una reunión masiva en el estadio de fútbol americano de la Universidad Estatal de Wichita. En un principio, los organizadores esperaban 7.000 personas, así que reservaron la mitad del estadio. Se presentaron más de 25.000. Llenaron todo el complejo; cubrían todo el terreno de juego. Pat Robertson subió al estrado y proclamó “No descansaremos hasta que cada bebé esté a salvo en el útero de su madre”; el crítico fundamentalista Donald Wildmon arremetió contra el sesgo progresista en las noticias; el activista pro-vida Joe Scheidler

convocó protestas como la de Wichita por todo el país; y los líderes de Operación Rescate dieron discursos por teléfono desde la cárcel. En un momento espartaquiano, un organizador del evento pidió que se levantaran los que vivieran fuera de la ciudad, que según informó la prensa fueron dos terceras partes. Luego instó a levantarse a los que fueran de Wichita y toda la multitud se puso en pie⁴.

Lawrence Goodwyn, el historiador del Populismo decimonónico, sugiere que la “cultura del movimiento” es crucial para la protesta de masas: “La gente tiene que ‘verse’, experimentando con formas democráticas”, ha escrito⁵. Lo que Goodwyn sin duda tenía en mente eran las enormes asambleas “educativas” de los populistas y sus manifestaciones de un día de duración por los diminutos pueblos de Kansas, pero la observación se puede aplicar perfectamente al gran alboroto de populismo a la inversa que tuvo lugar en Wichita un siglo después⁶. Aquí fue donde el movimiento ultraconservador de Kansas supo el poder que tenía y donde se hizo con una masa crítica. Puede que otros aspectos de aquel verano ahora parezcan ambiguos, pero todos los activistas antiabortistas con los que he hablado recuerdan esta reunión masiva con gran nitidez. Mary Kay Culp, la directora del grupo antiabortista del condado de Johnson Kansas for Life (KFL) (Kansas por la Vida), se acuerda de cómo ella viajó con grupos de la Kansas City residencial al acto en autobús. Bud Hentzen, un contratista de Wichita que trabajaba en ese momento en la administración del condado de Sedwick, describió aquel instante en el estadio como una especie de despertar. Lo que Hentzen pensó entonces fue, según sus propias palabras, “Convirtámoslo en votos”.

Y vaya que si lo convirtieron. Tim Golba, antiguo presidente de Kansas for Life (Kansas por la Vida), comentaba que su lista de correo aumentó en 10.000 nombres en las seis semanas posteriores al mitin. En las reuniones antiabortistas los líderes ultraconservadores de Wichita reclutaron candidatos republicanos para los distritos electorales. “Esta gente era capaz de tirarse en medio de la calle”, recordaba Mark Gietzen, un activista cristiano que pronto se convertiría en presidente del Partido Republicano del condado de Sedgwick. “Les dijimos, ‘Admiramos vuestro coraje y vuestra convicción, pero hay algo mucho más elegante que estar tirado en la carretera’”. Hacia agosto de 1992, Gietzen declaraba: “Teníamos al 87% de nuestra gente, antiabortistas del tipo Operación Rescate de ideas firmes e identificables, como miembros de las juntas electorales de distrito”⁷.

La Kansas moderada estaba horrorizada. Las noticias del periódico recalocaban aquel verano la hostilidad de los nativos de Wichita por la avalancha de forasteros. Se prepararon medidas legislativas para poner en su sitio a los manifestantes exigiendo penas severas para los que obstaculizaran el acceso a las clínicas abortivas y redactando una ley que favoreciera la libertad de elección en la legislación de Kansas. (En el caso de que el precedente del caso *Roe contra Wade*, que legalizó el aborto en EE.UU., se hubiera desestimado en el futuro, la legislación habría garantizado que los abortos se siguieran practicando sin problemas en Kansas.) En marzo de 1992, se le dio el visto bueno por un amplio margen a la ley del aborto en la Cámara de Representantes del estado, pero fracasó en el senado estatal unas semanas más tarde, lo que irritó mucho a los columnistas estatales.

La presión para que *Roe contra Wade* se convirtiera en ley estatal coincidió irónicamente con otro asunto periodístico de aquel año: la celebración del desprecio popular por lo que se llamaba “la política de siempre”. El *Wichita Eagle*, líder del movimiento del “periodismo cívico”, publicó largos artículos donde se asombraba de que la popularidad del primer presidente Bush hubiera empeorado, encontraba muy significativa la derrota de varios políticos nacionales en las elecciones primarias, realizaba encuestas y creaba grupos de estudio que evaluaran el descontento a medida que

se acercaba el día de las elecciones. Bajo el titular de portada “La gente está harta”, el periódico sacó a relucir su mejor imitación de la indignación populista, declarando que “la gente estaba harta de problemas, de los políticos y del sistema que origina a ambos. Afirmaban que la rebelión de los votantes está en marcha, que quieren recuperar el control del sistema”⁸. Pero lo que daba a entender el diario con estos llamamientos a la insubordinación era simplemente que estaría bien que todos nos registráramos y votáramos. A ser posible a los amables republicanos moderados, que dejarían de perder el tiempo en tonterías y aprobarían la ley del aborto.

Los periodistas tenían razón sobre la “rebelión de los votantes” que estaba por llegar; en lo que se equivocaron fue en la identidad de los revolucionarios. Éste no era un asunto para moderados. De hecho, los que estaban listos para recuperar el control del sistema eran los manifestantes antiabortistas. El suyo era un movimiento popular de lo más genuino, que había nacido en las protestas, que estaba convencido de tener la razón moral y que contaba una y otra vez sus historias de persecución a manos de los policías, los jueces, el estado y las clases acomodadas. No tenían su propio periódico –el *Eagle*, por su parte, publicaba una noticia tras otra en las que los expertos advertían de las ambiciones descabelladas de los cristianos fundamentalistas–, pero uno de ellos creó la “Godarchy hotline”, algo así como una “línea directa con Dios”, un teléfono al que podías llamar para escuchar sugerencias de actuación grabadas.

Estos ultraconservadores emergentes estaban dispuestos a trabajar mucho más que la gente de a pie para hacer realidad su sueño político. Esto fue (y todavía es) decisivo para su éxito, y los ultraconservadores lo sabían. “El otro partido no tiene programa”, dijo el tipo del Godarchy en 1992. “Nosotros tenemos un programa: el reino de Dios”. Se tiraron bajo los coches para frenar el aborto y ahora ofrecían sus cuerpos a la derecha del Partido Republicano⁹. Es más, los delegados ultraconservadores estaban lo suficientemente entregados para presentarse en masa a las elecciones primarias, que en Kansas se celebran en el particularmente desapacible mes de agosto. Y en 1992, este movimiento ultraconservador populista conquistó el Partido Republicano de Kansas partiendo desde abajo: en el condado de Johnson, en el condado de Sedgwick (Wichita) y en todas las zonas densamente pobladas del estado, inundaron los organismos del Partido Republicano con nuevos y entusiastas activistas echando a un lado a los tradicionales moderados de Kansas. En el condado de Sedgwick, un 19% de la gente del nuevo comité del distrito electoral responsable de expulsar a la vieja guardia había sido detenida durante el Verano de la Misericordia¹⁰. “No estoy aquí porque me guste la política”, declaró uno de los activistas sobre aquel significativo acontecimiento. “Odio la política. Estoy aquí porque amo a los bebés que no han nacido. He ido a la cárcel por los no nacidos”¹¹.

Aquel otoño Bill Clinton ganó las elecciones presidenciales, pero en Kansas el robustecido Partido Republicano reconquistó el poder legislativo. Un ultraconservador principiante –enmoquetador de profesión– llegó a derrotar a un demócrata que había sido durante catorce años presidente de la Cámara de Representantes de Kansas.

Los orígenes pro-vida del movimiento ultraconservador de Kansas nos presentan una ironía histórica notable. Con frecuencia, los historiadores atribuyen el debilitamiento y desaparición del movimiento populista decimonónico a su fracaso a la hora de cumplir objetivos materiales reales. No lograron nacionalizar los ferrocarriles, establecer un sistema de subsidios agrícolas o reintroducir la moneda de plata en la circulación, entre otras cosas, y al final los votantes se hartaron de que les pidieran constantemente que adoptaran una postura firme contra el “poder del dinero”. Y curiosamente, en el caso del movimiento pro-vida, el objetivo esencial de acabar con el aborto es,

casi por definición, imposible de alcanzar. Hasta los activistas más acérrimos admitirían que poco se puede hacer para frenar la práctica sin un cambio sustancial en el Tribunal Supremo. Su movimiento, sin embargo, no para de crecer. El propósito esencial no parece importarles.

En el bando perdedor de todo este drástico revuelo estaban los gobernantes tradicionales de Kansas, los republicanos moderados a favor del aborto. Aunque eran bastante conservadores en su posición a favor del libre mercado, se encontraban bajo la implacable y devastadora censura de su propia derecha. Ahora eran ellos los que estaban sufriendo el Contragolpe y los que eran tachados de “blandos” por una u otra razón, los que eran acusados de permitir el mal humanista y laico y los que facilitaban la podredumbre cultural. Ahora incluso se insultaba a los gobernantes tradicionales del estado –gente que se las daba de ser la más republicana de Estados Unidos– llamándoles “RINOs”: Republicans In Name Only [Republicanos sólo de nombre]. Esto les enfurecía. Los candidatos que pacientemente habían conseguido tras muchos años ascender en la jerarquía del partido veían cómo los cargos que habían codiciado eran desempeñados por algún don nadie que predicaba a gritos contra el poder del gobierno central y al que sólo le interesaba acabar con el aborto y los impuestos. Los conservadores radicales se reunían en iglesias fundamentalistas a las afueras de la ciudad; eran tantos los candidatos que se presentaban a las primarias que sería imposible que los republicanos tradicionales pudieran igualarlos; no tardaron en derrotar de forma aplastante a los moderados en todas las carreras por cargos, desde los miembros de los comités de distrito electoral hasta los sheriffs. Los republicanos de Kansas estaban pescando en río revuelto: la mentalidad del Contragolpe que su partido había alentado con tanto esmero desde 1968 y que les había dado la presidencia tantas veces, ahora estaba llamando a su puerta.

Los moderados se quejaban y denunciaban la situación. Un Partido Republicano sin ellos como líderes era todo menos republicano, decían. ¿Por qué los disconformes no creaban un tercer partido en lugar de arruinar el suyo? Además, insinuaban que los conservadores religiosos albergaban en secreto todo tipo de infamias y estaban dispuestos a traer “una segregación de otra clase”, según declaraba un moderado del condado de Johnson. “Y odian”, escribió un columnista del *Wichita Eagle*. “Quieren que las mujeres vuelvan a la época en que tenían que ir ataviadas con guantes blancos para el té de la tarde y se tenían que quedar en casa porque se les había enseñado que sus maridos sabían lo que hacían”¹².

En 1993, el reverendo Robert Meneilly arremetió contra los ultraconservadores desde el púlpito de Village Presbyterian, una iglesia vanguardista construida en la frontera de Mission Hills, advirtiendo que el empeño de estos por bautizar al Estado algún día fracasaría, desestimando la fe católica y deteniendo su misión espiritual. Meneilly alegaba que por esta razón el ferviente cuadro de dirigentes que en aquel momento había tomado las riendas del Partido Republicano representaba “una amenaza mucho mayor que la del comunismo”. Meneilly era probablemente el líder eclesiástico más respetado del área metropolitana de Kansas City por aquel entonces y su sermón contra los ultraconservadores catalizó el temor a los moderados en todos los barrios residenciales, condujo a la fundación de la Coalición Mainstream (Mainstream Coalition), una organización creada para combatir a la derecha religiosa, y fue reeditado en el *New York Times*. Pero para los conservadores radicales, ser denunciados por este anciano del condado de Johnson tuvo una repercusión positiva, ya que les confirmó su creencia favorita de que las verdaderas víctimas de la sociedad eran los cristianos evangélicos. De hecho, las palabras de Meneilly todavía se pueden encontrar, sacadas de contexto, en innumerables publicaciones ultraconservadoras como prueba de la persecución a la que están sometidos los verdaderos creyentes.

El incendio de la pradera se propagó por la llanura. El año de 1994 fue republicano en todas

partes; en Kansas los ultraconservadores expulsaron a todos los demócratas de la delegación del congreso estatal, donde Todd Tiahrt sustituyó al demócrata de Wichita que estaba a favor del aborto y Sam Brownback se hizo con el escaño del otro congresista demócrata, que dejó la Cámara de Representantes del Congreso para presentar, sin éxito, su candidatura a gobernador. Los republicanos ultraconservadores de Topeka eran ahora mayoría en el poder legislativo del estado. Se apropiaron de los tres puestos directivos del Congreso de Kansas e introdujeron lo que llamaron “Convenio con Kansas”, un compromiso solemne para enviar más presidiarios a la silla eléctrica a la vez que se defiende el feto.

El momento de triunfo absoluto para el ala más ultraconservadora republicana llegó en 1996. Cuando Bob Dole renunció a su escaño en el Senado para ir en pos de la presidencia, el gobernador republicano moderado Bill Graves nombró a su asistente Sheila Frahm para el puesto. Pero los ultraconservadores tenían otros planes y Frahm fue pronto derrotada en las primarias del Partido Republicano por el devoto Brownback, que para entonces se había convertido en una celebridad del movimiento ultraconservador en todo el país gracias a su estilo humilde pero intransigente. El cargo en el Congreso que tenía Brownback, a su vez, fue para Jim Ryun, el antiguo atleta convertido a político predicador. Más adelante ese mismo año, las dos mujeres que quedaban en la delegación del congreso estatal –ambas moderadas y a favor del derecho al aborto– se rindieron. Los detractores del aborto se apoderaron de las dos posiciones, consiguiendo que la delegación fuera cien por cien antiabortista y cien por cien republicana. A finales de 1996, los ultraconservadores tenían motivos para estar contentos: habían acabado completamente con el consenso estatal por la libertad de elección, cuyos defensores se sentían tan seguros e inamovibles en 1991.

Los ultraconservadores lo celebraban alborozadamente mientras Dole era coronado en la convención republicana de San Diego de aquel año. Ahora controlaban tan fuertemente el aparato del partido estatal que dejaron al gobernador Graves fuera de la delegación oficial de Kansas. Los medios nacionales no podían dejar de reparar en la revolución del estado natal del candidato y los ultraconservadores de Kansas fueron objeto de reportajes aduladores en el *Weekly Standard* y el *American Spectator*. George Will y Robert Novak escribieron reseñas sobre el admirable Brownback. Los ultraconservadores eran la ola del futuro.

Hacia finales de los noventa, sin embargo, los moderados averiguaron cómo hacer retroceder al enemigo y los dos bandos se adaptaron a la nueva situación durante años de guerra electoral, marcada por el recrudecimiento constante de la hostilidad verbal. Cuando los moderados recuperaron la organización del partido estatal en 1999, los ultraconservadores se limitaron a crear su propia organización paralela y siguieron presionando¹³. En los eventos republicanos, como la celebración anual del Día de Kansas, los ultraconservadores organizan ahora actos en competencia. (¿Existe otro lugar donde la fiesta estatal sea una cuestión de facciones?).

El resentimiento persiste hoy día, envenenando la política desde la base. Los cargos de comités republicanos de distrito electoral, los más bajos de la jerarquía política, con frecuencia se disputan acaloradamente en Kansas¹⁴. En las elecciones primarias para los escaños del congreso del estado e incluso para los cargos en los consejos escolares a menudo el republicano, ya sea moderado o ultraconservador, se niega a admitir su derrota y sigue presentándose como candidato extraoficial, sin que su nombre aparezca en las papeletas, a las elecciones generales. Hay peleas por los letreros de los parques y campañas locales de difamación que asustan por su crueldad: durante las semanas previas a las primarias republicanas de 2002, vi pancartas garabateadas con la inscripción: “Ayude a los homosexuales, vote al candidato X” situadas en una calle concurrida del barrio residencial de Olathe a las afueras de Kansas City. El candidato rechazado de este modo, un hombre que se

consideraría un ultraconservador incondicional en cualquier otra parte del país, me explicó que *diez años antes* se había distanciado de los dirigentes ultraconservadores del estado porque él apoyaba el acceso a información sobre el SIDA en la biblioteca pública. Un poco más tarde, se encontró con el caballero que había colocado los artesanales carteles y discutieron el tema a puñetazos¹⁵.

Las consecuencias de este fraticidio eran previsibles. Con la facción ultraconservadora más motivada dominando las elecciones primarias, los moderados vieron conveniente hacer lo impensable. En el condado de Johnson, una de las regiones más republicanas del país, varios líderes republicanos moderados se desengañaron tanto con el ultraconservador congresista pro-vida que se les había impuesto en 1996, que dos años después ayudaron a ¡un demócrata! para deshacerse de él. Y cuando un ultraconservador se presentó como candidato a gobernador republicano, buena parte del liderazgo moderado del estado le retiró su apoyo de manera manifiesta, dándole las elecciones a la demócrata Kathleen Sebelius. Este último resultado fue tan bochornoso para el partido nacional –en un año republicano, la ultrarrépublicana Kansas acababa en manos de una ¡demócrata!– que provocó que la guerrillera republicana Grover Norquist* calumniara a los moderados llamándoles “traidores y colaboracionistas” de los que “se ocuparía” cuando se presentara la oportunidad¹⁶.

Es cierto que hasta ahora la victoria total se les ha escapado a los ultraconservadores estatales, pero Norquist no tiene motivos para estar tan molesto. El mismo levantamiento ultraconservador que desplazó a los moderados debilitó también a los demócratas de Kansas, pese al gobernador Sebelius, reduciendo su dominio en el poder estatal de una mayoría absoluta en 1990-92 a un mero 36% de escaños en la cámara baja y un débil 25% en el Senado. En el año 2000, nueve años después del Verano de la Misericordia, George W. Bush ganó en el estado por un margen considerablemente superior al de su padre en 1988 o incluso Bob Dole en 1996. La Ley de Libertad de Elección que aprobó la cámara baja de Kansas en 1992 sería impensable hoy. Tanto ha cambiado la opinión sobre este tema que el hombre que puso en marcha la “línea directa con Dios” allá por 1992 es ahora, por increíble que parezca, el presidente del Instituto de Protección al Consumidor de Kansas.

Los ultraconservadores han modificado ampliamente el entorno político estatal, pero su trayectoria como legisladores no ha sido tan dinámica. Al igual que su facción nacional, no han avanzado casi nada en la guerra de valores. No han frenado el aborto ni aprobado un sistema de cheques escolares en Kansas que impida la integración de las clases bajas en centros escolares de otras zonas, ni siquiera han conseguido dejar el evolucionismo fuera de la clase. De hecho, todas las cuestiones en que hacen hincapié los ultraconservadores parece que se han elegido precisamente porque no pueden resolverse con la aplicación sensata del poder del estado. El senador Brownback, por ejemplo, es más conocido por posturas puramente simbólicas: contra la clonación, contra la persecución de los cristianos en países lejanos o contra la esclavitud sexual en el tercer mundo. Del mismo modo, Phill Kline, el que durante varios años ha sido Fiscal General de Kansas, se ha hecho famoso en los círculos republicanos de todo el país por intervenir en casos que tienen que ver con la edad de consentimiento sexual y la violación homosexual, temas que no afectan a casi nadie en Kansas y que funcionan exclusivamente como puntos en común entre los seguidores ultraconservadores. Este tipo de asuntos sirve para echar más leña al fuego y mantener la tensión, pero no tiene mucho que ver con las prácticas cotidianas de gobierno. Por lo tanto, permite que el político en cuestión se pueda atribuir un aire de justiciero al tiempo que evita cualquier identificación con el abominable Estado.

Los ultraconservadores han logrado una victoria tangible en una sola región. Su recalcitrante hostilidad hacia los impuestos de cualquier tipo ha tenido gran éxito al provocar la debacle en el gobierno de Kansas. Tras recortar los impuestos compulsivamente durante los noventa –o inducir a

los acobardados moderados a recortarlos con el fin de calmarles—, los ultraconservadores dejaron al estado en un punto en que cualquier desaceleración económica tendría consecuencias desastrosas para los ingresos del estado. El descarrilamiento ha ocurrido según lo programado: hoy Kansas, como tantos otros estados, se enfrenta a la peor crisis financiera de la historia reciente. Y los ultraconservadores no van a permitir que se suban los impuestos para sacar al estado del agujero. La única vía factible es la que los ultraconservadores han insistido que tomemos desde el principio, tanto en Kansas como a nivel nacional: el Estado, esa entidad odiosa, tendrá que desaparecer sin más¹⁷. Para la mayoría de la gente esto podría parecer bastante grave, pero a medida que las dificultades empujan a un estado al foso, la diversión de los ultraconservadores no ha hecho sino empezar.

Cuando los corresponsales nacionales vienen a cubrir la revolución de Kansas se rascan la cabeza desconcertados. Ven cómo un grupo de republicanos bombardea a otro grupo de republicanos y se asombran de la extrañeza y tristeza del espectáculo. Si se les insta a una explicación sociológica, atribuirán el conflicto que agita al estado a una pelea entre protestantes fundamentalistas y tradicionales, o a una disputa entre los ignorantes y los cultos, o incluso podrán achacárselo a la relativa novedad de los ultraconservadores en las costumbres modernas de la gran ciudad¹⁸. Pero ante todo es una lucha de clases.

La conciencia de clase ha sido un tema recurrente del Gran Contragolpe desde que George Wallace denunciara el progresismo en nombre del “hombre corriente de la calle, el de la fábrica textil, el de la fundición, el barbero, el esteticista y el policía patrullando”¹⁹. Los observadores de los grandes medios de comunicación que han estudiado el creciente movimiento ultraconservador han ignorado completamente la conciencia de clase. La cuestión de la clase social siempre ha desconcertado a los estadounidenses y a la mayoría de los periodistas les resulta más fácil culpar del Contragolpe al racismo, al sexism o a alguna creencia religiosa incomprensible que mencionar este tema tan molesto.

En este sentido, los moderados son los peores. Por regla general, no admiten la posibilidad de que lo que los diferencia de los ultraconservadores sea la clase social. Sin embargo, reconocen que hay una división geográfica entre los antiguos barrios residenciales del interior del condado de Johnson, donde suelen vivir los moderados, y los barrios más nuevos de las afueras, donde todo el mundo parece defender las armas y estar en contra del aborto y del evolucionismo. La gran línea que separa ambos barrios es tan marcada que Steve Rose, director del *Johnson County Sun* y uno de los líderes de facto de los moderados, se queja de que actualmente haya “dos condados de Johnson”²⁰. Uno de ellos es la ya mencionada extensión urbana de mi niñez, la de los jardines sombríos y el rumor de los Porsches y los colegios prestigiosos. Es la tierra del sensato republicanismo moderado.

Pero el otro condado de Johnson, encarnado por el barrio más nuevo a las afueras de Olathe, es el que deja perplejo a Rose. Esta parte de Johnson es tremadamente problemática. Pretende ser “un baluarte del conservadurismo de derechas” y adopta sistemáticamente las posturas más escandalosas sobre los temas de actualidad. Rose es incapaz de emplear el binomio estado republicano/estado democrata para describir la diferencia entre los dos condados de Johnson porque, como es lógico, ambos votaron a Bush. Así que el origen de esta división sigue siendo un misterio²¹.

No obstante, si uno observa ambos con sus propios ojos, el misterio se desvanece inmediatamente. Uno es el de las comunidades ajardinadas y estatuas en las isletas, una piscina detrás de cada casa y un campo de golf en las inmediaciones que a veces se atisba entre los amplios garajes. En este condado de Johnson, lo único que uno ve en los años de elecciones son letreros en

los patios que animan al Equipo Moderado. La otra parte del condado de Johnson es un lugar donde la pintura de las fachadas está desconchada, los edificios son de contrachapado barato, la maleza llega a la altura de las rodillas, los arbustos perecen a causa del calor intenso y los coches abandonados se descomponen al borde de la calzada. Si alguien pasa por este condado de Johnson no leerá en sus carteles más que los gritos de guerra de los ultraconservadores. La diferencia entre ambos condados es una diferencia de clase.

Estoy hablando en sentido económico, material, no en el de “gustos y valores” que los expertos definen como clase. En los mapas demográficos del condado de Johnson, las zonas de los incondicionales de derechas Olathe y Shawnee destacan por el valor más bajo de sus propiedades y su menor renta per cápita. En términos generales, es más probable que la gente que vive en estos barrios trabaje en una fábrica, sea menos propensa a tener licenciaturas universitarias y experimente los altibajos del ciclo económico posiblemente con más miedo e inseguridad que los abogados y directivos de Mission Hills. Desconozco si la gente de Olathe y Shawnee siente más preferencia por la música country, las motos de nieve o NASCAR que la que sienten los republicanos moderados de los barrios residenciales más acomodados.

En cualquier caso, una cosa está clara sobre las elecciones de los últimos diez años: las zonas del condado de Johnson con menor renta per cápita y valores de la vivienda más bajos dieron lugar a un apoyo más sólido a la facción ultraconservadora. Las zonas con la renta y los valores inmuebles más altos –Mission Hills y Leawood– eran igual de leales al aparato moderado²². Cuanto más proletaria es una zona, más susceptible es de ser ultraconservadora.

Esta situación es opuesta a la de hace treinta años. Y es también la negación total de la Kansas de hace un siglo, cuando los que habitaban en las regiones más afectadas por la economía eran los que estaban más desesperados y los más izquierdistas. En Kansas, la geografía política de las clases sociales se ha dado la vuelta.

Cuando yo era niño y la política todavía se ocupaba en parte de los asuntos tangibles, Mission Hills era un reducto sólido del ultraconservadurismo, mientras que Shawnee y Olathe eran los lugares del condado de Johnson en las que había más probabilidades de que votaran a los demócratas (ciertamente, algo poco frecuente en cualquier circunstancia)²³. En los años setenta, a nuestros vecinos les caía bien Ronald Reagan mucho antes de que fuera popular. Eran la clase de tipos que podría despedir a la mitad de la plantilla antes de comer sin pensárselo dos veces. Y lo siguen siendo. En todo caso, actualmente presiden un sistema en que los trabajadores tienen menos poder y el crimen corporativo es aún más descarado.

Pero el contexto político ha cambiado. El espectro se ha desplazado tanto hacia la derecha que la gente que vive en las grandes mansiones alrededor de la “Ruina” de los Frank cada vez está más cerca del centro. Hoy son el músculo financiero detrás de la facción moderada del estado de Kansas. No son progresistas, ni mucho menos; todavía tienden mucho hacia la derecha en cualquier asunto que tenga que ver con los impuestos o la economía y van a los mitines de los candidatos republicanos sin tener en cuenta quién encabece la lista*. Asimismo, son los que más se beneficiarán cuando los ultraconservadores reduzcan drásticamente los impuestos estatales y hagan campaña para desmantelar las entidades reguladoras federales. Pero la gente de Mission Hills en gran medida apoya los derechos de los homosexuales y la libertad de elección en el aborto y admiten la separación entre Iglesia y Estado.

El republicanismo moderado tiene un indudable sabor a clase alta. Los candidatos moderados normalmente recaudan mucho más con las aportaciones durante la campaña que sus rivales ultraconservadores. El comité asesor de la Mainstream Coalition, la organización moderada más

importante del distrito, es uña y carne con los ejecutivos empresariales y otros pilares de la comunidad. Hasta sus oficinas están situadas cerca de un campo de golf y cuando las visité una vez no paré de ver gente circulando por allí con su carrito de golf. El mundo de Mainstream es de clase tan alta que en una ocasión enviaron mailing instando a los moderados a “atraer a los votantes con un menor nivel educativo e ingresos más bajos”²⁴. De hecho, la junta directiva de la Community Foundation del condado de Johnson, la principal institución benéfica de la zona, está repleta de eminentes moderados. Los dos grupos, moderados y millonarios, coinciden en tantas cosas que para muchos habitantes de Kansas es complicado diferenciarlos. Cuando el vecino de mi padre haya vuelto de su paseo semanal en el Ferrari, estará encantado de predicar sobre las ventajas de la diversidad.

La división de clases se manifiesta de mil formas distintas. Sólo hay que analizar una viñeta ilustrada por el periodista Thomas Edsall para los lectores del *Washington Post*. Bill Graves, el gobernador republicano moderado de Kansas, heredero de una inmensa fortuna y residente en Mission Hills, se enfrentaba en las primarias al líder de la facción ultraconservadora del partido. Graves estaba haciendo campaña, si se le puede llamar así, desde las confortables oficinas de Lathrop & Gage, un bufete de abogados de Kansas City con buenos contactos, en el condado de Johnson. Reinaba un ambiente de satisfacción camaradería republicana cuando los socios se reunieron en una sala de conferencias del décimo piso de un rascacielos de cristal de Overland Park. De pronto sobrevino el desastre. Una mujer dio un paso hacia delante y anunció, mirando a Graves, que quería que supiera que *no* le votaría el día de las elecciones. La valiente que tuvo la osadía de enfrentarse a la afabilidad del gobernador fue una secretaria, una de las abejas obreras de rango bajo de la colmena del condado de Johnson. La razón de su decisión: el aborto. Graves estaba a favor de la libertad de elección y por tanto era demasiado progresista para su gusto²⁵. Y eso es precisamente Kansas: un estado donde los héroes de la clase trabajadora son todavía más republicanos que sus jefes.

Dwight Sutherland hijo, un abogado profundamente ultraconservador de Mission Hills y antaño miembro del Comité Nacional Republicano, es sorprendentemente franco sobre este tema: “Es una lucha de clases”, me dice. “Los roles se han invertido ligeramente”. Sutherland es un crítico mordaz de los republicanos moderados. Su versión de los hechos es que éstos se enfrentan a un estado donde la clase obrera se agrupa bajo el estandarte republicano, se reúne en tropel en las iglesias pobres y se tira bajo los coches frente a las clínicas abortivas, y han reaccionado con un esnobismo fruto la sorpresa. “Somos los mejores”, piensan supuestamente los moderados, “tenemos derecho a gobernar esta comunidad y no queremos que unos tipos arrogantes entorpezcan y se entrometan en el camino para sancionar a los guardianes públicos que hayamos designado”. Incluso me cuenta varias anécdotas sobre la indignante discriminación hacia los ultraconservadores que se ha encontrado en el club de campo de Kansas City, un célebre bastión de los privilegios sociales²⁶. Es fácil de entender: incluso las salas de los enclaves más selectos de la plutocracia resuenan hoy con las inanidades moralistas de lo políticamente correcto. Ahora, el blanco principal de la intolerancia de clase alta son los trabajadores, con sus religiones estrañafarias y su política ultraconservadora.

Esto ocurre en todo el país, dice Sutherland. Me ha fotocopiado varias páginas de uno de esos libros de gran formato que describe la vida y las posesiones de gente muy rica en algún rincón pijo del mundo. Hay uno que se llama *Brandy (Brandywine)* y su intención es adular a los que participan en la caza del zorro en “du Pont-Wyeth Country”, la región que hay entre Filadelfia y Wilmington, Delaware. El texto destila una pedantería de clase alta inconfundible: nos presenta a una pareja que se conoce desde la infancia, cuando “fustigaban a la misma jauría de perros”. Hace poco, la mujer se

alarmó a raíz del activismo de alguna Coalición Cristiana local y decidió meterse en política. Ahora es una “republicana moderada” que cree en el control de armas de fuego, “los derechos de la mujer” y “la separación entre Iglesia y Estado”. Sus ideas políticas blandas, así como los eufemismos con los que son descritas, según sugiere Sutherland, son un producto de la posición social de la familia de igual modo que su afición de cabalgar con perros de caza.

A los conservadores de Kansas les gusta referirse a los moderados como “progresistas” y, en su lucha contra ellos por el control del Partido Republicano, imaginan que se enfrentan a una división local del mítico “sistema”. Para ellos, la guerra es una gran escena sacada de las obras de Ann Coulter o los monólogos de Rush Limbaugh: gente corriente frente a una jerarquía progresista de sabihondos arrogantes.

Como ya hemos visto, los criterios económicos de los moderados son muy conservadores. Pero también cumplen con el estereotipo de la élite demócrata progresista, si tenemos en cuenta las características culturales de estos últimos que se han hecho famosas por la aversión de buena fe de comentaristas como David Brooks. En Kansas hay republicanos moderados que beben chardonnay y ponen pegatinas de Martha’s Vineyard* en sus Saabs. Hay moderados que insisten en tomar café al estilo europeo, pan integral y bombones de gama alta. Hay moderados que compran en Restoration Hardware* y Whole Foods** y que desprecian a los que compran en Wal-Mart. Hay moderados que escuchan la NPR*** y se empeñan en hablar en francés a la camarera cuando están en un restaurante francés. Hay moderados que van a iglesias episcopales súper-Wasp**** que respetan a los gays, que rechazan la Ley Patriótica (Patriot Act), promulgada por Bush hijo para ampliar los poderes del Estado en su lucha contra el terrorismo, y que se unen para apoyar los derechos de los inmigrantes. Y hay moderados que asumen que todos los blancos de clase obrera son racistas.

Pero esa gente no es progresista. Son empresarios. Sus costumbres y opiniones les deben mucho más a las normas de cortesía y gusto que imperan en el mundo de las profesiones liberales que a Franklin Roosevelt y los sindicatos mineros estadounidenses. Después de todo vivimos en una época en que los inhumanos jefes hacen disertaciones impresionantes acerca de la naturaleza del “cambio”, cantantes punk hacen gala de los secretos del liderazgo, se recurre a vacías profundidades sobre la autenticidad para vender coches de lujo, multimillonarios de la informática construyen museos del rock & roll, teóricos de la administración de empresas deliberan sobre lo que “mola” a los jóvenes y un antiguo letrista de los Grateful Dead elogia el nacimiento del capitalismo de la Nueva Economía desde la cumbre del Foro Económico Mundial en Davos. Puede que los ultraconservadores no entiendan por qué, pero la cultura de los negocios se ha mezclado con la contracultura por motivos que tienen mucho que ver con su objetivo prioritario: las ganancias.

Y como empresarios, estos moderados son los principales beneficiarios de la lucha de clases que protesta furiosamente contra ellos. A pesar de que los ultraconservadores critican a los ricos y poderosos, las políticas que promueven –liberalización, privatización– sólo sirven para hacer que los moderados sean más ricos y poderosos. Y aunque hiera los sentimientos de los moderados oír a sus secretarias refiriéndose a ellos como RINOs (Republicanos sólo de nombre), la mayoría de los recortes fiscales que han llevado a cabo los ultraconservadores han conseguido, sin duda, que el escozor de la picadura se calme. Los moderados ganan hasta cuando pierden.

Esta situación puede parecer paradójica, pero es universal. Durante décadas, los estadounidenses han sufrido una insurrección populista que sólo beneficia a la gente contra la que supuestamente va dirigida. En Kansas, vemos claramente una versión extrema de esta chocante situación. Los trabajadores enfadados, muy numerosos, protestan airadamente contra los arrogantes. Levantan sus puños contra los privilegiados. Se ríen de las delicadas afectaciones de los pijos de Leawood. Se

concentran en las puertas de Mission Hills, alzando la bandera negra, y mientras los millonarios tiemblan en sus mansiones, ellos gritan sus tremendas reivindicaciones. “Estamos aquí”, chillan, “para recortar vuestros impuestos”.

Notas al pie

* N.T. El título original del capítulo (*Con Men and Mod Squad*), además de referirse a la tendencia ultraconservadora y la moderada dentro del Partido Republicano, sugiere varios juegos de palabras: *Con Men* significa farsantes, la abreviatura ‘mod con’ se refiere a las comodidades modernas de una casa y *The Mod Squad* (en España *Patrulla juvenil*) fue una serie de televisión que se emitió en la cadena ABC entre 1968 y 1973. En 1999 se estrenó una película basada en la serie que se llamó *Escuadrón Oculto*.

1. Esta expresión la utilizó en el Congreso el republicano por Wichita Todd Tiahrt, así como en el gran mitin de Wichita de 1991 que se menciona más adelante en este capítulo. Sobre Tiahrt: artículo de Associated Press del 6 de abril de 2000. Sobre el mitin de Wichita, véase el reportaje de Norman y Hirschman citado en la nota 4. Sobre la ley del aborto en Kansas, véase Miner, *Kansas: The History of the Sunflower State*, p. 388-389.

2. Para una crónica detallada del poder legislativo de Kansas en los años ochenta véase el libro de Burdett Loomis: *Time, Politics, and Policies: A Legislative Year*. Lawrence, University Press of Kansas, 1994.

* N.T. Operation Rescue, que recientemente se ha cambiado el nombre por Operación Salvar América.

3. Véase la crónica sobre el “Verano de la Misericordia” de James Risen y Judy L. Thomas: *Wrath of Angels: the American Abortion War*. Nueva York, Basic, 1998, p. 323-324. Thomas cubrió el movimiento antiabortista para el *Wichita Eagle*.

4. Véase la crónica del evento que publicaron Bud Norman y Bill Hirschman en el *Wichita Eagle*, 26 de agosto de 1991.

5. Aunque parece que la escribió él mismo, esta frase es en realidad uno de los epígrafes a la famosa obra de Goodwyn, *Democratic Promise: The Populist Moment in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1976.

6. Merece la pena resaltar que durante la última jornada del “Verano de la Misericordia” la gente de los pueblos agrícolas de los alrededores de Wichita condujo tractores y furgonetas decorados con pósters en contra del aborto, en lo que fue un desfile gigantesco que atravesó la ciudad. Está descrito en: http://www.forerunner.com/forerunner/X0494_Wichita_Kansas.html.

7. Tim Golba: entrevista con el autor. Mark Gietzen: Timothy J. MacNulty, “Tiahrt’s Win Grew from Grass Roots”, *Wichita Eagle*, 25 de noviembre de 1994. Véase asimismo Risen y Thomas, *Wrath of Angels*, p. 334.

8. Jon Roe, “The People Are Fed Up”, *Wichita Eagle*, 22 de marzo de 1992. Véase el editorial de Denney Clements del 27 de marzo de 1992, en el que dichas exigencias populistas se aplican a todos aquellos que rechazaron el proyecto de ley del aborto.

9. Durante las elecciones de 1992 circulaba la historia de cómo un parlamentario moderado de Wichita se dio cuenta un día de que su voluntaria de campaña más entregada era en realidad una espía de los fundamentalistas. Cuando le pidieron su opinión, la voluntaria declaró –desde la celda de la cárcel donde la habían metido por impedir la entrada a una clínica abortista–: “Es la voluntad del Señor”. Véase Judy Lundstrom Thomas, “Rallying the Faithfull Politically”, *Wichita Eagle*, 20 de septiembre de 1992.

10. Judy Lundstrom Thomas, “Protest Sets Tiller Off on GOP”, *Wichita Eagle*, 20 de agosto de 1992. En un artículo publicado un mes más tarde, Thomas informaba de que el 83% de los nuevos miembros del comité del distrito eran “enemigos del aborto y miembros de la derecha religiosa”.

11. Judy Lundstrom Thomas, “GOP Leader Quits Alter Contentious Vote”, *Wichita Eagle*, 14 de agosto de 1992.

12. Véase Connie Bye, “Johnson County GOP Veers Right”, *Kansas City Star*, 19 de noviembre de 1992. La columnista era Myrne Roe. “And they hate” apareció en el *Wichita Eagle* el 24 de septiembre de 1992. La cita sobre los guantes blancos, en respuesta a la convención republicana, se publicó el 27 de agosto de 1992.

13. Se llama Kansas Republican Assembly [Asamblea Republicana de Kansas]. No sin ironía, la página web del grupo (<http://www.ksra.org/Who.html>) previene contra los falsos republicanos que presumiblemente están dividiendo el partido y alejándolo de la tradición.

14. De acuerdo con Jim Sullinger del *Kansas City Star*, sólo diez de los puestos del distrito electoral del condado de Johnson se disputaron en 1990. En 1996, hubo elecciones primarias para 343 de los puestos. “GOP Candidates Set Filing Record”, *Kansas City Star*, edición del condado de Johnson, 15 de junio de 1996.

15. El candidato perdió.

* N.T. Influyente activista ultraconservador que actualmente preside el lobby neoliberal Americans for the Tax Reform, “Estadounidenses por la Reforma Fiscal”.

16. Norquist sobre los moderados: Lloyd Grove “Reliable Source”, *Washington Post*, 7 de noviembre de 2002.

17. Según Burdett Loomis, profesor de ciencias políticas de la Universidad de Kansas, los conservadores piensan que: “Si tenemos un déficit de 700 millones de dólares, tendremos que hacer un recorte de 700 millones y así al gobierno no le quedará otra que hacer menos barbaridades”. Véase también el editorial de Steve Rose en el *Johnson County Sun* del 1 de marzo de 2002. Rose comenta que la

crisis fiscal del estado “no fue un accidente. No fue negligencia. Ni siquiera fue estupidez. Fue un esfuerzo deliberado, táctico y bien orquestado por parte de los conservadores para asegurarse de que nos metiéramos en un buen berenjenal, con la idea de que aquello era la panacea”.

18. Esta es la explicación que daba Peter Beinart, director de *New Republic*, tras visitar Olathe y escribir uno de los artículos más concienzudos sobre la guerra de Kansas en la prensa nacional: “Battle for the ‘Burbs”, en *New Republic*, 19 de octubre de 1998.

Beinart ofrece una descripción en profundidad sobre la forma que tienen los fundamentalistas de reaccionar a la cultura moderna que les rodea y da montones de ejemplos pintorescos del alcance del cristianismo evangélico en la vida de Kansas. El problema surge cuando intenta quitarle importancia a las diferencias de clase existentes entre ultraconservadores y otros ciudadanos de Kansas, un típico comentario progresista sobre el Contragolpe (véase Lasch, *The True and Only Heaven*, p. 479). Beinart comenta que Olathe, el principal caldo de cultivo del conservadurismo del condado de Johnson, es un núcleo en crecimiento donde las empresas prosperan, y así es. Lo que pasa por alto es que a pesar de la aparente prosperidad, Olathe en realidad no es tan rico como otras zonas del condado de Johnson. También hay diferencias de clase en el mismo Olathe que no se analizan. Da la casualidad de que en Olathe hay unos cuantos republicanos moderados aparte de la delegación de acérquenos ultraconservadores por los que la ciudad es famosa, y todos y cada uno de los moderados que yo conocí eran trabajadores de clase media o profesionales, al igual que el resto de moderados del condado de Johnson. Sin embargo, todos los ultraconservadores de Olathe a los que llegué a conocer pertenecían a la clase trabajadora o estaban casados con alguien de este estrato social.

Tras descartar la diferencia de clases, Beinart continúa diciendo que lo que realmente distingue a los ultraconservadores de los moderados es la relativa novedad de los ultraconservadores en Kansas City. Muchos de ellos vinieron de comunidades agrícolas de las zonas rurales de Kansas, en una migración que según el periodista comenzó con la construcción del trazado de autopistas interestatales. Estos trabajadores agrarios trasplantados tratan de recrear la vida de los pueblos organizándose en torno a sus iglesias (fundamentalistas). Y les chocan y les horrorizan las cosas a las que se enfrentan en las ciudades: homosexualidad, aborto, etc. Así que optan por la derecha.

Un problema que presenta esta tesis es que Kansas City ha sido un centro de referencia para los habitantes del Medio Oeste rural (mis abuelos, por ejemplo) desde finales del siglo XIX, sin que por ello haya sufrido nunca una revuelta de derechas. De hecho, en un tiempo lejano, Kansas City era una ciudad de mala fama por los mismos motivos que Beinart describe, es decir, por exponer al inocente a la depravación de la ciudad (véase por ejemplo, *Una Tragedia Americana* de Theodore Dreiser, *Bottom Dogs* de Edward Dahlberg o la autobiografía de William Allen White). Pero esa época tocó a su fin. Kansas City ha reprimido la sordidez por la que en su día fuera famosa y ha pasado a ser Cupcake Land. Por si fuera poco, los años treinta fueron los años más pérpidos de Kansas City, pero también los más progresistas. Los grupos religiosos y políticos de derechas no comenzaron a ser fuertes hasta que los equipos de limpieza hicieron su tarea.

Todavía más perjudicial para la teoría de Beinart es el hecho de que muchos de los ultraconservadores que se estudian en este libro (Tim Tolba, Mary Pilcher Cook, Phill Kline, Jim Ryun, Jack Cashill y otros) no son emigrantes de los pueblos o de las zonas rurales en absoluto. Crecieron en el condado de Johnson, Wichita, Topeka o en alguna otra área urbana. Ni tampoco la afirmación contraria (los pueblos te hacen ultraconservador) parece correcta. El distrito con representación en el Congreso más rural de los cuatro (el primer distrito, que comprende todo el oeste de Kansas) es también el menos ultraconservador. Es cuna de republicanos pragmáticos y tradicionales como Pat Roberts y Jerry Moran. Además, muchos líderes moderados tienen sólidas credenciales rurales: por ejemplo, Dennis Jones (moderado), el actual presidente del Partido Republicano de Kansas, es del pueblo de Lakin, en el oeste. Bill Graves y David Adkins provienen de Salina. Y evidentemente tenemos a Bob Dole, que creció en el pueblecito de Russell. O retrotrayéndonos mucho más en el tiempo, tenemos el máximo ejemplo de republicano moderado, Dwight Eisenhower, de Abilene.

19. Wallace, citado en *The Populist Persuasion* de Michael Kazin, Nueva York, Basic Books, 1995, p. 221. Sobre el papel que juega la clase en el Contragolpe, véase Lasch, *The True and Only Heaven*, capítulo 11; Ehrenreich, *Fear of Falling*; Kazin, *The Populist Persuasion*, capítulo 9.

20. Los “dos condados de Johnson” es un tema al que Rose ha recurrido con frecuencia a lo largo de los años. Véanse sus columnas del *Johnson County Sun* del 5 de diciembre de 2002 y del 4 de agosto de 2000. Sobre el propio Rose y sus conexiones con los personajes del condado de Johnson, véase Kendrick Blackwood, “Mr. Johnson County”, *Pitch Weekly*, 14 de noviembre de 2002.

21. En su columna del *Sun* del 5 de diciembre de 2002, Rose propone una serie de explicaciones sobre la “desconexión” de Olathe del resto (moderado) del condado de Johnson, pero resulta evidente que está de broma: “¿Será su sistema de gestión del agua?”, se pregunta. “¿Su sistema educativo? ¿Su proveedor de tele por cable? ¿Su compañía eléctrica? ¿O el pedazo de iglesia nazarena que tienen allí?”

22. Con los datos del censo de 1999, he trazado varios mapas del condado de Johnson teniendo en cuenta el valor medio de la vivienda y la renta per cápita. Aunque el condado en general es considerablemente más rico que el resto de Kansas, los siguientes distritos electorales tienen en comparación la renta más baja y la vivienda más devaluada que el resto del condado: el distrito 4 de Lenexa, el 1 de Merriam, los distritos 1, 3 y 4 de Olathe, el distrito 1 de Overland Park y los distritos 2 y 4 de Shawnee. Utilicé el resto de los distritos electorales para contrastar valores medios de la vivienda y la renta per cápita más altos: el 3 de Fairway, el 2, 3 y 4 de Leawood, Mission

Hills.

A continuación examiné los resultados electorales de cada uno de estos distritos en las campañas posteriores, en los que la línea divisoria entre moderados y ultraconservadores estaba prácticamente clara: al Senado, primarias republicanas de 1996 (Sam Brownback contra Sheila Frahm); al Congreso, distrito número tres de Kansas, primarias republicanas de 1996 (Vince Snowbarger contra Ed Eilert); a fiscal general de Kansas, primarias republicanas de 2002 (Phill Kline contra David Atkins). En cada una de estas elecciones, los distritos con menos ingresos descritos anteriormente casi siempre votaron al candidato ultraconservador. También examiné los resultados de las primarias republicanas a gobernador de Kansas en 1998 (Bill Graves contra David Miller), pero en este caso el candidato moderado ganó en todos y cada uno de los distritos electorales (En realidad Miller ganó en un par de distritos en Olathe, y si se tienen en cuenta los votos según los distritos legislativos estatales en lugar de distritos electorales, el único lugar donde ganó Miller de todo el estado fue el distrito número catorce de Olathe).

23. Una de las raras ocasiones en que en el estado de Kansas ha habido mayoría demócrata fue durante las elecciones generales de 1964 entre Lyndon Johnson y Barry Goldwater. Hay otras cinco históricas ocasiones: en 1896, 1912, 1932 y 1936. En 1964 todos los distritos de Shawnee y cuatro de los cinco de Olathe apoyaron mayoritariamente a Johnson, mientras que en las áreas residenciales más ricas antes mencionadas votaron a Goldwater. En Mission Hills Goldwater recibió el 74% frente al 26% de Johnson.

* La gente de Mission Hills prefirió a Bush frente a Gore por un imponente 71/25. Esto pese al hecho de que muchos de ellos conducen Volvos y disfrutan de un ocasional café *latte*.

24. Esta desafortunada frase apareció impresa en una lista de consejos electorales en el número de junio de 1996 del boletín informativo *Messenger*.

25. Thomas Edsall describe la escena en “GOP Moderates Poised for a Resurgence in Kansas”, *Washington Post*, 3 de agosto de 1998.

26. El KCCC (Kent County Cricket Club) ocupó los titulares nacionales a principios de los años noventa cuando rechazaron a un importante empresario judío que había solicitado ingresar.

* N.T. Isla situada en la costa este norteamericana, en Cap Cod, Massachussets. Es uno de los lugares de veraneo preferidos de la clase alta estadounidense, en especial de la neoyorkina.

* N.T. La mayor compañía estadounidense de comida dietética y orgánica.

** N.T. Minorista especializado en muebles para el hogar de estilo clásico americano y de artículos de ferretería y decoración.

*** N.T. National Public Radio: organización independiente privada sin fines de lucro de emisoras de radio públicas de Estados Unidos, acusada por los más conservadores de estar dirigida a un público progresista “educado”.

**** N.T. El término WASP, acrónimo para Blanco, Anglo-Sajón y Protestante, alude aquí a los valores tradicionales de los padres fundadores del país, con una herencia ligada a sus orígenes en el protestantismo anglosajón y por extensión el de toda Europa occidental.

SEGUNDA PARTE:

LA FURIA QUE VA MÁS ALLÁ DE LO COMPRENSIBLE



08.A -

CAPÍTULO 6

PERSEGUIDOS, IMPOTENTES Y CIEGOS

¿Cómo vamos a cuadrar todos estos círculos? ¿Cómo es posible que los rebeldes ultraconservadores de Kansas manifiesten su odio hacia las élites pero libren de su ira al mundo de los negocios, a pesar de que les ha oprimido de manera tan evidente? ¿Cómo encuentran nuevos voluntarios para una revuelta popular que sólo consigue que las clases altas se encumbren cada vez más? ¿Con qué criterio establecen que un hombre es un esnob por el hecho de ser rico mientras que en otro caso la riqueza le convierte en un tipo normal?

Así pues, hay una forma de pensar sobre las clases sociales que por un lado alienta la hostilidad de clase que hemos visto en Kansas y por otro no considera que la cuestión económica sea motivo de agravio. Los ultraconservadores insisten en que la clase en realidad no está relacionada con el dinero o el nacimiento de uno, ni siquiera con la profesión. Es ante todo una cuestión de *auténticidad*, ese bien cultural tan preciado. La clase tiene que ver con el coche que uno conduce y el lugar donde compra y cómo reza, y sólo en segundo término está relacionada con el trabajo que uno desempeña o los ingresos que recibe. Lo que hace que uno sea miembro del noble proletariado no es el trabajo en sí, sino la modestia, la humildad y el resto de cualidades que los análisis de nuestros expertos aseguran que han descubierto en los estados republicanos que votaron a George W. Bush. A los productores del país no les importa el desempleo o una vida sin porvenir o un jefe que gane quinientas veces más que ellos. En absoluto. En la tierra republicana, tanto los trabajadores como sus jefes tendrían que estar indignados con los universitarios afectados de la mesa de al lado, que charlan sobre el queso francés, las villas de la Toscana y las grandes ideas para dirigir el mundo que han leído en los libros.

Esto parece un galimatías, pero debería resultarnos familiar después de todo lo que ha pasado estos años. Lo observamos habitualmente cada vez que oímos a un experto o político ultraconservador quejarse de la “lucha de clases” –refiriéndose a cualquier comentario acerca del fracaso del capitalismo de libre mercado– y luego, segundos después, les oímos quejarse de la “élite mediática” o del engreído “establishment del Este” que conduce Volvos.

Ya hemos percibido este peculiar modo de pensar en los textos publicados sobre la separación entre estados republicanos y demócratas. La gran división entre los sectores del país que votaron a los primeros y los pocos que votaron a los segundos en el año 2000, como hemos visto, debería tener algo que ver con la clase social: los productores contra los parásitos, los trabajadores frente a los acomodados, la gente corriente contra los esnobs y así sucesivamente. El comentarista ultraconservador Andrew Sullivan emplea incluso el término inequívoco *lucha de clases* para describir la confrontación entre los progresistas ricos y los republicanos más humildes. Pero es una lucha de clases en que, como dice David Brooks, “no hay resentimiento ni conciencia de clase”. La paradoja –una división de clases en la que la clase no importa– se repite casi siempre en los artículos de los analistas políticos sobre las “dos Américas”, a menudo unas páginas después de haberse metido con los habitantes de los estados demócratas por tener coches de lujo o tomar café esnob o contratar a niñeras caras o ser aficionados al vino¹.

El elemento clave para reformular el término clase es la existencia de una “élite progresista”. La idea ha evolucionado con el paso del tiempo: Spiro Agnew los llamó “virreyes charlatanes del negativismo”, los neoconservadores los apodaron “la nueva clase”, mientras que otros simplemente

se refieren a ellos como “intelectuales”, pero, en líneas generales, los motivos del agravio han seguido siendo los mismos. Los teóricos del Contragolpe sostienen que nuestra cultura, nuestras escuelas y nuestro gobierno están controlados por una clase dirigente excesivamente “educada” que desprecia las creencias y costumbres de las masas. Según esta tesis los que gobiernan Estados Unidos son fanfarrones despreciables y engreídos. Son afectados, para emplear uno de los términos favoritos del Contragolpe. Son soberbios². Son esnobs. Son progres.

La idea de una élite progresista no es intelectualmente consistente. Nunca ha sido elaborada con rigor académico, ha sido rebatida en innumerables ocasiones y se desmorona con cualquier análisis minucioso y sistemático³.

Aun así la idea persiste. No sucumbió con Nixon, ni se acabó al terminar la polémica por el *busing* –traslado de estudiantes, generalmente negros, a otras zonas para que se integren–, ni desapareció de la escena nacional con el taimado Bill Clinton. De hecho, actualmente tiene más validez en la calle que veinte años de estudios prestigiosos y una vida de sociología responsable.

He aquí a G. Gordon Liddy, el famoso planificador del asalto al Watergate, contándonos cómo funcionan las cosas en su bestseller de 2002, *When I Was a Kid, This Was a Free Country* [Cuando era niño, este era un país libre], en consonancia con las ideas del Contragolpe.

En este país hay una élite que se cree con derecho a decirnos al resto lo que podemos y no podemos hacer –por nuestro propio bien, por supuesto–. Estos izquierdosos manipuladores de la opinión pública, educados en la Liga Ivy, se concentran en los medios de comunicación, el negocio del entretenimiento, el mundo académico, los círculos de opinión y las burocracias legislativas, ejecutivas y judiciales del gobierno. Podríamos denominarlo el nuevo derecho divino de los burócratas de la administración. Esta gente se alimenta de la amplia clase media norteamericana, que es la que verdaderamente trabaja en este país y hace que todo sea posible. Nos desangran con un impuesto sobre la renta que no era tan alto desde la Segunda Guerra Mundial; nos cobran a precio de oro en taquilla por películas que atacan y menoscaban los valores que procuramos inculcar a nuestros hijos⁴.

El mismo grupo de intelectuales serviles son responsables del contenido de las películas de Hollywood y del impuesto sobre la renta, con el que nos roban. No hacen nada de provecho salvo películas y columnas de opinión en los periódicos mientras viven a costa del trabajo de otros. Dicho de otra forma, los progresistas son parásitos.

Desde el apacible David Brooks hasta la siempre colérica Ann Coulter, la especialidad de los articulistas ultraconservadores es atacar los gustos personales y las pretensiones de este estrato social. Ellos, los ultraconservadores, son según dicen los verdaderos marginados, que contemplan a disgusto el comportamiento ridículo de los engreídos; dicen ser el pueblo llano humilde pero trabajador que se ríe del empeño de nuestros “nobles dirigentes” para reformarnos y mejorarnos. Que en gran medida sean los primeros que colaboren en el triunfo de un partido político que es el instrumento clásico de los privilegiados es una contradicción que no les preocupa.

Los ultraconservadores fijan su mirada mordaz en las universidades de Nueva Inglaterra, donde estudiantes con pretensiones de superioridad moral coquetean intensamente con cierta experimentación en su estilo de vida, salen de juerga por la noche y toman sus exclusivos cafés *latte*. Los conservadores se ríen burlonamente de los jóvenes veganos de Washington, D. C. que salieron hace dos años de Brown* y ya están avasallando a la gente trabajadora del interior desde una oficina de la Agencia de Protección Ambiental. Los ultraconservadores se mofan de los hábitos de educación infantil en los círculos hippies; comentan con desprecio las declaraciones banales de los diseñadores de moda; protestan furiosamente contra el espectáculo de traición de la Liga Ivy en la

convención de la Asociación de Lenguas Modernas de este año, tomando siempre en sentido literal las demandas pseudo-izquierdistas de los universitarios de la Liga Ivy, amén de las declaraciones pseudo-izquierdistas de los diseñadores y hippies.

Cualquiera que sea el blanco, la crítica social ultraconservadora siempre se reduce al mismo mensaje elemental: el progresismo –es decir, cualquier cosa desde la televisión deportiva a los deconstructivistas del departamento de francés de Yale– es una creación de los detestables ricos, tan extravagante como su preferencia por los perros galeses y el aceite de oliva extra virgen. “En eso consiste ser progre: en sentirse superior a la gente que tiene menos dinero”, dice furiosa la incomparable Coulter.

Sólo cuando te has percatado de que el esnobismo es lo que mueve radicalmente la visión del mundo de los progresistas, empiezan a tener sentido todos sus disparatados e ilógicos argumentos. Fomentan el inmoral comportamiento nihilista porque son esnobs, aceptan a los delincuentes porque son esnobs, se oponen a la reducción de impuestos porque son esnobs, adoran el medio ambiente porque son esnobs. Toda idea nueva y perniciosa es acogida inmediatamente por los progresistas para demostrar lo influyentes que son. Odian a la sociedad y quieren debilitarla para afianzar su sentido de invencibilidad. Convencidos de que sus mansiones junto al mar seguirán ahí cuando se disipe el humo, juegan frívolamente con las normas morales de la gente sencilla.⁵

Coulter no fundamenta su tesis sobre los ricos mirando un ejemplar de *Fortune* o *Cigar Aficionado*, sino que recurre a lo que ponen en televisión. “Fijaos en toda esa basura que ponen los progresistas.” Sabemos que la élite progresista odia a la gente corriente por lo que vemos en televisión y lo que leemos en la ficción moderna seria, y la culpa de todo la tiene la progresía. Por otra parte, sabemos que el Partido Republicano es el verdadero partido de los trabajadores porque “es más probable” que el recio republicano Tom DeLay “se tome una cerveza con un camionero” a que lo haga Barbara Boxer, senadora acomodada de California. Lo sabemos porque las dos alternativas sociales en Estados Unidos son imitar a la “jet set” progre de Hollywood o a “los paletos de clase obrera que van a las carreras de NASCAR”, la prueba de fuego preferida de la derecha populista.

Por lo visto, no hay ningún perjuicio económico que un conservador pueda hacerle a su colega de la clase trabajadora con tal de que funcione la cultura de la solidaridad tomándose juntos unas cervezas. El caso de Ann Coulter es aleccionador. Hija de la flor y nata del barrio residencial de New Canaan, en Connecticut, creció en lo que ella describe como una familia de derechas feliz encabezada por un abogado de empresa que en 1985 contribuyó a la expulsión de un sindicato histórico de las negociaciones para mayor gloria de los intereses del grupo de minería Phelps Dodge. Esta hazaña fue uno de los primeros frutos de las políticas antisindicalistas de la administración de Reagan, que con los años han reducido en gran medida el poder de los trabajadores sindicados para dejar caer sus bendiciones sobre los habitantes de New Canaan y sus hermanos de clase alta de todo el país.

Coulter estaba allí cuando se pusieron en marcha las prácticas antisindicales –“que el sindicato entrara en huelga en ese momento era totalmente absurdo”, dice⁶, pero no obstante insiste en que las discusiones sobre ese aspecto de la clase social son sólo una invención de la propaganda progresista. Creer que “los demócratas son el partido del pueblo y los republicanos son el partido de los poderosos” es adoptar una “vanidosa presunción”, una ficción de la realidad que Coulter no alcanza a comprender. Al decir esto, Coulter no se refiere a la indiferencia con que los nuevos demócratas de Bill Clinton trataron al movimiento obrero. Como la mayoría de ultraconservadores,

encasillaba a Clinton en la izquierda radical. Mejor dicho, Coulter trata de establecer todo una red de relaciones de clase basándose en que los hedonistas endiosados de Hollywood son mayormente demócratas. Los republicanos, en cambio, beben cerveza, van a misa y tienen armas; son por tanto los que verdaderamente representan al hombre corriente. El estatus económico no cuenta para ella.

Gracias a su control total sobre la cultura del país, los progresistas están en el poder se vote o no a sus políticos; nos gobiernan pese a que los republicanos se hayan impuesto en seis de las nueve elecciones presidenciales desde 1968; pese a que estos dominen en la actualidad las tres ramas del gobierno; pese a que los últimos progresistas declarados mundialmente famosos de la vieja escuela (Humphrey, McGovern, Church, Bayh, Culver, etcétera) desaparecieran en los setenta; y pese a que ningún candidato a presidente demócrata desde Walter Mondale se haya declarado “progresista”. La influencia progresista va más allá de la política, son unos tiranos que dominan nuestras vidas en las cosas grandes y en las pequeñas y a los que es prácticamente imposible eliminar.

El ultraconservadurismo, sin embargo, es la doctrina de la mayoría oprimida. No defiende un orden de cosas establecido, sino que acusa, sermonea, denuncia la hipocresía y se abalanza alegramente sobre las contradicciones. Mientras que los progresistas controlan la radio, la prensa escrita y los colegios para perseguir al estadounidense medio –ridiculizar a los religiosos, elogiar a los vagos y aleccionar a los niños con toda clase de sinsentidos libertinos– los republicanos son el partido al que no se respeta, los oprimidos, los olvidados. Siempre aparecen como víctimas y como los que se rebelan desde abajo contra una clase dirigente arrogante.

Dicho de otro modo, todas las acusaciones de la derecha nacen del victimismo. Este es otro truco que el Contragolpe ha tomado de la izquierda. A pesar de que los republicanos legislan según los intereses de los más poderosos de la sociedad, y aunque los críticos sociales conservadores normalmente cuenten con tribunas destacadas en instituciones como el American Enterprise Institute y el *Wall Street Journal*, rara vez se presentan como portavoces de los ricos o de los vencedores en la lucha social darwinista. Al igual que los izquierdistas de principios del siglo XX, se rebelan ostensivamente contra una tradición de refinamiento burgués, alzándose contra un sistema decadente que no tolera ninguna crítica.

El conservadurismo, por otro lado, *nunca* podrá ser poderoso ni tener éxito y los defensores del Contragolpe se deleitan con fantasías de su propia marginalidad y persecución. En sus foros de debate es habitual leer misivas en que los conservadores saludan a sus colegas con frases como “compañeros palurdos del interior” o se equiparan a la gente más espantosamente victimizada: “Al gueto, muchachos, no nos quieren en la buena sociedad”. “Soy estúpido”, escribe Blake Hurst en una de sus cartas de la norteamérica republicana a los lectores de *The American Enterprise*, “y si tú lo estás leyendo, probablemente también lo seas”. Un anuncio promociona un nuevo best-seller de derechas con la frase: “¿Eres tonto? Las élites creen que sí”. Y el libro *Slander* de Ann Coulter no es más que una recopilación de todas las formas con que desde hace tiempo los presuntuosos progresistas han intentado denigrar a la gente a la que consideran sin duda mentalmente inferior.

Por otra parte está ese espectáculo tan común de los conservadores jactándose de su propia revolución. *Politically Incorrect* [Políticamente incorrecto] es el título de un libro de Ralph Reed, líder de Coalición Cristiana; *How to Beat the Democrats and Other Subversive Ideas* [Cómo aplastar a los demócratas y otras ideas subversivas] es el título de una creación de David Horowitz. El columnista conservador John Leo tituló su libro de 1994 *Two Steps Ahead of the Thought Police* [Dos pasos por delante de la policía del pensamiento]. A veces, esta tendencia a emplear un lenguaje rebelde hace que los partidarios del Contragolpe se sienten en compañía de gente bastante curiosa: *Incorrect Thoughts* [Opiniones incorrectas] es tanto el título del libro de Leo de 2001 como el de un

álbum de 1981 de los Subhumans, una banda de punk hardcore de izquierdas.

El objetivo de este victimismo quejumbroso no es liberar de la condición de víctimas a la clase media estadounidense a la que el conservadurismo dice representar. Mientras que muchos de nosotros pensamos en la política como un drama maquiavélico en que los actores se alían y ponen los medios prácticos para defender sus intereses materiales, el Contragolpe es algo muy diferente: una cruzada en la que los propios intereses materiales se dejan de lado para centrarse en vagas reivindicaciones culturales que se consideran de suma importancia pero que no se pueden satisfacer.

Incluso si lo juzgamos según sus propias palabras –como una lucha por los valores, el patriotismo, el honor nacional y el modo adecuado de rendir culto al Todopoderoso– el Contragolpe ha sido un desastre completo⁷. Desde el punto de vista cultural, no ha logrado casi nada en las últimas tres décadas. La televisión y el cine son a menudo más degradantes que en 1968. Los roles de género están desapareciendo. La homosexualidad es más visible y más aceptada que nunca. La contracultura campea a lo largo de Madison Avenue* y se ha convertido en la característica distintiva de la industria publicitaria, la revolución imparable que mueve tanto cargamentos de tabaco como de cereales.

No obstante, los líderes del Contragolpe –la misma gente astuta responsable de obras maestras de estrategia política como los resultados electorales en Florida en el año 2000 y la campaña por la privatización de la Seguridad Social– han optado por emprender batallas ideológicas que no se pueden ganar, donde el sentimiento de impotencia de sus seguidores se intensificará y su alienación empeorará. Tome el lector como ejemplo un motivo que ha generado recientemente la ira del Contragolpe: el monumento de los Diez Mandamientos en Alabama, que erigieron deliberadamente sabiendo que iban a provocar un pleito con la Unión Americana por las Libertades Civiles. Al final perdieron el juicio y como no podía ser de otra forma hubo que derribarlo. O la gran polémica sobre el aborto, que moviliza a millones de personas pero con la que no se puede acabar sin una decisión del Tribunal Supremo que anule la validez del caso de *Roe contra Wade*.

En cuanto a guerra de valores, el Contragolpe nació derrotado. Su meta no es ganar batallas ideológicas sino rasgarse las vestiduras visible, ruidosa y ostensiblemente. La indignación es el gran principio estético de la estrategia del Contragolpe; hacerse eco con rabia de los abusos contra los oprimidos es para el Contragolpe lo que un solo de guitarra es para el heavy metal. La protesta airada es la emoción privilegiada, el momento mágico que representa el sentido de justicia y la determinación de perseverar. Los conservadores hablan con frecuencia de su primer ataque de indignación como una especie de experiencia de conversión, una revelación casi religiosa. El célebre comentarista de radio y televisión Sean Hannity rebela a los lectores de su bestseller *Let Freedom Ring: Winning the War of Liberty over Liberalism* cómo vio la luz durante las sesiones en el Senado del escándalo Irangate, un acontecimiento que dio mucho que hablar en la historia del Contragolpe.

Estas sesiones del juicio afectaron profundamente mi vida. Me ponía furioso al ver a los congresistas y senadores mortificando a un gran patriota como Ollie [North]. Estaba tan absorto en los interrogatorios del Irangate que no iba a trabajar. Me quedaba en casa todo el día viéndolos por televisión. Incluso los grababa para poder verlos de nuevo... Cuanto más veía y escuchaba, más me enfurecía. Y como quería expresar mi opinión –oír un punto de vista diferente sobre el tema del que se nos ofrecía por televisión– empecé a llamar a los programas de debate en la radio para defender a Ollie y arremeter contra los congresistas y senadores hipócritas... Y en algún lugar del camino, encontré mi vocación en la vida.

Los “hipócritas” arrogantes, farisaicos y corruptos persiguen a los virtuosos. Para Hannity es una

epifanía, una revelación de la derecha de índole mesiánica. Los progresistas son relativistas para los que no hay nada sagrado y aun así son al mismo tiempo inquisidores omnipotentes capaces de censurar severamente a estadounidenses inocentes⁸.

Las sesiones televisadas en el Senado son sólo el principio. *Cualquier cosa* parece irritar a los conservadores que reaccionan fabricando su propio catálogo de agravios. El resultado es lo que llamaremos “queja incesante”*, una extraña acumulación de insignificantes e inconexos reproches al mundo. Su intención no es evaluar la odiosa cultura progresista que nos rodea; la queja incesante es un tipo de crítica más horizontal que vertical, que pretende más bien que nos enfurezcamos con las docenas, cientos, miles de historias de todo tipo en que el mundo en que vivimos ataca los valores familiares, nos quiere depravar, no respeta a los padres, fomenta el cambio radical de las costumbres y demás. La queja incesante pretende que nos enojemos. No ofrece ninguna solución al limitarse a recordarnos que nunca vamos a ganar. La queja incesante es la figura retórica que hace que el programa de televisión de Hill O'Reilly sea un éxito, indignándose un día con el grupo de hip-hop Insane Clown Posse y al día siguiente con la Man-Boy Love Association**. La queja incesante es el modus operandi de ese predilecto espacio virtual, el marcador de lo políticamente correcto, en el que se amontonan miles de ejemplos ridículos de intolerancia progresista (minorías hipersensibles, discriminación contra los cristianos, cuestiones absurdas sobre la elección de animales o personas como símbolos de las universidades)⁹.

Se puede ver la queja incesante en la detallada descripción de cada desaire que tuvo que soportar el escritor Bernard Goldberg cuando empezó su carrera como analista del sesgo mediático en las noticias. Se ve en muchos de los escritores que intentan contar hasta qué punto la televisión falta al respeto al estadounidense medio, acumulando obsesivamente largas listas de quisquillas objeciones a los informativos nocturnos o sintiéndose ofendidos en mayor o menor grado por el lenguaje soez que se advierte en comedias de situación ya olvidadas. Se ve en la solemne acusación del redactor jefe conservador R. Emmett Tyrrell contra el carácter progresista del diccionario de citas *Bartlett's Familiar Quotations*, una obra de referencia que –Emmett lanza una mirada de ira– sólo tiene tres entradas de Milton Friedman y sin embargo once de John Kenneth Galbraith¹⁰.

La queja incesante alcanzó una especie de estado de indignación trascendente en un libro de 1996 titulado *Unlimited Access*, un temprano best seller anti-Clinton escrito por un antiguo agente del FBI llamado Gary Aldrich. La afirmación más espectacular del libro –que el presidente Clinton salía furtivamente de la Casa Blanca porque tenía citas todas las noches en el Washington Marriott– fue desacreditada poco después de su publicación, lo que no ha mermado la popularidad de Aldrich en las filas del Contragolpe¹¹.

La causa de la incitación constante de Aldrich a la ira del hombre de la calle es, en mi opinión, su susceptible irritabilidad con el mundo de hoy. *Unlimited Access* es básicamente una larga lista de infracciones menores del protocolo que su extremadamente rígido autor observó cuando trabajaba en la Casa Blanca de los Clinton. Aldrich señala la mala educación que percibió entre los demócratas en la cafetería de la Casa Blanca, sintiéndose ofendido por un tipo al que vio una vez comiéndose un yogur sin pagarla. Se recrea contando el desorden que había en el despacho de George Stephanopoulos y se enfurece al recordar a los empleados de Clinton que no le devolvieron las llamadas. Sospecha que la gente esconde algo cuando se alegran de conocerle; sospecha que la gente esconde algo cuando *no* se alegra de conocerle. Incluso transmite una queja de un compañero al que Hillary Clinton *miró con malos ojos*.

Aunque generalmente describa sólo los aspectos más superficiales de la vida estadounidense, lo

que demuestra la queja incesante es que el progresismo puede ser culpable del mundo que nos rodea, que cada una de estas objeciones al modo en que la gente conduce, se salta la cola o habla con la boca llena, es cosa de la izquierda. No importa que los progresistas hayan perdido hace tiempo su poder político; para los del Contragolpe, el progresismo sigue siendo el que cambia nuestras buenas costumbres; el que determina lo que sale en televisión o en las revistas, el que crea o, mejor dicho, interpreta, las leyes. No hay nada —ni la Constitución, ni las armas, ni las victorias electorales— que puedan protegernos de esto o frenarlo. Es una extraña fuerza conspiradora a la que no se le puede pedir cuentas y que no se preocupa cuando le salen mal los planes.

Desde el punto de vista del Contragolpe, las imposiciones de los progresistas son tan intolerables y extravagantes y tan poco respetuosas por las sensibilidades de la sociedad que no tendrán fin. ¿Quién sabe qué “precedente” se va a sacar de la manga el Tribunal Supremo a continuación? ¿O qué palabra del lenguaje cotidiano —la palabra *mascota*, la palabra *esposa*, cualquier referencia a la Navidad— convertirán en delito los comisarios de lo políticamente correcto, mientras ellos mismos amplían la lista de palabrotas que se permiten emitir por televisión? En la ideología del Contragolpe abundan los cuentos chinos sobre progresistas descontrolados, hippies que escupen a excombatientes, Jane Fonda informando de los prisioneros de guerra estadounidenses a sus secuestradores vietnamitas, la Agencia Europea para la Seguridad y la Salud en el Trabajo obligando a los granjeros a cargar con retretes portátiles alrededor de sus fincas para que los utilicen los jornaleros o planes para despoblar las Grandes Llanuras y convertirlas en un parque nacional gigante. Los foros de debate conservadores están llenos de especulaciones pintorescas sobre las atrocidades que cometerán mañana los progresistas y cada ocurrencia descabellada se formula y recibe con total seriedad. La élite progresista va a ilegalizar las ligas deportivas nacionales. Va a prohibir la carne roja. Va a exigir vacaciones especiales para los veteranos de guerra transexuales. Va a entregar nuestro vecindario a una tribu india. Va a decretar que sólo las parejas homosexuales puedan adoptar niños. Va a prohibir la Biblia.

Desde luego, creer que el progresismo es omnipotente impide que los legisladores conservadores reconozcan su flagrante fracaso para abrirse camino en la guerra de valores, pero también contribuye a una cultura del movimiento especialmente contraproducente y desoladora. Ser conservador populista supone ser fatalista, creer en un mundo donde tu partido nunca ganará; es más, donde tu partido, casi por definición, *no puede* ganar, donde incluso las victorias electorales más aplastantes resultan estériles y nunca se acabará con el control total de los progresistas de por vida¹².

Son las opiniones curiosas de una coalición que está gobernando literalmente en la política estadounidense. Y la situación no hace más que agravarse. Los conservadores no sólo se lamentan de que sus partidarios nunca ganen; según la mitología del Contragolpe, si por casualidad consiguieran imponerse en cualquier asunto, su triunfo sería rápidamente anulado por oscuras maquinaciones progresistas¹³. Los conservadores piensan que no tienen posibilidad de intervenir en el poder, que son víctimas desgraciadas a la deriva en un universo fatalista donde solamente los progresistas pueden actuar y donde cada actuación suya se convierte en una imposición para el buen ciudadano medio estadounidense¹⁴.

Según la mentalidad del Contragolpe, por ejemplo, los progresistas cuentan con un cuasimonopolio en el juicio moral y lanzan misiles acusando de *racismo* y *sexismo* a la gente incapaz de responder del mismo modo. Así, George Gurley, columnista del *New York Observer* y ex articulista del *Kansas City Star*, recuerda el agravio que sufrió sin quejarse una vez que manifestó su conservadurismo en una fiesta. Recuerda a una “chica hippie” que le “reclamó” decir que admiraba a Margaret Thatcher: “‘¡Es una cerda capitalista!', me gritó. Yo tartamudeé. Entonces uno de mis

mejores amigos la defendió diciendo, ‘Lo siento, George, aquí tienes todas las de perder’. Me fui de la fiesta avergonzado, impotente.”

Es curioso el uso de la expresión *impotente*, dado que el poder es justo de lo que carecen los verdaderos progresistas y lo que representa el Partido Republicano. Sin embargo, esta sensación no se puede negar: mientras que los progresistas se rasgan las vestiduras en público cuando les parece, los conservadores creen que a ellos nunca se les permite decir lo que realmente piensan. El marcador virtual del que hemos hablado antes se llama “Tongue Tied” [Cohibido, amordazado] y tiene cientos de ejemplos de los excesos del progresismo ilustrados con dibujos de caras amordazadas. *Nadie se atreve a llamarlo traición (None Dare Call It Treason)*, gritaba el título de un texto reciente del Contragolpe. ¡Maldita sea! Nadie se atreve a llamarlo *de ninguna manera*. Nadie se atreve a decir la verdad por miedo a la extraordinaria capacidad de represalia del progresismo. El profesor de la Universidad de Chicago Mark Lilla describe bien este sentimiento en un ensayo de 1998 en el que resume favorablemente el pensamiento conservador.

No es que nadie piense que la descortesía, la promiscuidad, el consumo de drogas y la irresponsabilidad sean buenos. Pero *ahora nos da vergüenza criticarlos* a menos que podamos expresar nuestro desacuerdo en los términos legales de la justicia, el lenguaje terapéutico de la realización personal o el argot económico sobre la eficiencia. La condición moral de los pobres de la ciudad, idealizada por la música pop y la publicidad, nos avergüenza pero *no nos atrevemos a decir nada*. Que últimamente seamos tan explícitos con el sexo en la televisión y el cine y que aumente la indiferencia hacia lo que llamamos eufemísticamente “preferencias sexuales”, es un insulto a la inteligencia de los padres responsables, que ven confusión sexual y temor en los ojos de sus hijos. Pero desde los años sesenta los padres se arriesgan a hacer el ridículo *si ponen objeciones* que antes habrían resultado totalmente obvias para cualquiera. [Cursiva mía]¹⁵.

Nada de esto tendría sentido si no fuera por una maniobra retórica decisiva: la eliminación sistemática de lo económico. A algunos conservadores, claro está, les complace discutir sobre economía; uno se los puede encontrar cualquier día de la semana en los colegios de administración de empresas o en sus revistas de negocios declamando sobre la infalibilidad mística del libre mercado o la benevolencia del capitalismo global. Pero la mayoría de los conservadores que he analizado no se meten con el mundo de los negocios. Salvo contadas excepciones, a Hannity, O'Reilly, Coulter, Limbaugh y Aldrich es algo que no les interesa. Liddy toca el tema brevemente para afirmar que toda la culpa del desastre eléctrico de California de 2001 la tienen los políticos imbéciles y luego vuelve a renegar de los ecologistas estúpidos y de la “histeria” sobre el calentamiento global.

Para los líderes de opinión del Contragolpe, las operaciones empresariales no son objeto legítimo de crítica social. Según ellos, hacer negocios es natural, es normal, está por encima de la política. Tomemos por ejemplo el caso de Enron, que fue causa de tantos textos sobre delitos corporativos. Cuando Ann Coulter, que se revuelve rabiosamente en su libro de 2002 contra las tergiversaciones de los medios, se encuentra momentáneamente con el caso Enron, una de las noticias más importantes del año, descalifica lo publicado sobre el tema por la prensa, señalándolo como prueba evidente de manipulación, falsedad y corrupción¹⁶. La bancarrota de Enron fue entonces, como se recordará, la mayor de la historia; acarreó profundas consecuencias en todos los rincones la economía; pero aún así Coulter insinúa que uno tendría que ser un progresista mentiroso y manipulador para darle importancia.

Todo esto tiene sentido si recordamos que el gran objetivo del Contragolpe es alimentar una lucha de valores de clase y que el primer paso para conseguirlo es, como hemos visto, negar el

fundamento económico de las clases sociales. Después de todo, uno difícilmente puede caricaturizar a los progresistas como la “élite” de la sociedad o presentar al ilustre Partido Republicano como el partido del hombre corriente si reconoce la existencia del mundo de los negocios, el poder que crea la verdadera élite del país, que domina el verdadero sistema de clases y que maneja con destreza al Partido Republicano como su brazo armado en política.

Pasar por alto lo económico es una condición previa necesaria para la mayoría de las ideas básicas del Contragolpe. Sólo se puede pensar que las noticias están inclinadas hacia la izquierda, por ejemplo, si uno no tiene en cuenta a quién pertenecen los grupos de comunicación y si nunca dirige su capacidad crítica hacia el sector de los medios consagrado a la información económica. El campus universitario sólo se puede ver como un lugar dominado por izquierdistas si uno no considera los departamentos de economía o las escuelas de estudios empresariales. Se podría pensar que los conservadores son víctimas impotentes sólo si se excluye del análisis al electorado histórico básico del conservadurismo: la comunidad empresarial. Asimismo, sólo se puede creer que George W. Bush es un hombre del pueblo si se oculta el estatus económico de su familia. O lo que es más importante, es posible entender la cultura popular como producto del progresismo sólo si uno no quiere ver la más esencial de las realidades económicas, a saber, que las cadenas de radio y televisión, los estudios de cine, las agencias de publicidad, las editoriales y los sellos discográficos son, de hecho, empresas.

De hecho, la ceguera económica del Contragolpe también es un *producto*, en gran parte, de las mismas empresas culturales. Los conservadores sólo pueden ignorar la economía porque viven en una civilización cuyas máximas expresiones culturales –películas, anuncios y comedias de situación– han insistido durante décadas en quitarle importancia al mundo del trabajo. Sólo son capaces de separar totalmente los negocios de la esfera política porque los mismos medios de comunicación, cuyo “sesgo mediático” les encanta ridiculizar, hace tiempo que han aceptado dicha separación como un elemento básico del ejercicio periodístico profesional¹⁷.

En cierto modo, la visión que tiene el Contragolpe de la vida no es más que una anticuada visión izquierdista del mundo de la que se ha suprimido la economía. Donde los periodistas sensacionalistas de antaño reprochaban al *capitalismo* que echara a perder una u otra institución, los pensadores del Contragolpe no hacen más que cambiar el guión para culpar al *progresismo*. Hasta finales de los sesenta, por ejemplo, la típica crítica de la prensa que uno oía en Estados Unidos era que los periódicos se inclinaban hacia la derecha, sirviendo los intereses de los capitalistas que los publicaban y se anunciaban en ellos. Hoy, como todo el mundo sabe, son los redactores y los directores progresistas los que supuestamente distorsionan las noticias para satisfacer sus preferencias elitistas. Lo mismo ocurre con las viejas críticas de la enseñanza superior. Donde Thorstein Veblen y Upton Sinclair atacaban a las universidades por no ser más que escuelas privadas de clase alta, Roger Kimball y Dinesh D’Souza las condenan ahora por sus “administradores de izquierdas” y su antiamericanismo compulsivo. También han asimilado los antiguos análisis izquierdistas del sistema judicial, la política exterior, el mundo de la arquitectura y el propio gobierno, de modo que ahora estas instituciones no sirven a los intereses del capital sino al progresismo.

Incluso la retórica del Contragolpe, con su alabanza al hombre corriente, parece en ocasiones copiada al pie de la letra del proletariado de los años treinta. La idea de que las personas normales son peones indefensos atrapados en una maquinaria gobernada por la élite parece sacada de un manual de propaganda marxista, que instruyó a varias generaciones de miembros del partido que habitaban en un mundo determinista donde la iniciativa de poder correspondía exclusivamente a los

capitalistas, o más concretamente, al propio capital. Podemos recordar aquí la serie de acusaciones contra la élite progresista que tienen que ver con su afectado refinamiento, su amor por las cosas francesas del que hemos oído hablar tanto durante el período previo a la reciente guerra de Irak¹⁸. Es innegable que el origen de este estereotipo concreto del Contragolpe está en la vieja izquierda. Escuchemos por ejemplo a Mike Gold, iracundo crítico literario del *Daily Worker*, librando una guerra de valores tradicional contra las pretensiones religiosas del novelista Thornton Wilder:

Es esa religión literaria tan de moda últimamente que gira en torno a Jesucristo, el primer caballero británico. Es una religión falsa, un pastiche de aficionado, sin la sangre y la pasión auténticas, una fantasía de personajes homosexuales vestidos con elegantes togas que se mueven de forma arcaica entre los lirios. Es el anglocatolicismo, el último refugio del esnob literario estadounidense¹⁹.

Si añadimos las referencias a la “apariencia débil” del escritor, su “cosmopolitismo desarraigado”, su familiaridad con un “discreto salón francés” tendremos el progresismo del café *latte*. Los Bobos. La clase dirigente. La élite de los estados demócratas. La diferencia, sin duda, es que Gold atribuía estas características a los ricos vagos y desnaturalizados. Aldrich, Brooks, Coulter, Limbaugh y el resto les cuelgan el estereotipo a los progresistas.

La vieja izquierda no tenía que explicar cómo funcionaba el mundo: la lucha de clases, pensaban, podía justificarlo todo bastante bien. Pero si uno saca del mundo la economía le quedarán pocas herramientas para explicar cualquier cosa. ¿Por qué nuestra cultura es como es? ¿Por qué la televisión se vuelve cada año más burda? ¿Qué hace que determinados estilos, palabras o ideas sean de repente tan ostensibles mientras otros desaparecen? Estos son los asuntos que obsesionan oscura y amargamente a los conservadores del Contragolpe; todos estos temas han sido objeto de amplias investigaciones académicas en los últimos años, pero aun así la única solución que ofrece el Contragolpe es culpar al progresismo. Nuestra cultura es así porque los progresistas manipuladores han decidido que sea así.

Los libros del Contragolpe están llenos de formas ingeniosas de presentar esta interpretación de la cultura esencialmente conspiradora. R. Emmett Tyrrell, uno de los intelectuales más reputados de la derecha, prefiere literalmente enturbiar la cuestión. La cultura, dice, puede entenderse como una especie de contaminación atmosférica, una niebla impenetrable, informe, ondulante de “ideas progresistas, valores nobles, acontecimientos trascendentales y temores infundados que flota sobre Estados Unidos”. Sólo hay una cosa cierta sobre esta “niebla cultural”*: el mundo progresista “es el principal culpable”. Los progresistas dirigen la cultura, y la cultura, a su vez, politiza casi todos los ámbitos de la vida²⁰. Un planteamiento más siniestro es el que sugiere Leonard Peikoff, lugarteniente de Ayn Rand*, en un libro que compara la Norteamérica pre-Reagan con la Alemania Nazi y que fue elogiado calurosamente por nada menos que Alan Greenspan**: todos los grandes avances culturales de principios del siglo XX, ya sea en literatura, arte, educación, filosofía o periodismo, fueron elementos de un proyecto político para transformar la vida estadounidense siguiendo criterios “progresistas”, es decir, alemanes²¹.

Ann Coulter es, con diferencia, la más agresiva de todos ellos. Su teoría sobre las maniobras de los medios de comunicación es de una crudeza y un determinismo mecánico tal que haría parecer sutil al periódico comunista *Daily Worker*. A otros conservadores les gusta hablar de “parcialidad” en las noticias; Coulter prefiere expresiones más duras como “el cártel de opinión” o “los medios del monopolio”. Los medios de comunicación no sólo están inclinados hacia la izquierda; son una

herramienta de propaganda pura y simple. “Los progresistas ven expresamente la difusión de las noticias en Estados Unidos”, dice, “como vehículo para el adoctrinamiento de izquierdas”. Y también para las operaciones políticas de izquierdas. Según ella, la industria cultural no sólo malinterpreta la realidad política internacional; es un instrumento progresista para *controlarla*, para acabar uno a uno con los políticos republicanos siempre que se presente la oportunidad. “Los medios consentirán cualquier comportamiento deshonroso con tal de ganar”, señala. “Los principios no significan nada para los progresistas. Ganar lo es todo”.

¿Pero ganar qué? ¿Qué es lo que los progresistas quieren ganar a toda costa? En la crítica tradicional de los medios, la respuesta era siempre el *dinero*, por supuesto. Lo que tergiversaba las noticias era siempre el poder de los anunciantes, los editores en busca de lucro y las demandas inmorales de Wall Street.

Tal explicación es impensable para Coulter. No. Los progresistas cuentan las noticias e interpretan las leyes y publican los libros y hacen las películas de ese modo no para vender más ni porque le agrade al jefe ni porque así sea más barato; lo hacen simplemente porque son progres, porque así ayudan a otros progres, porque contribuye a convertir el mundo al progresismo.

La verdad es que la cultura que nos rodea –y que desencadena insistentemente nuevos estallidos de indignación en el Contragolpe– es en gran medida producto del pensamiento empresarial. Los que la crean son los escritores y actores que responden ante los editores, directores y productores, y estos a su vez responden ante los vicepresidentes y directivos, consejeros delegados y presidentes de las compañías, los cuales responden ante los banqueros de Wall Street, que reclaman beneficios por encima de todo. Desde las megafusiones de los gigantes de los medios a los anuncios que ponen en los descansos publicitarios de los partidos de fútbol, los argumentos de las películas de Hollywood y las fantasías ciberneticas de *Wired*, *Fast Company* y *Fortune*, vivimos en un mundo de mercado libre.

El Tribunal Supremo no fabrica la cultura estadounidense, como tampoco lo hacen los centros de planificación familiar o la ACLU (Unión Americana por las Libertades Civiles). Son las empresas las que, con su habitual tono vibrante de rebelión cultural, nos hablan a través del televisor, escandalizando constantemente a las personas conservadoras, humillando a los religiosos, rompiendo la tradición y machacando al patriarcado. Es por la ley del mercado por lo que nuestra televisión ridiculiza tan mordazmente los “valores familiares” y promueve tan fervientemente todo tipo de desviación social. Gracias al capitalismo de la Nueva Economía y su culto a la novedad y la creatividad, nuestros banqueros se enorgullecen de presentarse como “revolucionarios” y las firmas de inversión con descuento nos dicen que tener acciones hará pedazos el conformismo y marcará el comienzo del milenio del rock & roll. Se nos incita a consumir Dr. Pepper porque nos hará más independientes; a consumir Starbucks porque de algún modo es más auténtico; a hacernos un piercing en el ombligo, conducir motos acuáticas tuneadas y comer gelatina Jell-O porque se trata de experiencias “extremas”. De hecho, la contracultura es tan comercial y propicia para los negocios hoy día que una escuela de teóricos urbanos triunfa enseñando a las autoridades municipales las ventajas que conlleva atraer a los artistas de moda, colectivos gays y bandas de rock a sus ciudades, convenciéndoles de que allá donde vayan estos colectivos, irán las empresas.

La gente corriente de clase trabajadora tiene razón en odiar la cultura en que vivimos. Tiene razón en sentir que no tiene ningún poder sobre ella y en creer que les hace ineptos y estúpidos. Los “americanos medios”, después de todo, son los sujetos contra los que nos advierten la publicidad, las comedias televisivas y el cine. Son el predicador puritano que prohíbe bailar, el marido zoquete que consume una marca ordinaria, el padre racista que pega a sus hijos, el cowboy convencional que es

acribillado a balazos por el cowboy alternativo, la vida familiar represiva de la que se supone que queremos escapar o el obrero de la construcción que simplemente no se entera de nada.

A los conservadores se les da bien identificar y magnificar estas pequeñas aunque legítimas protestas culturales. Pero se equivocan en el origen del problema. Tomemos por ejemplo, al héroe del Contragolpe Gary Aldrich, que se queja en *Unlimited Access* de que los progresistas pensaban que “era agobiante tener que llevar corbata”. Aldrich tiene razón cuando advierte de que en los noventa había un tendencia en contra de ir vestido de etiqueta en la oficina; donde se equivoca es en atribuir este cambio a los traidores izquierdistas que influyen desde dentro. Como recuerdan aquellos que trabajaban en el mundo de la empresa, los que impulsaron el cambio no fueron los comunistas sino los héroes hipercapitalistas de la Nueva Economía: los “revolucionarios financieros” que se beneficiaron ampliamente de los votos de los airados seguidores conservadores de Aldrich. Si la gente neurótica como Aldrich se encuentra incómoda no es porque los radicales de izquierdas se hayan hecho secretamente con el control del mundo, se debe a que en el nuevo capitalismo superpoderoso no hay lugar para la gente hiperordenada y gris* como él, y se lo recuerda a la mínima oportunidad. Este sistema enoja a miles de Gary Aldriches a través de todos sus canales culturales – en los libros de administración de empresas, en los anuncios de televisión y en las presentaciones en PowerPoint de Tom Peters. La única utilidad que el capitalismo consumista encuentra en estos machos mojigatos es mostrarles visiblemente alterados por el potencial liberador de algún portal de Internet o algún tipo de patatas fritas, filmándoles mientras protestan contra alguna bebida gaseosa porque de esta forma el anunciante vende la imagen de que se están rompiendo las normas, de que el consumidor es así más independiente o está comiendo un producto con sabor rebelde o lo que sea.

Pero desde el Contragolpe nunca lo verán de ese modo. Nuestra cultura es como es simplemente porque los progresistas la han hecho así. Y hasta aquí llega la lógica del razonamiento del Contragolpe. Cuando se rechazan todos los métodos convencionales de las ciencias sociales para entender cómo funcionan las cosas, cuando no se puede hablar claramente sobre las clases sociales, cuando no se reconoce que las fuerzas del libre mercado podrían no ser siempre para bien, cuando uno no puede admitir siquiera la validez de las verdades históricas más básicas, todo lo que le queda son estas burdas armas: los periodistas, sociólogos, historiadores, músicos y fotógrafos hacen lo que hacen porque son progresistas. Y los progresistas mienten, estafan. De hecho, hacen cualquier cosa que facilite su gran proyecto partidista: crear más progresistas y así poder “ganar”. El progresismo progresista no es un *producto* de las fuerzas sociales, dice el Contragolpe, es una fuerza social, un monstruo implacable que se mueve de acuerdo a su propia lógica, tan inflexible y autómata como cualquier pesadilla ideada por los estalinistas del pasado.

Cuando la derecha populista era joven e inquieta a finales de los sesenta, desarrolló esta interpretación mecánica de la cultura como uno de los muchos frentes de la lucha política. Sin embargo, la crítica al sesgo de los medios de comunicación era siempre realmente sutil y los republicanos serios de la vieja escuela nunca se atrevieron a darle demasiada importancia a esta interpretación. Hablar de los “medios de comunicación progresistas” no era peligroso siempre y cuando se reservara para comentarios aislados en los márgenes de las campañas electorales. Tomárselo más en serio habría significado sumergirse en un mundo de paranoia y teorías de la conspiración.

Hoy, el conservadurismo ha llegado a ese lugar oscuro. Pese a que el periodismo estadounidense se inclina manifiestamente hacia la derecha, los críticos de los medios de derechas más vendidos pasan de gritar a bramar, de las acusaciones de “sesgo” a las acusaciones coulterescas de “adoctrinamiento de izquierdas” total. La visión del mundo que tiene el Contragolpe refleja menos

que nunca la realidad y aún así los conservadores se atienden a ella cada vez más. Ha pasado de la periferia al mismo centro de su cosmovisión. Es la afirmación sobre la que se asienta todo lo demás.

Los conservadores se han visto forzados a esta actitud en parte debido a su propio éxito. Clinton está fuera de juego, al igual que los sindicatos y otros movimientos conflictivos de base. Los derechistas difícilmente pueden seguir echando la culpa de todo a los comunistas. Las empresas siguen mandando, los impuestos bajan, desaparece la regulación y los más ricos disfrutan de la mejor racha para los más ricos desde los años veinte. Pero la derecha no puede proclamar victoria y marcharse. Ha de tener un adversario arrogante y despreciable para que su batalla en nombre de los humildes y perseguidos pueda continuar. Y la cultura —ese malhechor infinitamente más maleable, en el que puede anidar cualquier plan perverso— es el único opresor posible que queda.

Y no solamente es posible. La existencia de una profunda influencia cultural progresista que corrompe todo es una necesidad ontológica indispensable para que el conservadurismo encuentre su razón de ser.

El Gran Contragolpe comenzó cuando se unieron dos facciones políticas muy diferentes: los republicanos de los negocios tradicionales como los moderados de Kansas, con su fe en el libre mercado; y la clase media estadounidense como los conservadores de Kansas, que se apuntaron para preservar los valores familiares. Para el primer grupo, el renacer conservador resultante ha sido increíblemente beneficioso, pese a tonterías ocasionales como las campañas contra la teoría de la evolución que han tenido que soportar. Después de todo, son más ricos como clase hoy de lo que han sido nunca antes en toda su vida.

Pero para el segundo grupo, la ofendida “clase media tradicional estadounidense”, la experiencia ha sido un desastre total. Todo lo que han recibido a cambio de su lealtad republicana son sueldos más bajos, trabajos más peligrosos, aire más contaminado, una nueva clase de señores feudales que se comporta como el rey Faruk y, por supuesto, una cultura basura cuya pérdida de valores morales continúa sin que puedan impedirlo los grandilocuentes representantes del cristianismo fanático que regresan triunfales a Washington cada cuatro años. Era de esperar que este sector de la coalición conservadora se hubiera desencantado hace tiempo del Partido Republicano. Después de todo, ¿cómo se puede lamentar el estado ruinoso de la vida estadounidense mientras se exime a las empresas de toda responsabilidad? ¿Cómo se puede uno quejar tan amargamente sobre la cultura y aun así olvidarse de mencionar el factor principal que hace que la cultura sea como es? ¿Cómo se pueden reconciliar las dos mitades enfrentadas de la mentalidad conservadora?

Creyendo en la tendenciosidad mediática progresista, sin más. Los pensadores del Contragolpe sostienen que de entre todos los negocios del mundo, la industria cultural es la única que no responde a las fuerzas del mercado. Hace las cosas repugnantes que hace porque está llena de extraños progresistas autómatas que tratan de introducir con cuentagotas su progresismo corrosivo en nuestros oídos. La manipulación mediática existe porque *debe* existir para que el resto del conservadurismo contemporáneo sea cierto. Como pasa en la prueba de la existencia de Dios de San Anselmo, que desconcertó a las generaciones de nuestros antepasados, simplemente no puede ser de otra forma. La tendenciosidad progresista ha de ser; por lo tanto, es.

Pocos de los escritores de los que he hablado en este capítulo son pensadores sistemáticos o meticulosos. Sus teorías no resisten una crítica seria; sus libros están repletos de errores y omisiones e interpretaciones disparatadas. Pero a los lectores del Contragolpe les da igual; la suya es una política sumamente personal, mucho más ocupada en las frustraciones y humillaciones de la vida cotidiana que en el rigor académico o los intereses objetivos materiales. Los pensadores del Contragolpe entienden esto y han desarrollado un complicado sistema teórico para generar la rabia

politizada tan patente hoy día y para desviar este resentimiento de su curso natural. Al separar la clase de la economía, han construido una alternativa pro-republicana para el descontento obrero. Pero yo he presentado este sistema de forma que parezca más ridículo de lo que realmente es. Aunque sus defensores puedan estar equivocados en los hechos, tienen razón en la experiencia subjetiva. Y a esta experiencia subjetiva es a la que nos encaminamos ahora, para examinar detenidamente la vivencia de una persona en el Contragolpe: la mía.

Notas al pie

1. Michael Barone: "La división no es económica sino cultural". John Podhoretz: "La división no es ni racial ni económica".
2. *Arrogance* es además el título del libro de Bernard Goldberg donde se descalifica a los progresistas.
3. Véase, por ejemplo, el análisis y posterior rechazo de la idea de una "clase nueva" en el capítulo 4 de *Fear of Falling*, el libro de Ehrenreich de 1989, y la arremetida paralela en *True and Only Heaven*, de Lasch, p. 509-522. El problema más evidente de la idea de una "clase nueva" es que sólo es aplicable a los progresistas. Los conservadores que trabajan en las distintas áreas con las que se identifica la "clase nueva" son automáticamente excluidos.
4. G. Gordon Liddy, *When I Was a Kid, This Was a Free Country*. Washington DC, Regnery, 2002. p. 26-27.
- * N.T. Universidad privada y extremadamente competitiva en Providence, Rhode Island. Es una de las ocho que conforman la Liga Ivy.
5. Ann Coulter, *Slander: Liberal Lies About the American Right*. Nueva York, Crown, 2002. p. 27, 29.
6. Coulter comenta esto en la entrevista del *New York Observer* citada en el capítulo 2. El resto de citas de este párrafo son de *Slander*.
7. Irónicamente, la única victoria reciente de los conservadores en la guerra cultural –cuando forzaron a la CBS a cancelar la emisión de una serie donde aparecía un nada favorecido Ronald Reagan– supuso para los expertos conservadores una oportunidad para admitir el poco éxito que habían tenido durante tanto tiempo. "La pasada semana fue un hito en la guerra de valores", escribía Robert Barley en el *Wall Street Journal* con motivo de dicha ocasión. "Por una vez, quizá por primera vez, una de nuestras instituciones culturales más prominentes ha reconocido que el pueblo tenía razón." En "The Culture Wars Reach the Culture", *Wall Street Journal*, 10 de noviembre de 2003.
- * N.T. Avenida que va del norte al sur de Manhattan, Nueva York.
8. Sean Hannity, *Let Freedom Ring: Winning the War of Liberty over Liberalism*. Nueva York, Regan Books, 2002. p. 43.
- * N.T. Resulta imposible conservar el juego de palabras del término original acuñado por Frank: *plen-T-plaint*, que juega con *plaint*, (queja) y *plenty* (mucho, bastante, abundancia).
- ** N.T. Organización que defiende las relaciones mutuamente toleradas entre hombres adultos y chicos que aún no han alcanzado la edad de consentimiento sexual)
9. Véase, por ejemplo, www.tonguetied.us, extraída de la página web de la cadena de noticias de la Fox.
10. Goldberg: *Bias* (Washington DC, Regnery, 2002) capítulos 1 y 3. Tyrrell: *Boy Clinton: The Political Biography* (Washington DC, Regnery, 1996) p. 169-171. Sobre las distintas estrategias de investigación utilizadas en los numerosos libros sobre los medios progresistas, véase Chris Lehmann, "The Eyes of Spiro Are Upon You", *Baffler* 14 (2001).
11. En noviembre de 2002 asistí a un encuentro de los conservadores de Kansas que votaron para que les enviaran una copia del texto que se cebaba con Clinton a una biblioteca que se iba a inaugurar en un vecindario cercano. Esto sucedía dos años después de que Clinton hubiera abandonado la escena nacional.
12. David Brock, autor de *The Real Anita Hill* y autodenominado "hombre fuerte de la derecha", describe el fatalismo conservador en todo su apogeo, encabezado por Wlady Plesczynski, editor jefe de *American Spectator*: "Wlady", escribe, "era típicamente conservador en su fatalismo. Desde su punto de vista, la cultura progresista... mimaba a los demócratas y arremetía contra los republicanos a cada oportunidad. Convencidos de que éramos unos perdedores hiciéramos lo que hiciéramos, destinados a permanecer en los márgenes del debate respetable, Wlady nos animaba a tomar posiciones contra el enemigo. Para Wlady, aceptar lo que yo escribía sobre sus enemigos políticos, sin importar lo increíble o poco halagador que fuera, era simplemente un acto de fe". Brock, *Blinded by the Right: The Conscience of an Ex-Conservative*. Nueva York, Crown, 2002, p. 86.
13. En su columna para el periódico del 30 de diciembre de 2003, Ann Coulter escribe:

Aparentemente, lo único que se mantiene firme entre un gobierno de leyes y la anarquía total es el hecho de que los conservadores son buenos perdedores. Si no les damos a los progresistas todo lo que quieren cuando lo quieren, sobrevendrá la anarquía. Debemos obedecer sentencias judiciales abiertamente absurdas para que los progresistas obedezcan las sentencias cuando pierdan.

Punto número uno: casi nunca pierden. Punto número dos: ya se niegan a aceptar las leyes que no les gustan. Lo hacen constantemente: decretos contra la ley de discriminación racial, decretos contra la educación bilingüe y decretos contra la marihuana.
14. Al negar su propio poder, además de por otros muchos motivos, el Contragolpe es un reflejo invertido y preciso de la disciplina académica pseudo-izquierdista que se conoce como estudios culturales. De acuerdo con este planteamiento teórico, los productos

culturales más banales y cotidianos contienen una fuerte carga política y subversiva; la izquierda está ganando silenciosa e irremisiblemente la batalla por la vida cotidiana; incluso el último de los consumidores está dotado de enormes cuotas de poder para ejercer su voluntad radical en el mundo. Por otro lado, para el Contragolpe, el poder no lo tiene nadie salvo los de izquierdas. Nosotros, los estadounidenses del Medio Oeste, somos incapaces de cambiar nuestra cultura –prohibir el aborto, condenar la sodomía, construir monumentos a los diez mandamientos– o de evitar que la izquierda eche a pique nuestra vida cotidiana. Y sí, en eso coincidimos con los estudios culturales, todo está politizado –la forma en que cortas tu césped, el color con el que pintas tu casa, si vas o no en bici–, está politizado pero de forma negativa. Todo ofende. Todo está planeado para que avance el complot del progresismo: conseguir que nuestra cultura sea más de su gusto. Los del Contragolpe son las únicas personas en el mundo que están de acuerdo con los profesores que piensan que Madonna, Britney Spears y Christina Aguilera son una amenaza subversiva. Al final, lo que resulta muy revelador, ningún movimiento se toma en serio considerar el papel de los negocios en la vida o la cultura estadounidenses.

15. Mark Lilla: “A Tale of Two Reactions”, reeditado en *Left Hooks, Right Crosses*, ed. Christopher Hitchens y Christopher Caldwell. Nueva York, Nation Books, 2002, p. 262. Cursiva mía.

16. Coulter hace esta aseveración varias veces en *Slander*, todas ellas sin dar explicación alguna. Véase, por ejemplo, la p. 122, donde describe la bancarrota de Enron como “una historia estúpida y sin sentido”, inútilmente repetida por los medios de izquierdas. Confieso que no entiendo su objeción: el escándalo Enron fue una noticia de peso al margen de las tendencias políticas propias. Si la prensa hubiera seguido su consejo e ignorado el caso de Enron, hubiera sido, más que un caso de parcialidad mediática, un auténtico ejemplo de manipulación al más puro estilo soviético.

17. Sobre la tendencia de la publicidad a “ofuscar el proceso de trabajo”, véase Stuart Ewen, *Captains of Consciousness: Advertising and the Social Roots of the Consumer Culture* (Nueva York, McGraw-Hill, 1976), capítulo 4. Sobre la actitud del periodismo profesional hacia las noticias empresariales, véase Robert McChesney, *The Problem of the Media: U.S. Communications Politics in the Twenty-first Century* (Nueva York, Monthly Review Press, 2004), capítulo 2.

18. En un pasaje muy citado, Gary Aldrich describe a los clintonianos con los que trabajaba como “hombres femeninos”. “Había una característica *unisex* en el personal de Clinton que lo distinguía de la administración Bush. Era la forma de sus cuerpos. En la administración Clinton las mujeres eran anchas de espaldas y llevaban pantalones, mientras que los hombres tenían el cuerpo en forma de pera, lo cual hacía que fuese difícil diferenciar los sexos. Yo estaba acostumbrado a los tipos atléticos, a gente en forma que se sentía orgullosa de su cuerpo y de su salud.” *Unlimited Access*, p. 30.

19. El ataque de Gold de 1930, tan salvaje como famoso (“Wilder: Prophet of the Genteel Christ”), se encuentra en *Mike Gold: A Literary Anthology*, editado por Michael Folsom (Nueva York, International Publishers, 1972), p. 197-202.

* N.T. “Kultursmog” en el original.

20. Tyrrell, *Boy Clinton*, p. 164, 167.

* N.T. Filósofa y escritora estadounidense de origen ruso que desarrolló el Objetivismo.

** N.T. Presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos entre 1987 y 2006 que estuvo varios años en el círculo interno del “Colectivo objetivista”, que ahora le defiende y critica a partes iguales.

21. “La acción de un país está dirigida por sus intelectuales”, declara Peikoff. Y “tres generaciones de cruzados, movidos por el poder de la filosofía alemana, habían intentado remodelar las instituciones políticas de EE.UU. a imagen y semejanza de Europa”. Peikoff, *The Ominous Parallels: The End of Freedom in America* (Nueva York, Meridian, 1993), p.274. *The Ominous Parallels* fue publicado por primera vez en 1982 y es el tercer volumen de la “Ayn Rand Library”.

* N.T. “gray-flannel” es un término que se usaba mucho en los cincuenta y sesenta para designar a los empresarios anónimos y por extensión a la ansiedad del ejecutivo moderno y los aspectos deshumanizantes de la cultura empresarial.



CAPÍTULO 7

RUSIA IRÁN DISCO MIERDA

No conozco al señor G. Gordon Liddy, planificador del Watergate y escritor de best-sellers, y no estoy seguro de desear tener el placer de conocerle. Su programa de radio, a juzgar por las tres o cuatro veces que lo he sintonizado accidentalmente o me he visto obligado a escucharlo por algún taxista iracundo, rezuma una chulería intimidante claramente paranoica. A mediados de los noventa, durante el breve aumento de interés en la extrema derecha que siguió al atentado de Oklahoma City, Liddy se hizo famoso por emitir consejos sobre cómo asesinar agentes federales, profesión que curiosamente él mismo ejerció una vez. Y luego está su inaguantable fanfarronería. En su libro de 2002 habla de sus coches tuneados, los premios al civismo que ha ganado, los muchos libros que leyó cuando era niño, los excelentes colegios a los que asistió, las altas calificaciones que obtuvo, las potentes armas que ha tenido el privilegio de disparar y la cantidad de formas asombrosas en que ha vencido a otra gente dentro y fuera de la cárcel. En la portada de su libro aparece vestido de paisano con una chaqueta informal adornada con el símbolo de las alas de los paracaidistas, probablemente para que —a diferencia de los héroes de guerra sin pretensiones cuya sana modestia le gusta celebrar— todo el que se encuentre con él sea consciente de sus logros marciales.

Yo no soy admirador suyo, pero aun así siento como si le conociera. Lo mismo le pasará a cualquiera que creciera en una ciudad del Medio Oeste en los setenta u ochenta. Le reconocí inmediatamente cuando vi el quejoso título de su libro de 2002 *When I Was a Kid, This Was a Free Country*, que es a su vez el lema recurrente del mismo. Su argumento es simple: Liddy mira a su alrededor a medida que va envejeciendo y se encuentra con que este país ha dejado de ser libre. Puede que uno no perciba esta trágica pérdida de libertad, pero Liddy sabe que ha ocurrido porque es “un miembro de la última generación que recuerda cómo era este país cuando era libre”.

¿Cuáles son los criterios de Liddy? ¿Qué diferencia a un país libre de uno que no lo es? Pues bien, en un país libre, que es lo que era Estados Unidos allá por los años cuarenta cuando Liddy era pequeño y todo iba bien en el mundo, un tipo podía quemar hojas si le apetecía. O talar un árbol siempre que sintiera el impulso de hacerlo. O disparar a los pájaros con su escopeta, pues además podía llevar un arma como y cuando quisiera. O comprar fuegos artificiales o productos químicos peligrosos y volar cosas en pedazos cuando le viniera bien. Desgraciadamente, “estas libertades y muchas otras actualmente han desaparecido”, víctimas de un gobierno federal codicioso que ha reprimido el paraíso de la infancia de Liddy¹.

Cuando yo era niño, por el contrario, éste era un país donde imperaba el Contragolpe. No recuerdo la edad dorada de la que habla Liddy, ni tampoco la época fugaz en que en Estados Unidos gobernaron progresistas auténticos. Si empleara el dramatismo propio de Liddy, supongo que podría declarar que soy miembro de la primera generación que no se acuerda de lo que fue realmente el progresismo. La elección de Richard Nixon, el primer gran golpe a la coalición progresista, tuvo lugar en 1968, cuando yo tenía tres años. El libro que predijo lo que ocurriría durante los próximos treinta y tantos años, *The Emerging Republican Majority* de Kevin P. Philipps, se publicó cuando yo tenía cuatro.

Cuando iba a la escuela, yo no disparaba a los pájaros, pero conocí a adultos cuya idea del mundo coincidía con la de Liddy. Veían decadencia y perdición dondequiera que miraran, esperaban que todo fuera a peor y veían un totalitarismo progresivo en las cosas más ridículas. Se oponían a las

leyes urbanísticas y a la fluorización del agua. Pensaban que el mundo se acababa cuando Estados Unidos abandonó el patrón oro para siempre en 1971. Y su furia era eterna, implacable, espectacular.

En aquel entonces, no había muchos hombres airados como estos, pero los que había se hacían notar. Un barrio residencial pocos kilómetros al oeste de Mission Hills, de hecho, se vanagloriaba de tener varios monumentos históricos que atestiguaban su recalcitrante amargura. Cuando este desafortunado municipio quiso ampliar un derecho de paso donde había un garaje, el dueño de éste se negó tajantemente a colaborar. Finalmente, la ciudad expropió el terreno y cortó el garaje por la mitad, después de lo cual el tipo siguió usando la parte que todavía estaba en pie, colgando sus herramientas en la pared descubierta de su martirizado garaje donde todo el mundo pudiera verlas cuando pasaba por la nueva carretera. Cuando el mismo barrio se negó a dividir la propiedad de otro tipo en parcelas como él quería, éste respondió construyendo la casa más espantosa que cabría imaginar para estropear la vista: un bloque completamente cuadrado de madera contrachapada, adornada con malas hierbas y cubierta con un tejado abuhardillado que parecía hecho de cartón alquitranado.

Los hombres airados que conocí personalmente no eran gente trabajadora ofendida, ni mucho menos. Todos eran gente de relativo éxito, hombres hechos a sí mismos a los que les había ido realmente bien en el campo de la contabilidad, la construcción o las ventas; la clase de personas que tendrían que contemplar la vida en Estados Unidos con cierta satisfacción, no con enorme resentimiento. Aun así, algo les había ido tan sumamente mal en los sesenta —y había permanecido igual de mal desde entonces— que la vida había perdido su esplendor. No es que tuvieran alguna queja realmente importante contra el mundo. Estos tipos estaban acomodados y tenían éxito. Pero la cultura —el ambiente cotidiano en el que vivían— les irritaba de la misma forma en que el polen afecta a alguien con alergia. Sus revistas, ídolos cinematográficos y políticos favoritos no permitían que lo olvidaran, al mostrar ante ellos un desfile interminable de agravios: historias de niños malhablados, delincuencia en las calles, feministas rabiosas, organismos gubernamentales descontrolados, líderes de los derechos civiles enloquecidos, arte obsceno, profesores universitarios estúpidos y provocaciones de las comedias de situación, contribuyendo todo ello a adentrarles en el enfermizo y pantanoso terreno de la amargura.

Para los políticos que jugaron a enrabiatarles, toda esta furia valió la pena. Con el tiempo convirtieron la inagotable rabia desenfrenada de un pequeño núcleo de hombres amargados en una coalición electoral imparable. Pasaban de un triunfo a otro. Y aun así nada aplacaba la furia de estos amargados. Por mucha moralina que soltara Reagan en sus discursos, por muy audazmente que posara Bush padre con la bandera o que Gingrich atacara a los “McGoverniks” elitistas, las guerras de valores en las que se alistaban estos hombres siempre se perdían y la época del educado consenso y la decencia pública que creían recordar de su juventud se alejaba cada vez más. “Estados Unidos vuelve con la cabeza bien alta”, proclamaban los anuncios de televisión a favor de Ronald Reagan en 1984. Pero para el verdadero seguidor de Reagan, Estados Unidos *nunca* volvió; *siempre* fue traicionado, *cada vez* que esos típejos de los sesenta se colaban a hurtadillas por la puerta trasera y lo echaban todo a perder. No importaba cuánto se enriquecieran los amargados o cuántas veces ganaran sus candidatos; su partido siempre acababa perdiendo. Su modo de vida estaba permanentemente en estado de sitio.

Los amargados se veían como reliquias de un pasado mejor. Como Liddy, creían que eran las últimas personas que recordaban cómo era el país antes de que todo se fuera a la mierda. Eran una especie en peligro de extinción, condenada por el propio paso del tiempo. Estados Unidos estaba en decadencia; ellos se hacían mayores; y pronto no habría nadie alrededor que pudiera recordar aquel

país fuerte de su juventud.

En realidad eran una vanguardia que iba extendiendo su red a lo largo y ancho del país. Hoy, los amargados —y sus “gemelos malvados” (*evil twins*) o *doppelgängers*, amargados pero no tan acomodados— están por todas partes. Tienen su propia red de noticias por cable y sus propias personalidades televisivas. Pueden sintonizar casi todas las emisoras del dial AM para oír cómo se confirman sus opiniones. Tienen su propios foros en Internet donde se puede encontrar a cientos de miles de personas quejándose sin parar sobre un escándalo u otro, ya sea nacional o local. Y aunque les guste dárselas de individualistas fuertes (mejor todavía, *los últimos* individualistas fuertes), lo que verdaderamente poseen es un tipo de personalidad que nuestra sociedad produce de forma tan previsible y en tal cantidad que por sí mismos podrían constituir un segmento de mercado.

Otro aspecto de la personalidad del Contragolpe es que absolutamente todos los amargados de mi juventud creían en el poder del pensamiento positivo. Con que uno pusiera buena cara y perseverara, alcanzaría el éxito. Nunca se les ocurrió la contradicción que hay entre el carácter positivo que profesaban y su verdadera negatividad hacia casi todo. Al contrario, oscilaban de una a otra como si fueran complementarias por naturaleza, aconsejándome que mantuviera una actitud positiva mientras ellos protestaban furiosamente contra las pegatinas que ponían los ecologistas en los coches de la gente o se burlaban del último proyecto de Kansas City para mejorar sus escuelas. El fracaso del mundo para cumplir las promesas imposibles del credo del pensamiento positivo no les convenció de la falta de sentido práctico del mismo, sino más bien de que el mundo había abandonado el buen camino y se encontraba en una triste situación de declive². Fue como si las enseñanzas de juego limpio que aparecen en las aventuras de los personajes Jack Armstrong, Frank Merriwell y el resto de héroes de su niñez anterior a la guerra se hubieran transmutado con toda la naturalidad del mundo en el resentimiento universal de sus héroes actuales: Charles Bronson, Harry el sucio, Gordon Liddy y el rebelde fiscal Howard Jarvis.

Para mí esta conexión entre el Contragolpe y la cultura idealista de la infancia resulta obvia y lógica, porque en mi caso el Contragolpe *fue* la cultura idealista de la infancia. Si lo analizamos ahora, éste a veces da la sensación de ser la enfermedad de un anciano, una frustración de la vida adulta agravada por el conocimiento de que los mejores tiempos de uno quedaron atrás; una simple proyección de las inevitables decepciones de la cultura política. Para mí, en cambio, el Contragolpe era una forma de expresar la anomia adolescente. Como todo estudiante de clase media, yo era serio e idealista, pero los propósitos de mi idealismo se perdieron para siempre antes de los años sesenta. Yo creía en la decadencia nacional, en la persecución de los virtuosos y en la inevitabilidad del fracaso igual que otros creen en el progreso o la providencia: los buenos siempre habían estado asediados por los malos; el esfuerzo de los justos nunca era recompensado; los trabajadores eran engañados por los vagos.

Otros podrán hablar de los excitantes años setenta, con sus pantalones de campana y Deep Purple y toda la droga que uno pudiera fumar, pero para mí fue una época de vergüenza nacional y honor traicionado; una década arruinada, una tenue sombra de la era de la Segunda Guerra Mundial en la que (así lo creía, como Liddy) habían disfrutado tan inmensamente los niños. Yo escuchaba a los amargados y lo absorbía todo obedientemente. Me perdí los X-Men, pero leí y releí los títulos más bélicos de la serie “Landmark” de Random House, *The Flying Tigers** o *The Story of the Naval Academy* [La Historia de la Academia Naval], libros cuyo militarismo desenfadado era tan solo un poco más realista que los clásicos de juventud marcial como *The Boys Allies on the Somme*. Silbaba marchas militares de John Philip Sousa cuando iba por la calle, escribía odas a la bandera y hacía visitas reverentes a un parque de Olathe donde habían reactores navales colocados en pedestales a

modo de esculturas. Conozco los nombres de todos los barcos que se hundieron en Pearl Harbor y podría identificar por su silueta los aviones de combate que sobrevolaran con mayor frecuencia Gran Bretaña o Guadalcanal a principios de los cuarenta.

Estudiaba detenidamente libros sobre aviones de carreras, rascacielos y millonarios de los años veinte. Me emocioné con la competición romántica entre Harvard y Yale a comienzos de siglo. Me asombraba al ver las casas gigantescas de la gente bien de Kansas City, edificadas sólidamente antes de la guerra con una destreza muy superior a la de los chapuceros años setenta.

También me irritaba el espectáculo de Fonzy** con su estúpido mensaje de que la vida no es más que una competición entre las autoridades represoras e individualistas subversivos cortados por el mismo patrón que John Travolta y Burt Reynolds. Creía firmemente que nuestra cultura sería cada vez de peor calidad, que adolecíamos de vagos trastornos espirituales como la ausencia de héroes y no me sorprendió que Irán humillara a Estados Unidos en la crisis de los rehenes. ¿Cómo no iba a fracasar la operación de rescate? América no era capaz de levantar cabeza.

Como partidario quinceañero del idealismo boy scout de hace cincuenta años, puede que no estuviera en sintonía con la gente de mi generación, pero era el destinatario perfecto de los mensajes de Ronald Reagan. Quizá los adultos debieran haber mostrado un poco más de sensatez, pero en mi visión de entonces Reagan tenía mucho sentido. Los acontecimientos, según él, se ordenaban fácilmente de acuerdo a los mitos heroicos de Estados Unidos. No había quién le hiciera cambiar de parecer sobre el férreo individualismo y la inevitable corrupción del Estado. “Del mismo modo que Reagan parece incapaz de pensar nada bueno sobre el ‘Estado’”, escribió Gary Wills en 1987, “se ha cegado literalmente a la posibilidad de que los hombres de negocios puedan ser cualquier cosa excepto nobles cuando prestan servicio al Estado”, una convicción en la que Reagan se obstinaba pese a que una alianza corporativa del gobierno tras otra se fuera a pique por conflictos de intereses³.

Yo era igual. Lo que importaba eran los ideales; la realidad cotidiana estaba demasiado degenerada como para darle importancia. Para otros chavales de Kansas este anhelo adolescente de certeza se manifestaba en constantes explosiones de beatería: un amigo mío se marchó a un campamento de verano convertido en un pornógrafo malhablado y regresó dos semanas más tarde totalmente serio y devoto, ansioso por saber si yo aceptaba a Cristo como mi salvador personal. Incluso conocí a un tipo que logró reconciliar su santidad espiritual con el tradicional vicio del instituto. Cuando le pregunté qué iba a hacer en las vacaciones de verano, me dijo: “Beber cerveza. Pensar en Dios”.

Para mí ese anhelo, tanto si era estimulado con cerveza como si no, era totalmente político. Como los que buscan a Dios, yo deseaba la roca sólida de la certeza y, al igual que ellos, empezaba a encontrarla sin ayuda de la historia, la sociología, la teoría o la filosofía. En su lugar, tenía lo que yo consideraba el manual: la Constitución de los Estados Unidos, tan sabia que todas las conclusiones filosóficas podrían extraerse de sus páginas. Todavía se oye de vez en cuando que algún grupo o movimiento cree sinceramente que la Constitución ha sido transmitida por Dios y yo entiendo el equívoco. Cuando era adolescente, pensaba que la conexión entre la Constitución y la Biblia era evidente: eran los manuales básicos para la condición humana. Eran todo lo que necesitabas saber, los textos primitivos de los que se podría deducir todo lo demás. Aunque sabía que la Constitución había sido obra del hombre, creía que era un documento incuestionable, que estaba de algún modo por encima de los comentarios desdeñosos de esa década. Al igual que un pequeño seguidor la Sociedad John Birch, siempre llevaba conmigo un ejemplar y recuerdo haber estado francamente preocupado durante una semana pensando que cuando la tierra fuera derretida por el sol dentro de

millones de años, el documento sagrado original sería destruido.

Pese a que la Constitución estaba escrita en piedra, se me ocurrió que lo que había causado los problemas en los años setenta –y me refiero a nuestro conocido “malestar” cultural, así como los impuestos y la regulación de los que siempre se quejaban los amargados– eran puro artificio, manipulación y error humano. Nuestra política, comprendí, se había vuelto tan falsa como nuestra cultura, con su plástico, su azúcar refinado y sus cutres zonas residenciales. El país se había desviado del camino indicado por Dios y la naturaleza, otra vez conocido como capitalismo de libre mercado. Nuestras ambiciones habían querido ir más lejos que nuestras capacidades. Estábamos llenos de orgullo. Nos creíamos Dios.

Lo que intensificaba toda esta convicción política adolescente era mi impresión de que a finales de los setenta vivíamos en un equivalente político al Apocalipsis bíblico. Se debía más a este presentimiento que a la milenaria inquietud religiosa en que siempre se ha debatido Kansas City. Recordemos por un momento el sentido nítido de crisis terminal, de desintegración, en la cultura de aquellos años: la interminable situación de los rehenes en Irán, el impotente presidente con su sombrío pesimismo, la escasez de gasolina, las ciudades que se desmoronaban y, por supuesto, las imágenes deliberadamente apocalípticas del punk, que en Kansas City sólo conocíamos a través de reportajes alarmistas. En 1979, los amargados se enriquecían y leían *How to Prosper During the Coming Bad Years* [Cómo prosperar en los malos tiempos que se avecinan], un best seller sobre economía personal tan temerariamente pesimista como insensatamente optimistas eran los bestsellers de los noventa. Para un crío que había crecido con las historias de las legendarias hazañas de la generación GI*, era evidente que nuestra civilización estaba en decadencia, que nos habíamos alejado demasiado del orden natural de las cosas. Como cualquiera podía ver en el cine, Estados Unidos estaba corrompido con tanto adulador, tantas drogas y alimentos procesados y todo tipo de parásitos públicos. La tiranía de la moda imponía que toda la población quinceañera vistiera como si fueran libertinos de mediana edad con inquietudes sexuales, moldeando con esmero los peinados afeminados que hacían que el noventa por ciento de nosotros pareciéramos idiotas. No había duda de que nos acercábamos al fin.

En este ambiente emprendí mi primer proyecto literario. Estábamos en 1980 y era mi primer año en el instituto Shawnee Mission East y en el equipo de debate, y escribí lo que se hace llamar en los círculos de debate un “dis-ad”, un argumento tan indefinido que con un poco de ingenio se pudiera vincular a cualquier propuesta que hubiera que rebatir. En un día precioso de final de verano, me senté en el plácido patio arbolado de la casa de Mission Hills, que aún no se conocía como la “Ruina”, y reuní citas del *Reader's Digest* y *Vital Speeches of the Day* en una denuncia estruendosa de la “amenaza de la regulación del Estado”. En el calor de las rondas de debate, leí este minidisco para “demostrar” que si lo que exigían nuestros adversarios era tener una Comisión Federal de Comercio más fuerte o prohibir los anuncios de cerveza, estaban defendiendo un programa que tarde o temprano acabaría destruyendo la propia libertad.

Por entonces yo no sabía mucho de qué iba eso de escribir argumentos *dis-ad*. Más adelante en mi carrera como polemista aprendí que toda argumento que mereciera la pena tenía que acabar con el plan del otro equipo ocasionando una especie de guerra nuclear, o “nukewar”, como la solíamos llamar nosotros. También reforcé en la protesta contra la regulación gubernamental un montón de giros retóricos al estilo del autor conservador William Buckley, cuando todo lo que le preocupaba a la gente era la cantidad de citas que presentaras, y no con cuánta elegancia evocaras los sentimientos de 1776. A pesar de todo, hice el esfuerzo con la convicción de un verdadero creyente, imaginándome a mí mismo viajando por el camino que había abierto mi héroe Ronald Reagan, quien

durante años había pronunciado el mismo discurso con el mismo argumento antiestatal. Aunque en los debates hay que argumentar los dos puntos de vista, yo me las daba de guerrero ideológico. Mi pareja de debate y yo nos sentábamos frente a una pared de espejo en el comedor de casa de mi padre, haciendo los nudos de nuestras corbatas una y otra vez para que se parecieran lo más posible a la que llevaba Herbert Hoover en una foto que nos gustaba; luego nos montábamos en el Oldsmobile familiar y con Led Zeppelin a todo volumen salíamos a acabar con el mundo progresista.

He aquí la parte más extraña de esta historia de conservadurismo adolescente. Si alguien nos hubiera preguntado, a mí o a cualquiera de los amargados hombres, a qué movimiento político pertenecíamos, habríamos contestado sin dudarlo que era un movimiento de “estadounidenses corrientes” o incluso de la “clase obrera”. En aquellos días no sabía nada de la clase obrera: en el instituto Shawnee Mission East, una institución de zonas residenciales con buena financiación famosa por tener un gran número de alumnos con premios a la excelencia académica, no estaba a la orden del día informarse sobre el movimiento obrero. Los amargados odiaban a los sindicatos, los consideraban organizaciones criminales y eso me bastaba.

Como todo lo que creía en aquella época, esta fantasía de pertenecer a la clase obrera era estrictamente teórica. Había llegado a ella por deducción. Mi razonamiento era que los hombres de negocios eran la clase trabajadora porque trabajaban para ganarse la vida. Eran los productores. Pagaban impuestos; construían edificios; compraban coches. Los empresarios eran la gente corriente y auténtica por definición, ya que representaban a todos los adultos que conocía. El gobierno, por otra parte, vivía imponiendo el pago de impuestos. No producía nada, interfería en los negocios de la gente de la calle y luego entregaba con arrogancia a una población de parásitos el dinero que tanto había costado ganar. Por tanto, éste era el conflicto: los trabajadores frente al gobierno. Los productores frente a los parásitos. La naturaleza frente al artificio. La humildad frente al orgullo. Los jactanciosos hábitos personales de los amargados no hicieron sino confirmar mi noción adolescente sobre el orden social. Conducir una moto BMW sin casco, no obedecer a la policía, beber bourbon Wild Turkey a todas horas, llevar una 45 automática en el cinturón; si eso no era clase trabajadora, ¿entonces qué era?

No llegué a conocer a nadie de la clase obrera que estuviera de acuerdo con mi visión del mundo, pero al igual que un erudito contemporáneo puede considerar la grandeza de los estados republicanos, yo pude deducir la existencia de esa gente. Por ejemplo, había un viaducto en un barrio pobre de Kansas City (Kansas) en el que alguien había pintado con spray “Russia Iran Disco Suck” (Rusia Irán Disco Mierda). Al pasar al lado un día de camino al torneo de debate, me fascinó la sucinta elocuencia de este fragmento de sabiduría proletaria. Era de una lógica aplastante. Como la música disco era una mierda, también lo era el comunismo y lo mismo pasaba con Irán. La moraleja tácita era todavía más inspiradora: igual que molaba Van Halen, molaba Ronald Reagan.

También pensé en el oeste de Kansas, un lugar que yo entonces sólo conocía por el paisaje que veía desde el coche a cien por hora, una especie de Tierra Prometida poseedora de la sencillez y la autenticidad proletarias. En mi imaginación la poblaban de toda clase de honrados terratenientes jeffersonianos y escribía cuentos para el colegio en los que los granjeros independientes de las Altas Llanuras eran los últimos que se resistían contra la cultura quejica y adicta al bienestar de las grandes ciudades. Ideé elaboradas imágenes mentales de pueblos que nunca había visitado, imaginando sitios como Great Bend llenos de prósperas tiendas ordenadas y tipos rústicos tranquilos al estilo de Hemingway, soportando estoicamente su duro trabajo en las orillas del romántico río Arkansas para que toda la gente indigna de la ciudad pudiera vivir a costa del prójimo durante toda su vida.

Cuando estaba en el instituto, uno de mis compañeros de debate, un chico de una zona menos exaltada del condado de Johnson, me dijo que planeaba ser demócrata en su futura carrera política (todos los polemistas se ven a sí mismos como futuros políticos) porque era el partido de la clase obrera y siempre habría más trabajadores que ricos. Aunque hayan pasado muchos años, recuerdo el momento en que dijo esto con la absoluta claridad pasmosa que el cerebro reserva para los grandes shocks: Pearl Harbor, el 11-S. Me quedé atónito. ¿Conflicto de clases entre trabajadores y empresarios? ¿Era aquello cierto? La idea nunca se me había ocurrido.

Mucho tiempo después de hacerse famoso luchando contra el Populismo y escribiendo editoriales en favor del libre mercado para los periódicos locales de Kansas, William Allen White miró hacia atrás y se vio en su conservadurismo temprano como un “joven idiota”, un engreído que nunca sospechó que sus opiniones políticas se derivaran más de su posición social acomodada que de la razón y el aprendizaje. Mientras el mundo de finales del siglo XIX se iba a pique, él cacareaba como un cursi y corregía a los lectores con la sabiduría que había aprendido en el libro de texto de economía de la facultad. “Siendo lo que era, un chico de la clase dirigente”, escribió en su autobiografía, “¡estaba ciego por mi condición de nacimiento!”.

Algo que explica mucho mejor esa ceguera era el modo en que White pasaba su tiempo libre en aquella época. Cuando no escribía editoriales para fanfarronear sobre las empresas de Kansas o para elegir candidatos republicanos, se dedicaba a componer “poesía dialéctica”,

trataba de retratar el alma del tenaz campesinado, aunque yo no lo veía como tal. Se suponía que mi poesía dialéctica reflejaba el lenguaje coloquial de la gente de clase media del Medio Oeste, presumiblemente importantes granjeros adinerados, que llegaron de Nueva Inglaterra por el valle del río Ohio. En mis versos no había ningún atisbo del resentimiento que anidaba en el corazón de las personas y que era patente en las elecciones. Uno podría haber pensado, al leer esos versos, que toda la gente de Kansas era rica, alegre, sensible, petulante y básicamente feliz. Como poeta, yo no oía los llantos de un pueblo desconcertado de la misma forma que no veía nada en política⁴.

Heredero de la clase gobernante del estado, el joven Will White escribía contemplativos poemas pastorales elogiando la autenticidad cultural de un campesinado imaginario de Kansas al tiempo que los granjeros de verdad se arruinaban a su alrededor y White les reprochaba no cumplir las leyes económicas que acababa de aprender en la universidad.

Mis propias ensoñaciones sobre los tenaces campesinos del oeste de Kansas nunca me llevaron a escribir sonetos, gracias a Dios. Pero aun así era como si estuviera siguiendo al pie de la letra los escritos de White. Las teorías del universo que yo desarrollaba tan minuciosamente en los años sesenta y ochenta no eran más que fantasías que provenían directamente de la situación particular en que me encontraba. Ahí estaba yo, un muchacho de Mission Hills, criándome en una de las Arcadias del capitalismo estadounidense, un lugar más parecido a Versalles que al típico barrio residencial de posguerra, y lo que había conseguido era inventarme una justificación romántica para el sistema de mecanismos sociales que precisamente habían hecho que Mission Hills fuera posible. Reinventé con esfuerzo la rueda del pensamiento no intervencionista, la decodifiqué concienzudamente del mundo que me rodeaba, recreé los principios básicos de la sociedad capitalista observando atentamente sus instituciones y me imaginé en todo momento que lo que estaba haciendo en realidad era descubrir las leyes eternas de la naturaleza y de toda la sociedad.

Un humilde burgués de clase media, puro de corazón y sin resentimiento de clase, dando al orden social existente su imprimátur plebeyo; es un sueño recurrente de la clase dirigente. Desde María Antonieta hasta los actuales panegiristas de los estados republicanos, a los conservadores les encanta

el populismo en teoría y siempre imaginan cómo los superauténticos trabajadores son testigos de la aprobación natural de sus privilegios. Nuestro universo intelectual está hoy día repleto de personajes al estilo del primer Will White. Las noticias de la Fox, el Instituto Hoover y todos los periódicos regionales cantan las virtudes del hombre republicano trabajador aun cuando acaban con sus oportunidades económicas mediante la subcontratación, las últimas leyes de horas extras, los pésimos seguros médicos y las nuevas técnicas coercitivas de los directivos de las empresas.

Con el tiempo, William Allen White sucumbió a la gran ola de la historia que anticipaba el Populismo, cambiando radicalmente de postura y convirtiéndose en un destacado progresista, así como uno de los periodistas más reconocidos del siglo XX. Pero hoy casi nadie pasa de la derecha a la izquierda. Los factores sociales volcánicos que alteraron tanto el mundo de White han dejado de existir, y para un periodista o experto emergente, elegir ponerse del lado de la izquierda por motivos de conciencia sería como elegir despeñarse por el acantilado de su carrera.

Además, ¿para qué? Hoy las fantasías pastorales de Will White se han hecho realidad. A nadie le da vergüenza escribir editoriales conservadores por la mañana y verdaderas elegías pseudo-proletarias por la noche, porque hoy la mayoría de los portadores de autenticidad son, de hecho, aliados de la avalancha del gigante conservador. No hay ninguna contradicción que pueda avergonzarnos. Ningún granjero izquierdista o chaval indolente que provenga de una familia trabajadora es susceptible de destruir esta falacia con una palabra fuera de tono. Los tenaces labradores *están* autorizando el orden social existente. Y todos nuestros entendidos les escriben los poemas.

No pretendo juzgar el conservadurismo de mi adolescencia como una manía juvenil ni rechazar aquellas ideas como si fueran descabelladas y estuvieran determinadas por mi lugar privilegiado en el mundo. Al contrario, aquellas opiniones eran firmes, suponían un modo convincente de mirar el mundo. Tienen millones de partidarios con estilos de vida totalmente diferentes.

Sólo hay que ver al padre de un amigo mío. No le iba tan bien como al resto de los amargados, pero compartía sus ideas sobre la rebelión por los impuestos y el patrón oro. De hecho, creía en los planes sociales del capitalismo sin tener en cuenta lo que el capitalismo le había hecho. Naturalmente, era un tipo que pensaba en positivo y su habilidad para no dar importancia a la crueldad del mundo y centrarse exclusivamente en reformarse a sí mismo, encarnaba lo que el historiador Donald Meyer ha llamado la “anestesia social” que conlleva el pensamiento positivo⁵.

Su familia había sobrevivido a la Gran Depresión en Kansas City (Missouri) lidiando con una pobreza que la gente de clase media ni siquiera puede imaginarse. Esto requería valor y heroísmo, sin duda, pero los años treinta no es una época que mucha gente recuerde a través de los ojos de Horatio Alger, en cuyas historias el muchacho virtuoso siempre obtenía su recompensa en el mundo. Excepto el padre de mi amigo. En una ciudad en la que los candidatos demócratas obtenían mayorías del 75%, su familia seguía siendo firmemente republicana, votando como la gente que les gustaría ser en vez de como la gente que eran. Y tenía los pins de la campaña para demostrarlo: “Landon” en el centro de un alegre girasol de Kansas, emblema de la capacidad que tenía el idealista para disimular los apuros económicos hasta en el peor de los tiempos. En una ocasión declaró, en respuesta a algún movimiento izquierdista que había surgido, que los magnates de la industria de Estados Unidos eran “caballeros cristianos” (una expresión típica del pensamiento positivo)⁶ que jamás cometerían la clase de crímenes de los que se les acusaba.

Cuando estudiaba en la Universidad de Kansas, el padre de mi amigo no pertenecía a una fraternidad. Entonces, estas asociaciones ostentaban un poder social inmenso en dicha universidad – uno de mis amigos solía referirse a ellas como “cartel sexual”. No sólo se seleccionaba a sus

miembros entre los estratos más elevados de la élite del estado –ya se sabe cómo funciona: los niños pijos, los atletas, los hijos de los políticos, los compañeros de ojos azules y mandíbula cuadrada–, sino que a los estudiantes corrientes ni siquiera se les daba la oportunidad de competir con ellos. Los escogían cuando todavía estaban en el instituto. Una vez que entraban en la universidad, los miembros de la fraternidad ni se molestaban en organizar actos abiertos en los que pudiera participar otra gente. En la concepción del mundo de estos chicos, un tipo desgarbado y religioso de Kansas City como el padre de mi amigo no era más que un estorbo, uno de esos obstáculos con piernas que invadían las aceras pero que no participaban en su aventura incipiente de conquista y contactos en el mundo. *Le* despreciaban, y sin embargo él creía en *ellos*. Representaban para él la culminación deslumbrante del potencial de la juventud y él nos instaba a su hijo y a mí a ser *como* los tipos de la fraternidad, aunque realmente no pudiéramos formar parte de su categoría.

Estas no son opiniones raras, de ningún modo. El raro era yo. Cuando terminé la universidad, mi reacción fue precisamente la contraria.

Finalmente aprendí sobre las clases sociales. Crecer en los exclusivos dominios idílicos que la élite local había diseñado para sí misma me había hecho insensible al sistema que hizo de ellos una élite. Pensaba honestamente que Mission Hills, con sus palacios almenados, era normal y que el resto de sitios eran una aberración. Jugaba con los hijos de los millonarios y me convencí a mí mismo de que Estados Unidos era una sociedad sin clases, donde todo lo que importaba era la capacidad y las ganas que tuviera uno de trabajar.

El verano que acabé el instituto no me ofrecieron un trabajo cómodo en un bufete de abogados del centro ni en un banco local prestigioso, como a otros chicos que conocía. El mundo no mostraba ningún interés en mis habilidades, en caso de que las tuviera, ni en mi fe idealista en la justicia del capitalismo. En cambio, desempeñé trabajos temporales en oficinas cerca de Kansas City, donde a menudo me asignaban tareas que parecían diseñadas para demostrarme el aburrimiento y la frustración que son el pan nuestro de cada día para la mayoría de la gente. En una empresa donde trabajé, la única persona que sabía de ordenadores (estamos hablando de 1983) estaba de vacaciones; me habían contratado para copiar un listado de un ordenador en una máquina de escribir, así que me pasé semanas tecleando laboriosamente cifras de cinco dígitos con ligeras variaciones.

Y lo que es peor, no me admitieron en ninguna universidad selecta del Este como sí hicieron con muchos chicos de Mission Hills. No alcanzaba a comprender qué había provocado que la criba no fuera igual para ellos que para mí. Lo único que pude hacer fue marcharme sumisamente a la Universidad de Kansas, que aceptaba a todo el mundo.

En la Universidad de Kansas, mis amigos de antes fueron encauzados por alguna mano invisible hacia las diversas fraternidades. Yo no. Los distintos niveles de exclusividad de dichas asociaciones de estudiantes implicaban que algunos de mis amigos todavía me hablaban cuando me cruzaba con ellos en el campus. Los que habían alcanzado los puestos más altos en el cartel sexual no se molestaban. Estaban muy ocupados con su nuevo proyecto de imitar las costumbres de los expertos financieros y los políticos del estado. Lo que no significa que los jóvenes de la hermandad de la Universidad de Kansas fueran caballeros cristianos o conservadores de las tradiciones más decentes. Más bien al contrario. Se veían reflejados en *Desmadre a la americana*: eran la clase dominante, pero una clase dominante que le hacía un corte de mangas al mundo, alborotando, estafando, escuchando espantoso rock de los ochenta, bebiendo y vomitando.

Las reuniones de universitarios republicanos a las que asistí durante un tiempo sólo contribuyeron a afianzar esta impresión de exclusivismo. El liderazgo había sido elegido, al parecer, por algún proceso misterioso del que la gente común no estaba al tanto. Puede que me perdiera el día

de las elecciones, no me acuerdo. En cualquier caso, los líderes se conocían entre sí, eran muy buenos amigos y no se esforzaban en disimular su rebosante hipocresía. Me daban asco. El único propósito de la organización, pronto comprendí, era labrarse un porvenir en la maquinaria republicana de Kansas. Se respiraba tanto idealismo entre estos futuros gobernantes y congresistas como entre los ladinos equipos de debate del instituto que ya me había acostumbrado a derrotar.

Desde luego estas quejas son insignificantes teniendo en cuenta los estándares habituales de opresión e injusticia. A mí nunca me golpearon por intentar votar ni me dispararon por irme del trabajo. Pero estos acontecimientos me bastaban para ser consciente de la existencia de clases, de la élite. Y de la cruda realidad de que yo no formaba parte de ella. Puede que los Frank vivieran cerca de ellos, pero a mí me resultaba tan difícil sentarme en su mesa (para seguir con la metáfora de la cafetería de David Brooks) como agitar los brazos y volar hacia la luna. Ahora me doy cuenta de que era partícipe del orden que respaldaba Mission Hills de igual manera que un chalado que camina por el decrepito centro de Kansas City arrastrando los pies y murmurando juramentos entre dientes.

Así que hice una cosa muy anti-Kansas: empecé a votar a los demócratas. Y luego hice algo que, como después me he enterado, es muy típico de la generación de universitarios de Kansas: me marché.

Notas al pie

1. La lista que hace Liddy de libertades que han desaparecido es el no va más de las quejas sin sentido, pero nunca llega a explicar por qué son estas libertades en particular—en lugar de cosas como la disponibilidad de metanfetaminas o el derecho a conducir coches de fabricación casera por las calles de la ciudad— las que hacen a un país “más libre”. Y si las analizamos, sus quejas tampoco se sostienen. Sobre la quema de hojas secas: quemar hojarasca está prohibido en muchos lugares pero esto se debe a las leyes de cada estado o a ordenanzas municipales y sólo en raras ocasiones al molesto dictado federal. De hecho, en las zonas rurales y en los pueblos de Kansas se queman hojas a todas horas. Quizá Liddy debiera mudarse allí. Sobre disparar a los pájaros: la caza de pájaros está regulada desde mucho antes que G. Gordon Liddy naciera. Respecto al ejemplo al que Liddy se refiere, los cuervos que dañan las cosechas no están específicamente protegidos por ninguna ley federal. Sobre la posesión de armas: en muchas ciudades, incluida Dodge City en Kansas, hay leyes contra la posesión de armas dentro de los límites de la ciudad desde mucho antes de que Liddy viniera al mundo. La sugerencia de que ahora es más difícil conseguir armas de fuego resulta descaradamente absurda. Sobre los fuegos artificiales: las normas varían de un estado a otro. Sé a ciencia cierta que es fácil conseguir petardos en Indiana y en Wisconsin, ya que casi me vuelo un dedo con uno hace unos años.

Si la forma de medir si un país es libre o no pasara por permitir en todas partes y sin restricción algunas cosas como la quema de hojas, la tala de árboles, la posesión de armas o la compra de fuegos artificiales, entonces en el mundo no existen países libres ni nunca han existido.

2. En *The Positive Thinkers* Donald Meyer habla en profundidad sobre la interpretación que hace el pensamiento positivo sobre la civilización empresarial y el librecambio económico como lo natural (en concreto véase el capítulo 8). Y respecto a la política, Meyer señala que Norman Vincent Peale, predicador y la gran estrella del movimiento, se metió en el republicanismo de derechas, y una conocida iglesia congregacional en California se acogió a la John Birch Society.

Es posible que el hecho de que los amargados hechos a sí mismos de mi juventud abrazaran el pensamiento positivo fuera una coincidencia geográfica, ya que Kansas City es la cuna de uno de los grandes poderes del pensamiento positivo, la Unity Church [Iglesia de la Unidad]. Pero me inclino a pensar que no es así. Hoy en día el pensamiento positivo es un aspecto prácticamente universal del protestantismo progresista. Lo atestiguan ciertos discursos de Reagan y la mezcla de entretenimiento y autoayuda que ofrece Oprah Winfrey en su programa de televisión. Donald Meyer, *The Positive Thinkers: Popular Religious Psychology from Mary Baker Eddy to Norman Vincent Peale and Ronald Reagan*. Middletown, Wesleyan University Press, 1988.

* N.T. “Los tigres voladores”, apodo del Grupo de Voluntarios Americanos compuesto por pilotos reclutados bajo órdenes secretas de Roosevelt para colaborar con el ejército chino y derrotar a los japoneses en 1941. Con esta temática se escribieron libros y se hizo una serie de televisión en los años setenta y una película protagonizada por John Wayne.

** N.T. Arthur Fonzarelli fue un personaje caracterizado por Henry Winkler en la serie televisiva estadounidense “Días felices”.

3. Garry Wills. *Reagan's America: Innocents at Home* (Garden City, NY, Doubleday, 1987), p. 305.

* N.T. Siglas de Galvanizad Iron, que hace referencia a los soldados del ejército estadounidense.

4. White, *Autobiography*, p. 217. La cita del párrafo anterior es de la p. 187.

5. Véase especialmente el capítulo 23 de *The Positive Thinkers* para conocer las enseñanzas de Norman Vincent Peale. Meyer resume sus ideas así: “Piensa exclusivamente en ti mismo. Es decir, concéntrate exclusivamente en saturar tu sub(in)consciente con el poder automático del pensamiento positivo... El mundo en el que tiene lugar el comportamiento resultante no necesita ser procesado porque estaba definido de antemano. La analogía adecuada sería, echando mano de la antigua jerga empresarial, un ‘juego’, que el enorme mecanismo de instrucción a las masas de Peale se encarga de difundir” (p. 284).

6. El pensamiento positivo guarda similitudes con la literatura motivacional y la de gestión de empresas. En 1975 James Fifield Jr., líder del pensamiento positivo y guía de la iglesia congregacional del California, escribió: “¿Alguna vez habéis notado lo simpáticos que son los hombres que ocupan puestos directivos en las empresas? ¿Alguna vez se os ha pasado por la cabeza que esta simpatía emana de un profundo amor cristiano hacia el prójimo? ¿Y que a la vez este amor por el prójimo es una de las mejores armas políticas para llegar a la cima?”. Citado en Meyer. La Unity School de Kansas City solía publicar una revista que se titulaba *Christian Businessman* [Hombres de Negocios Cristianos].

CAPÍTULO 8

CAUTIVOS FELICES

No soy el único al que odia la “estrechamente unida comunidad empresarial” de Kansas City ni el único que se adentra en las dulces mentiras que envuelven Cupcake Land. Pero debo de ser el único de mi generación que se volvió de *izquierdas* asqueado por el sitio. Hay que recordar que aquí el peso del descontento inclina la balanza hacia la extrema derecha. La reacción más común en Kansas ante las maquinaciones habituales de la clase dirigente que se perpetúa a sí misma, ante el amiguismo, la ostentación descarada de riqueza, los escándalos financieros y la destrucción absoluta de las comunidades agrícolas, es empujar cada vez más hacia el mundo alienado de la guerra de valores.

En mi opinión, esto sucede porque aunque el movimiento conservador no habla mucho de los problemas materiales que nos asedian, ofrece a Kansas una manera atractiva e incluso seductora de lidiar con un universo injusto. La teoría del Contragolpe explica cómo funciona el mundo político y proporciona una identidad prefabricada en la que el encanto de la autenticidad, junto con el narcisismo victimista, está al alcance de cualquiera. *Eres la sal de la tierra, el corazón vivo de Estados Unidos*, dice la teoría del Contragolpe a todos los furiosos habitantes de los barrios residenciales de las ciudades que ven las noticias de la Fox; y *aun así eres injusta y vilmente perseguido*. Pero ahora ellos también pueden disfrutar de la inmediata superioridad moral de la que hacen alarde el resto de grupos agraviados.

El Contragolpe trata sobre la identidad individual y por eso ahora vamos a fijarnos en los individuos, la gente que comercia con los curiosos bienes culturales que conforman la mentalidad conservadora de Kansas. Con esto me refiero tanto a los que generan las fantasías del Contragolpe como a aquellos que las consumen, que encuentran esta identidad tan convincente que la han interiorizado, formándose de acuerdo a su atractiva –y típicamente estadounidense– forma de entender la autenticidad y el victimismo.

John D. Altevogt, un antiguo dirigente del Partido Republicano del condado que logró cierta notoriedad local cuando escribía una columna en el *Kansas City Star*, es una sinfonía de indignación, un compositor de furias rapsódicas y oscuros cantos fúnebres de autocompasión, todo ello orquestado alrededor de una sola nota que percute una y otra vez. Sostiene, asegura, denuncia y se lamenta de que los conservadores religiosos sean víctimas de una persecución inefable por parte de la clase dirigente, es decir, los progresistas.

La palabra clave en el lenguaje sobre victimología de Altevogt es *odio*. Altevogt insiste absurdamente en que la moderada Mainstream Coalition es en realidad un “grupo de odio” que está “concentrando el antiguo desprecio por los judíos y los negros que había en esta zona en el creciente movimiento político cristiano evangélico”. Se burla del fundador de Mainstream, el reverendo Robert Meneilly, llamándole el “Ian Paisley” de Kansas City, el líder protestante del Ulster, ya que según Altevogt “ha fomentado la contienda religiosa para evitar que la clase obrera dirija su angustia contra sus verdaderos opresores”. O lo que es lo mismo, contra los progresistas¹. Sin embargo, los medios de información son el blanco preferido de Altevogt, que ha acusado a un reportero de Topeka (que es casualmente un buen reportero) de ser el “periodista más tendencioso y detestable de todo el estado de Kansas” y ha rebautizado al *Topeka Capital-Journal* como “The Klan Journal”, “uno de los periódicos más intolerantes y menos profesionales de Kansas” ya que “sus redactores se refieren

constantemente a los creyentes como ‘wingnuts’ [chiflados, fanáticos]”. Y cuando alguno de sus conservadores favoritos de Kansas se ve implicado en una serie de noticias vergonzosas y reveses judiciales, Altevogt dice que la situación le recuerda a “los linchamientos que solíamos ver cuando se culpaba a un negro de ser demasiado engreído”².

Estos comentarios son ridículos y lo lógico es que fueran una vergüenza para la causa conservadora. No obstante, los ultraconservadores de Kansas con los que he hablado ven a Altevogt como su inspiración. Con sus retorcidas fantasías de victimismo morboso presenta una valiosa contribución al movimiento y proporciona a sus seguidores un bien terapéutico esencial. Saberse víctimas acosadas por un mundo odioso les absuelve de la responsabilidad de lo que ocurre a su alrededor. Les perdona sus fracasos, justifica los arrebatos más irresponsables y les permite, tanto en política como en su vida privada, que resuelvan sus diferencias apuntando con el dedo al mundo exterior y echándole la culpa de todo a una élite progresista depravada.

Para construir esta visión de un mundo hostil, Altevogt se inspira en gran medida en el lenguaje del otro lado. Hace tiempo, proteger a las víctimas de la intolerancia y dirigir la ira de la clase trabajadora hacia sus verdaderos opresores eran características asociadas a la izquierda. Era lo que dotaba a la izquierda de sentido, de integridad y de una razón inexorable. He aquí el motivo de que los líderes del Contragolpe hicieran tantos esfuerzos para atribuirse estas cualidades, robando ideas y frases de izquierdas de aquí y de allá. El propio Altevogt lo hace conscientemente. Cuando comenta un artículo sobre la polémica acerca de los matrimonios homosexuales en la iglesia anglicana señala: “Toda la retórica de los sesenta cobra vida al describir nuestro totalitario sistema progresista. Cerdos fascistas, asesinos de bebés, sociedad enferma, todo es aplicable. Lo que debemos hacer ahora es cambiarlo por todos los medios. Poder para el pueblo”³.

Dwight Sutherland hijo, el marajá de Kansas City que hemos mencionado anteriormente, emplea también el marco de análisis de la izquierda, pero de un modo mucho más comedido y meditado, utilizándolo para descifrar el desnaturalizado republicanismo “cupcake” de sus vecinos ricos de Mission Hills. Cuando hablo con él, arremete contra los “temas culturales controvertidos” y deplora la forma en que el aborto, el control de armas de fuego y el evolucionismo se han utilizado para manipular a los votantes. Pero lo que trata de decir es justo lo contrario a lo que se entiende habitualmente. Para Sutherland los “temas culturales controvertidos” no son una estrategia republicana para dividir a la coalición del New Deal, sino una estrategia moderada o incluso demócrata para frenar a los conservadores y separar a los de clase trabajadora de los de clase media-alta que deberían ser sus aliados. “Tocan cínicamente estos temas sociales para asustar a las madres aburguesadas con el tema de las armas”, me explica Sutherland, “para asustar a la comunidad judía con el coco de la derecha religiosa y a las señoritas de clase media diciéndoles que van a cerrar los centros de planificación familiar [que proporcionan asistencia al aborto], cuando no existe ninguna posibilidad de que ninguna de estas personas [conservadoras], aunque lo desearan fervientemente, pueda anular la sentencia *Roe contra Wade*”, que legaliza el aborto.

No son más que falsas batallas y cuestiones vacías de la guerra de valores que distraen a los ricos de sus verdaderas preocupaciones. O incluso “falsa conciencia”. Al emplear este término marxista, el archiconservador Sutherland no se está refiriendo a los trabajadores que son engañados por algún temor infundado con relación a los negros para que ignoren sus intereses y voten a los republicanos, sino a la gente adinerada engañada por algún temor infundado de la derecha religiosa para que pase por alto sus intereses y vote a los demócratas. “Un amigo mío multimillonario”, señala, “me dijo seriamente que no podía votar para que [George H. W.] Bush fuera reelegido porque éste no se comprometía nada con el derecho a elegir de la mujer [en el aborto]. Como era de esperar, en

1993 sus impuestos aumentaron en cientos de miles de dólares y empezó a despotricar contra Clinton y los demócratas; entonces le dije: ‘Claro, pero tú preferiste la elección simbólica, repudiaste a los desagradables antiabortistas y ahora lo único que recibes son beneficios psicológicos’”.

Jack Cashill, un personaje de los medios de comunicación de Kansas City que posee un afortunado estilo en prosa y una asombrosa colección de intereses políticos, aglutina todas estas contradicciones. Cualquiera que pretenda entender la mentalidad de Kansas se topará constantemente con este hombre. He estado entre el público que escuchaba a Cashill pronunciar un discurso conmovedor en una conferencia contra el evolucionismo. Le he visto proponer un grandioso proyecto antiabortista en una reunión republicana. He visto graciosos anuncios en televisión que le ha hecho a un candidato conservador de Kansas. He escuchado su programa de entrevistas en una emisora de radio de Kansas City. He seguido sus investigaciones sobre el misterio que rodeó al accidente del vuelo 800 de la TWA en 1996. Incluso he leído una novela distópica que escribió sobre la rebelión armada contra la creciente tiranía progresista.

Pero por encima de todo, Cashill es un guerrero en la lucha de clases, propenso a contar historias de su infancia proletaria y a despreciar con todo su alma las afectaciones de los jefes supremos del condado de Johnson. Se burla de los coches de Cupcake Land, de su ropa, de sus arbustos, de los nombres de sus colonias residenciales, de su miedo compulsivo a que la Costa Este los desapruebe, del borreguismo que hay en su afición por los artículos de consumo. Y lo hace muy bien.

Lo más curioso es que ataca sin cesar a esta burguesía encaramado en su puesto de director de *Ingram's*, la revista local de negocios. ¿Significa esto que *Ingram's* es una revista de negocios que hace campaña por la transparencia (como *Fortune* de Dwight Macdonald) y detecta Enrons locales antes de que estallen? Ni mucho menos: más bien es un panfleto mediocre que ofrece las listas de empresarios jóvenes más prometedores y planes sobre cómo puede Kansas City posicionarse para que le caiga dinero de aquí o allá. Su innovación más notable es el antes citado especial anual, “La élite del poder”, que es de un servilismo alarmante. El mismo Jack Cashill, que adora reírse de las buenas maneras de la clase media-alta, suele escribir en ella.

¿Cómo pasa uno de criticar los privilegios a adular a los líderes empresariales de la zona? ¿Cómo puede ser compatible la preocupación por los oprimidos y que a uno se le caiga la baba admirando a los millonarios?

Cashill hace que parezca fácil. Nos muestra trabajadores oprimidos dejándose la vida en sus oficios al tiempo que ridiculiza al rico dandy con descripciones dignas de una publicación marxista como *New Masses*. Y además hace magia: los partidos explotadores que a la larga sufren la venganza que se merecen no son capitalistas; son progresistas.

Creo que la habilidad de Cashill consiste en la construcción de sistemas teóricos. Una de las razones de que el conservadurismo sea tan poderoso, como ya hemos visto, es su explicación irrefutable de la realidad, su capacidad para darle sentido al descontento de la gente corriente mientras exime de toda culpa al capitalismo progresista. La historia del Contragolpe nos permite sentirnos atrevidos cuando renegamos de la inmunda televisión y patriotas cuando nos quejamos de que los progresistas arruinan este o aquel aspecto de la vida cotidiana. La indignación que tenemos en común directivos y obreros, protestantes y católicos, negros y blancos, nos une contra un enemigo común. Jack Cashill no sólo aplica con destreza este esquema a los acontecimientos locales, sino que planea tomar la ofensiva mediante proyectos en que gente de todo tipo pueda participar de forma valiente y satisfactoria en el drama del Contragolpe⁴.

En uno de sus mejores ensayos, Cashill sugiere que la verdadera división en Estados Unidos es entre el “Consenso”, que va desde la gente educada y superior de Mission Hills a la liga Ivy, y “los

que manejan serpientes”*, los fundamentalistas religiosos que protestan contra el aborto y “se preguntan por qué el dinero público no se puede emplear para hacer un belén pero sí para suscribir obras como *Piss Christ*”. Pese a ser menos numerosos, los primeros son la clase dirigente, que siempre piensa que lo sabe todo, mueve la cabeza desaprobando a los paletos religiosos del interior y hace todo lo posible para enseñarles a comportarse delicada y correctamente. Los que manejan serpientes, también conocidos como estadounidenses medios, de estados republicanos, etcétera, somos los gobernados⁵.

Si llevamos esta analogía un poco más lejos, *todos* somos manipuladores de serpientes avasallados, y tanto los ricos como los pobres estamos bajo el yugo de los sabelotodos progres de la Costa Este. Así resume Cashill el “poder federal” en Kansas City en una entrega de “la Élite del Poder”:

Desde la Reconstrucción [tras la Guerra Civil americana] no se ha visto nada igual. El gobierno federal es la institución que más gente emplea de la región. Dirige el mayor distrito escolar y la mayor autoridad en materia de vivienda y regula todo lo demás. El poder federal destruyó el imperio mercantil del hombre más poderoso de la ciudad y envió a la cárcel al hombre que iba a ser gobernador. Y lo que es aún más aterrador es que su poder está prácticamente fuera del control de los ciudadanos y resulta imposible destituir a sus agentes⁶.

Esto era en 1994, apenas dos años después de que los demócratas se hicieran con el poder en Washington. Se decía que los del Medio Oeste vivíamos en un régimen federal impuesto que no podíamos cuestionar ni controlar. Al igual que a la Confederación durante la Reconstrucción tras la guerra civil, nos habían conquistado.

Después de otros seis años de Clinton y compañía, Cashill estaba preparado para ir muchísimo más lejos. Ahora miraba su bola de cristal y escribía 2006, una novela en la que Estados Unidos tiene que soportar la segunda etapa de la presidencia de Al Gore y la gente corriente está aplastada bajo el talón de acero del progresismo. Los seguidores del Populismo de la vieja escuela admiraban una novela llamada *Caesar's Column*, una visión de un futuro aterrador en que el capitalismo decimonónico no tiene límites. Y Cashill nos muestra el equivalente contemporáneo: una visión de un futuro aterrador en el que todos los elementos de la fantasía persecutoria conservadora se han extendido de forma grotesca. El gobierno ha echado a Rush Limbaugh de la radio, el juez del Tribunal Antonin Scalia ha sido asesinado* y ya no se construyen todoterrenos. Los abogados picapleitos han acabado con la industria del tabaco y lo siguiente serán las bodegas. Las leyes contra los “crímenes de odio” se emplean para castigar el lenguaje coloquial; los conductores de moto tienen que llevar casco, al igual que los Amish que trabajan en las fábricas, y matones del gobierno con botas de militar condenan a severas sentencias de prisión a los patriotas estadounidenses. Así es como sería el mundo si algún malvado hechicero hiciera que todo fuera como aparece en la página de opinión del *Wall Street Journal*.

Así que, de cualquier modo, los protagonistas de Cashill –un puñado de católicos que asisten a misa católica en latín, indios y amantes de las armas guiados por un periodista deportivo– forman un ejército, organizan una rebelión heroica y capturan a varios de los progresistas más perniciosos del país. Una de estas criaturas desalmadas ha de morir y le toca hacer los honores a cierto rifle sudafricano muy admirado. Ante este duro escarmiento al estilo Boer, esta sabandija progre, con un cuerpo tan vacío y corrupto como sus ideas políticas, salta en pedazos.

En el mundo de Cashill, se fabrican al completo quejas incessantes que llevan a conclusiones de gran profundidad y altura literaria. Los impulsos tiránicos que Aldrich sospechaba que albergaban

los progresistas cuando los veía devorar yogures en la cafetería de la Casa Blanca florecen aquí en un sistema a gran escala. Incluso las cosas más nimias *tienen* gran importancia política y todo lo que uno pensara que *podría* ser cierto, en realidad lo es. Todo encaja. Y en todo hay una lección que nos enseña la perfidia del Estado y de aquellos que creen en él. El accidente del vuelo 800 de la TWA no podía ser tan sólo un misterio sin resolver; la administración Clinton debió de haber ordenado un montaje “motivado políticamente” que los medios aceptaron en ese momento debido a que odiaban a la derecha⁷. Y los republicanos del condado de Johnson no podían tener ninguna buena razón para rechazar a la facción conservadora. Qué va. Les manipularía algún antiguo comunista encubierto⁸.

Así se explican hasta los casos más corrientes. Cuando Cashill ve que los amigos de su hija no saben quién es el general traidor a la patria Benedict Arnold, despótica sobre la “traición” de los estudiantes estadounidenses e insiste en que la “pregunta que debemos hacernos es si esta traición es casual o intencionada”. Como la respuesta es obviamente la segunda, “tenemos que identificar entre nosotros a los Benedict Arnolds y, como mínimo, reeducarlos”. Y cuando le ponen dos multas de tráfico en el mismo día resulta que la conspiración está a punto de descubrirse. “Se estaba convirtiendo en una costumbre”, escribe Cashill. Se niega gentilmente a culpar al que le ha puesto la multa, porque su padre fue poli en el pasado. “Pero, y si no había sido idea suya, ¿de quién era?”⁹.

Después encontramos la fanfarria tradicional de una revista de negocios regional: se muestra el maravilloso “poder” que ostenta algún promotor inmobiliario del extrarradio o de la ingenuidad de algún emprendedor local. Cuando los mercados flexionan sus músculos, el poder es productivo, orgánico, democrático; cuando los sabelotodo del gobierno están al mando, el poder se vuelve destructivo, jerárquico, arbitrario y tiránico.

Mi primera impresión de este extraño sentimiento de clase que impulsa la política en Kansas la tuve un día mientras desayunaba en la “Ruina” de mi padre y leía el *Johnson County Sun*. Steve Rose, el líder moderado, había dedicado su habitual editorial de una página a denunciar a un personaje llamado Tim Golba, quien claramente estaba causando problemas imperdonables a la facción moderada del Partido Republicano local. El caso es que Steve Rose es un personaje muy conocido por estos pagos. Vive en una de las casas solariegas de Mission Hills, un palacio de estilo italiano con tejado a la última. ¿Pero quién era Tim Golba? Sigo leyendo. Este enorme Golba, al que Rose describía como “brillante” y “astuto” y que iba dejando su “impronta por Kansas” era en realidad “un trabajador de la planta de envasado de Pepsi en Olathe”, y Olathe es la ciudad residencial que Rose había identificado previamente como el *otro* condado de Johnson, el caldo de cultivo de la revuelta conservadora¹⁰. Llamé a Golba y contestó él mismo el teléfono. ¿Qué tipo de empleo desempeña en la planta de embotellado? El típico de cadena de montaje, contestó. Curioso trabajo rutinario para un hombre que manda en todo el estado.

El edificio donde vive Tim Golba está en una calle limpia de zona residencial construida en los setenta. No es precisamente lo que cabría esperar de un hombre con tamaña responsabilidad en la revolución conservadora de Kansas. Es la clase de vecindario que no ha envejecido demasiado bien: todas las casas obedecen al mismo diseño con pocos adornos y muy baratos, como balcones falsos o flores de lis en madera contrachapada para revestir las fachadas y distinguirlas entre sí. Hay algunos árboles y, en los días de verano como el de mi visita, el sol golpea implacablemente en los tejados de madera. Sin riego automático, el césped y los arbustos iban a morir rápido, lo que ya le estaba ocurriendo a buena parte de ellos. No había un alma: las distancias eran demasiado grandes y las temperaturas demasiado elevadas.

El día que fui de visita, la casa de Golba estaba inmaculadamente limpia y apenas decorada,

salvo por un reloj de pared y un conocido retrato de Cristo en madera. Una revista descansaba primorosamente sobre una mesa baja. El propio Golba proyectaba la imagen de un fiel espartano: afeitado, con el pelo perfectamente cortado, un polo con el nombre de su empresa bordado metido por dentro de sus nuevos pantalones vaqueros. Según contó una vez su madre al *Kansas City Star*, desde la guardería hasta que se graduó en el instituto jamás faltó un día a clase. Y me lo creo. Pero no nos engañemos. A este tipo también se le conoce por el encarnizado combate político: cuando advirtió a finales de 2003 que la detestable Mainstream Coalition había olvidado volver a registrar su nombre para el estado, Golba se hizo con los derechos del nombre¹¹. Me resultó difícil cuadrar su reputación de ferocidad con la impresión que dio en persona. Habla de forma monótona con un ligero ceceo y un acento que siempre he asociado con los trabajadores y la gente de pocas palabras, no con los que lanzan improperios furiosos en el mundo de la política. Todo lo que Golba decía se ceñía a los hechos y carecía de presunción y dramatismo. Sin embargo, este “humilde obrero”, como él mismo se describe, ha hecho posible el movimiento conservador de Kansas. Con tan solo el bachillerato y muy poca facilidad de palabra, Golba convirtió su organización Kansas for Life en uno de los grupos políticos más poderosos del estado. Mientras lo recorría en los ochenta y noventa, Golba iba reclutando conservadores extremistas que estuvieran en contra del aborto para que se presentaran a las elecciones y, lo que es más importante, reclutó a las bases que asegurarían que sus candidatos ganaran. En el condado de Johnson fue Golba el que fichó allá por 1992 a todos aquellos candidatos para los distritos electorales que acabarían haciéndose con el Partido Republicano local.

Lo hizo todo en su tiempo libre. Después de todos estos años, Golba sigue empleado en la cadena de montaje de una planta de envasado de refrescos. Para él no ha habido ningún enchufe en Topeka. Nunca le nombrarán “vecino del año” ni será miembro de la junta de una institución benéfica de Kansas City. Según él, todo es cuestión de principios y los principios son justamente lo que no tienen los blandos y acomodados moderados. “Todos estos hombres de negocios tienen un montón de dinero, son de las personas más ricas del país”, explica Golba, “pero les hemos ganado porque no tienen una base”. Me cuenta una historia detrás de otra sobre los arrogantes a los que la gente de la clase trabajadora ha dejado fuera de combate: el enmoquetador que derrotó al presidente de la Cámara de Representantes de Kansas o el moderado acaudalado que gastó diez veces más que uno de los candidatos de Golba y que aún así perdió “por goleada”.

El otro partido también fracasa porque los principios que tengan, si los tienen, no llegan a los votantes. Sam Brownback dice que a la gente de Kansas no le importan los asuntos económicos, que la guerra de valores les hace estar furiosos y Tim Golba parece estar de acuerdo. “No se puede movilizar al público en general para que salga a trabajar para un candidato que habla de los impuestos o de la economía. La gente ahora está ocupada”, me asegura. “Pero se puede encontrar gente que se preocupe por el declive moral de nuestro país, que esté lo bastante disgustada como para poder motivarla con el tema del aborto y ese tipo de cosas”.

Con su consagración total a los principios, Golba personifica uno de los atributos más convincentes del conservadurismo del Contragolpe. Que alguien ignore sus intereses personales económicos podrá parecernos un suicidio, pero visto desde otra perspectiva es un noble acto de abnegación, un sacrificio por una causa más sagrada. El estilo de vida monástico de Golba confirma esa impresión: es un hombre que le ha dado la espalda a las comodidades de nuestra civilización, que ha ido más allá de lo material. Desde este desértico suburbio a las afueras de la ciudad increpa a los altivos y a los mundanos. Desafía a los hombres que viven en grandes palacios y ataca con dureza a sus candidatos; hace que se gasten su dinero y acaba con sus carreras. “Si eres como yo, considerate un cristiano apostólico renacido y entonces las cosas serán blancas o negras”, explica

Golba. “No hay espacio para la escala de grises. Tienes que tomar partido”. Cuando me dice que su movimiento sería actualmente el legítimo hogar del héroe de Kansas John Brown, un cristiano asceta que murió tratando de hacerle ver al mundo el mal de la esclavitud, pienso por un momento que Golba está a punto de descubrir una gran revelación.

Pese a que se oponga a cualquier comparación entre su movimiento y los de los obreros sindicados, no puedo evitar pensar en él como una especie de César Chávez a la inversa. Al igual que el legendario líder sindical, Golba es profundamente religioso, está por entero dedicado a su deber y trabaja a destajo desinteresadamente todos los días del año, todo ello para hacer que los poderosos sean aún más poderosos. Viaja por el estado movilizando, educando, organizando, sin esperar ninguna recompensa material. Mientras trabaja sin cesar y sin ambiciones mundanas, le ruega a la clase alta que vuelva al camino de la rectitud del que se ha desviado. Y adoctrina aunque la gente no le escuche. Se niega a sí mismo para que los demás puedan vivir con toda clase de lujos en elegantes mansiones; trabaja día y noche para que otros puedan disfrutar de sus plusvalías y no tengan que mover un dedo. La humildad al servicio de su propio oponente; ¿no hay algo de cristiano en todo esto?

Kay O’Connor, una senadora estatal conservadora de Olathe, probablemente estaría de acuerdo con esta afirmación. Lleva doce años luchando contra los moderados –derribó a uno de sus líderes más prominentes en las primarias republicanas de 2000– y, al igual que otros conservadores, se ha dado cuenta de la gran división de clases entre las dos facciones del partido. Cuando le pregunté si aquello tenía alguna explicación, se lo pensó un rato y luego me dijo que el tema de la clase social refleja la misma “diferencia de personalidad” inherente a la política del pueblo: los tipos que viven en esas mansiones de mármol de Mission Hills “están demostrando probablemente que ansían más la riqueza material que la espiritual”.

Aquel que es más materialista o está más interesado en hacer carrera, presentarse como candidato y ser director general, o ser jefe de una gran empresa y tener de todo... es un conservador moderado y sabe lo que hay que hacer para llegar a la cima y estar por encima del montón. Tienen que esforzarse mucho y a veces pisar a la gente. En cambio el conservador sólo quiere ir a misa o a pescar los domingos y que le dejen en paz.

Sin embargo Kay O’Connor no “quiere que la dejen en paz”. Busca la polémica cada vez que abre la boca. Antes que nada, es una incansable defensora del “cheque escolar” –el sistema mediante el cual el Estado entrega a los padres dinero para que matriculen a sus hijos en el colegio privado de su elección en lugar de obligarles a un centro público– en una región del país que adora sus colegios públicos. Además, es la que identificó el sufragio femenino como un síntoma de la decadencia moral de Estados Unidos. Todo el país se burló de ella por este comentario. Las editoriales de los periódicos se rieron de la chiflada y Jay Leno la llamó “mujer talibán del año”. Representantes del gobierno estatal exigieron su dimisión y varios pidieron su destitución¹².

A mí todo esto me parece curioso: la chiflada Kay O’Connor me parece verdaderamente encantadora. La conocí en una lamentable fiesta durante la campaña republicana en otoño de 2002. El candidato cuyo futuro se suponía que estábamos celebrando estaba de los últimos en las encuestas. Una banda desconocida tocaba rock republicano mientras la gente bebía cervezas aguadas de 3,2 grados¹³ y evitaba hablar de las inminentes elecciones. Pero allí estaba Kay O’Connor, con una alegría incontenible y una de esas chaquetas de satén que tanto gustan a los sindicalistas, justo en frente de los amplificadores, agitando sus rizos de sesentona mientras bailaba el clásico de blues de Big Joe Turner “Kansas City”. “Era mi canción”, dice alborozadamente sobre el tema, muy popular

en la época en que dejó Iowa y se mudó aquí con su marido.

Kay es madre de seis hijos y abuela de muchos. Lleva gafas de pasta de culo de botella que le confieren un aspecto extrañamente inocente, agrandando sus enormes ojos azules y haciendo que parezca que está siempre a punto de llorar. El despacho de su casa de Olathe, cuyas paredes son de vinilo blanco, está lleno de adornos y el papel de la pared lleva los colores de la bandera estadounidense. Hay fotos de héroes conservadores que se atisban en medio del alboroto de papeles, libros y equipos informáticos. Naturalmente hay una Biblia (asegura ser una católica de las de misa en latín) y un póster en la pared que atribuye expresamente todos los males de nuestros días a que se dejara de rezar en las escuelas allá por 1962: “¡Las notas de selectividad bajan un 10%!” “¡Las drogas suben un 6.000%!”.

O'Connor es muy dada a tener este tipo de ideas retorcidas¹⁴. Como muchos de los conservadores, da la impresión de ser inteligente, escogiendo y pronunciando cuidadosamente cada palabra, pero también parece algo ingenua, como alguien que se ha puesto a resolver todos los problemas del mundo por su cuenta. Señala, por ejemplo, que una de las razones de que las zonas más antiguas del condado de Johnson sean menos conservadoras que Olathe es que tienen mayor densidad de población, lo que a la larga convierte a la gente en demócrata. Luego explica cómo el hecho de reducir los impuestos estatales contribuye a acabar con el mal de la gran ciudad.

Puede que O'Connor sea de ingenua, pero es increíblemente coherente. El gobierno y los sindicatos, especialmente el de profesores, son los causantes de los problemas; los recortes fiscales y la libre empresa los solucionan. Es uno de los muchos políticos de Kansas que ha jurado votar en contra de “todas y cada una de las tentativas de subir los impuestos” y está entre los pocos que presionaron para permitir al delincuente corporativo Wittig seguir adelante con el astuto plan de segregación de Westar descrito en el capítulo dos. Cuando le pregunto qué opina de la tributación progresiva, me dice que es imposible que los ricos paguen más impuestos, porque se limitan a trasladarnos el aumento de los costes a los demás y a continuación declara que dicha fiscalidad progresiva es simple y llanamente un robo. “¿Por qué hay que penalizar a la gente porque le vaya bien en el terreno económico?”, inquiere. “Cuando tomas de los ricos para dárselo a los pobres, te conviertes en Robin Hood y eso significa que robas. Robin Hood era un ladrón”.

Los O'Connors no son ricos, de ninguna manera. Su marido trabaja como técnico de monitores en un hospital cercano y ella se ha tomado muchas molestias para demostrarle su falta de medios. Pero su opinión sobre las cosas parecen sacadas del manual decimonónico de Vanderbilts y Fricks. La solución que propone para la decadencia urbana, por poner un ejemplo, es el famoso cheque escolar y una economía de bajos salarios. Primero damos rienda suelta a las leyes del mercado para que mejoren las escuelas, luego “estas escuelas producirán buenos trabajadores que llamarán la atención de más empresas, las cuales se moverán para conseguir a estos trabajadores y estos trabajarán por sueldos más bajos porque proceden de familias pobres. No esperan ganar 80.000 dólares al año. Se conforman con trabajar por seis, ocho o diez dólares la hora”. Entonces llegará el día en que a estos obedientes indigentes se les otorgarán las mismas oportunidades en la buena vida que al resto. Espero que ese sea el plan.

O'Connor cree tan firmemente en la promesa de esta utopía de salarios bajos que invirtió su propio dinero en el tema del cheque escolar, fundando una organización para promover que las bases participen¹⁵. Incluso pidió un préstamo e hipotecó su casa para que su organización empezara a funcionar.

¿Qué gana con ello Kay O'Connor? ¿Por qué alguien con pocos recursos hace tales sacrificios por una política que puede dejar a gente como ella en peor posición económica? ¿Qué motiva a que

una persona en su situación contribuya a que el director general de Westar amase el vil metal? La respuesta parece ser, al menos en parte, la sobrecededora belleza de la propia visión conservadora del mundo. Aquí todo encaja; todo está en su sitio; todo el mundo debería estar contento donde está. Puede que el dios del mercado no pueda ofrecernos mucho personalmente, pero eso no altera su divinidad ni empaña la asombrosa claridad de la visión conservadora. Además, hay formas diferentes de prestar un servicio. Posiblemente los O'Connors no ganen mucho con que se recorten los márgenes más altos de los tipos impositivos, pero hay cierta alegría cuando se hace lo que se cree correcto y se forma parte de un movimiento que avanza enérgicamente hacia sus objetivos.

Lo mismo ocurre con los asuntos de la mujer, en los que señoras de Kansas fuertes y con iniciativa como Kay O'Connor trabajan incansablemente para volver al pasado. Aunque O'Connor asegura que no se opone al sufragio femenino (es obvio que ella vota siempre), admite sin problemas tener un punto de vista anticuado sobre las relaciones entre los sexos. "Soy una cautiva feliz de 43 años", me dice, "y obedezco a mi marido en todo lo que concierne a la moral. Aparte, como cristiana que soy, mi esposo debe amarme y cuidarme como Jesús amó y cuidó de la Iglesia, y por tanto ha de estar dispuesto a dar su vida por mí. Y si está dispuesto a morir por mí, lo menos que puedo hacer es obedecer en las cuestiones morales, ¿no?"

O'Connor siguió con su razonamiento —que sin duda encontraba muy convincente— en el despacho desde el que dirige su carrera política y planea su próxima maniobra en la campaña del cheque escolar. Antes de que saliera el tema, había estado durante más de una hora pronunciándose autoritariamente sobre toda clase de asuntos controvertidos. Su marido entró en la habitación y cuando vio que estábamos haciendo una entrevista se fue enseguida educadamente. Pero O'Connor no es la única que tiene estas curiosas ideas políticas. Desde el Verano de la Misericordia hasta la cruzada contra el evolucionismo, las mujeres autoritarias han tenido un gran papel en todos los actos del drama conservador de Kansas. Hay algunas muy sensatas que se comportan de forma idéntica a los hombres en esta guerra para restaurar el orden social mítico de un pasado remoto.

Unos diez minutos después de explicar su teoría del "cautiverio feliz", O'Connor y yo fuimos a una reunión de un grupo de mujeres republicanas que ella misma lidera. Estaba ansiosa por llegar a tiempo, así que, montada en su Chevrolet familiar, bajó a toda mecha el College Boulevard, la avenida principal del extrarradio, a ochenta kilómetros por hora. Yo debía seguirla con mi coche, pero como me preocupaba que me siguiera la policía o me pararan por exceso de velocidad, me fui quedando cada vez más lejos hasta que sólo pude ver las luces traseras de su coche, que atronaba inconscientemente por la calle vacía en medio de los edificios de cristal oscuro y los gigantescos jardines bien cuidados de las empresas.

Antes de conocer a Mark Gietzen sólo estaba al corriente de su reputación, adquirida en los comienzos de la revuelta conservadora, cuando el periódico de Wichita rechazaba horrorizado la perspectiva de que hubiera una "teocracia" en la capital del aire. Gietzen, director de una red de solteros cristianos de Wichita, fue el presidente del Partido Republicano local durante buena parte de los noventa y el diario no le había tratado bien. La foto que salía publicada mostraba a un seductor provinciano, un hombre con fino bigote y gafas de aviador ahumadas de la época disco. El modo en que describían su elección como presidente del condado parecía un golpe de Estado; en una ocasión publicaron una viñeta que insinuaba que era un maltratador.

El hombre al que yo conocí no se parecía en nada a ninguno de estos personajes. Gietzen es alto e impone mucho físicamente (estuvo en la marina). Y como casi todo el mundo en Wichita, es un fanático de los aviones. En su garaje hay un Piper Tri-Pacer, el clásico avión civil de los años cincuenta, que está restaurando pieza por pieza. Y en la lente izquierda de sus gafas de aviador, hay

un dibujo diminuto de dicho aeroplano. Gietzen es tan simpático y entusiasta como el que más. De hecho, habló prácticamente sin parar durante dos horas, haciendo pausas breves entre anécdotas.

Gracias a todos sus sindicalistas, Wichita fue en el pasado una de las pocas regiones demócratas del estado. Según Gietzen, se fue volviendo paulatinamente republicana durante los años ochenta, pero fue el Verano de la Misericordia de 1991 lo que hizo que la ciudad virara definitivamente hacia la derecha y llevara adonde él estaba a miles de partidarios conservadores deseosos de hacer campaña de puerta en puerta¹⁶. En los años anteriores, recuerda que era una estirpe muy diferente la que ocupaba los cargos del distrito electoral, el tipo de gente que “extendería un cheque de mil dólares al Partido Republicano y no movería un dedo”.

Después de 1991, los partidarios conservadores de Gietzen no tenían mucho dinero, pero estaban ansiosos por trabajar como candidatos pro-vida. “Si conoces a alguien que esté deseando conocer al votante cara a cara y en privado, no sólo no hay gastos de envío, sino que puedes entregarles la información con un toque personal”. Gietzen recuerda haber trabajado en campañas, en ocasiones hasta las dos de la madrugada, haber dado su discurso en innumerables iglesias y haber llevado consigo los datos para el registro de votantes dondequiera que fuese, preparado siempre para hacer que un demócrata pasara a ser republicano.

Gietzen estaba construyendo un movimiento social, una conversión al día. En la izquierda es común definir el Contragolpe como un asunto estrictamente vertical donde los predicadores republicanos congregan en una última campaña desesperada a un segmento de la población en retroceso demográfico. Pero lo que han llevado a cabo los republicanos de Wichita debería desterrar este mito para siempre. Proclamaron su credo combativo a cada habitante de la ciudad, agudizando las diferencias, monopolizando al electorado, implicando a todo el mundo. Gietzen y compañía no sólo querían los votos de Wichita sino su participación. Iban a cambiar el mundo.

Aunque los conservadores de Wichita trabajaban duro para construir su movimiento, no habrían tenido un éxito tan aplastante de no haber sido por el suicidio simultáneo del movimiento rival, aquel que tradicionalmente defendía a la clase obrera. Me estoy refiriendo, claro está, a la famosa política de “triangulación” de la administración Clinton –el plan para crear una estrategia política por encima de izquierda y derecha– y su enorme esfuerzo para reducir al mínimo las diferencias entre demócratas y republicanos en los asuntos económicos. Entre las asociaciones de expertos, la “triangulación” siempre se ha considerado un rasgo de ingenio, ya que señala el final de la anticuada “lucha de clases” del progresismo y la confianza de los demócratas en el “gran gobierno”. Se decía que los Nuevos Demócratas de Clinton dieron comienzo a la era en que todos los partidos creían en la santidad del libre mercado. No obstante, como estrategia política, el movimiento de Clinton para acomodar a la derecha en su partido fue un desatino total. Lo único que consiguió fue dar al traste con las esperanzas de apoyar cualquier esfuerzo para organizar a la izquierda. Mientras los conservadores estaban ocupados monopolizando al electorado, los demócratas buscaban dócilmente el centro. En Wichita el republicanismo era dinámico y confiado, mientras que los demócratas estaban desalentados, débiles, acabados.

Por muy bien que fuera recibida en Wall Street, la estrategia de Clinton fue una bendición para Mark Gietzen y cientos de organizadores conservadores cristianos como él alrededor del país. Si nos olvidamos de los asuntos económicos básicos, apunta Gietzen, sólo nos quedan los asuntos sociales para distinguir unos partidos de otros. Y en semejante ambiente, los llamamientos demócratas a la gente de a pie se pueden contrarrestar con facilidad. “Hace años, se daba por hecho que el Partido Republicano era ‘el partido de los ricos’ y que los demócratas eran el símbolo de la clase obrera”, escribe:

¡Eso se acabó!

Hoy es mucho más probable que una familia trabajadora con hijos sea republicana que demócrata.

Los propios líderes demócratas han descartado la vieja idea de que su partido sea un partido para los pobres.

Hoy es más probable que los eventos para recaudar fondos del Partido Demócrata cuesten 1000 dólares por persona a que cuesten eso los del Partido Republicano...

Recientemente, un miembro de la administración Clinton [sin duda en alusión a James Carville] se refirió a los pobres como “la chusma de los prefabricados” y su comentario fue recibido con el bostezo de los medios¹⁷.

El título del panfleto en el que aparecían todas estas ideas se llama *Is It a Sin for a Christian to Be Registered Democrat Voter in America Today?* [¿Es un pecado que un cristiano se registre como votante demócrata en Estados Unidos?].

Como cabría esperar, muchos habitantes de Wichita pensaron que sí. En las elecciones de 1994 canalizaron su frustración contra el representante demócrata Dan Glickman, un seguidor incondicional de Clinton que apoyó el NAFTA –un acuerdo de libre comercio redactado por los republicanos– a pesar de que los sindicatos de Wichita que integraban su base electoral se opusieran firmemente a dicho acuerdo. Dale Swenson, pintor del sindicato de Boeing (y legislador estatal republicano), explica: “Cuando [Glickman] votó a favor del NAFTA yo ya no pude seguir votándole. Y sé que muchos sindicalistas estaban realmente furiosos con Glickman cuando votó a favor del NAFTA”. Con los demócratas y los republicanos aliados en el libre comercio, los temas que quedaban eran el aborto y las armas. Y, por supuesto, el Estado en sí. Glickman estaba completamente a favor de la legalidad del aborto y había respaldado las medidas de la administración para restringir las armas de fuego. Además, estuvo envuelto en el escándalo de los cheques sin fondo en la Cámara de Representantes en 1992, lo que parecía confirmar las peores sospechas sobre los políticos de carrera. Con estas tres cuestiones de por medio, se enfrentó al creciente Contragolpe populista de la ciudad.

La noche de las elecciones de 1994, los distritos obreros al sur de Wichita votaron al republicano conservador Todd Tiahrt. Cuando lo recuerda hoy, Glickman utiliza el mismo tono irónico que Dwight Sutherland. Aunque perdiera su base, dice, consiguió ganar lo que él llama “el voto elitista”, “los distritos electorales republicanos de altos ingresos de Wichita este”. La situación se invirtió totalmente: los demócratas sólo podían contar con el apoyo de los profesionales progresistas que se sentían avergonzados por el Verano de la Misericordia y sus consecuencias.

En la campaña de 1994 se respiraba un ambiente de auténtico populismo: Tiahrt lo hizo todo sin excesiva presencia de la televisión ni ayuda económica por parte de la clase adinerada de la ciudad. Sin embargo, las desavenencias entre Tiahrt y sus votantes “de altos ingresos” se solventaron rápidamente y ahora el congresista puede emitir por televisión todos los anuncios que quiera. A los que mandan en las empresas de Wichita parecen no importarles mucho los sermones de un político ni que sean susceptibles a la Operación Rescate con tal de que les ayuden a luchar contra su gran enemigo: el Estado. Después de todo, como tan bien explicó Kay O’Connor, la gente que está arriba sabe lo que tiene que hacer para permanecer ahí y cuando están en un apuro pueden pasar por alto fácilmente la esforzada piedad de las nuevas masas republicanas, los conservadores sociales que alzan sus voces para alabar a Cristo pero emiten su voto para glorificar al César. Dwight Sutherland, por su parte, sabe que en este abismo algún día podrá tenderse un puente –sólo hay que ver cómo salen en Mission Hills para recibir al renacido George W. Bush– y el trabajo de campo habitual de Jack Cashill entre la “élite del poder” nos da a entender que también él lo sabe. Los moderados, sin embargo, nunca le darán a Tim Golba las llaves de Leawood y seguramente nunca brindarán por John Altevogt, el rabioso Marat de la revolución de Kansas, en el restaurante más fino de Corporate

Woods. Pero de algún modo creo que aceptarán de buen grado los recortes fiscales, la liberalización y la ayudita extra a la hora de negociar con los problemáticos sindicatos.

Notas al pie

1. Sin lugar a dudas Altevogt utiliza la comparación como un insulto. Al reverendo Robert Meneilly, fundador de la Mainstream Coalition, se le conoce a nivel local porque en los sesenta fue el mayor activista del movimiento a favor de los derechos civiles del condado de Johnson. Para los progresistas de la zona es casi un héroe. Sin embargo, Meneilly no es conocido por ser un líder de la clase trabajadora y de hecho su iglesia está situada en una zona acomodada de los barrios residenciales del condado.
2. Los comentarios más escandalosos de Altevogt no aparecieron en su columna del *Star*, sino en una publicación semanal cristiana llamada *Metro Voice News*, donde ha publicado sus ideas desde que abandonó el *Star* en diciembre de 1999. Sobre la Mainstream Coalition y Ian Paisley: “Translate This”, *Metro Voice News*, 5 de marzo de 2002. Sobre el reportero de Topeka: “Kansas Conservatives vs. AP Bias”, *Kansas City Star*, 16 de junio de 1999. Sobre el *Topeka Capital-Journal*: “Silly Media Tricks”, *Metro Voice News*, 4 de febrero de 2002. Sobre artículos vergonzosos: “Is Ignorance Bliss at KCTV News?” *Metro Voice News*, 22 de febrero de 2002.
3. Este exaltado discurso apareció en la Kansas Conservative Network Listserv el 3 de enero de 2004.
4. Una versión ficticia de esta estratagema puede verse en la novela *2006: The Chautauqua Rising* (Dunkirk, NY, Olin Frederick, 2000), de Cashill. Otro ejemplo surge de un encuentro de conservadores en el condado de Johnson al que asistí en noviembre de 2002. Mientras que la mayoría de los allí reunidos querían pasar la tarde quejándose de la perfidia de los moderados, Cashill se adelantó con un magnífico plan para retomar la ofensiva. La idea consistía en recaudar fondos suficientes para descargar un aluvión mediático y luego obligar a todos los habitantes de la zona metropolitana de Kansas City a que se tragasen el clásico debate sobre el aborto –el mismo asunto delicado que había dividido a Wichita de forma tan efectiva en el verano de 1991– para conseguir que este fuera el tema de absolutamente todas las conversaciones de la zona sin que los poderes establecidos pudiesen hacer nada por evitarlo. “Y así el mensaje llegará de distinta forma a los diferentes grupos”, propuso Cashill, explicando su plan:

A los grupos conservadores, les diremos: “Ahí tenéis vuestros argumentos. Salid fuera y defendedlos. No os quedéis con la boca cerrada por más tiempo”. Y a los “RINOs” [“Republicans in Name Only”, también conocidos como moderados], les diremos: Aquí tenéis vuestros argumentos constitucionales. Se puede hacer del aborto un argumento progresista. Pero no se puede argumentar a favor de *Roe contra Wade* [el precedente que legaliza el aborto en EE.UU.], eso es una abominación, una vergüenza, ningún republicano podría apoyar nunca el caso *Roe contra Wade*”. Al público mayoritario, a la audiencia blanda de los demócratas... les diremos: “No esperamos de vosotros una conversión, sino que seáis tolerantes con la gente que piensa de otra manera. Que seáis tolerantes con las personas que piensan que clavarle un escalpelo a un bebé en la cabeza justo antes de nacer está mal”.

De todas formas, entre los demócratas en el poder, el mensaje fue extremadamente desagradable. Los obispos católicos de la zona, quienes evidentemente recibían el papel de santo brazo armado en el guión de Cashill, se cebaron con los progresistas por haberse abandonado a su progresismo. “Porque si este mensaje se transmite, si funciona aquí”, Cashill se los imaginaba dirigiéndose a las élites temblorosas, “será el fin del Partido Demócrata”.

* N.T. “Snake handling” es un ritual en algunas iglesias pentecostales rurales de EE.UU. cuyos practicantes citan la Biblia –Marcos 16:17-18 y Lucas 10:19– a la hora de ponerlo en práctica y así poder demostrar su fe.)

5. Este ensayo es el capítulo 9 de la colección de ensayos de Cashill: *Snake Handling in Mid-America: An Incite-ful Look at American Life and Work in the 90s*, Kansas City, Westport, 1991.

6. Jack Cashill, “On Power”, en *Ingram's*, abril de 1994, p. 35.

* Este elemento de la fantasía victimista conservadora es particularmente irónico dado que el único juez del Tribunal Supremo que ha sido objetivo de lo que pueda o no haber sido un intento de asesinato en los últimos años fue Harry Blackmun, autor de *Roe contra Wade*, en 1985. Alguien disparó una bala que atravesó la ventana del apartamento que Blackmun tenía en el tercer piso en febrero de 1985, tan sólo unos meses después de una serie de atentados en clínicas de la costa este. El episodio lo describen Risen y Thomas en *Wrath of Angels*, p. 3-4.

7. Jack Cashill y James Sanders, *First Strike: TWA Flights 800 and the Attack in America* (Nashville, WND Books, 2003), p. 118,188. Cashill y Sanders argumentan que el FBI y el consejo nacional de seguridad en el transporte no admitieron que el avión hubiese sido derribado por un misil porque la Casa Blanca decidió que si la noticia de un atentado terrorista llegaba a oídos de los votantes, Bill Clinton habría visto afectada su popularidad y podrían haberse decantado por Bob Dole como presidente. Así pues la verdad fue encubierta. Por su parte, los medios habrían estado implicados en esta trama porque, entre otras razones, “lo último que dos peces gordos de una redacción habrían querido sería darle al portavoz Newt Gingrich un presidente republicano”.

8. Sobre el antiguo comunista encubierto: *Ingram's*, abril de 2000.

9. Sobre Benedict Arnold: *Ingram's*, julio de 2003. Sobre las multas de tráfico: *Ingram's*, noviembre de 2002.

10. Aunque Golba trabaja en una planta de envasado, no es una fábrica de Pepsi. Steve Rose, "Golba Politics vs. Our Schools", *Johnson County Sun*, 5 de junio de 2002.
11. Cuando le preguntaron por qué se había hecho con el nombre de Mainstream, Dwight Sutherland, que es el abogado de Golba además de líder conservador por méritos propios, dijo: "Suena como a discoteca y todos los niños lo adoran". Grace Hobson, "Activist Appropriates Political Group's Name", *Kansas City Star*, 19 de diciembre de 2003.

Según el *Kansas City Star*, durante la carrera electoral por el control de Kansas, Golba grabó un mensaje telefónico que sugería a los ciudadanos que votasen al candidato que su grupo no apoyaba si querían que "los nonatos continuasen muriendo en Kansas". Jim Sullinger, "Anti-Abortion Group Launches Campaign by Phone", *Kansas City Star*, 25 de julio de 2000.

12. O'Connor niega haber dicho que las mujeres no deberían votar, y es evidente que ella vota. Los comentarios aparecieron en noticias de Associated Press así como en un reportaje del *Kansas City Star*. Véase John Hanna, "Female State Legislator Attempts to Clarify Remarks on Women's Suffrage", Associated Press, 28 de septiembre de 2001.

13. La cerveza con un contenido alcohólico de menos del 3'2% es uno de los recordatorios constantes de la ley seca en Kansas. Allí se implantó la ley en 1881 mediante una enmienda constitucional, pero en 1937 la asamblea legislativa del estado declaró que la cerveza con menos del 3'2% de alcohol era una "bebida de malta", no un "licor fuerte" y que, por tanto, era legal. El licor como tal no fue legal en Kansas hasta 1948, e incluso entonces sólo se vendía en licorerías y, más tarde, en clubes privados. Lo que vendían las tabernas de Kansas cuando yo estaba en la universidad era esta cerveza de 3'2.

En los años setenta, el fiscal general Vern Miller ilustró al mundo con sus comentarios desaforados: la ley seca todavía se aplicaba en Kansas. En una ocasión la policía organizó una redada en un tren Amtrak que vendía alcohol mientras atravesaba el estado. A las compañías aéreas se les prohibió servir bebidas mientras atravesaban el espacio aéreo de Kansas. Por fin, en 1987 la constitución del estado fue reformada para permitir que los bares vendiesen el temido "licor en copas sueltas", pero todavía existen múltiples leyes que dificultan la venta de alcohol en Kansas. Por ejemplo, a día de hoy las tiendas de alimentación no pueden vender más que el mejorjue aguado de 3'2. Para saber más sobre la fascinante y desconcertante historia de la ley del alcohol en Kansas, recomiendo consultar esta web: http://skyways.lib.ks.us/ksleg/KLRD/Kansas_liqur_laws_2003.pdf.

14. Si se hace una búsqueda en internet con las palabras del titular del póster de O'Connor ("What Has Happened Since Christian Principles Were Removed from Public Life Starting in 1962" o "¿Qué pasó desde que los principios cristianos fueron eliminados de la vida pública en 1962?") uno se encuentra de repente en un nuevo mundo donde los masones conspiran para dominar la humanidad y los cristianos son perseguidos por siniestros Illuminati.

15. Se llama Parents in Control ("Padres al Mando") y se pueden ver las opiniones de O'Connor sobre el tema en su página web, www.parentsincontrol.org.

16. Es importante señalar que la tendencia republicana ya estaba en marcha antes del Verano de la Misericordia. Los republicanos obtuvieron la mayoría en el condado de Sedgwick en 1990 con un 38% frente a un 32% del total de los votantes registrados. Lo que pasó en los noventa fue que la brecha entre los dos partidos se amplió drásticamente. En 1994 consiguieron el 41% frente al 34%; en 1998 fue el 42% frente al 31%; y en 2003, el 47% frente al 30%.

17. Mark Gietzen, *Is It a Sin for a Christian to Be a Registered Democrat Voter in America Today?* Pittsburgh, Dorrance, 2001. p. 67-68.



CAPÍTULO 9

KANSAS SANGRA POR VUESTROS PECADOS

Si se le pregunta a un analista político progresista de qué adolecen los estados republicanos, qué les induce a trabajar incansablemente en contra de sus propios intereses económicos, a votar a los republicanos cuando estos simplemente arruinan los planes que les benefician, probablemente dirá que todo es por culpa del racismo. Así, los republicanos habrían perfeccionado el llamamiento racial encubierto y atraerían a votantes blancos hacia su causa apelando sutilmente a su rechazo hacia los negros.

Innegablemente hay muchos lugares donde tal análisis se cumple, pero la Kansas actual no es uno de ellos. Si bien el estado es blanco en un ochenta y ocho por ciento, no se le puede tachar fácilmente de ser un nido de intolerantes. No padece el mal de Trent Lott*. No es la Alabama racista de los sesenta. No sucumbió a la tentación de votar al segregacionista George Wallace en 1968. Pocos se ponen sentimentales con la bandera confederada. Quizá sea capaz de poner la región en llamas para que se restaure el patrón oro, pedir a gritos el derecho a llevar armas o tragarse cualquier historia sobre conspiraciones imaginarias de los progresistas; pero si hay algo que Kansas no es, es racista.

No pretendo refutar el considerable trabajo histórico realizado sobre los elementos raciales del conservadurismo moderno. Obviamente los miedos de los blancos juegan un enorme papel en la construcción del Contragolpe durante los años sesenta, setenta y ochenta, cuando los núcleos del sentimiento derechista-populista estaban en el Sur y en el Norte urbano y los asuntos candentes eran la incorporación de los estudiantes negros a colegios de blancos, la asistencia social y la integración¹. Ninguno de estos es un factor importante en la historia de Kansas, en cualquier caso. Lo que aquí vemos es algo muy diferente e igualmente preocupante: el Contragolpe en pleno adopta su pose de queja sin que la conocida fórmula del conflicto racial sirva de guía orientativa. La gente tiende hacia la derecha –venga de donde venga– sin saber nada sobre la tradicional división racial. Aquellos que creen que el conservadurismo desaparecerá cuando el racismo sea menos aceptable deberían tomar nota: el Contragolpe aquí le debe poco a prejuicios de esa clase. En Kansas, la militancia de derechas es un asunto de igualdad de oportunidades, con una queja lista para cada grupo demográfico y queja para cada ocasión.

Sencillamente, la raza no parece ser lo que desencadene aquí la indignación. Ante la decisión del Tribunal Supremo de junio de 2003 que defendía el derecho a que la raza se tuviera en cuenta en las solicitudes de acceso a la universidad, la lista de correo electrónico de los conservadores de Kansas no tuvo nada que decir. Cuando el tribunal derogó las leyes sobre la sodomía pocos días después, la lista estalló en indignación. Era un “Pearl Harbour sodomita”, bramaba uno de los participantes. Un poco más tarde esta misma persona llamaría la atención del resto de la lista mostrándoles una señal inconfundible del descontento divino hacia los pecaminosos Estados Unidos: una “plaga de langosta” había sido avistada en el oeste.

Si en algo destaca el movimiento conservador de Kansas es en su tolerancia en materia racial. Aprendí esto de primera mano mientras asistía a los oficios de la Full Faith Church of Love, un templo carismático en un suburbio pobre de Kansas City. La iglesia es famosa porque de ella han salido varios políticos conservadores menores, pero en la mañana que me senté en su vasto y destalado auditorio, el predicador de una congregación íntegramente blanca era negro. John Altevogt, el que fuera columnista de *Star* y que se ha descrito a sí mismo como “el Jackie Robinson

del periodismo de Kansas” (porque es el único ultraconservador), ha escrito largo y tendido sobre sus esfuerzos por hacer sitio a los negros en el mundo de víctimas del Contragolpe. Incluso se ha jactado de diseñar anuncios para la radio dirigidos a los negros que maldecían la Seguridad Social y que ayudaron a elegir a un republicano de derechas en un distrito de Virginia que es en un 39% negro².

Como ya hemos visto, los ultraconservadores de Kansas aplican el lenguaje prejuicioso a sus adversarios moderados, acusándoles de “intolerantes” o de ser miembros de un “grupo de odio” ya que supuestamente detestan a los evangélicos del mismo modo que los intolerantes detestan a las minorías. Y ciertos ultraconservadores van mucho más allá. El gran héroe de la sublevación de Kansas, el senador Sam Brownback, puede estar en la derecha más radical en la mayoría de los temas, pero cuando va a cortejar a los votantes de las minorías es un hombre con una habilidad casi clintonesca. Ha entablado amistad con la comunidad negra apadrinando la construcción de un museo nacional de historia afroamericana y ha sido homenajeado por la organización hispana National Council of La Raza por su incondicional apoyo a las políticas de apertura a la inmigración. Las historias sobre su tolerancia racial apuntan que ha adoptado niños de Guatemala y China, e incluso he oído a admiradores suyos describir su conversión al catolicismo como un gesto hacia la creciente población latina del suroeste de Kansas³. (Todavía no he oído a nadie que describa su relación con importantes líderes del Opus Dei como señal de su respeto por la cultura de España, pero no es inconcebible).

Como él mismo suele decir, su tolerancia está muy en consonancia con la identidad mítica de Kansas. Los fundadores del estado eran norteños que se asentaron allí, entre otras cosas, para impedir que la esclavitud avanzara hacia el oeste. Los abolicionistas de Kansas participaron en una activa guerra de guerrillas contra los propietarios de esclavos de Missouri durante los cinco años previos a que diera comienzo la guerra de Secesión y el espectáculo de la “Kansas Sangrante”* activó al flamante Partido Republicano nacional y movilizó a los votantes abolicionistas del norte del país. John Brown, que llevó a cabo una sangrienta masacre contra los que estaban a favor de la esclavitud cerca de Osawatomie en 1856, es venerado en Kansas como si se tratara del fundador del estado. La destrucción de Lawrence en 1863 a manos de soldados irregulares confederados de William Quantrill sedientos de sangre cimentó la hostilidad perpetua del estado hacia el “poder esclavista”. Incluso el pequeño y primoroso *jayhawk*, la adorable mascota de la Universidad de Kansas, tiene un violento pasado abolicionista: los “Jayhawkers” eran miembros de las milicias abolicionistas que aterrorizaban a los propietarios de esclavos en la frontera de Missouri. Todos estos hechos resultaban tan familiares en aquella época que los abogados de NAACP (Asociación Nacional para el Desarrollo de la Gente de Color) eligieron deliberadamente a Topeka como lugar para un juicio emblemático de desegregación (*Brown contra el Departamento de Educación*), con el fin de recordarle al país su compromiso con los derechos civiles⁴.

Puede que nosotros hayamos olvidado los tiempos en que Kansas sangraba por los pecados raciales del país, pero para el Contragolpe es como si hubiera ocurrido ayer. Los conservadores de Kansas defienden a capa y espada el honor abolicionista del estado frente a todos los historiadores quisquillosos que lo pongan en duda⁵. Se vanaglorian diciendo ser la nueva raza de abolicionistas, una copia exacta del heroísmo original. Brownback, por poner un ejemplo, recalca su oposición a la esclavitud en el Tercer Mundo; incluso ha sido condecorado con el premio William Willberforce (llamado así por el abolicionista británico del siglo XIX pero concedido por un grupo fundamentalista de derechas)⁶ por utilizar ingeniosamente la ofensiva pro-vida en temas como la investigación con

células madre y la clonación humana.

Cuando me di cuenta de lo frecuente que era que los antiabortistas se compararan a los abolicionistas, asumí que ésta era la cara B de la comparación de sus enemigos progresistas con los Nazis. En ambos casos buscaban la metáfora simplista definitiva: nosotros somos buenos, ellos son malos. Pero dicho paralelismo no carece de lógica. Después de todo, tanto el abolicionismo como el movimiento pro-vida giran en torno a definiciones controvertidas del ser humano (“¿Acaso no soy yo un hombre y un hermano?”, era el eslogan abolicionista); ambos se basan en poderosas creencias religiosas y se posicionan de forma inflexible en contra de lo que perciben como el mal absoluto; ambos cuentan con partidarios violentos en los extremos; y por supuesto, ambos son fieles al Partido Republicano.

Y también está el imaginario abolicionista de Biblias y armas. Los primeros pobladores antiesclavistas que llegaron a Kansas llevaban consigo las conocidas “Biblias de Beecher”: rifles donados por el célebre predicador Henry Ward Beecher. Cerca de Manhattan (Kansas), estos colonizadores construyeron una iglesia que denominaron “Iglesia del Rifle y la Biblia Beecher”. En el capitolio de Topeka un famoso mural retrata a John Brown paralizado en un éxtasis de indignación, empuñando una Biblia en una mano y un rifle en la otra mientras lleva al país a la guerra civil. Para los conservadores no hay lugar a dudas: Dios, coraje y armas ha sido siempre y será la combinación que hace de Estados Unidos un país grande.

Las comparaciones con los héroes de antaño suelen estar en boca de los conservadores. Cuando hubo un contencioso de poca importancia con Missouri en invierno de 2003, el fiscal general de extrema derecha, Phillip Kline, llamó al fiscal general del estado vecino “Quantrill moderno”: “Es hora de que los Jayhawkers se levanten y cabalguen de nuevo”. “Si John Brown estuviera vivo, sería considerado un fanático religioso de derechas”, me dijo Tim Golba. “Hoy sería considerado uno de los nuestros”*. Los activistas pro-vida equiparan el juicio que permitió legalizar el aborto, *Roe contra Wade*, a la resolución del caso *Dred Scott* en 1857, que derogó las leyes estatales que prohibían la esclavitud dentro de sus fronteras. Celebraron el décimo aniversario del Verano de la Misericordia entrando desafiantes en el despacho del alcalde de Wichita y leyendo una “Proclamación de emancipación de los nonatos”. Incluso el despreciable Fred Phelps, un personaje detestado igualmente por moderados y conservadores, trata de obtener cierta legitimidad con su campaña de “Dios odia a los maricas” comparándola con el movimiento por los derechos civiles. Al señalar que llegó a Topeka el mismo día que el Tribunal Supremo dictó el veredicto del caso Brown en aquella ciudad infame, Phelps insiste en que “los mismos poderosos de la clase dirigente que se opusieron a la sencilla demanda de los negros para que se les tratara igual que a los blancos en materia de educación, se oponen ahora a nosotros. Hay algo en el poder y el elitismo que corrompe al hombre y tenemos muchos ejemplos que lo atestiguan. Pero no hay ningún reino en la tierra que pueda vencer a la voluntad de Dios”⁷.

Sin duda, esta manera de ver las cosas es especialmente marcada aquí por la peculiar historia del estado, pero no es patrimonio de Kansas ni mucho menos de los conservadores. Los líderes antiabortistas de todas partes son dados a equipararse a los abolicionistas y a los líderes de los derechos civiles del pasado (lo que irrita profundamente a los actuales). Los historiadores convencionales que estudian el movimiento repiten la misma analogía, poniendo en paralelo la lucha contra el aborto y la polémica de los años previos a la guerra civil, donde se supone que los guerreros antiabortistas adoptan el papel de los antiesclavistas⁸.

Es reconfortante imaginarse a uno mismo como partidario actual de semejante movimiento modelado a imagen de las enseñanzas de Cristo. Los abolicionistas fueron abominados y perseguidos

por sus opiniones (opiniones con las que casi todo el mundo está de acuerdo hoy en día); la perseverancia, la inquebrantable consagración a una causa y la victoria final son los elementos que componen las paráboles políticas.

Pero hay otra forma de establecer paralelismos entre la “Kansas sangrante” y la situación actual. Entonces como ahora, uno oía feroces denuncias contra los intelectuales entrometidos, esnobs y pusilánimes del Este; acusaciones de sesgo mediático; el ensalzamiento campechano de tipos rudos que sabían lo importante que era portar armas; y expresiones partidistas tan ciegas como para pasar por alto prácticamente cualquier irregularidad en las elecciones.

Sin embargo, uno no oía esta retórica acalorada en boca del partido abolicionista de Kansas. Esta era la actitud propia del partido contrario, de los “border ruffians” o pro-esclavistas que les apoyaban en el Congreso. Y es gracias a sus ideas y a sus actos que podemos descifrar quiénes son los verdaderos antepasados de los conservadores de nuestro Contragolpe.

Los abolicionistas los llamaban *pukes*⁸, sin duda por el arrogante desprecio progresista de sus costumbres poco refinadas. El logro clave de los pukes fue la invasión organizada de Kansas y la elección –a punta de pistola en muchos casos– de lo que se conocía como la “asamblea ilegítima”. Igual que Ann Coulter desea vivir en una tierra carente de progresistas, estos pukes tenían alergia no sólo a la reforma sino a los reformadores. Querían unanimidad; no complicadas preguntas acerca de su “peculiar institución”, y la primera ley de la asamblea legislativa de 1855 fue expulsar al puñado de delegados abolicionistas que de algún modo habían sobrevivido al diluvio electoral. Su segunda ley importante fue trasladar la capital desde Fort Riley (en el interior del estado) a un sitio más adecuado en la frontera con Missouri para que en el futuro los gobernantes no tuvieran que viajar a través de las tierras de aquellos a quienes gobernaban. En una serie de leyes estatales, se limitaron a copiar el código de su estado natal, tachando *Missouri* y sustituyéndolo por *Kansas* donde hiciera falta, excepto en lo que tuviera que ver con la esclavitud, donde eran ligeramente más extremistas. La esclavitud no sólo iba a ser legal en el nuevo territorio, sino que iba a ser protegida legalmente de cualquier *crítica*. Tener opiniones antiesclavistas en Kansas se iba a convertir en un delito grave; llevar al territorio cualquier publicación que pudiera hacer que los esclavos sintieran que no deberían serlo (tal y como ocurría con el libro más vendido de la época: *La cabaña del tío Tom*) se castigaba severamente. Y naturalmente, aquellos que desconfiaran de la institución eran privados del derecho a votar⁹.

Con ayuda exterior gracias al reconocimiento oficial del gobierno de los Estados Unidos, el partidismo entusiasta de los senadores sureños¹⁰ y la colaboración interna de fuerzas armadas y las estratagemas más ingeniosas para restringir el derecho a voto que se han utilizado hasta las elecciones de Florida en el año 2000¹¹, la asamblea ilegítima consiguió montar al potro indomable del odio popular durante años sin que éste la lanzara por los aires. En aquel entonces era casi imposible gobernar Kansas; los gobernadores territoriales dimitían uno tras otro, a menudo por amenazas de muerte a causa de algún desaire, reproche o duda que fueran dirigidas contra el susceptible partido esclavista. Vivir bajo el gobierno legítimo (es decir, esclavista) era igualmente inaceptable para los que seguían los dictados de su conciencia; los colonos abolicionistas, que eran mucho más numerosos que los pukes, eligieron su propia asamblea legislativa y a su gobernador, y establecieron su capital en Topeka, a la que la administración esclavista de Washington ignoraba por completo.

A pesar de todo, los pukes se veían a sí mismos como víctimas, gente sencilla del campo que desafiaba los planes totalitarios y altivos de los yanquis sobre sus humildes costumbres regionales o su sagrado derecho de propiedad. No es que poseyeran ninguna de las llamadas “propiedades”. Tanto

en el sur como en esta zona, pocos blancos tenían esclavos. Al igual que hacen ahora los seguidores del Contragolpe, los pukes luchaban por un sistema donde sus oportunidades económicas eran puramente ilusorias. En el fondo luchaban por la clase adinerada de plantadores del Sur, de igual forma que el seguidor del Contragolpe actual abraza una política que sólo conseguirá que su jefe sea aún más rico. Sin embargo los pukes se aferraban obstinadamente a su imagen de republicanos: humildes, ordinarios, anti-Este y anti-élite. En 1856, el periodista británico Thomas Gladstone pasó una noche en una embarcación con una pandilla de activistas en favor de la esclavitud armados hasta los dientes, que estaban tomándose un descanso después de haber saqueado a los detestables abolicionistas de Lawrence (Kansas), y tomó nota del siguiente monólogo, pronunciado por uno de ellos en el bar del barco.

Ven aquí, hombre; no te asistes. ¿Eres uno de los nuestros? Todo bien en el Sur, ¿eh? Nada de aires pretenciosos aquí, ya sabes. Eso déjalo para las lagartijas yanquis del Este. Si hay uno de esos por aquí, más le valdría largarse rápidamente... No vamos a permitir que vengan aquí, nada de eso. ¿Acaso no es suficientemente grande para ellos donde viven en el Este? No vamos a permitir que vengan y nos den órdenes de adorar a los malditos negros, ni hablar. Vamos a calentarles un poco por aquí, ya lo creo.¹²

Durante el viaje, Gladstone aprendió a estar callado; su acento británico era suficiente para provocar la ira de los pukes. Esto ocurrió antes de que el término *populista* comenzara a sufrir su larga carrera de distorsiones, de otra forma ningún columnista comprensivo les habría adjudicado el epíteto.

Los abolicionistas, por otro lado, eran ese tipo de personas que, si estuvieran vivas ahora, harían que el *Wall Street Journal* clamara sobre lo políticamente correcto y denunciara las amenazas a la Constitución y la intromisión de los sabelotodo y elitistas en los asuntos de los demás. De hecho, en la época dorada antes de que llegaran los sesenta y lo echaran todo a perder, en los libros de texto presentaban a los abolicionistas como moralistas intolerantes que proponían a gritos una dictadura de la virtud que más adelante, gracias a su intolerancia farisaica, ocasionó nada menos que una guerra civil. Identificarse con ellos era una táctica de los colectivos de extrema izquierda como los Weathermen y el Partido Comunista. Al final, el abolicionismo fue considerado respetable –y apropiado para los propósitos conservadores de legitimidad– gracias al empeño de los historiadores revisionistas de izquierdas de los años sesenta y setenta.¹³

¿Y los abolicionistas? Eran lo que hoy se asocia con los estados demócratas: sofisticados bebedores de té, anglosajones, universitarios, la clase de gente de la que se burlaría David Brooks por despreciar NASCAR y a la que Bill O'Reilly tomaría el pelo por no entender la realidad tal como la vive la gente dura de la calle¹⁴. En efecto, eran los más fuertes en aquellos estados –Massachusetts, Connecticut, Nueva York– y en los campus universitarios progresistas –Oberlin, Grinnell, Amherst–, a los que los conservadores de hoy insultan a menudo por su jerga y sus simpatías por el Tercer Mundo. Y aunque indudablemente era gente religiosa, los abolicionistas pertenecían a las tradicionales iglesias protestantes –unitarios, congregacionalistas, presbiterianos, cuáqueros– a las que la derecha atormentaba por no predicar lo suficiente sobre la condenación.

Hubo un tiempo en que esa fue también la identidad de Kansas. La Iglesia del Rifle y la Biblia Beecher podría suponer para muchos el primer ejemplo de grupos interesados en las técnicas de supervivencia, pero el tipo que le dio su nombre, Henry Ward Beecher, era en realidad uno de los líderes religiosos progresistas, un favorito de pelo largo de la sociedad de Nueva York. De modo similar, Kansas era hasta cierto punto un reducto de Nueva Inglaterra. La ciudad de Lawrence, una

avanzada abolicionista, estaba poblada por familias cuyo viaje lo había pagado la New England Emigrant Aid Society, una agrupación que se fundó para bloquear el paso de la esclavitud hacia el oeste. Los abolicionistas la llamaban “el Boston de la pradera”. Fue denominada así por un magnate de Boston y su calle principal es Massachussets Avenue. En su viaje hacia el oeste, los futuros habitantes entonaban “The Kansas Emigrants”, una popular canción de la época escrita por John Greenleaf Whittier.

*¡Levantaremos un muro de hombres
Al Sur en la frontera con la libertad,
Y junto al algodonero plantaremos
El robusto pino del Norte!*

“Yankeetown” era como los tipos pro-esclavistas llamaban a Lawrence. Esperaban con ansias coulerescas su completa erradicación de la faz de la tierra, realizando incursiones contra ella continuamente y consiguiendo saquearla con éxito en dos ocasiones¹⁵.

Kansas miraba hacia el Este, pero los pukes miraban hacia el Sur, prendiendo fuego y saqueando en su camino hacia Lawrence bajo una bandera donde se leía la inspiradora leyenda “Derechos Sureños”. Y Lawrence, al menos, siguió mirando hacia el Este, convirtiéndose en la sede de la Universidad de Kansas. Hoy, a medida que la política estatal vira cada vez más hacia la derecha, Lawrence sigue siendo uno de los únicos lugares verdaderamente progresistas de Kansas. Para mi generación, que creció en el extrarradio plagado de iglesias de Kansas City, Lawrence era un sinónimo de paraíso bohemio: alquileres baratos en ruinosas casas victorianas, cerveza barata en bares desvencijados construidos rápido y mal, y tiendas de discos de segunda mano en un lugar donde todo el mundo estaba en un grupo. Fue en la emisora de Lawrence KJHK donde oí por primera vez a los Sex Pistols, una perversión impensable por entonces en las emisoras de rock clásico de Kansas City, que estaban acostumbradas a pasar las interminables canciones de Styx y REO Speedwagon.

Ahora los enemigos de Lawrence son otros, pero cuando denuncian a los profesores progresistas de la Universidad de Kansas, critican a los músicos punk en KJHK, desprecian a los atolondrados ciudadanos del “barrio del porro” o dividen a su antojo los distritos electorales para darle ventaja a su candidato y frenar así los perniciosos peligros que plantea esta población, vuelven a esa idea sentimental del orden que comenzó en la Alabama de Wallace, la Georgia de Gingrich y la Texas de Bush. A los conservadores de Kansas quizá les complazca verse como John Browns renacidos cuando piden bajar los impuestos y llevar armas; sin embargo, cabe pensar que se encontrarían mucho más a gusto en compañía de Quantrill y los pukes.

Consideremos por un momento al ilustrado Sam Brownback. Puede que esté en contra de la esclavitud –¡qué postura tan atrevida 140 años después de la guerra de Secesión!–, pero cuando tuvo que enfrentarse al difícil reto de la demócrata de Wichita Jill Docking en 1996, inundó la campaña de anuncios publicitarios que pretendían desacreditarla afirmando que se había criado en el odioso estado de Massachussets y que antes de casarse no se apellidaba Docking (los Docking son una familia famosa en Kansas) sino Sadowsky. ¿Se entiende? Para rematar la estrategia, los votantes del estado recibieron misteriosas llamadas la semana previa a las elecciones que les recordaban que “Docking era judía”¹⁶.

Quienquiera que hiciese esas llamadas sabía lo que se hacía. “No me preocupa mucho quién esté al mando porque creo que Dios es el que manda”, le dijo un votante de Wichita a la Associated Press

unas semanas antes de las elecciones. “Pero preferiría que fuera cristiano”¹⁷.

Notas al pie

* N.T. Político republicano que equiparó la homosexualidad con el alcoholismo, la cleptomanía y la adicción al sexo.

1. El texto clásico sobre este aspecto del Contragolpe es *Chain Reaction: The Impact of Race, Rights, and Taxes on American Politics*, de Thomas y Mary Edsall. Nueva York, Norton, 1992.

2. Para más información sobre Altevogt comparándose a sí mismo con Jackie Robinson, véase “A Year of Fresh Perspectives”, *Kansas City Star*, 3 de noviembre de 1999. Sobre su técnica para llegar a los votantes negros: “Investing in the Future of the Black Community”, *Metro Voice News* (Kansas City), 11 de julio de 2001. Sobre las elecciones en Virginia, Altevogt escribe: “Prácticamente cualquier intento que hiciera el candidato por incluir cuestiones raciales era noticia segura. Por nuestra parte, también incluimos el tema racial en las elecciones, a veces con alegría y otras veces de un modo reprobable. No es que incluyéramos la raza en el proceso, es que inundamos la radio negra con ella, alimentamos la controversia en cada ocasión intentando montar todo el jaleo posible. Y no se publicó ni un artículo. Parece que la radio negra está fuera del radar de los medios de comunicación dominantes”.

Un año más tarde, Altevogt tendría razones para tragarse sus palabras. Durante las elecciones de 2002, una emisora de radio de Kansas City cuya audiencia era mayoritariamente negra comenzó a poner anuncios comparando la Seguridad Social con “compensaciones a la inversa”, señalando que la Seguridad Social, en lugar de compensar a los negros por la esclavitud sufrida con más dinero en prestaciones sociales, les entregaba menos dinero que a los blancos. El patrocinador de los anuncios, GOPAC, los retiró rápidamente ante las críticas nacionales. El productor responsable de los anuncios resultó ser Rich Nadler, una de las personas que Altevogt señaló como colega suyo en la campaña de Virginia. Véase Jim Sullinger, “Republicans Pull ‘Reverse Reparations’ Ad from KC Radio Station”, *Kansas City Star*, 13 de septiembre de 2002.

3. Una refrescante excepción a los elogios que Brownback recibe sobre estos temas proviene del antiguo alcalde de Kansas City, Emanuel Cleaver, tal y como quedaba recogido en el número del 21 de abril de 2003 en el *Kansas City Star*. “Se han equivocado porque no se han dado cuenta de que esto va de política”, comentó Cleaver en referencia a Brownback y a Jim Talent, republicano de Missouri. “Puedes legislar con John Lewis [un demócrata de Georgia] y no conseguir el voto afro-americano porque en realidad vas en contra de cosas que son esenciales para la supervivencia afro-americana en este país. Seguramente se habrán dado cuenta de que somos lo bastante listos como para ver que, en el fondo, no han cambiado.”

* N.T. http://en.wikipedia.org/wiki/Bleeding_Kansas.

4. El columnista de Kansas David Awbrey cuenta cómo entrevistó a uno de los abogados de la NAACP años antes de la decisión del caso Brown y le preguntó por qué se había elegido Topeka como sede del famoso proceso. Awbrey escribe que “Kansas, con su reputación de estado libre, fue escogida para demostrar que la discriminación racial no era sólo un problema en el Sur, sino una vergüenza nacional. Si en Kansas se trataba a los negros como ciudadanos de segunda, el resto del país debería tenerlo en cuenta”. Awbrey, “Ghost of John Brown is Very Angry”, *Topeka Capital-Journal*, 28 de febrero de 2000.

Esto no quiere decir que se tenga que hacer la vista gorda con Kansas. Evidentemente, Topeka también era una ciudad segregada, por eso atrajo al caso de la NAACP en primer lugar. Y en ninguna historia del condado de Johnson, la zona residencial adyacente a Kansas City, se debería obviar del papel que jugó la huida de los blancos de la zona ante el crecimiento espectacular y la consiguiente llegada de trabajadores negros, así como las restricciones en los alquileres, las prácticas racistas a la hora de conceder créditos, y otras formas de discriminación para dificultar el acceso a la vivienda.

Otra mancha en la historia del estado es el breve coqueteo que se mantuvo con el Ku Klux Klan en los años veinte. Afortunadamente para la imagen que tenemos de Kansas, los republicanos en el gobierno pusieron fin rápidamente a la actividad del Klan revocándole sus estatutos como organización. Esta acción fue impulsada por el famoso reportero de Kansas William Allen White, quien les plantó cara en 1924, llamándoles “idiotas morales” y “organización de cobardes”. Para más información sobre estos temas, véase Miner, *Kansas*, p. 252-258.

5. En 2003, un historiador de la Universidad de Kansas publicó un libro enumerando las numerosas prácticas racistas en las que los primeros pobladores del estado se vieron envueltos, a pesar de su vocación de tolerancia. La publicación del libro se topó con las denuncias furibundas de la lista de distribución de los conservadores de Kansas, donde una entrada lo definía como “el típico ejemplo académico de totalitarismo progresista y de odio a nuestra patria”.

6. Que yo sepa, el premio William Wilberforce no tiene conexión alguna con el grupo británico Anti-Slavery International, con el que estaban conectados los descendientes de Wilberforce. Aun así, Wilberforce sigue siendo un héroe bastante respetado para la derecha que aboga por la guerra ideológica. En *Profiles in Character*, la colección de ensayos elaborada por los “novatos” del congreso en 1994, dos de los 28 congresistas decidieron escribir sobre Wilberforce.

* Una invocación más siniestra a John Brown la hizo Timothy Mc Veigh, el terrorista de Oklahoma City, que justificaba su matanza de gente inocente como un intento browniano de provocar una guerra civil justa.

7. El mensaje de Phelps a Topeka aparece en la página web del *Topeka Capital-Journal*: <http://www.cjonline.com/webindepth/phelps>.
8. De hecho, la comparación con la guerra civil está tan trillada que se ha convertido en un cliché. Risen y Thomas en *Wrath of Angels* describen la polémica sobre el aborto como “El debate más volátil, más divisorio, y más irreconciliable en los EE.UU. desde la esclavitud” (p. 5). Craig Miner, el autor de *Kansas*, el compendio histórico definitivo de la historia del estado, describe a los abolicionistas como “un grupo de intereses morales y, como cualquiera de los dos bandos enfrentados por el tema del aborto a finales del siglo xx, basaba su lucha en una ‘ley suprema’” (p. 56).
- * N.T. Según la interpretación que acepta Frank, extendida pero no universalmente aceptada, este calificativo tiene su origen en el verbo *puke*, “vomitar”.
9. La manera de equiparar crítica con delito era un fenómeno nacional. Un congresista sureño apaleó al senador por Massachusetts Charles Sumner hasta casi matarlo en pleno Senado después de que este diera un discurso titulado “El crimen contra Kansas”.
10. Los teóricos de la esclavitud creían que existía una necesidad de ampliar los terrenos donde los esclavos se asentaban. No podía ser un territorio fijo o con límites establecidos. Así pues, conseguir que el estado de Kansas fuera esclavista se consideraba crucial para la supervivencia de la institución en general: tenían que extenderse hacia el oeste y Kansas estaba en el camino. Una posible razón para explicar este interés en la expansión eran las prácticas agrícolas agresivas del Sur, que agotaban la tierra con rapidez. Otra, que una expansión constante elevaba la demanda de esclavos, con el consiguiente beneficio de los tratantes de esclavos en el Este. Sin nuevos mercados, la demanda de esclavos se acabaría, y con ella, la liquidez de los estados de las grandes plantaciones.
- Por estas razones, estaban dispuestos a pasar por alto los crímenes más atroces cometidos por el partido esclavista de Kansas.
11. Esta asamblea legislativa ilegítima permitía a todos los hombres adultos de los EE.UU. (por ejemplo los ciudadanos de Missouri) votar en Kansas si pagaban un impuesto. Por otra parte, todo aquel que no prestara juramento a la ley de esclavos fugitivos (por ejemplo los abolicionistas) no tendría derecho a voto aunque viviese en el estado.
12. T. H. Gladstone, *The Englishman in Kansas or, Squatter Life and Border Warfare*, Nueva York, Miller, 1857, p. 43.
13. Se puede consultar un resumen de las cuestiones historiográficas relevantes en “Who Defends the Abolitionist?” de Fawn M. Brodie, en *The Antislavery Vanguard: New Essays on the Abolitionists* (Princeton, Princeton University Press, 1965). Este volumen incluye ensayos de intelectuales de izquierdas como Martin Dauberman, Staughton Lynd y Howard Zinn.
14. Tras escribir esta frase, fui al cine y me di cuenta de que en la película *Gangs of New York* (2002) se burlan de los abolicionistas precisamente de esta manera. Los abolicionistas son caricaturizados como predicadores protestantes, progresistas y WASP de rancio abolengo, ignorantes del conflicto real en la vida de EE.UU.: la aparición de una nueva raza blanca, mensajeros de una iglesia combativa. Para los héroes de la película, la lucha por la libertad de los esclavos es una evidente estupidez, una chorrrada propia de reformistas blandos y de sus amigos de siempre, las minorías. Los disturbios organizados de Nueva York no son más que el resultado lógico. Tanto el director Martin Scorsese como sus admiradores están convencidos de que la película aporta una especie de gran verdad sobre la historia de EE.UU., pero el único episodio histórico que esclarece son los disturbios de los setenta contra la integración forzada de los negros en las escuelas. El punto de vista de la película sobre el conflicto social estadounidense –los protestantes ricos y miedicos que se alían con los negros contra la noble raza blanca– es casi idéntico a la visión del conflicto social mantenida por las fuerzas contrarias a la integración de Boston en 1972, tal y como se describen en el conocido libro sobre los primeros años del Contragolpe de J. Anthony Lukas, *Common Ground: A Turbulent Decade in the Lives of Three American Families*. Nueva York, Knopf, 1985.
15. En 1969, Kevin Philips escribía que debido al prolongado rencor que los habitantes del condado sentían hacia Quantrill por haber destruido Lawrence, fue una de las zonas “más republicanas de Kansas” durante casi un siglo entero. En *The Emerging Republican Majority*. New Rochelle, NY, Arlington House, 1969. Véase nota de la p. 383.
- Una vez, cuando le pregunté a un tipo en una entrevista por qué en Kansas se odia tanto a los demócratas, me respondió: “Yo tenía una casa en Lawrence con dos agujeros de bala en la puerta principal. Los responsables habían sido gente de Quantrill, y esa gente era demócrata”.
16. Este es el recuerdo de uno de los destinatarios de las llamadas, tal y como lo recogió en un comunicado de prensa el National Jewish Democratic Council el 19 de junio de 1998 y luego publicó PR Newswire. En otro lugar del estado, las llamadas tomaron la forma de una encuesta, en la que les preguntaba a los votantes si sabían que Jill Docking era judía.
- Por supuesto, Brownback ha negado tener cualquier tipo de conexión con esta campaña antisemita y la identidad de los operadores que realizaban las llamadas sigue siendo una incógnita. Además, Brownback ha estrechado lazos con los votantes judíos con su firme apoyo a Israel.
17. En Alan Farm, “Kansas Senate Candidates Test Whether GOP Has Swing Too Far Right”, Associated Press, 15 de octubre de 1996.



08.A.

CAPÍTULO 10

HEREDARÁS EL TORBELLINO

Se puede hacer caso omiso de este estallido de antisemitismo considerándolo un breve e intrascendente momento grotesco y no darle más vueltas. O puede interpretarse como un indicio del malestar que yace en el fondo de todo lo que hemos hablado en este libro. En la cosmología de la intolerancia, los judíos no son sólo otra minoría despreciable. El estereotipo con el que se les calumnia es muy concreto: se dice de ellos que son ricos, extranjeros, cosmopolitas, progresistas y, por encima de todo, intelectuales.

El anti-intelectualismo es uno de los grandes temas unificadores del Contragolpe, la cepa mutante de la lucha de clases que apuntala tantos de los agravios de Kansas, que por lo demás parecerían aleatorios. El conservadurismo contemporáneo sostiene como un dogma de fe fundamental que es inútil escudriñar las páginas de negocios para obtener alguna pista sobre cómo funciona el mundo. No trabajamos bajo el yugo de alguna abstracción como las fuerzas del mercado, ni de personajes de carne y hueso como los ejecutivos o los propietarios. En absoluto, son los *intelectuales* los que tienen la última palabra, la gente con licenciaturas y carreras en el gobierno, en el mundo académico, en la abogacía y en las profesiones liberales.

David Brooks los llama “los dioses del *curriculum vitae*”. Analiza sus idas y venidas en lo que considera la guía fundamental de la clase dirigente: la página de bodas del *New York Times* (irónicamente, el periódico para el que trabaja ahora), donde “casi puedes sentir el tufo de sus notas de graduación”. Brooks se lo pasa en grande satirizando las costumbres y fantasías de esta clase de ambiciosos resabiados, pero el tono que emplean habitualmente sus colegas de la derecha cuando abordan el tema de las clases profesionales es el del más oscuro recelo. Tal como señala Rush Limbaugh en un libro editado por Brooks, él mismo es un símbolo del “creciente rechazo de las élites por parte de la clase media”, con la que se refiere a los ‘profesionales’ y ‘expertos’ que incluyen “las élites médicas, las élites sociológicas, las élites educativas, las élites del sistema judicial, las élites científicas... y las ideas que todas ellas promueven a través de los medios de comunicación”. El enemigo de la gente sencilla, de la vieja América republicana, son los intelectuales, la alta élite progresista bajo cuya tiranía sufre el “americano medio”¹.

Brooks cree que el auge de los intelectuales es algo reciente, que sólo llevamos unas décadas – desde los años sesenta concretamente – bajo el control de la clase profesional. Y puede que tenga razón, dependiendo de cómo definamos los términos. Pero el *resentimiento* hacia ellos por ser la clase dominante es una tradición muy arraigada en la derecha. El origen de esta malevolencia no proviene tanto de una antigua guerra ideológica sino de una maniobra defensiva llevada a cabo hace tiempo por una clase empresarial que se sintió amenazada. El antiintelectualismo tal y como lo entendemos hoy data de los años treinta, cuando el presidente Roosevelt puso a un grupo de profesores universitarios a cargo de la estructura económica del país. Los intelectuales diseñaron el aparato regulador del New Deal, instauraron la Seguridad Social, hicieron investigaciones y escribieron informes, todo lo cual fue considerado por la comunidad empresarial de la época como una intromisión inexcusable y arrogante en los derechos de la propiedad privada.

Un segundo brote antiintelectual llegó en los cincuenta, cuando el senador Joe McCarthy capitaneó a sus rebeldes republicanos para descubrir una conspiración izquierdista que no implicaba al proletariado radicalizado sino a un puñado de ingratos malcriados nacidos en familias de alcurnia

y educados en las mejores universidades: intelectuales condescendientes como Alger Hiss, un defensor del New Deal de clase alta educado en Harvard que bien podría haber sido un espía soviético. Whittaker Chambers escribió que cuando hizo aquella famosa acusación contra Hiss mostró una “división clara entre los hombres y mujeres sencillos de la nación y aquellos que pretendían actuar, pensar y hablar por ellos. La clase de los ‘mejores’ era, si bien no siempre, generalmente, la que apoyaba a Alger Hiss y haría cualquier cosa con tal de protegerle y defenderle. Eran los ilustrados y los poderosos, los que abogaban por la amplitud de ideas”².

En aquel tiempo fue una insinuación bastante novedosa. Los intelectuales eran los que traicionaban al capitalismo, mientras que la clase trabajadora –temida por los conservadores en el pasado– defendía el estilo de vida estadounidense. Sin embargo, gracias a su incansable repetición en las décadas que siguieron, esta perspectiva se percibe ahora de manera puramente lógica e instintiva.

Hoy, esta especie de antiintelectualismo es un elemento central en la doctrina conservadora, ya que expresa con gloriosa brevedad el tema unificador de la naturaleza asediada por el presuntuoso artificio. El mundo empresarial, por su parte, emplea el antiintelectualismo para señalar que cualquier insinuación de que a la humanidad le iría mejor con un sistema distinto al libre mercado es arrogante y lleva consigo un deseo implícito de rediseñar la vida entera. Los conservadores sociales, por otro lado, lo emplean para atacar cualquier desviación de un sistema de valores que identifican alternativamente con Dios y con la gente auténtica de la Norteamérica republicana. ¿Quién demonios se creen que son estos vanidosos intelectuales?

Al movilizar a la gente corriente contra esos demoniacos filósofos con sus títulos y sus agencias gubernamentales, los republicanos se han apropiado de diversas tradiciones antiintelectuales legítimas e incluso respetables. La primera de ellas es el evangelismo protestante, que valora el contacto emocional directo del individuo con Dios y rechaza la necesidad de una jerarquía eclesiástica integrada por un clero profesional. Esta tradición sostiene que lo único que hace el pensamiento crítico es obstaculizar el camino de la santidad, de modo que los evangélicos han preferido sistemáticamente a los predicadores carismáticos independientes por encima de cualquier forma de organización establecida³.

Otra tradición que se apropió el Contragolpe es la poderosa sospecha de que la especialización profesional está asociada a la izquierda histórica. Esta actitud surgió inicialmente, claro está, en *contraposición* a las imposiciones del mundo empresarial, no como una forma de hacerle la vista gorda a las corporaciones. Como ha señalado Barbara Ehrenreich, el “control social no violento” fue el fundamento en que se basaron muchas de las profesiones liberales estadounidenses. La clase media profesional se vendió como el grupo que mantendría a raya a los trabajadores, ya fuera mediante estudios de eficiencia, con expertos en relaciones públicas o a través de la pseudociencia de la administración de empresas. Y los trabajadores respondían a esta idea, como era de esperar, con escepticismo y sorna. “Para la clase obrera, la relación con la clase media es casi siempre un monólogo”, explica Ehrenreich: “Desde arriba llegan órdenes impuestas, diagnósticos, instrucciones, juicios, definiciones o incluso sugerencias de los medios de comunicación sobre cómo pensar, sentir, gastar dinero y relajarse. Las ideas rara vez fluyen ‘hacia arriba’ donde está la clase media, porque sencillamente no hay una estructura para canalizar el flujo ascendente del pensamiento de una clase a otra”⁴.

Hoy, ambas tradiciones se incorporan a la lucha de clases invertida del Contragolpe. Los republicanos protestan contra los insoportables estirados de la liga Ivy incluso cuando ellos mismos se graduaron en esas instituciones. Se quejan de los profesionales entrometidos cuando ellos mismos

son abogados, médicos o tienen un máster en dirección de empresas. Y mientras protestan y se quejan, se alinean con la gente corriente, sublevándose con pretensiones de superioridad moral contra el sabelotodo endiosado que quiere reorganizar y reformar cada aspecto de la vida privada. Los republicanos perciben que en todos los asuntos sociales se repite el mismo patrón: un conflicto entre el auténtico, natural y democrático por una parte, y el arrogante, entrometido e insensato por otra. Este es el hilo conductor entre todos los temas citados en el libro, desde las vías verdes al sistema métrico, desde los subsidios agrícolas a las leyes de división parcelaria; en cada intento reformista del siglo xx, los conservadores no ven más que imposición, los planes descabellados del ser humano obstaculizando el inmutable plan marcado por Dios, también conocido como libre mercado.

Hoy día, los republicanos son el partido del antiintelectualismo, del duro desprecio de la gente de la frontera por las ideas sofisticadas y el pusilánime aprendizaje académico. *Harvard Hates America* [Harvard odia a América], exclamaba uno de los primeros clásicos del Contragolpe, y ahora el Ilustre Gran Partido Republicano es el que odia a Harvard. Los republicanos actuales están haciendo lo que los liberales hacían hace más de un siglo y medio: adoptar acentos rurales, contarle al mundo cómo se educaron en una cabaña de madera y encolerizarse contra las élites eruditas. (Hasta George W. Bush, de la promoción de Yale del 68, se ha quejado de cómo los del Este miran a sus compinches de Tejas “con sumo desprecio”). Hay que machacar los símbolos de la aristocracia para que la vida real de la aristocracia pueda ser aún más holgada.

Se ha dedicado mucho esfuerzo a esta guerra contra los intelectuales. Aparte de todas las conocidas acusaciones contra la vida en el campus, los conservadores han creado contrainstituciones y asociaciones profesionales alternativas desde las que denunciar las pretensiones del mundo académico tradicional; han formado grupos de expertos que apoyan a escritores por motivos estrechamente partidistas; y publican revistas pseudoacadémicas que eliminan sin tapujos la tradición de la “revisión por pares” o crítica imparcial entre iguales.

Todo esto no ha ocurrido sin cierto resquemor entre los republicanos tradicionales que, al igual que muchos de los moderados de Kansas, son a menudo profesionales altamente educados que viven en zonas residenciales y que no son ajenos a la realización intelectual. La especialización profesional es algo que esta gente deplora sólo cuando la ejercen los burócratas del gobierno o los progresistas metomentodo. Pero tras décadas dando rienda suelta al lenguaje feroz del antiintelectualismo contra las comisiones federales que, por ejemplo, quieren estudiar el efecto de una empresa en las aguas subterráneas donde se ubica, estos republicanos están ahora consternados al ver que ese lenguaje se vuelve contra ellos por cuestiones como creer en la teoría de la evolución. Ahora los republicanos tradicionales están heredando el torbellino, cosechándolo, atrapados por el éxito de las estrategias que ellos mismos sembraron.

De ahí la situación en Kansas, donde los conservadores más destacados, una colección de millonarios, abogados y graduados en Harvard, lideran un levantamiento proletario contra los millonarios, abogados y graduados en Harvard, y contra los médicos, arquitectos, dueños de periódicos, promotores inmobiliarios y ejecutivos que componen la facción moderada.

De este modo, en Kansas se ha sentado un precedente para una guerra pseudopopulista contra las profesiones liberales. En los años veinte y treinta, vivía en este estado un curandero de fama nacional, el doctor John Brinkley de Milford, que afirmaba curar la impotencia transplantando quirúrgicamente trozos de testículos de machos cabríos en humanos. Brinkley también fue pionero en la radio y obtuvo una licencia en 1923 para hacerse con una emisora desde la que retransmitir información sobre su cura milagrosa a todo el país (esta emisora fue votada como la más popular de

Estados Unidos en 1929). Su hospital en Milford tenía largas listas de espera y Brinkley tuvo muchísimo éxito con su consultorio: lucía grandes anillos de diamantes en ambas manos y conducía un magnífico Cadillac con sus iniciales doradas estampadas en trece lugares distintos.

La operación testicular de Brinkley era un fraude y sus credenciales médicas eran cuestionables*, y dado que era el curandero más importante del país, la Asociación Médica Americana (AMA) decidió ponerlo como ejemplo de malas prácticas. Se le unieron la Comisión Federal de Radio, que suspendió su licencia de radiodifusión, y el *Kansas City Star*, propietario de una emisora de radio rival, que publicó una serie de artículos mostrando el fracaso médico de Brinkley. Y sin embargo, en lugar de destruirle, esta abrumadora combinación de profesionales, gobierno y medios de comunicación, sólo sirvió para convertirle en mártir⁵.

Así que en los años de la Depresión de 1930 y 1932, Brinkley se presentó a gobernador, intentando siempre identificar su victimización con la de la gente corriente de Kansas que estaba en manos de los banqueros y de los grandes terratenientes. La fiebre de Brinkley se extendió como un reguero de pólvora por el estado cuando el médico hizo campaña electoral con una banda de música country y un grupo de predicadores locales que solían llegar a los eventos en su avión privado. Los ancianos comparaban aquel sentimiento local con la atmósfera del Populismo de finales del siglo XIX. El médico sólo fue derrotado finalmente gracias a prodigiosas maquinaciones de los gobernantes tradicionales del estado: los padres responsables de los responsables republicanos moderados de hoy.

El “brinkleísmo” político fue tan extraño como el propio Brinkley. Era un ferviente fundamentalista y un enemigo de la evolución darwiniana, y sin embargo las ideas políticas a las que se adhería eran las típicas del radicalismo de los años treinta. Es decir, radicalismo izquierdista: anticorporativo y a favor de los trabajadores, de la atención sanitaria y las pensiones subvencionadas por el estado. (Brinkley tenía también un proyecto para aumentar las lluvias en Kansas.)

Era un charlatán y un oportunista, pero en una época en que si un oportunista apoyaba las políticas contrarias al mundo de las profesiones especializadas debía mirar de modo natural hacia la izquierda. Tenía sentido teniendo en cuenta el panorama general también. La Asociación Médica Americana fue durante décadas la autoridad que bloqueó cualquier iniciativa de establecer un programa nacional de salud. No se llevaba bien con la clase trabajadora. Hoy, sin embargo, el hogar político de un hombre que se queja de las profesiones liberales como era Brinkley, sería sin lugar a dudas la derecha del Contragolpe. Luchamos contra los abusos de la Asociación Médica Americana, el colegio de abogados y el resto de baluartes del poder de la clase media cuando protestamos contra el evolucionismo, denunciamos la parcialidad en las noticias y, sobre todo, el aborto.

Su poder como punto de movilización antiintelectual es una de las cosas que hace que la cruzada antiabortista sea crucial para el conservadurismo contemporáneo. Los defensores más puristas del libre mercado se exasperan con frecuencia ante el masivo abrazo republicano a la defensa del derecho a la vida y ven en la cruzada para prohibir el aborto una clara violación de los principios de privacidad y Estado limitado. Desde su punto de vista, no hay nada más privado que las elecciones individuales que conciernen a nuestros propios cuerpos.

Pero para intentar comprender el movimiento pro-vida es importante tener en cuenta que, aparte de los demás efectos que ha tenido la decisión en el caso *Roe contra Wade*, simbolizó un monumento al poder de las profesiones liberales. De hecho, según la socióloga Kristin Luker, se puede entender prácticamente toda la historia de la ley del aborto en el contexto del profesionalismo médico. Así como las leyes decimonónicas que lo prohibían fueron aprobadas a petición de los médicos que por entonces empezaban a establecer las bases de su conocimiento científico, la oleada de reformas que

eliminaron la prohibición en los sesenta y setenta reflejaron los cambios de perspectiva dentro de la propia profesión. La ley del aborto siguió estrechamente vinculada al profesionalismo médico hasta el final: la lista de grupos que le entregaron al Tribunal Supremo informes periciales a favor del derecho a abortar en 1973 parecía un verdadero quién es quién de la jerarquía médica del país. Además, Harry Blackmun, el juez que redactó el fallo de *Roe*, había desempeñado su carrera como abogado de la Mayo Clinic, y según dos periodistas que estudiaron el caso, lo que tuvo más en cuenta Blackmun fueron los “derechos del médico” para tratar a su paciente “de acuerdo con su mejor criterio profesional” y no con los derechos de la mujer embarazada⁶.

Roe contra Wade demostró con creces el poder que tenía la profesión de la justicia para pasar por encima de cualquiera, desde la Iglesia hasta la asamblea estatal. La resolución sustituyó a las leyes que había antes sobre el aborto en casi todos los estados⁷. Anuló unilateralmente el incipiente debate sobre el aborto, resolviendo el tema por decreto y desde arriba. Y cimentó para siempre un estereotipo de progresismo como la doctrina de un minúsculo círculo de expertos, una perversa conjura de médicos y abogados, burócratas y especialistas, que introducían sus “reformas” por orden judicial en lugar de por consenso democrático. Cuando en 2003 Antonin Scalia acusó a sus colegas del Tribunal Supremo de derogar las leyes de sodomía más por deferencia a “la cultura antihomofóbica de la abogacía” que por respeto a alguna disposición del derecho constitucional, estaba recurriendo a este estereotipo. El mismo al que apeló Ann Coulter cuando trazó una línea divisoria entre los jueces y los medios de comunicación, afirmando, sólo medio en broma, que los progresistas estaban interpretando la constitución de cualquier manera “para reflejar mejor el argumento del episodio de *Ally McBeal* de esta semana”⁸. Y el mismo al que invocaron los conservadores cuando en el verano de 2003 se extendió el rumor de que ciertos jueces del Tribunal Supremo estaban saltándose a la torera la Constitución y fijándose en las tradiciones legales de otros países más sofisticados a la hora de imponer las leyes en las comunidades del interior como Kansas y Missouri.

Lo que hacía que las imposiciones gubernamentales, médicas y judiciales de *Roe contra Wade* parecieran aún más monstruosas era que los progresistas estaban metiendo sus narices en la propia definición de la vida humana. Con la jurisdicción sobre un asunto filosófico fundamental en manos de médicos y abogados, a los antiabortistas les resultó fácil convencerse de que una degradación todavía mayor acechaba a la vuelta de la esquina. Las publicaciones del movimiento están plagadas de historias escabrosas sobre la enloquecida profesión médica, médicos que dan el visto bueno al infanticidio y la eutanasia, abortistas traficando con fetos y científicos desquiciados fabricando embriones de los que luego se podrían obtener células madre. Incluso nos dirán que los programas eugenésicos nazis estaban aprobados por la comunidad médica alemana, el modelo de la rectitud profesional europea. “Que cese la destrucción sólo depende de lo que una pequeña élite científica y un público normalmente apático defiendan y toleren”, escribieron el médico Everett Koop y el teólogo Francis Schaeffer en 1983. “Ya se ha perdido cualquier esperanza de un criterio integral para los derechos humanos.”⁹.

Todos los aspectos de la pesadilla del Contragolpe siguen el mismo razonamiento. Los altivos profesionales, que desdeñan a la plebe ignorante, imponen sus ideas expertas (es decir, progresistas) a un mundo al que no le está permitido contestar. Así, leemos acerca de jerarcas de la Iglesia que decretan que Dios ha cambiado de parecer sobre tal o cual pecado y luego hacen uso de su autoridad episcopal para clausurar o excomulgar a congregaciones que no aprueban su decisión; nos encontramos con constantes protestas contra catedráticos difamadores que sólo responden ante sus

iguales y reescriben la historia según convenga a sus preferencias progresistas, metiendo sus ideas con calzador en las mentes de estudiantes influenciables; y oímos una y otra vez hablar de los medios de comunicación, donde en los últimos tiempos trabajan exclusivamente licenciados en escuelas de periodismo, que ignoran las críticas y eliminan los artículos que no reflejan sus opiniones progresistas y universales sobre el mundo¹⁰. Quizá sea cierto lo que escribió George Bernard Shaw: “Todas las profesiones son conspiraciones contra los legos”.

De ser así, es normal que la educación se convierta en un campo de batalla clave en guerras políticas como la de Kansas. En este estado, como en muchos otros, es el tema más optativo del presupuesto, la víctima inevitable de innumerables intentos de reducir los impuestos por parte de los conservadores. Curiosamente, también es lo que define y une a los enemigos de los conservadores.

Para los moderados del condado de Johnson, muchos de ellos miembros acreditados de la clase media profesional, la educación es ampliamente positiva. Puede que pronuncien las acusaciones habituales sobre los expertos entrometidos que uno oye en el mundo empresarial, pero la educación también es la base de su propio estatus, el origen de todos los títulos de abogados, médicos, doctores en filosofía y licenciados en administración de empresas que les convierten en una élite en primer lugar. La educación es una de las cosas que les distingue del común de los mortales: les da conocimiento especializado y credibilidad, determina su mérito individual y les conecta al mundo de la élite nacional.

Los moderados respetan la educación pública y la apoyan prácticamente sin reservas. Los colegios públicos que han construido en el condado de Johnson son de primera calidad y suelen estar entre los mejores del país. De hecho, su excelencia es una de las razones de ser básicas del condado. Los colegios sostienen el valor de las viviendas. Animán a las familias y empresas a trasladarse a Overland Park en lugar de a Kansas City (Missouri). Dan sentido a la vida en las zonas residenciales. Para los moderados es fundamental que los colegios públicos estén provistos de todo lo que necesiten.

La admisión en una universidad exclusiva, la meta final de estos excelentes colegios públicos, es objeto de una especie de culto en los acaudalados barrios residenciales del condado de Johnson. Supongo que hasta cierto punto pasa lo mismo en cualquier área selecta de Estados Unidos, pero aquí se exagera la magnificencia de la liga Ivy por la lejanía de Kansas y el temor a su estigma de paletos. Conocí a uno en el instituto que se sabía de memoria la dirección de la secretaría de admisiones en Harvard. Recuerdo exactamente a qué universidad esnob fue cada uno de mis compañeros, cómo aumentaron de inmediato sus sudaderas con el logo de la universidad y toda la parafernalia necesaria para contarle al mundo sobre su hazaña y sobre cómo desarrollaron una irritante e instantánea intimidad con la tradición de la adorada institución en que estudiaban. Entretanto, los padres de los estudiantes, los moderados (entonces conocidos como republicanos a secas), añadían satisfechos otra pegatina en la luna trasera del Buick. Montaban fiestas para celebrar aquel momento glorioso. Ondeaban banderas universitarias.

Ser admitido en la universidad es un éxito que dura eternamente en el mundo moderado y eclipsa a menudo lo que uno hace posteriormente. Es tan importante para ellos que lo primero que hará un moderado nada más conocer a alguien será preguntarle dónde estudió o anunciar que él es un hombre de Harvard pero también tiene títulos de Yale y Oxford.

A los ultraconservadores por lo general este tema les importa un comino. Sus bases –y también algunos de sus líderes, incluido su candidato a gobernador en 2002– normalmente no tienen ningún tipo de título. Para muchos de ellos, la educación superior es parte del problema, ya que se trata de la institución que genera todos estos detestables sabelotodo.

Los de izquierdas suelen explicar el descontento de la clase trabajadora con la educación pública como una reacción natural al patriotismo, la conformidad y el civismo impulsados por lo que ellos llaman el “aparato ideológico del Estado”. El propósito de la educación, según esta postura, es controlar las fronteras entre las clases transformando a la mayoría de los niños en dóciles robots mientras seleccionan a una pequeña parte para los puestos directivos. Los chicos de las familias proletarias intuyen que esto es lo normal y actúan en consecuencia faltando a clase, drogándose y escuchando *The Wall* una y otra vez. Una versión más matizada de esta crítica, el libro de 1995 *Lies My Teacher Told Me* [Las mentiras que me contó mi profesor], señala que los libros de texto de los institutos estadounidenses muestran una “versión Disney de la historia”: heroica, igualitaria, repleta de progreso y prácticamente exenta del conflicto entre clases. El autor llega a la conclusión de que enseñar semejante versión infantil de la realidad sirve sólo para “hacer que la escuela sea irrelevante para los asuntos más importantes del momento”¹¹. Los chavales reconocen las chorraditas en cuanto las ven.

El descontento de los ultraconservadores de Kansas hacia la educación pública no tiene nada que ver con esto. No les importa que los colegios estén diseñados para producir trabajadores precarios en serie. De hecho, Kay O’Connor me dijo que este era un objetivo respetable. Estos conservadores están cabreados porque piensan que las escuelas no son lo *bastante* Disney.

Lo único que sienten los ultraconservadores por las selectas universidades tan veneradas en Mission Hills y Leawood es desprecio. Según la mitología conservadora actual, estas no son tanto una fuente de conocimiento como el paraíso de lo políticamente correcto, los antros de sedición donde los izquierdistas se esfuerzan en denigrar nuestro país y estudiantes a los que se ha lavado el cerebro se manifiestan y gritan sus consignas. La traición de los intelectuales es una planta tan resistente del Contragolpe que hay páginas web dedicadas a quejas incessantes contra los campus, a documentar cualquier declaración antipatriótica hecha por un profesor o cualquier incidente intolerable con el que una minoría susceptible se ha sentido ofendida. Hace un siglo, los alumnos de Harvard se ganaban la enemistad de la clase obrera rompiendo las huelgas como esquiroles por mera diversión. Hoy, la derecha nos dice que los alumnos privilegiados se burlan de los trabajadores ovacionando a la misma escoria que mata a tiros a los hijos del Boston proletario cuando luchan por la libertad en tierras extranjeras.

Mientras tanto, la educación primaria y secundaria es el lugar donde el habitante medio de Kansas suele tropezar con el Estado, y para los conservadores ese encuentro es a menudo frustrante e insultante. La escuela es donde el gran gobierno hace las incursiones más insidiosas en sus vidas privadas, enseñando a sus hijos que la homosexualidad está bien o mostrándoles cómo usar un preservativo. Los conservadores ven sus creencias atacadas por otro diminuto grupo cerrado de profesionales arrogantes –la National Education Association [Asociación Educativa Nacional]– que está fuera del control democrático, y buscan consuelo en los “cheques escolares” –becas con las que el Estado subvenciona a los padres que deseen llevar a sus hijos a centros de elección propia en lugar de los colegios públicos asignados–, la escolarización en casa o los colegios religiosos privados.

Si se les pregunta públicamente a los dirigentes ultraconservadores qué sienten sobre los colegios públicos estatales insistirán en que aman la educación igual que todo hijo de vecino, que están orgullosos de las altas calificaciones del condado de Johnson y de los grandes equipos de baloncesto del estado. No tienen nada en contra de los colegios públicos. ¡Faltaría más! Y que los moderados se atrevan a afirmar lo contrario.

Pero en los textos que hacen circular entre ellos en privado sale a relucir su odio hacia la

educación pública. Cuando un famoso juicio decretó en junio de 2003 la supresión de los Diez Mandamientos de un colegio público de Ohio, el foro de debate conservador de Kansas puso el grito en el cielo. Los colegios públicos eran “nidos de serpientes”, según un antiguo presidente del Partido Republicano del condado, y las autoridades que provocaron la supresión de los Mandamientos eran “jueces progresistas totalitarios”, “cripto-nazis” que deseaban “meter en el ghetto” a los cristianos. Otro participante puso objeciones al propio término *colegios públicos*, llamándolos “colegios del Estado”, que luego cambió por “centros de adoctrinamiento estatal”. Un tercero echó una mano señalando que los “niños cristianos que asisten a colegios públicos son sometidos casi a diario y deliberadamente a la propaganda izquierdista a favor del aborto, el evolucionismo y la homosexualidad de la socialista e izquierdosa Asociación Educativa Nacional”. El consenso al que se llegó al final fue que los conservadores no deberían tener ningún trato con los colegios públicos, aunque uno de los participantes sugirió valientemente que los niños tendrían que ir en plan “guerreros” contra aquel régimen satánico.

Una condena todavía más energética de la educación pública, con todo lujo de detalles escabrosos (pero ficticios), está en el relato que hace Jack Cashill del espeluznante año 2006. La administración de Al Gore sólo lleva en el poder un lustro, pero la educación ya se ha convertido en un ejercicio barroco del horror de lo políticamente correcto. El héroe de Cashill asiste a la ceremonia de graduación de un instituto en la que dos “educadores de la diversidad” vestidos como indígenas estrañalarios se suben al estrado y sermonean con desprecio al público sobre “el pecado original del país”: la esclavitud. Aseguran que los diplomas que están entregando representan “la nueva interpretación de ‘nuestra vergonzosa historia y nuestra responsabilidad heredada. Cada uno de los licenciados se ha sometido a una exigente autocrítica y es ahora más puro’”¹². ¡Eh, profesor, deje a esos chavales en paz!*

De todas las idioteces soberanas a las que Kansas ha asociado con orgullo su buen nombre durante la última década y media, la más memorable fue con mucho la decisión del Departamento de Educación del estado en 1999 de suprimir las referencias a la macroevolución y la edad de la Tierra en los criterios científicos del estado**. Esta maniobra encajó tan bien en la gran obra cultural Paletos frente a la Realidad que los medios de comunicación nacionales no pudieron resistirse. Llegaron en oleadas a Kansas y empezaron inmediatamente a publicar artículos llenos de recriminaciones y lamentos. Los cínicos se burlaban de Kansas en los programas de televisión. Los moralistas amonestaban a Kansas en las páginas de opinión. Los contemplativos veían en Kansas un retrato intemporal de la trágica incapacidad del fundamentalismo para aceptar o entender a nuestro avanzado mundo secular.

Como todo alumno de escuela secundaria sabe, el fundamentalismo ya había tomado esta ruta antes. El país entero se había reído del demócrata antidarwinista de Nebraska William Jennings Bryan hasta la tumba por el “Juicio de Scopes” o “Juicio del Mono” que tuvo lugar en Tennessee en 1925, en el que se juzgó al profesor John Scopes por enseñar la teoría de la evolución. Abrazar el creacionismo bíblico es desde entonces un sinónimo de ignorancia rural. “No es frecuente que un solo estado ponga en ridículo a todo un continente”, escribió George Bernard Shaw después del juicio, “ni que un solo hombre haga que Europa pregunte si América ha sido civilizada alguna vez. Pero Tennessee y el señor Bryan han logrado ambas cosas”.

Pedir la revancha en este campo de batalla era aceptar un legado de insensatez, ignorancia y deshonra. Porque suponiendo que el equipo contrario concediera a los conservadores lo que pedían y permitiera la revancha, concediendo que su doctrina –“creacionismo de la tierra joven”, “Diseño Inteligente” o lo que fuera– se sometiera al escrutinio crítico de la ciencia profesional, los

conservadores no podían esperar otra cosa que una segura y humillante derrota¹³.

Aquella perspectiva no desalentó a los conservadores. Según ellos, la importancia del tema del evolucionismo no obedecía tanto a las posibilidades que ofrecía para cambiar la manera de pensar de los estadounidenses como a la resonancia alegórica del gesto. Y al igual que la polémica del aborto o la yihad contra el gangsta rap, la lucha contra el evolucionismo parecía haber sido diseñada para dividir a Kansas, mantener altos los niveles de agravio y la olla de los conservadores hirviendo, sin ningún interés en cambiar ni una pizca la situación. El combate era puramente simbólico; el Departamento de Educación sólo cambió los criterios de los institutos, las directrices generales para enseñar ciencias. En ningún momento ilegalizó la evolución ni ordenó la enseñanza del creacionismo.

Pero era un combate simbólico de gran trascendencia. Si uno lee lo que escribieron los conservadores sobre el tema pensará que el asalto al evolucionismo es la causa cultural más importante y noble de todas. Según afirma uno de ellos, el evolucionismo no es otra cosa que una siniestra “guerra contra Dios”. Otro señala que es una “religión pagana” que se hace pasar por ciencia y existe para legitimar el materialismo, enseñando “que la vida no tiene sentido, los seres humanos no poseen ningún valor inherente y no existe una fuente absoluta de autoridad moral”.

Si te hace sentir bien, ¡hazlo! Si no te conviene tener un hijo, ¡mátalos! Nos deshacemos de los gatos que nos sobran, ¿por qué no vamos a deshacernos de los niños que nos sobran? Si no te conviene tener una esposa, ¡líbrate de ella!... Ni los votos matrimoniales ni los que los hacen tienen valor alguno.

Y para detalles escabrosos está el texto creacionista que culpa a “la enseñanza evolucionista naturalista en nuestras escuelas” del “consumo de drogas entre los adolescentes, la propagación incontrolada de enfermedades de transmisión sexual, la desesperación y el suicidio de los adolescentes, así como la violencia entre los jóvenes”¹⁴. De ahí que un ataque centrado en el evolucionismo sea lo que vuelva a poner a Dios al mando, dé al traste con las esperanzas del socialismo, el aborto, el divorcio, etcétera y resuelva los problemas adolescentes citados antes. Con esta solución milagrosa lo arreglaremos todo*.

Los ultraconservadores saben, incluso cuando hacen estas afirmaciones, que esta es una solución que nunca se llevará a cabo. Tengo la impresión de que el verdadero objetivo de su táctica contra el evolucionismo no era que los habitantes de Kansas volvieran a Dios sino que ellos fueran reelegidos. Como hemos visto, los conservadores fanfarronean con elocuencia sobre temas culturales pero casi nunca obtienen resultados reales. Buscan el revuelo cultural, que sirve principalmente para que su base sea más sólida. Parece que lo que pretendían al exponerse deliberadamente a la indignación del mundo culto con el tema del evolucionismo, era reforzar y definir la noción peculiar que sus seguidores tienen de las clases sociales. En una palabra, era un ejercicio de antiintelectualismo.

No cabe duda de que los estrategas de la antievolución saben que si dejamos a un lado todas las discusiones científicas que lo rodean (como hará seguro el 99 por ciento de los observadores), el tema se puede transformar fácilmente en una batalla moral entre los impulsos democráticos de la gente corriente y el núcleo más duro de la élite progresista: los intelectuales. Las encuestas muestran que la amplia mayoría de estadounidenses aprueba la enseñanza de “ambas teorías” (evolución y creacionismo), pero los conservadores saben que cualquier intento de llevar tal esquema a la práctica provocaría automáticamente una violenta confrontación con la clase científica. Y he ahí la clave: esta clase científica quizás sea la pandilla de pedagogos más corporativista, menos diplomática y que más alardea de sus credenciales de todo el mundo académico. Si les provoca, harán valer su

autoridad sobre ti. Basta con poner en marcha su engréída maquinaria de aplastar críticas contra algún amable y modesto habitante de Kansas –como hicieron con el viejo Doctor Brinkley en los años treinta– para montar una guerra entre el humilde trabajador temeroso de Dios y la alta élite intelectual; un melodrama populista donde las víctimas no pueden perder.

En la derecha es muy común la interpretación clasista de la controversia sobre el evolucionismo. David Brooks, por ejemplo, entiende la popularidad de esas pequeñas pegatinas con peces con la palabra “Darwin” que la gente pone en sus coches como una presunción de superioridad, una forma de que los sabelotodo elitistas “muestren su superioridad intelectual sobre los cristianos fundamentalistas”¹⁵. Centrándose expresamente en los acontecimientos de Kansas, Jack Cashill atacó en cierta ocasión a la candidata moderada proevolucionista al Departamento de Educación, informando a los lectores del *Weekly Standard* de que era muy popular en Mission Hills, donde consolaba a “los ricos y los asustados”. El conservador que ocupaba el puesto de director del Departamento de Educación de Kansas y lo había liderado en su desafío al evolucionismo, era un héroe para los que vivían en los “barrios más modestos”¹⁶.

Según el libro *Kansas Tornado*, una interpretación de derechas de la polémica en torno al evolucionismo, todo empezó cuando un “ama de casa de Prairie Village”* decidió participar en la formulación de los criterios científicos con que se evalúa el progreso de los estudiantes de los colegios públicos estatales. Sin embargo, se dio cuenta de que el comité encargado de dictaminarlos se estaba inspirando en asociaciones profesionales elitistas como la Academia Nacional de Ciencias. Al comité no le interesaban las opiniones de la gente de a pie, así que nuestra ama de casa sin pretensiones convocó una reunión para los marginados en la casa de un importante creacionista local y fundó el Citizen’s Writing Committee. De este grupo salió buena parte del lenguaje que el Departamento adoptó más adelante, escandalizando al mundo entero.

Pero el ama de casa y su cruzada de ciudadanos sólo aparecen en la historia para añadir dramatismo a nuestra parábola populista. El verdadero sujeto de la propaganda antievolucionista conservadora son los “expertos” al otro lado del campo de batalla y, más concretamente, sus conocimientos especializados. “¿Deberíamos dejarlo en manos de los expertos?”, se preguntan los autores de *Kansas Tornado*. Obviamente no. Los científicos que atestiguaron en las sesiones del Departamento de Educación de Kansas, según afirma el panfleto, eran petulantes y egoístas, y pedían “un tratamiento especial” durante las audiencias como si estuvieran por encima del resto de ciudadanos. Su estrategia en las sesiones no fue democrática; se trataba básicamente de “proferir insultos” e “invocar a la autoridad de la clase científica”. No mostraron “ningún respeto por el comité y despreciaron a cualquiera que se atreviera a contradecirles”. De haberse adoptado la versión de los científicos, los creyentes se habrían convertido en “ciudadanos de segunda categoría” que no deberían ser educados sino más bien adoctrinados¹⁷.

Para los historiadores es una suerte que el fulminante John D. Altevogt estuviera escribiendo su efímera columna para el *Kansas City Star* en el momento en que se tomó la decisión sobre el evolucionismo. En la prosa hiriente de Altevogt podemos vislumbrar la mentalidad populista invertida en su máxima expresión de rabia, permanentemente ofendida contra este o aquel desaire elitista, despotricando contra la “ciencia y periodismo progresistas”, esos cómplices del engaño. Después de que el Departamento se declarara en contra el evolucionismo y todo el país empevara a reírse como era de esperar, Altevogt alzó su voz para condenar “el autoritarismo arrogante que brota de muchos de los que se oponen a los nuevos criterios del Departamento”.

Si no pueden salirse con la suya a través de un organismo elegido democráticamente, se desharán del Departamento y nombrarán otro. O aún mejor, pondrán una querella contra él. Da igual el motivo de la querella, basta con conseguir un juez progresista y voilà: el problema desaparece.

Según Altevogt, la arrogancia de clase era el *verdadero* problema, la causa primera detrás de esta farsa. Los progresistas y evolucionistas creían que habían nacido para gobernar a los demás y no iban a permitir que las cosas fueran de otra manera. Su presunción de conocimiento es sólo un medio para su fin aristocrático. Dos meses después de que la polémica estuviera en primera página, Altevogt tuvo una confrontación con uno de los malvados, un profesor de ciencias que defendía el evolucionismo en uno de los preciados colegios del condado de Johnson, y pasó a informar a los lectores del *Star* de que a pesar de que el maestro fuera incapaz de responder a preguntas científicas ideadas por el propio Altevogt, insistía en creer que “el plan de estudios de su asignatura tenía que ser determinado por su grupo, no por cargos electos”. ¡Qué arrogancia, por Dios! Pero Altevogt tenía algo que decirle a este tiranuelo: “Nuestro país está gobernado por representantes electos, no por grupos de autoproclamados ‘expertos’”¹⁸.

Al eludir las farragosas cuestiones científicas y ceñirse estrictamente a estas historias de esnobs intelectuales que avasallan a la gente corriente, los conservadores podían revisar la lista de supuestas ofensas que el fundamentalismo le había inflingido a la democracia y devolverles una tras otra a sus oponentes. Por ejemplo, los cruzados antievolucionistas insisten en que es la comunidad científica –y no los fundamentalistas– la que está tratando de imponer sus creencias religiosas a todo el mundo; que es la comunidad científica –y no los fundamentalistas– la que se dedica a “censurar las pruebas que les contradicen”; que son los expertos científicos los que son “dogmáticos”, “estrechos de miras”, irracionales y emocionales, incapaces de enfrentarse a la realidad; y que la razón de que nunca se hayan publicado artículos que refuten el evolucionismo en publicaciones profesionales científicas es que dichos medios son parciales¹⁹. (Esta última, por cierto, fue la línea que se usó para defender al Doctor Brinkley de los inquisidores profesionales de la Asociación Médica Americana.) Es más, estos árbitros de la rectitud profesional no aceptaban réplicas. “Hubo un tiempo en que no se podía cuestionar la existencia de Dios”, escribió Gregg Easterbrook en *The New Republic*, sin duda imbuido por el espíritu de Kansas. “Ahora no se puede cuestionar al jefe del departamento de biología”²⁰. En alguna ocasión, los conservadores llegaron a declarar que eran los detestables científicos, con su deseo megalómano de imponer sus ideas inmorales al resto del mundo, los que empezaron la pelea entre el evolucionismo y el creacionismo en Kansas²¹.

Inmediatamente después de haber provocado la reacción inevitable, los conservadores empezaron a gritar “persecución religiosa”, volviendo a adjudicarse el papel de víctimas tras la decisión tomada por el mundo laico de erradicar lo religioso. Así como los paletos estrechos de miras de la película *Heredarás el viento* perseguían al profesor de ciencias del instituto por sus ideas*, los ultraconservadores fueron sumando con cuidado cada crítica que lanzaban los medios de comunicación al Departamento de Educación de Kansas y se imaginaron clavados en la cruz. Piensan que el ridículo sólo lo hacen los partidarios del “naturalismo” al poner de manifiesto su odio irracional hacia la “gente de fe”. De esta forma, los conservadores se convierten en víctimas de la intolerancia, semejantes a cualquiera de las poblaciones habitualmente discriminadas, como la “gente de color”.

Altevogt vio llegar a la Inquisición unas semanas después de la decisión, advirtiendo en el *Kansas City Star* de un “coro de fanáticos anticristianos que mentía y distorsionaba” y que nos haría recordar el mismísimo Holocausto. Luego aseguró que el motivo de que tantos artículos no hubieran

entendido bien la sentencia del Departamento de Educación de Kansas (que no suprimió a Darwin de los libros de texto en contra de lo que se dijo en las primeras noticias) era que “la verdad no habría generado el odio hacia los cristianos conservadores ni el escándalo público que buscaba el sistema de los medios de comunicación progresistas”²². Una expresión aún más extraña de la manía persecutoria conservadora salió a la luz durante la campaña electoral de 2000, cuando muchos de los miembros del Departamento de Educación que habían tomado aquella infame decisión volvieron a presentarse a las elecciones. Es un folleto que muestra a Linda Holloway, miembro del Departamento de Educación de Kansas y residente en Shawnee (condado de Johnson), sonriendo amablemente y rodeada de un halo de epítetos en negrita. Es un folleto para *promocionar* la reelección de Holloway y curiosamente lo hace recordándonos que se le ha llamado “alga de estanque”, “mentecata”, “fanática” y “neandertal”*. Y todo por hacerle frente al “sistema académico progresista” y a su obsesión por “silenciar las voces que desafien su ortodoxia atea”. ¡Qué injusticia!²³.

Detengámonos un momento para evaluar las falsas ilusiones de martirio de los conservadores. Cuando hablan de *persecución* no se refieren a encarcelación, excomunión o privación de derechos, sino a *crítica*, a las noticias que están en desacuerdo con ellos: presentadores de televisión que se escandalizan por Kansas, editoriales que ridiculizan el creacionismo o columnistas de Topeka que emplean el término *wingnut* [ultraderechista]. Esto lo dice la facción dada a insultar a sus oponentes llamándoles “pro-abortos”, “totalitarios” y “Nazis”. La desproporción entre el toma y el daca es realmente asombrosa.

La cara B de la manía persecutoria de los ultraconservadores es un malicioso sentido de lo subversivo. Incluso mientras lloriquean por los insultos de profesores de ciencias de la Universidad de Kansas y se quejan de la decadencia del mundo, los líderes conservadores como Jack Cashill son capaces de apoyar la decisión sobre el evolucionismo porque causa quebraderos de cabeza a los que él llama “los expertos del club de campo”²⁴. Los conservadores también ofrecen material para un dinámico mercado de camisetas que proclaman que los estudiantes que rezan son “Una verdadera amenaza para la sociedad” y otras que exclaman “Subvierte el paradigma dominante” bajo una foto de Charles Darwin.

Ví que esta última se vendía en el segundo simposio anual de “Darwin, Diseño y Democracia”, una reunión en la facultad de Rockhurst en Kansas City. Con una organización similar a la de los congresos académicos, todos los discursos de apertura y las mesas redondas pretendían hacer propaganda y darle bombo a la teoría del Diseño Inteligente. El inevitable Jack Cashill empezó con una denuncia a Hollywood por aceptar una visión del universo sin Dios. Mantuvo el interés proyectando fragmentos de películas inmorales, al parecer influidas por las doctrinas de Darwin, como *Hud* o *Infierno de cobardes*. El siguiente ponente fue un teórico del Diseño Inteligente que habló en un tono monótono sobre la prueba falsa supuestamente empleada por los evolucionistas y los asistentes empezaron a cabecear. Para alivio de todos, el conferenciante por fin dio paso a las Mutaciones, “tres damiselas cristianas” vestidas de rosa que se contoneaban y giraban vertiginosamente como una banda de principios de los sesenta. Empezaron a cantar “Overwhelming evidence” [Abrumadora prueba], una cancioncilla con la melodía de “Ain’t No Mountain High Enough”. Con una cómica imitación de la voz del arrogante *establishment* científico, aquellas mujeres fingían burlarse del público, cantando “la verdad es lo que nosotras decimos” y que, como científicas profesionales, “¡no tenemos que escucharte!”. La gente se había aburrido soberanamente durante el recital previo de los errores de la ciencia, pero este alegre “persecu-miento”* dio en el clavo e hizo que todo el mundo volviera a casa con una sonrisa en los labios²⁵.

Notas al pie

1. Brooks, *Bobos en el Paraíso: Ni Hippies, Ni Yuppies: Un Retrato de la Nueva Clase Triunfadora*. Barcelona, Debolsillo, 2002. Sobre Limbaugh: David Brooks (ed.), *Backward and Upward: The New Conservative Writing*. Nueva York, Vintage, 1996, p. 308.
 2. Whittaker Chambers, *Witness*. Nueva York, Random House, 1952, p. 793. Chambers era ex comunista y retoma varias veces a lo largo del libro esta división sociológica marxista a la inversa. “Los intelectuales de izquierdas de distinto plumaje, desde sus ramas en las grandes ciudades hasta sus nidos académicos (aquí se incluían la mayoría de los intelectuales declarados) planeaban y caían en picado como aves marinas... mientras revoloteaban dando rienda suelta a sus gritos desaforados. Yo había acusado a ‘un caballero con título’ y una ‘conspiración de caballeros’ cerraron filas contra mí. De ahí el tufo de esnobismo que se cernía sobre la facción pro-Hiss” (p. 789-790).
 3. Sobre la historia antiintelectual del evangelismo, véase Richard Hofstader, *Anti-intellectualism in American Life* (Knopf, Nueva York, 1963), capítulos 3 a 5.
 4. Ehrenreich, *Fear of Falling*, p. 139.
- * El diploma médico de Brinkley era de una institución “ecléctica”, una de las filosofías de la medicina, como la osteopatía y la homeopatía, que era independiente de la práctica “regular” de AMA, o “alopatía”. En aquel entonces, Kansas era uno de los pocos estados donde los diplomas médicos “irregulares” todavía se consideraban legalmente al mismo nivel que los diplomas oficiales. Invalidar dichas disciplinas irregulares era, aparte de desenmascarar a los curanderos, uno de los principales objetivos de AMA.
5. Para describir las hazañas de Brinkley me baso en R. Alton Lee (*The Bizarre Careers of John B. Brinkley*, Lexington, University Press of Kentucky, 2002). La cita se encuentra en la p. 115. Véase también *Rascals in Democracy*, de Clugston, y *Kansas in Turmoil: 1930-1936*, de Francis W. Schruben, (Columbia, University of Missouri Press, 1996).
 6. Véanse los capítulos 2 y 4 de *Abortion and the Politics of Motherhood*, de Kristin Luker (Berkely, University of California Press, 1985). Sobre la lista de grupos que entregaron testimonios científicos al juicio, v. Luker, p. 142. Luker argumenta que la reforma del aborto y el caso *Roe contra Wade* alejaron de forma muy efectiva la práctica médica del debate del aborto, consiguiendo que el tema se convirtiese en una lucha política entre distintos distritos electorales no elitistas; pero el movimiento pro-vida, como veremos más adelante, insiste en exagerar el papel de los profesionales médicos en la polémica. Dos periodistas que lo han estudiado son Risen y Thomas, *Wrath of Angels*, p. 34.
 7. Cuatro estados habían legalizado el aborto antes de *Roe contra Wade*, mientras que otros trece, Kansas incluida, habían aprobado la ley recomendada por el American Law Institute y el AMA en la que un grupo de médicos tenía que estar de acuerdo en el procedimiento y sólo entonces podía autorizarlo para proteger la vida o la salud de la mujer, por una deformación del feto o en casos de violación o incesto (Risen y Thomas, *Wrath of Angels*, p. 11 y 14). En el caso de *Roe contra Wade*, estas limitaciones médicas fueron eliminadas en su mayoría; el aborto estaba permitido fuera cual fuese el motivo en las primeras semanas del embarazo. Aun así, desde principios de los noventa, los órganos de gobierno de los estados han aprobado numerosas restricciones no médicas, entre ellas la autorización paterna para hijas menores de edad, períodos de espera y prohibiciones de financiación pública, todas ellas actualmente vigentes en Kansas.
 8. “La opinión actual es producto de un Tribunal Supremo, que es a su vez producto de una cultura de los profesionales del derecho, que se ha alineado al llamado programa homosexual”, escribía Scalia en su famoso discurso contra el caso *Lawrence contra Texas*, “con lo que me refiero al programa promovido por varios activistas homosexuales enfocado a eliminar el oprobio moral que ha sido tradicionalmente asociado a la conducta homosexual. Ya he apuntado antes el hecho de que la Asociación Estadounidense de Escuelas de Derecho (cualquier escuela de derecho que se precie *debe* pertenecer a esta asociación) expulsa a cualquier miembro que se niegue a prohibir el uso de sus oficinas para entrevistas de trabajo a cualquier despacho de abogados, sin importar lo pequeño que sea, que rehúse incorporar como posible socio a una persona abiertamente homosexual”.
- Sobre Coulter: Estos comentarios aparecían en la columna de Coulter del 3 de diciembre de 2003, en teoría como respuesta a la decisión del Tribunal Supremo de Massachusetts de legalizar el matrimonio homosexual. Coulter insiste en que los progresistas han abandonado prácticamente las reglas del derecho, así que ella rechaza de plano la autoridad legal de los tribunales, y llega a decir que el presidente del Tribunal Supremo de Massachusetts tiene “el mismo derecho a proclamar que los matrimonios gays son legales desde su cargo que el que tengo yo para proclamarlo desde mi columna”. Se puede tener acceso a las columnas de Coulter en <http://www.anncoult.com/columns.html>.
9. Everett Koop y Francis Schaeffer, *Whatever Happened to the Human Race?*, edición revisada (Westchester, Illinois: Crossway Books, 1983), p. 42. Este libro es uno de los tratados contra el aborto más influyentes de los años ochenta. Su coautor, Everett Koop, llegó a ser el médico de cabecera del presidente Reagan posteriormente. Entre otras cosas, el libro es una reflexión sobre cuál es el

papel legítimo de la profesión; en opinión de los autores, los médicos se han extralimitado más allá de sus conocimientos en el área de la práctica médica.

10. De hecho, los elementos más convincentes en el estudio del vuelo 800 de la TWA de John Cashill son sus ataques contra la hipocresía de la profesionalidad periodística. Cuando el coautor del libro de Cashill, el investigador independiente James Sanders, descubrió lo que él creyó que era una prueba de que un misil había derribado el avión, fue desmentido por los principales medios y además fue acusado por el Departamento de Justicia de conspiración para robar parte de los restos del avión. A pesar de que los periodistas acostumbran a ser grandes defensores de la primera enmienda, en esta ocasión no apoyaron al acusado. El mensaje es obvio: los que no son parte de los medios de comunicación dominantes no se merecen ni el mínimo de respeto ni cortesía profesional. Otro incidente descrito en el libro resulta aún más escalofriante. En una conferencia de prensa del FBI un hombre descrito como “un tipo desaliñado entre el resto de reporteros” realizó una pregunta crítica, a lo que el agente del FBI a cargo respondió ordenando a sus secuaces que sacaran al hombre de la sala. “Había algo inquietante en esta táctica de matones”, escribió un reportero que se hallaba presente, pero no hubo ninguna protesta al respecto por parte de los compañeros de profesión del tipo. En *First Strike*, de Cashill y Sanders, p. 205, 212, 137, 140, 89.

No sin cierta ironía, el auge del profesionalismo entre los periodistas es también uno de los factores culturales que han hecho posible que la derecha haya borrado el tema económico del mapa. Tal y como el experto en prensa Robert McChesney ha señalado, el énfasis del profesionalismo en la legitimidad y la especialización ha causado que los medios de comunicación dominantes consideren como noticia exclusivamente los asuntos de Estado, de los altos cargos del gobierno y de los contendientes políticos. McChesney declara que esta falta de auténtico análisis periodístico es lo que hizo posible debacles tan costosos como las bancarrotas de Enron y de WorldCom. En McChesney, *The Problem of the Media*, capítulo 2.

11. James W. Loewen. *Lies My Teacher Told Me: Everything Your American History Textbook Got Wrong*. Nueva York, New Press, 1995, p. 25 y 288.

12. Cashill, 2006, p. 84.

* N.T. Letra del tema “Another Brick in the Wall, Part II” de Pink Floyd.

** Al igual que en otros lugares, el Departamento de Educación de Kansas establece “criterios” de lo que supuestamente ha de enseñarse y aprenderse en sus colegios públicos. Dichos criterios no son directrices obligatorias que impongan lo que ha de hacerse en el aula, sino que determinan el contenido de los exámenes de la evaluación, por medio de los que se juzga el progreso hecho por los estudiantes en los distintos niveles. Y ya que los profesores se fijan inevitablemente en lo que sale en los exámenes, poco a poco se va notando la influencia de los criterios.

13. Este es también el caso del Diseño Inteligente; los conservadores de Kansas creen firmemente que esta doctrina es una crítica válida, legítima y académicamente aceptada del evolucionismo. Al margen de la parafernalia religiosa y política que siempre le acompaña, el Diseño Inteligente no se sostiene cuando se enfrenta a la réplica de los investigadores críticos. Véase, por ejemplo, la crítica del paleontólogo Kevin Padian de la antología *Intelligent Design Creationism and Its Critics en Science*, 29 de marzo de 2002.

14. “La Guerra contra Dios”: esta frase está tomada de un panfleto distribuido en el simposio sobre Diseño Inteligente celebrado en Kansas City que se describe a continuación. John D. Morris, “The Dayton Deception”, en *Scopes: Creation on Trial* (Green Forest, Master Books, 1999), p. 31. Las enseñanzas de la “religión pagana” son del folleto *Is Evolution Science?*, fechado a 10 de octubre de 1995 y escrito por Tom Willis, presidente de la Creation Science Association for Mid-America (Asociación del Creacionismo Científico del Medio Oeste de EE.UU.), un grupo de Missouri que jugó un papel decisivo en la redacción de los criterios científicos de Kansas en 1999. Las elipsis son del original. Véase asimismo el infame “documento cuña” discutido en la nota 4 de la introducción. “Más y más comentaristas”: Paul Ackerman y Bob Williams. *Kansas Tornado: The 1999 Science Curriculum Standards Battle* (El Cajón, California, Institute for Creation Research, 1999), p. 6.

* Irónicamente, William Jennings Bryan esperaba conseguir justo lo contrario derrotando al evolucionismo. Según él, esta llevaba indefectiblemente al darwinismo social y al salvaje capitalismo decimonónico. Acabando con ella el mundo sería *menos* capitalista y no más.

15. Brooks, “One Nation, Slightly Divisible”. Parece que Brooks basa sus opiniones en las observaciones que él mismo ha realizado de la gente que lleva el símbolo del pez de Darwin. No obstante, cuando se les preguntaba por qué ponían este símbolo evolucionista en sus coches, dijeron que lo hacían por el motivo contrario. Un profesor de la universidad de Georgia que ha realizado un estudio sobre la gente que pone estos peces en sus coches ha descubierto que muchos de ellos ven al pez como “un medio para defenderse contra el ataque de la religión que sufren los ateos perseguidos”. El reportaje del periódico donde aparecía este estudio no menciona a nadie que use el pez como símbolo de un estatus social superior ni como una forma de menospreciar a la gente de intelecto inferior. Carol Kaesuk Yoon, “Unexpected Evolution of a Fish Out of the Water”, en *The New York Times*, 11 de febrero de 2003.

16. Cashill, “The Natural Selection Election”, *Weekly Standard*, 31 de julio de 2000.

* Pese a su nombre de connotaciones rurales, Prairie Village es una de las zonas más acomodadas del condado de Johnson y casualmente es el lugar donde estaba mi instituto.

17. Ackerman y Williams, *Kansas Tornado*, p. 27, 15, 19 y 23.

18. Columnas de John Altevogt en *Kansas City Star*, 25 de agosto de 1999 y 21 de octubre de 1999.
19. Tres de estas alegaciones aparecen en *Kansas Tornado* (véase p. 6, 7 y 11). “Dogmáticos” y “estrechos de miras” son términos que usó Linda Holloway, la presidenta del Departamento de Educación del estado cuando tomó su decisión histórica. La cuestión del parcialismo de las publicaciones científicas es una queja frecuente del movimiento del Diseño Inteligente, que se ve a sí mismo como una versión académicamente respetable del creacionismo. Véase Jonathan Wells, “Design Theorist Charges Academic Prejudice Is a ‘Catch-23’”, *Research News & Opportunities in Science and Theology*, julio-agosto 2002. Véase también otro artículo relacionado de Wells en *American Spectator*, diciembre 2000-enero 2001.
20. Por lo que parece, Easterbrook piensa que la comunidad científica está intentando suprimir las dudas sobre sí misma porque está siendo desafiada por el Diseño Inteligente. “The New Fundamentalists”, *Wall Street Journal*, 8 de agosto de 2000.
21. El razonamiento es el siguiente: los criterios científicos que el estado estaba considerando antes de que los ultraconservadores se metieran por medio representaron “un intento... de establecer una visión global del naturalismo filosófico como creencia oficial apoyada por el estado, en la enseñanza de las ciencias en Kansas”. Los padres de Kansas respondieron con un ‘no’ rotundo a esta imposición intolerable (Akerman y Williams, *Kansas Tornado*, p. 21 y 44). Otros argumentan que los progresistas son generalmente los responsables. John Altevogt, por ejemplo, dijo en un foro público donde se discutía sobre el comportamiento del Departamento de Educación: “Este ha sido uno de los mayores escándalos que la izquierda ha intentado organizar” (*Kansas City Star*, 16 de septiembre de 1999).
- Aunque esta era la postura de muchos de los conservadores de Kansas, la idea de que todo el follón del evolucionismo había sido puesto en marcha por unos científicos engreídos se contradice con el hecho de que fueron los mismos ultraconservadores los que declararon su apoyo a los que presentasen “los hechos científicos que apoyan el creacionismo al mismo nivel de los que apoyan el evolucionismo” en un programa republicano de 1996. Se reafirmaron en su postura en el programa de 1998. La decisión del Departamento no se tomó hasta agosto de 1999.
- * Los textos antievolucionistas contemporáneos vuelven una y otra vez sobre la película de 1960 *Heredarás el viento* (una dramatización del “juicio del mono” protagonizada por Spencer Tracy) y la necesidad de invertir el paradigma que supuestamente estableció dicho filme.
22. Véanse las columnas de Altevogt en el *Kansas City Star*, 25 de agosto de 1999 y 8 de septiembre del mismo año.
- * Por su parte, los moderados reincidían justo en lo contrario. Para ellos la denuncia del mundo exterior había convocado al fantasma espantoso de la “vergüenza” –lo que Jack Cashill llama “la gran V”– y exhortaban a los votantes a expulsar a los conservadores de cualquier puesto que ostentaran debido a su preocupación por el estatus. ¡Que no piensen que Kansas es un estado paleto! Tan grande fue la crisis del estatus que este tema pasó de las elecciones al Departamento de Educación a todo tipo de enfrentamientos. Un republicano moderado del condado de Johnson que se presentaba al Congreso llegó a emitir por la radio anuncios que citaban editoriales de la Costa Este que se burlaban de Kansas y levantó una valla publicitaria en la que se leía simplemente “¿Avergonzados?”. Cashill, “The State of Embarrassment”, *Ingram's*, julio de 2000. Cashill, “The Natural Selection Election”.
23. Holloway perdió. El folleto que describió iba acompañado de una carta que señalaba que “ha habido un enorme despliegue de intransigencia e intolerancia por parte de aquellos que se las dan de ‘Moderados’. ¿Por qué la Vaca Sagrada de la Evolución está protegida tan celosamente por el sistema político y educativo progresistas? En honor a la verdad, la Evolución tiene mucho más que ver con la corrección política de la Revolución, el Socialismo, y los gobiernos Mundiales que con la Ciencia”. Tal cual. Tanto la carta como el folleto provienen de los archivos de la Mainstream Coalition.
24. Irónicamente, Cashill hizo esta observación ante un público compuesto por ejecutivos en *Ingram's*, la revista empresarial de Kansas City, en julio de 2000.
- # N.T. Juego de palabras entre “persecución” y “entretenimiento”.
25. La letra entera de “Overwhelming Evidence”, así como la descripción de las Mutaciones como “tres damiselas cristianas”, están disponibles en la página web de Phillip Johnson, uno de los líderes del movimiento del Diseño Inteligente: http://www.arn.org/docs/pjweekly/pj_weekly_010701.htm.

CAPÍTULO 11

ANTIPAPAS ENTRE NOSOTROS

La tendencia de Kansas al martirio tiene explicaciones sociológicas lógicas, como los antecedentes puritanos de los primeros pobladores y las tradiciones pentecostalistas de los que llegaron en los años cuarenta y cincuenta, pero yo personalmente prefiero la idea más romántica de que lo extremo de la propia tierra justifica su cosecha abundante de tipos martirizados. La mayor parte del estado está desierto, es un paisaje monótono capaz de convencer rápidamente a cualquiera de su insignificancia cósmica. Por eso a menudo se le compara con la Tierra Santa, donde un paisaje vacío similar generó una corriente interminable de profetas que invadía las ciudades para predicar “la futilidad terrenal”, como T. E. Lawrence resumió una vez el credo del desierto: “desnudez, renuncia, pobreza”¹.

Cualquier persona que viva aquí durante un tiempo se acostumbra al hecho de que el estado es un imán para la gente increíblemente devota y toda clase de santones cristianos, desde los herméticos hasta los proféticos pasando por los teocráticos. No por casualidad, Sinclair Lewis se convenció allá por los años veinte de que Kansas City era el lugar idóneo donde observar el arte de los predicadores en vivo y en directo. ¡Y qué bien se lo habría pasado aquí ahora! Los fanáticos han salido en tropel de sus iglesias y se han metido en política, buscando una trascendencia en la tierra que hasta el momento sólo habían encontrado en el reino del espíritu.

Política o no, Kansas siempre ha sido una innovadora religiosa de primer orden. Kansas es a los temas espirituales lo que Silicon Valley a las empresas tecnológicas o Seattle a los grupos de rock alternativo. Topeka fue el hogar del pastor protestante que, pese a estar a favor del evolucionismo y ser algo izquierdista en asuntos sociales, acuñó la frase que más tarde se convertiría en el lema de los vanidosos fundamentalistas de todo el país: “¿Qué habría hecho Jesús?”. Kansas City es la sede de la Church of the Nazarene, el Unity movement y la Reorganized Church of Latter Day Saints. Tenemos nuestra propia división cismática de Nation of Islam* y un grupo de testigos del movimiento carismático conocido bajo los nombres The Kansas City Prophets [Los Profetas de Kansas City], The Friends of the Bridegroom [Los Amigos del Novio] y Joel’s Army [Ejército de Joel]. Muchos mormones creen que uno de los suburbios ruinosos de Missouri en Kansas City fue originalmente el jardín del Edén y el lugar donde irá Cristo cuando regrese a la Tierra. Uno de los barrios residenciales más selectos de Kansas es la sede de una poderosa emisora de radio en la que se puede escuchar a los líderes del movimiento pro-vida discutir sobre su próxima maniobra contra la “industria del aborto” y a la gente de a pie condenar a los políticos progresistas por renunciar al calendario para el Rapto del Señor* tratando de que Israel haga las paces con los países árabes. (En Topeka, mientras tanto, un grupo planea acelerar el final de los tiempos buscando petróleo en un punto profético de Israel, precipitando así la guerra contra los árabes y causando el Apocalipsis.) La ciudad suburbana de Olathe, en el condado de Johnson, alberga tal cantidad de fundamentalistas, niños educados en casa y comerciantes de productos divinos que sus habitantes la llaman “la ciudad sagrada”.

Normalmente, esta gran olla rebosante de santidad tiene un inconfundible sabor protestante, tanto en el sentido literal como en el más amplio de la palabra. Es un cristianismo revolucionario, que protesta contra las altivas clases dirigentes y la ortodoxia disecada. Conecta con la parafernalia de rebelión de la cultura juvenil “alternativa” con la misma naturalidad que el mundo publicitario.

“Equipados para el culto extravagante, los estilos de vida radicales y el mandato de Cristo”, bramaba el anuncio de una iniciativa llamada Xtremely Xian de los Kansas City Prophets en 2003. Una tienda de artículos cristianos que visité contaba con un impresionante surtido de ropa para los fundamentalistas que estuvieran en la onda, como camisetas que imitan el logotipo de productos y películas de moda: Adidas, *Matrix*, *S.W.A.T.*, Abercrombie & Fitch, e incluso las Supernenas (esta última con las palabras “Chica de Jesús”).

Otras opciones religiosas expresan su insatisfacción con el mundo moderno y progresista aferrándose a la tradición con más fuerza que nunca. Cabe destacar entre ellos la Sociedad de San Pío X, la agrupación católica “tradicionalista” fundada por el arzobispo francés excomulgado Marcel Lefebvre, quien rechaza las reformas instituidas por el Concilio Vaticano II en los años sesenta. Además de su sede nacional en Kansas City, esta sociedad dirige una escuela universitaria y una academia en St. Marys (Kansas), lo que ha hecho de esta diminuta ciudad al noroeste de Topeka un faro para los católicos alienados de todo el país.

A la Sociedad de San Pío X y el resto de asociaciones tradicionalistas no les interesa expresarse con un lenguaje propio ni bailar al ritmo de la calle, sino justo lo contrario: hablar latín, suprimir totalmente el baile, dejar los pantalones para los hombres, celebrar misa exactamente igual que antes del Concilio Vaticano II y cumplir al pie de la letra las enseñanzas centenarias de teólogos escolásticos.

Naturalmente, hay coincidencias considerables entre el tradicionalismo católico y la derecha del Contragolpe. Ambos movimientos nacen como respuesta a los movimientos liberadores de los sesenta y en lugares como St. Marys, la Sociedad de San Pío X convive con miembros de milicias como los grupos antisemitas Posse Comitatus². Si fueran lo suficientemente atrevidos para enfrentarse a la poderosa Iglesia católica, los conservadores de Estados Unidos podrían convertir el Concilio Vaticano II en el ejemplo fundamental de cómo la élite progresista impulsa la revolución desde arriba: una parábola prefabricada en la que la gente corriente es traicionada por una jerarquía cultivada más interesada en la ONU, la música folk y el amor libre que en cumplir las obligaciones decretadas por Dios.

Desde hace unas décadas, el clero estadounidense ha sido relativamente progresista, tanto teológica como socialmente. Una generación de sacerdotes –la última cohorte importante– alcanzó la mayoría de edad en la era del Concilio Vaticano II y aceptó con entusiasmo sus valores de progreso, reforma y sensibilidad hacia el cambio de los tiempos. No obstante, la generación de sacerdotes de los sesenta, al igual que sus análogos en la sociedad secular, ha sido objeto de amargas recriminaciones en la época del Contragolpe. En los escándalos de pedofilia de los últimos años, podía oírse a los católicos conservadores echarle la culpa a la atmósfera de progresismo que inspiró el Concilio. Ha surgido un nuevo movimiento para la tradición litúrgica, liderado en gran parte por los seglares, que pide el orden y la estabilidad en lugar del cambio de dirección que le atribuyen al Concilio.

Este anhelo por la continuidad, la unidad y la ortodoxia, conduce irónicamente a interminables discusiones por nimiedades y cismas. La Sociedad de San Pío X (SSPX), por su parte, declara hereje al Concilio y denuncia la misa vernácula, pero permanece nominalmente fiel al Papa (el Vaticano los considera cismáticos). Esto choca a su vez con otros grupos tradicionalistas por no ser lo suficientemente tradicionales; el razonamiento es que hay que decantarse o por la organización del Vaticano II (sea lo que sea) o por la verdadera Iglesia católica, y se han separado de la Sociedad de San Pío X formando facciones como Mount Saint Michael’s Community o la Sociedad de San Pío V (¡SSPV!). Al final de esta progresión sectaria encontramos el sedevacantismo, la idea de que, por

culpa de las múltiples herejías de la Iglesia desde los años sesenta, no hay nadie que ocupe el trono papal³.

Por la forma en que David Bawden pronuncia la palabra con su marcado acento de Oklahoma, parece que esté diciendo “Sadie-vaKONTist”*. Según tengo entendido, es el modo adecuado de hacerlo. Bawden es un experto, después de todo, el sedevacantista de los sedevacantistas. Pasó años estudiando a fondo las opciones de un católico verdadero y rechazándolas una a una. Finalmente sintió que tenía que dar el último paso. Convocó unas elecciones papales y se designó a sí mismo Papa: el papa Michael I. El papa Michael de Kansas.

El papa Michael me contó toda la historia una fría mañana de enero en el destortalado rancho de su familia a más de 30 kilómetros de St. Marys. Me recibió en medio de las estanterías combadas y los iconos de la sala de estar, con una vestimenta blanca hecha a mano, con el dobladillo sucio, que llevaba puesta sobre un pantalón de chándal gris y zapatillas de andar por casa. Fue ahí donde Bawden, acompañado por su madre, me explicó su distanciamiento progresivo de la Iglesia Vaticana II y lo que le llevó a reclamar el trono papal.

Voy a detenerme un momento para rebatir la sospecha lógica del lector de que este hombre está completamente loco. A mí no me lo pareció en absoluto. Tenía un curioso acento rural, una manera de reírse que me recordaba a la del típico actor de comedia que hace de idiota y vivía en un sitio que no tenía nada que ver con la residencia papal de Castel Gandolfo –de hecho, apestaba a salchichas la mañana que le visité–, pero era muy inteligente e indudablemente es un tipo serio. Daba la sensación de haber estado toda la vida estudiando derecho canónico y teoría católica de la vieja escuela –la lógica escolástica legalista de los principales teóricos de la Iglesia hasta el Concilio Vaticano II– y había logrado entender cada perspectiva de la situación, así que podía explicar por qué este asunto o aquel no tenían fundamento y por qué se descalificaba una u otra crítica.

La familia Bawden llegó a St Marys con la intención de unirse a la Sociedad de San Pío X allá por 1980. David estudió por un tiempo en el seminario de Lefebvre en Ecône (Suiza), pero no duró mucho y su familia acabó rompiendo con la Sociedad, denunciándola a un reportero del *Kansas City Star*⁴. Sin embargo, nada de esto disuadió a Bawden de buscar el verdadero catolicismo. Siguió estudiando en su biblioteca de libros religiosos hasta que en algún momento a mediados de los noventa “se dio cuenta de que Juan Pablo II no era Papa”. Fue una epifanía. Antes de aquel descubrimiento, a Bawden sólo le disgustaban las prácticas de la Iglesia moderna, pero en ese instante entendió que el Sumo Pontífice tampoco era legítimo, a causa de sus múltiples herejías y a las incontables herejías de sus predecesores Juan XXIII y Pablo VI. “¿Cómo puede ser un hombre cabeza de la Iglesia de la que ni siquiera es miembro?”, se pregunta el papa Michael. “Porque los herejes se van de la Iglesia” (y la herejía es sólo el principio: según la web del papa Michael, Pablo VI era el anticristo).

Y la Sociedad de San Pío X no es mucho mejor. “El problema de Lefebvre”, señala el papa Michael, es que “acepta a Juan Pablo II como Papa, o lo hizo al morir, y su organización lo sigue aceptando. Está bien, si aceptáis a un antipapa hereje como vuestro Papa, entonces sois miembros de su Iglesia, no de la Iglesia católica”. Y va más allá. No es que Lefebvre fuera poco rebelde, sino que no era rebelde en absoluto. Su propia sublevación fue una farsa diseñada en última instancia para reforzar a la corrupta Iglesia Vaticana II. “Sabían que cuando introdujeran la misa vernácula habría gente que se saldría”, conjetura el papa Michael. “Y ahí estaba Lefebvre esperándoles”.

A finales de los ochenta, Bawden decidió plasmar sus ideas acerca de estos temas, así que escribió junto con un colega un tratado de casi 500 páginas titulado *Will the Catholic Church Survive the Twentieth Century?* Un trabajo de lógica medieval publicado en Kansas en 1990 que

amonesta a los católicos de todo el mundo por desconocer las enrevesadas cláusulas de la ley de la Iglesia. La Iglesia del Vaticano II es, sin lugar a dudas, la peor del grupo; está sumida en “La Gran Apostasía”. Los tradicionalistas como la Sociedad de San Pío X son un poco mejor vistos, pero sólo un poco. Ellos también tropiezan con el desconocimiento de la tradición y repiten tal o cual herejía olvidada ignorando aparentemente la proclamación expresada con claridad por el papa Fulano en su infalible bula papal del año tal y cual. Dondequiera que uno mire, las almas corren peligro de ser condenadas debido a la erudición poco rigurosa del clero.

En la Edad Media, este razonamiento tenía el poder de aterrorizar a la gente. Los poderosos papas lo empleaban para intimidar a reinos enteros: los gobernantes terrenales estaban poniendo en peligro su alma –la suya y las de todos sus súbditos– al no prestar atención a los detalles de esta o aquella ley en latín. El papa Michael se limita a mostrarnos cómo es esta especie de debate cuando está en manos de un experto autónomo. Nadie es lo bastante puro; todo el mundo acaba descalificándose tarde o temprano. Bawden aplica este método a todo el mundo. ¿Que un sacerdote, después de tantos años de formación en el seminario, está en desacuerdo con el papa Michael? Bueno, dado que es un sacerdote, acepta las doctrinas del Concilio Vaticano II, por lo tanto es un hereje, por lo tanto está equivocado, por lo tanto no es una autoridad después de todo.

Por extraño que parezca, es un estilo de argumentación que sólo le he visto utilizar a la extrema izquierda cuando se hacen sus grandes purgas de partido o se guardan rencor eternamente por esta o aquella herejía o equivocación. Pero la argumentación de papa Michael proviene del extremo político opuesto.

Esto es algo que se aprecia claramente cuando atribuye cada vez más elementos a teorías conspirativas. Se le expulsó del seminario de Lefebvre, según cuenta, no porque cometiera algún error, sino porque “conocía la fe demasiado bien. Los que se quedaron eran los que no la conocían”. Los oscuros propósitos del seminario se pusieron al descubierto al verse su preferencia por los estudiantes sin carácter. Luego, sin venir a cuento, la madre de Michael declara no estar satisfecha con la John Birch Society, la organización fanática anticomunista de los sesenta. Lo único que hacen, asegura, es “reunirse, comer y encerrarse”. El papa Michael mete baza: “No *hacen* nada”.

Poco después, su santidad de Kansas aborda el tema de los masones y sus actividades infames. Hago una vaga observación acerca de la cantidad de presidentes masones que ha habido en Estados Unidos y los Bawden arremeten. “¿Cree usted en la teoría de la conspiración?”

“¿Cuál de ellas? Pregunto inocentemente.

“La de la historia.”

“Las cosas no ocurren por casualidad”, añade la madre del Papa. “Quiero decir que alguien está tratando de hacerse con el mando del mundo, ¡y vaya si lo están haciendo bien! Y trabajan con Satán.” Sale a relucir el Consejo de Relaciones Internacionales, así como otros sospechosos habituales: el Club Bilderberg, la Comisión Trilateral⁵. El Papa aplica esta idea a la historia reciente de la Iglesia católica y concluye que “son básicamente los comunistas y los masones los que están dirigiendo la Iglesia del Vaticano II”.

Como documentos en que fundar su acusación, muestran un himno de 1959 que incluye un verso (una traducción incorrecta del latín, insisten) que *más adelante fue incorporado a la nueva misa* por el Concilio Vaticano II. También conocen a alguien al que un jesuita le dijo *en los años cincuenta* que las misas serían en inglés algún día. Algunas personas –la élite progresista– estaban al corriente mientras que el resto se limitaba a acatar órdenes en silencio.

En 1990, una vez que había averiguado todo esto, David Bawden mandó invitaciones de elecciones papales a los sedevacantistas del mundo entero. Aparecieron cinco de ellos: sus padres, su coautor y dos amigos de la familia. Se reunieron en la tienda de segunda mano del padre de David –tanto David como su madre adoraban las tiendas de segunda mano y la venta de objetos usados en garajes–, se pusieron manos a la obra y nombraron a David Papa. Su madre saca el álbum familiar y me enseña los artículos periodísticos sobre el evento: el *St. Marys Star* cubrió la noticia, así como el *Topeka Capital-Journal*. Hasta hay una página de un calendario de 1990, uno de esos calendarios ilustrados con fotos de perritos saludables –lo típico que regalan en el veterinario– con las palabras *Papa electo* en cursiva en el recuadro del 16 de julio.

Que nadie se ría. Hay algo en esta conjunción de grandiosidad espiritual y entorno humilde que es la quintaesencia estadounidense. Es decir la de Kansas. Desde hace más de un siglo, la gente de esta tierra baldía ha estado pidiéndole al mundo que volviera al camino de la rectitud abnegada y ha creído siempre estar más cerca de Dios en virtud de su distanciamiento de la civilización. Y he aquí al papa Michael, increpando al mundo desde su apartado rancho y resolviendo él solo el gran problema que parece irritar a tanta gente de aquí: la perdición del mundo desde los años sesenta. Y al abordar este tema obsesivo no recurre a la educación laica, la historia académica, la sociología ni la economía política. La mentalidad de Kansas mantiene que éstas son inadmisibles, que se han puesto tristemente en peligro por su progresismo o su implicación en la conspiración. Por eso, las respuestas deben buscarse exclusivamente en los textos fundacionales de la Iglesia, al igual que otra gente las busca en la Constitución o en la Biblia. Y así es como hasta los más brillantes van a parar otra vez –tanto si buscan certezas o santidad como si buscan una explicación de lo que le ha ocurrido a su mundo– a las teorías más burdas sobre la teoría de la conspiración progresista.

De forma que el insolente papa Michael se mantiene fuera de la gran organización izquierdista y la denuncia por los crímenes más atroces. Pero no se identifica con el hombre corriente o el oprimido más de lo que los dirigentes republicanos conservadores del estado se preocupan por el destino de los granjeros y de las pequeñas ciudades. Al contrario, la postura que adopta es la de las tradiciones más autoritarias de la propia Iglesia, sus papas medievales, sus sacerdotes españoles del siglo XIX. Es lo que él cree que se ha dejado atrás injustamente y que necesita ser defendido. Se alinea con los peces gordos. Sin duda, aunque camine por los pasillos de una tienda de segunda mano local, sueña con ser el más importante de todos ellos.

Notas al pie

1. T. E. Lawrence, *Los Siete Pilares de La Sabiduría*. Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2006. [N.T.: la traducción de las citas para este libro se ha realizado directamente del inglés en lugar de utilizar esta edición en español.]
* N.T. Organización religiosa y cultural para población negra fundada en 1913 que aboga por el separatismo, la independencia económica, el estudio de la historia negra y un islamismo no ortodoxo.
- * N.T. Ver N.T. en capítulo 2.
2. Artículos recientes sobre la comunidad Sociedad de San Pío X en St. Marys, Kansas, mencionan a menudo las concentraciones de otros grupos de derechas en la zona. Véase, por ejemplo, Dennis Farney, “Paranoia Becomes an Article of Faith in a Kansas Town”, *Wall Street Journal*, 17 de agosto de 1995.
3. Sigo aquí el planteamiento del sociólogo Michael W. Cuneo, autor de un libro tan perspicaz como entretenido, *The Smoke of Satan: Conservative and Traditional Dissent in the Contemporary American Catholicism*. Baltimore, John Hopkins University Press, capítulo 4.
* N.T. Frank interpreta la pronunciación como un juego de palabras con el término *Con*, “ultraconservador”.
4. El *Star* publicó una serie de artículos de portada sobre los extraños sucesos de St. Marys en abril de 1982. En los reportajes, los Bawden, junto con otras familias que habían sido atraídas hasta la zona, describieron sus diferencias con la jerarquía de la SSPX. Entre otras cosas, el reverendo Hector Bolduc, entonces a cargo del campus de St. Marys, expulsó a los Bawden de las tierras y les dijo que no podrían recibir los sacramentos de ningún otro sacerdote que no fuera él. Cuando los Bawden organizaron una reunión de seguidores contrariados de la SSPX, los acosaron mediante llamadas telefónicas a medianoche y cartas anónimas ofensivas. David Bawden, más tarde conocido como papa Michael, dijo: “Conozco desde hace mucho al padre Bolduc, y si yo hubiera hecho la mitad de cosas que él ha hecho, iría derecho al infierno”. Eric Palmer, “Traditional Catholics Seek Their Eden in Kansas”, *Kansas City Star*, 19 de abril de 1982.
5. En su libro de 1990, Bawden parece dar crédito a ese engaño infame, los *Protocolos de los Sabios de Sión*, comparando citas del texto con declaraciones de los líderes de la Iglesia Vaticana II, subyugados supuestamente por la gran conspiración. T. Stanfill y David Bawen, *Will the Catholic Church Survive the Twentieth Century?* (Belvue, Kans, Christ the King Library [1990]) p. 122-123.



08 A.

CAPÍTULO 12

EL CIRCO DE LA INDIGNACIÓN

Si giramos el dial espiritual un poco más nos encontramos con que la religiosidad de los crédulos habitantes de Kansas roza la demencia pura y dura. Kansas es famosa, además de por sus apasionados salvadores de almas, por esos estafadores espirituales que han descubierto los gratos resultados terrenales que se pueden lograr posando como confidentes íntimos del Todopoderoso. En esta categoría se incluye el típico personaje de Kansas, Elmer Gantry*, así como todo el atajo de hipócritas de base con los que estamos muy familiarizados los Frank gracias a la bondad de mi progenitor. Mi padre es un empedernido benefactor de gente que se autodenomina cristiana y atraviesa una mala racha económica, dándoles trabajo para hacer alguna chapuza en casa. Siempre le acaban decepcionando, ya sea estropeando el trabajo de manera espectacular, timándole de forma descarada, marchándose sin motivo aparente, firmando cheques sin fondos o robando su cortadora de césped. Pero antes de salir por la puerta, todos ellos, sea cual sea la razón por la que se les ha contratado y de forma independiente del resto de ellos, han creído conveniente pasar el rato combinando los rezos a Jesús con amargas quejas a cualquiera que les escuche (normalmente yo) sobre la incorregible depravación progresista del resto del mundo.

Quizá no se trate más que de otro aspecto de la condición del americano medio. En 1940, el escritor W. G. Clugston insistía en que la susceptibilidad a los predicadores fanáticos siempre ha formado parte de la peculiar forma de idealismo de Kansas. Pero la importancia de este comportamiento está en el terreno político. En este campo los charlatanes no son los típicos pintores itinerantes sin más; son la clase gobernante del estado. En lugar de abordar los problemas económicos como cuestiones materiales, escribía Clugston, el estado insistía en elegir a toda una serie de sinvergüenzas beatos, “líderes que les fallaban en todo excepto en la imagen de fe y buenas intenciones”. La camarilla de gobernantes del estado siempre estaba inventando nuevas cruzadas contra el pecado –el mejor ejemplo es la Ley Seca– porque “si no lograban encontrar un nuevo cebo emocional con el que mantener la atención de la gente centrada en la batalla con el Malvado, la única forma que tenían de mantenerse en el poder era ofrecer ventajas materiales al pueblo”¹. Y ni locos iban a hacer esto último. ¿Qué iban a decir los directivos de ConAgra?

A mi entender, los ultraconservadores de Kansas se pueden dividir en dos grandes grupos. A un lado están los verdaderos creyentes, la gente corriente que se ha pasado a la derecha por lo que consideran la tiranía de los abogados picapleitos, los apátridas de Harvard, los políticos profesionales de Washington o la expulsión de Dios del espacio público. Este tipo de conservadores se echará bajo los ruedas del coche de un médico abortista; se pasará la vida llamando de puerta en puerta para luchar por sus causas; agitará, adoctrinará y organizará con una convicción que cualquiera que crea en la democracia debe admirar.

Al otro lado están los oportunistas: políticos profesionales, abogados y antiguos estudiantes de Harvard que han descubierto en la gran marea de la derecha un fácil atajo para materializar sus ambiciones. Muchos de ellos aspiraban a entrar –en algunos casos llegaron a hacerlo temporalmente– en el club de los republicanos moderados. Pero vieron que de esta forma el ascenso les llevaría años, quizás toda una vida, mientras que soltando unas cuantas fórmulas fáciles de memorizar con la palabra ‘Dios’ y cambiando su postura respecto al aborto –como fue el caso de Brownback² y otros líderes ultraconservadores–, podían hacerse con el apoyo de un *movimiento* de manera instantánea,

con todos sus peones dedicados en cuerpo alma a la campaña, sin necesidad de pagarlos, y con una red nacional de analistas, expertos y locutores dispuestos a darles voz.

Los astutos jóvenes republicanos de Kansas saben hacia dónde sopla el viento. Son conscientes de que la vieja máquina de los moderados está vieja y cansada y no sintoniza con la tendencia nacional derechista. Los moderados como Bob Dole y Nancy Kassebaum son cosa del pasado, pero Brownback, Tiahrt y compañía prometen quedarse con nosotros durante muchas décadas. Los hábiles abogados jóvenes del Estado se han hecho todos ultraconservadores, al igual que los graduados de Harvard y los catedráticos de Rhodes.

Conocí a uno de estos jóvenes prometedores en una recepción que se le dedicó a Sam Brownback en 2003. Mientras los granjeros curtidos por el viento, vestidos con corbatas baratas, se acercaban a saludar a su héroe, este poderoso novato –hijo de banquero, vestido con un traje caro y formado con una educación aún más cara en la Costa Este– me informaba con la clásica sonrisa irónica de Washington D. C. de que nunca devuelve las llamadas de la prensa (refiriéndose a mí), sean para lo que sean. Un espécimen normal y corriente de las privilegiadas clases altas del Este, pensé entonces. Ni se me pasó por la cabeza que pudiera ser una persona de destacada espiritualidad. Y sin embargo cuando en un periódico de Topeka se publicó un perfil de este joven, que en persona me pareció tan sofisticado y cínico, le presentaban como una figura de humildad similar a la de Cristo e insistían en que su objetivo en Washington sólo era ser “útil a Dios”, con anécdotas jugosas como su sensación de que su trabajo como jefe de personal de Brownback es “el sitio donde Dios desea que esté ahora”.

El Dorado, Kansas, en pleno julio de 2002. Estoy aquí procurando observar de forma directa la relación entre un oportunista y un creyente, para comprobar qué es lo que hace que funcione la ecuación en Kansas. No hay una sola nube en el amplio cielo de Kansas y la temperatura ha oscilado en torno a los treinta y ocho grados durante esta última semana. La calle principal de la ciudad, del siglo XIX, está vacía, para variar. El único punto en el que se observa movimiento parece ser la inevitable tienda de segunda mano y al parecer soy el único cliente, aunque esto no significa que me reciban con los brazos abiertos. La malhumorada propietaria no gasta su tiempo en charlas inútiles. No me quita ojo mientras recorro los pasillos de la tienda. No le cabe duda de que no puedo traer más que problemas.

En el lago El Dorado, la mujer en la puerta de acceso se queja del calor. Dice que todos los que trabajan con ella son diabéticos o hiperglucémicos, por lo que las altas temperaturas están llevando su azúcar a niveles intolerables.

El lago es en realidad una presa construida en los ochenta. Los restos de un bosque anegado sobresalen del agua, pero en la orilla apenas se ve algún que otro árbol aislado y apenas hay sombra para la hierba moribunda. Es la típica superficie de Kansas donde crece algo de hierba bajo el implacable sol por la cercanía del agua.

Los veteranos de la guerra de Vietnam celebran su reunión anual en una zona que han denominado Campamento Arroyo Sombreado. Han traído las cosas que se suelen ver en este tipo de encuentros: cerveza y barbacoas, redes de camuflaje, roulottes, tiendas de campaña y sillas plegables. Son gente corriente de Wichita, Towanda y Hutchinson que se junta con sus viejos amigos a ver fuegos artificiales y remar en el lago.

Sin embargo, no se juntan a pasar un buen rato a secas. Se han reunido, además de para realizar las típicas celebraciones al aire libre, para recordar que están siendo víctimas de uno de los episodios más crueles de la historia de EE.UU. En este último propósito les ayuda una sección de vendedores ambulantes de artículos que exhiben imágenes de angustia y venganza: camisetas con un

soldado crucificado en una cruz de bambú o con un águila encadenada a un mapa del sudeste asiático, y pequeñas reproducciones de pozos de los deseos dedicados a la liberación de los prisioneros que muchos creen que todavía hay en Vietnam. En la categoría de venganza se encuentran artículos como orinales con la imagen de Jane Fonda y alfombrillas con la bandera vietnamita.

En los setenta, sobre todo mientras aún se libraba la guerra, el perfil de víctima de Vietnam todavía tenía cierto toque izquierdista. Los veteranos se consideraban víctimas porque su amor por la patria se había manipulado al servicio de una causa inútil e incluso sucia. Los sabios de la administración de Lyndon B. Johnson, salidos de los círculos empresariales, fabricaban cadáveres de la misma manera que hacían coches o electrodomésticos, y vendían la matanza con una forma de patriotismo tan vacía como los anuncios de televisión de los cincuenta.

No obstante, al igual que en todos los demás ámbitos, el signo político del martirio vietnamita ha cambiado de lado. Lo que se oye con más frecuencia hoy en día es que a los soldados se les convirtió en víctimas al traicionarlos: en primer lugar por la traición de los progresistas en el gobierno y después por el movimiento pacifista, simbolizado por Fonda, que desde su punto de vista es una ignorante. El error no consistía en estar en el lado equivocado en la guerra equivocada; era dejar a los intelectuales –transformados ahora de fríos monstruos corporativos en élite progresista traicionera– que nos impidieran aplastar a Vietnam dando rienda suelta a toda nuestra capacidad letal. Ciertamente en la época había conservadores como Barry Goldwater que presentaban este argumento, pero hicieron falta décadas para que la idea tuviera la acogida masiva que tiene hoy. Puede que se trate de la victoria cultural más sorprendente del conservadurismo, la inversión de papeles perfecta: el patriotismo de los cincuenta, al que se acusaba de haber convertido en *víctimas* a la generación de Vietnam, es hoy una causa *santificada* por la muerte y sufrimiento de estas mismas víctimas. El derramamiento de sangre no provoca escepticismo sino un patriotismo aún más ciego³.

En los setenta el conservadurismo llegó a asociar el legado de Vietnam al “síndrome de Vietnam”, un miedo debilitador de enviar más tropas por temor a perder más vidas y por lo tanto votos. Hoy en día hay un legado más obvio, el nuevo militarismo feroz en el que los reveses en el campo de batalla se achacan automáticamente a los progresistas en el Congreso y los medios de comunicación, y en el que se acepta socialmente que los soldados veteranos se divierten fomentando su propio embrutecimiento y se jacten de sus habilidades para matar (como ejemplo tenemos la popular pegatina del “francotirador” que amenaza diciendo: “No corras, sólo conseguirás morir cansado”).

Todo lo que un soldado quiere es luchar, según esta visión, y cuanta más violencia mejor. Entrenarle y enviarle al campo de batalla no es una espantosa imposición; es natural e incluso noble. La forma de apoyar a nuestros hombres uniformados es darles la oportunidad de entrar en combate. En este punto de vista se niega el viejo conflicto entre los superiores y los reclutas que se encuentra en todas las novelas sobre guerras, y en cambio se identifica sin mayor problema al más raso de los soldados con sus comandantes, que lógicamente están deseando darles a sus hombres la ocasión de luchar. Si se aplica esta forma de pensar a la guerra de Vietnam, no se produjo desobediencia en el ejército, ni hubo protestas, ni siquiera los joviales problemas contraculturales que se muestran en películas bélicas simpáticas como *Good Morning, Vietnam*. La disidencia era un territorio que sólo pisaban los traidores hippies del momento.

Sólo tenemos que regresar a los ciudadanos de Kansas junto al lago El Dorado para ver que la división entre hippies y soldados no estaba ni mucho menos tan clara. Aunque es verdad que la propietaria del puesto de barbacoas ha puesto un cartel en el que se ve a Maxine, una huraña pero encantadora abuelita que sale en las tarjetas de felicitación de Hallmark, diciendo: “¡Eh, o defiendes

‘Una nación bajo Dios’ o te vas al carajo!”, la reunión está inmersa en la cultura rebelde de los sesenta: barbas, pendientes, pelo largo, camisetas desteñidas. Por todos lados se oye el típico rock duro de la época de Vietnam, reproducido en amplificadores gigantescos de aspecto militar: Cream, los Doors, los Rolling Stones, Deep Purple, símbolos de la autenticidad sin pretensiones de los días en los que los veteranos eran la *generación* y el mundo temblaba ante su música potente. De esto hoy en día, gracias a las muchas generaciones de rebelión prefabricada que han seguido, no queda más amenaza que los acordes de la canción de los dibujos animados *Bob el constructor*. El famoso solo de guitarra de “Cinnamon Girl” que aquí todos han oído diez mil veces surca inofensivamente el aire inmóvil y asfixiante. Los veteranos incluso llegan a brindar con cerveza cuando suena “Eve of Destruction”, el tema antibélico por excelencia.

Finalmente llega el momento de bajar el volumen del rock, sentarse bajo las tiendas de redes de camuflaje y escuchar a Phillip Kline, el prometedor ultraconservador que hace campaña para ser el candidato republicano a fiscal general de Kansas. Kline anima al público con una historia horrible sobre el maltrato de los norvietnamitas a los prisioneros de guerra, que insultaban a los prisioneros mientras les torturaban diciéndoles que “América se ha olvidado de ti”, “A América ya no le importas. América no va a venir a salvarte”.

Kline es un orador muy capaz, hasta hipnótico, con un talento afilado por los años que pasó haciendo de iracundo locutor de radio de derechas a lo Rush Limbaugh en una emisora de Kansas. No tengo ninguna duda de que estoy ante la enésima repetición del típico discurso electoral; de hecho, volveré a oír fragmentos del mismo varias veces más antes de que acabe el año. Pero en cada ocasión Kline se las arregla para dar la impresión de que lo que nos está diciendo es una urgente novedad dedicada especialmente a nosotros. Está de pie en el escenario, ligeramente inclinado, sin chaqueta, con la corbata amarilla ligeramente aflojada por el esfuerzo oratorio, voz ronca y en ocasiones algo quebrada por la emoción. La elocuencia de Kline es de primera clase, de lo mejor que se encuentra en Kansas. Es evidente que lo sabe; en los últimos años Kline no ha hecho otra cosa que perseguir un cargo tras otro. Y aunque su pulcro corte de pelo y sus gafas sin montura recuerdan a Alf Landon, su mensaje es puro Contragolpe contemporáneo.

De alguna manera Kline realiza la transición de un gulag en Vietnam del Norte a los frustrantes temas culturales del presente. Mientras los prisioneros de guerra se arriesgaban a ser torturados por jurar lealtad a la bandera, hoy vivimos en una sociedad que, a instancias de un tribunal de distrito de la desquiciada ciudad de San Francisco, ha eliminado el juramento a la bandera en las clases de los colegios. Un veterano chillaba su furioso veredicto sobre la infame decisión: “¡Basura!”. Kline sabe que la decisión del tribunal de California no se aplica en Kansas, pero sigue elaborando el argumento de esta amenaza, achuchándoles. “Y esto fue un mes después de que otro tribunal federal en Pennsylvania decretara que hay que dar a los niños pornografía en las clases”, con lo que se debe referir a una decisión que limita la imposición de filtros en Internet. “Así que de un lado a otro del país oímos que el juramento a la bandera es inconstitucional, que hay que darles pornografía a los niños, porque así lo exige la Constitución.” Otra vez le han vuelto a escupir al americano medio, convertido en víctima por las estúpidas modas de los esnobs de las costas de igual modo que lo fueron los soldados en los campamentos de prisioneros de Vietnam treinta años antes.

Y Phil Kline está con nosotros, sufriendo como sufrimos nosotros cuando el todopoderoso gobierno intenta domar a la gente de Kansas. “El carácter genial de Estados Unidos no se encuentra en los círculos del poder. El gobierno no puede ser el depositario de la sabiduría. El carácter genial de Estados Unidos se encuentra en las mesas de nuestras cocinas, en nuestras salas de estar, en nuestros lugares de oración.” Kline empieza a apretar el acelerador, preparándose para el gran

momento culminante, con el ritmo de un predicador carismático que se acerca al clímax metafísico. “El Estado no se forma para crear privilegios especiales o para que se escuche al que habla más alto, ni para prestar atención a los que firmar los cheques más grandes: está para proteger nuestros derechos inherentes.”

Unos días más tarde me encuentro con un miembro de la campaña de Kline y descubro lo que Kline quiso decir con lo de “cheques más grandes”. La reputación de Kline, desde sus días en la cámara de representantes de Kansas, es la de un fanático recortador de impuestos; a lo largo de todos estos años ha hecho grandes favores a esos personajes que pueden firmar grandes cheques. La explicación del ayudante de Kline me sorprende incluso a mí, con mi cinismo. A lo que Kline se refería, me explica su jefe de prensa, es a la demanda por abuso de competencia contra Microsoft. Kansas, me informa, es uno de los pocos estados que aún no ha llegado a un acuerdo extrajudicial con el monopolio del software, insinuando que esto se debe a que el fiscal general saliente (un republicano moderado) recibió dinero para su campaña de Oracle y otros competidores de Microsoft. La campaña de Kline, por contra, entiende que esta demanda obviamente no tiene ningún sentido y que de hecho no es más que una farsa política: el Departamento de Justicia de Clinton “amenazó a esta empresa con la extinción a no ser que cediera a las demandas del brazo ejecutivo del poder. Lo mismo ocurre con los litigios con la industria del tabaco: el brazo ejecutivo amenaza a todo un sector con la extinción a no ser que den dinero al brazo legislativo para financiar los proyectos que se les antojen”. La lógica es retorcida y conspiradora, pero sitúa a un republicano donde debe estar: Kline sirve a los pobres y débiles del estado salvando a Microsoft de las garras reguladoras.

Otra cosa que me dice este portavoz es que en Kansas tendría que ir más gente a la cárcel. En Kansas, me dice, la “tasa de encarcelamiento subió un 47% en los noventa. En el resto del país, subió un 71,7%. De modo que no estamos metiendo gente en la cárcel” al mismo ritmo que otros estados. Nuestro nivel relativo de gente que ha cometido delitos no se cuestiona; son los flojos castigos impuestos por el estado los que causan que estemos por debajo de los demás estados, lo que nos avergüenza ante el resto del país. Tenemos que ser más duros, recuperar el tiempo perdido, llenar las prisiones que ya hay y construir más. Un poco más tarde el portavoz me recuerda que Kline es cristiano, que es miembro de la fe nazarena, que lee la Biblia todos los días y, lógicamente, varios meses después leo en un periódico un artículo sobre Kline, ahora fiscal general de Kansas, soltando un sermón en una iglesia de Dodge City.

¿Qué porcentaje de población, me pregunté mientras leía el artículo, metería Jesús en la cárcel?

El hombre contra el que Phillip Kline competía por el cargo de fiscal general aquel verano sofocante en El Dorado era un destacado republicano moderado de Leawood, una de las zonas residenciales más exclusivas del condado de Johnson. Aunque Kline también es del condado de Johnson, la batalla entre los dos desembocó rápidamente en el contexto simbólico que ya conocemos: Kline era el candidato del hombre corriente; el otro tipo era el representante de la élite. Kline se proclamaba la elección de los “republicanos de barbacoa y cerveza”. La modesta casa en la que vivía pronto entra en escena en el artículo sobre Kline del periódico, junto con referencias a la profundidad de su fe religiosa, y después el corresponsal menciona sus coches, un Buick y un viejo Crown Vic⁴. Hay un gran simbolismo en estos coches: cuando hablé con el jefe de prensa de Kline, me dijo que su oponente quedaba reflejado de manera nefasta porque, a diferencia de él, era un “republicano de club de campo” que transportaba sus recados elitistas en un Volvo.

Con todo, basta pasar el tiempo suficiente con Phillip Kline para empezar a sospechar que toda esta cháchara de defensa del trabajador normal y corriente no es más que la creación de una mente

política muy astuta. Aunque los populistas de derechas del estado injurian constantemente a los políticos profesionales impulsados por la ambición, apenas se detienen a pensar que es posible que su héroe, Phill Kline, sea precisamente eso. Siempre va detrás de algo. Cuando estudiaba en la universidad de Kansas ya era jefe de los Republicanos Universitarios, cuando todavía estudiaba derecho aspiraba a entrar en el Congreso, en los noventa se dio a conocer por la pasión empleada en los recortes fiscales desde la cámara de representantes de Kansas, después volvió a presentarse al Congreso, después le nombraron fiscal nacional por Kansas, y después, cuando le conocí, se presentaba a fiscal general, lo que finalmente consiguió. Pero no se puede decir que las exigencias de su cargo hayan hecho que abandone la campaña. Los casos que Kline ha optado por poner de relieve como fiscal general son precisamente el tipo de escándalos de la guerra de valores (sexo con menores, violaciones homosexuales) que movilizan a sus seguidores y le mantienen en el candelero del Contragolpe. Con menos de un año en el puesto Kline ya había aparecido en el programa televisivo *The O'Reilly Factor*, de la cadena Fox, mostrando junto con Bill O'Reilly su indignación por los degradantes valores de la American Civil Liberties Union, una fundación progresista que defiende el laicismo del Estado.

Me pareció evidente que Kline había perfilado su carácter populista con gran esmero. La gente que lo conoce desde hace años insiste en que su conservadurismo tiene algo de pose. Obviamente esto es algo que desconozco, pero sí puedo decir que Phill Kline es una de las pocas personas –se cuentan con los dedos de una mano– que he conocido en Kansas que incluso sabe que existe una diferencia entre lo que los periodistas llaman hoy “populismo” y el movimiento izquierdista del siglo XIX. En una ocasión, cuando le comenté el instituto al que yo había ido, reaccionó sacando a relucir uno de esos trucos para hacer amigos tan propios de los políticos consumados: de algún remoto archivo mental recuperó el marcador exacto de un partido de fútbol entre mi instituto y el suyo en los setenta. Pero al instante, como si hubiera recordado algo, volvió a su personalidad proletaria y respondió a algún lamento genérico mío sobre el hecho de que mis amigos de instituto se hubieran mudado a vivir a otro sitio bromeando sobre la probabilidad de que estuvieran todos en algún campo de golf o de vacaciones en las Bermudas.

La ceguera de las bases conservadoras ante la manifiesta falta de sinceridad de sus líderes es uno de los grandes milagros del Gran Contragolpe. Es una constante desde los niveles más bajos hasta las cumbres más altas, desde el avisado aspirante a alcalde hasta George W. Bush, un tipo tan torpe en sus invocaciones al Señor que a veces incluso llega a incurrir en la blasfemia⁵. De hecho, por mucho que los conservadores se burlen constantemente de los demócratas porque fingen sus sentimientos religiosos, ellos mismos se sienten tan claramente exentos de estas críticas que se mueven a sus anchas, entrando y saliendo en el terreno de la hipocresía sin la necesidad de detenerse a preguntarse si sus seguidores se estarán fijando. Laura Ingraham, analista de derechas conocida por salir en la portada del *New York Times* con una minifalda sexy hace diez años, denuncia ahora a las élites de Hollywood por querer acabar con los “valores tradicionales”⁶. Ann Coulter va de periodista⁷. Bill O'Reilly de proletario. Políticos del ala dura, grandes y pequeños, van de duros veteranos de guerra, mientras que auténticos veteranos de guerra del ala moderada son acusados de blandos. Rush Limbaugh, el azote implacable de los drogadictos, resulta serlo él mismo. Las carreras de Newt Gingrich, Henry Hyde, Bob Barr y Enid Waldholtz están manchadas de revelaciones de la más abyecta hipocresía. Y sin embargo todo esto no levanta sospechas entre las bases. El poder de su visión de martirio compartido es suficiente para superar la realidad de hechos que sean materiales y verdaderos sin más.

Notas al pie

* N.T. Personaje de la novela epónima de Sinclair Lewis que se hace predicador evangelista al descubrir el poder y prestigio que el cargo confiere.

1. Clugston, *Rascals in Democracy*, p. 20, 21.

2. “Cuando se presentó por primera vez, Brownback se posicionó a favor del derecho al aborto”, dijo David Gittrich, director ejecutivo de Kansas for Life (Kansas por la vida).” Mike Hendricks, “Politics Attracted Brownback Early”, *Kansas City Star*, 27 de octubre de 1996.

Al principio de su carrera, a Brownback se le consideraba republicano moderado tradicional. Cuando en 1993 se presentó el litigio que finalmente le expulsaría del departamento de agricultura de Kansas, apareció un reportaje sobre Brownback en la primera página del *Topeka Capital-Journal* (un periódico moderado que por aquel entonces pertenecía a la familia de la esposa de Brownback) donde se sugería que tenía un brillante futuro en la política. Para demostrar lo cualificado que estaba, el reportaje incluía numerosos comentarios halagüeños de nada más y nada menos que Sheila Frahm, la republicana moderada que Brownback aplastaría en su carrera hacia el Senado de los EE.UU. en 1996. *Topeka Capital-Journal*, 22 de enero de 1993.

Conviene hacer notar que cuando se presentó al Congreso en 1994, Brownback se negó a apoyar el “Contrato con América” –un documento de la extrema derecha republicana que entre otros medidas pretendía rebajar los impuestos, reducir las prestaciones sociales y en general alentar la actividad empresarial–, lo que le valió el título de republicano sensato y moderado (*El Wichita Eagle* llegó a publicar un editorial alabándole por ello el 29 de septiembre de 1994). Evidentemente, una vez en Washington, se posicionó a la derecha del contrato, liderando a un grupo que se autodenominaba los “Nuevos Federalistas”.

3. “Recordada como una guerra que se perdió a causa de las traiciones cometidas en nuestra patria”, escribe el sociólogo Jerry Lembcke, “Vietnam se ha convertido en un Álamo actual que debe ser vengado, un pretexto para engendrar más guerras y nuevas generaciones de veteranos”. Este análisis apareció en <http://www.tompaine.com/feature2.cfm/ID/3600>. Lembcke es autor de *The Spitting Image: Myth, Memory, and the Legacy of Vietnam* (Nueva York, N.Y. University Press, 1998), un libro que desacredita la conocida historia de los veteranos a quienes los manifestantes en contra de la guerra escupían al volver.

4. Todas las citas son de David Eulitt, “A Higher Principle: Kline: Legislators Should Look to Conscience”, *Topeka Capital-Journal*, 8 de Julio de 2002.

5. Según el periódico israelí *Ha'aretz* del 26 de junio de 2003, Bush le dijo al primer ministro palestino: “Dios me dijo que golpease a Al Qaeda y les golpeé, y luego me dijo que golpease a Sadam y también lo hice. Ahora estoy resuelto a solucionar el problema de Oriente Medio”.

6. Sobre los conservadores que se burlan de los demócratas por fingir que son religiosos, véase una vez más el ejemplo de la descarada Ann Coulter, que escribe en su columna “The Jesus Thing” del 7 de enero de 2004: “Los demócratas nunca hablan de creer en algo; hablan de cómo fingir que creen en algo. *Los estadounidenses creen en estas chorraduras sobre Dios en las que nosotros no creemos, ¿cómo les engañamos para que crean que creemos en Dios?* Es parte del desprecio habitual que los demócratas sienten por las opiniones de la gente normal”. Sobre Laura Ingraham y Hollywood, véase “David Frum’s Diary” en *National Review Online*, 22 de septiembre de 2003 (<http://www.nationalreview.com/frum/diary092203.asp>).

7. Véase la significativa lista de los errores de Coulter recopilada por Al Franken en los capítulos 2 y 3 de *Lies and Lying Liars Who Tell Them: A Fair Balanced Look at the Right*. Nueva York, Dutton, 2003.

EPÍLOGO I

EN EL JARDÍN DEL MUNDO

En 1965, el año en que nací, mi familia todavía vivía en el área residencial de clase trabajadora de Shawnee, en Kansas City, una colonia modesta en el extremo occidental de la ciudad, al otro lado de las vías del tren a Santa Fe. Es un lugar donde la ciudad se convierte gradualmente en campo, abundan las parcelas de cultivo de soja y no hay árboles altos que puedan oscurecer la luz que ofrece el amplio cielo azul de Kansas. Era un paraíso de los “trabajadores”, según recuerda ahora mi padre, un lugar de casas de ranchos y viviendas de dos plantas donde habitaban vendedores de aparatos, mecánicos y empleados de la planta gigante que tenía Bendix en la frontera del estado: gente optimista, tipos que se habían educado en los programas de enseñanza que el ejército reservaba para los ex combatientes, con casas en las que había televisores de color en grandes armarios de caoba falsa. Para ellos el mundo aún no se había echado a perder; si alguien les hubiera dicho que un día estarían entregados a algo como Fox News, una red de noticias que no ofrece al espectador nada salvo tortura –imágenes constantes de un mundo depravado en el que, según este canal, no pueden intervenir para arreglar la situación–, hubieran pensado que estaba loco.

En Shawnee todavía se percibe la sensación de un lugar con una energía gastada, en el que el tiempo llegó y pasó, como una de esas poblaciones abandonadas que se construyeron en la parte occidental del estado durante algún estallido inexplicable de optimismo en los ochenta. Cuando paso ahora por el viejo barrio, soy el único peatón en la calle, una visión tan poco frecuente que los coches frenan para mirarme mejor. La escuela primaria a la que asistió mi hermano –con B47 surcando el cielo mientras él brincaba en los columpios– está a punto de cerrar para siempre. No queda ni rastro de los ejércitos de niños que solían corretear por las calles. Aunque esos niños tampoco serían muy bien recibidos en la nueva Shawnee, donde no es raro ver montones de chatarra oxidada, rottweilers amenazantes y carteles poco acogedores que indican “Prohibido el paso”. La iglesia luterana que me impresionaba a los cinco años con su atrevida imagen modernista de los años sesenta parece hoy un chapucero andamio en forma de A, lleno de desconchones y abandonado en medio de la mala hierba. El centro comercial que estaban construyendo el verano que mi familia se mudó a Mission Hills ha pasado por todas las fases del mundo y va decayendo de forma irreversible para convertirse en una auténtica ruina urbana. En la actualidad todos los establecimientos están vacíos excepto una sala de billar, un centro de karate y la inevitable tienda de antigüedades.

La implacable amargura ideológica que hay en el estado ha alcanzado aquí el nivel de saturación. La parte oriental de Shawnee sigue siendo una zona residencial de clase trabajadora, pero tras tres décadas de destrucción de los sindicatos y estancamiento de los salarios, este tipo de barrios son muy distintos a lo que eran antes. En Shawnee aún se defiende con mayor pasión que en cualquier sitio del estado eliminar los fondos para la educación pública, erradicar las investigaciones con células madre, la reducción de impuestos y la postración ante el trono del mundo financiero. Esta zona es conocida por haber enviado los más fervientes antievolucionistas al consejo de educación del estado y por haber elegido a la política más conservadora de todo Kansas, una mujer que utiliza la historia de su desgraciada vida para adornar sus constantes exigencias al gobierno local de que haga lo que sea para disminuir las cargas al mundo empresarial. Las oficinas de Kansas for Life, el antiguo grupo de Tim Golba, ocupan uno de los locales del moribundo centro comercial y también se encuentra aquí la sede de campaña de Phill Kline, en una grandiosa estructura prefabricada que se

levanta sobre una parcela cubierta de hierbajos a tres bloques de la antigua residencia de los Frank.

Hace tiempo el *Wall Street Journal* publicó un artículoreportaje sobre un lugar “donde el odio mata el hambre”, donde una clase dirigente manipuladora ha explotado durante décadas a una población empobrecida al tiempo que sembraban entre ellos una cultura de victimización que reconduce la furia popular de forma persistente hacia un misterioso y cosmopolita Otro. En esta tierra trágica los agravios culturales irresolubles se elevan, de forma inexplicable, por encima de los de carne y hueso, y el interés por la economía propia se ve eclipsado por mitos enfebrecidos de autenticidad y justicia nacional pisoteadas.

El objetivo del reportaje era describir los estados árabes en su conflicto con Israel, pero cuando lo leí pensé inmediatamente en mi querida Kansas y en el papel que escenarios como Shawnee juegan en el mito populista del conservadurismo. Las bases del conservadurismo, es decir, los círculos empresariales, han sido los que más fruto han sacado de las tendencias que tanto daño han hecho aquí. Pero los intelectuales conservadores contrarrestan este efecto ofreciendo la irresistible alternativa de convertirnos en víctimas. Nos invitan a ocupar nuestro lugar en la mitología popular del humilde americano medio, virtuoso y sufriente, aplastado por una élite esnob que inunda el interior del país con su filosofía extranjera.

Cierto, reconocen los ultraconservadores, las cosas han empeorado mucho en el mundo agrícola y en las pequeñas ciudades, pero así son los negocios. Simplemente son las fuerzas de la naturaleza. La *política* es diferente: la política trata del arte blasfemo y de litigios absurdos presentados por abogados enloquecidos y sofisticadas estrellas del pop que no respetan el país. La política es cuando la gente de una pequeña población, después de vivir con los estragos que han causado Wal-Mart y ConAgra, decide alistarse en la cruzada contra Charles Darwin.

Pero el Contragolpe ofrece algo más que esta identidad de clase precocinada. También proporciona una forma general de entender el bombardeo de la cultura de masas en la que vivimos. Tomemos, por ejemplo, el tópico sobre los progresistas que tanto aparece en la visión del Contragolpe: arrogante, exquisito, moderno y todopoderoso. En mi experiencia del mundo real no me he encontrado con nada de eso. Son un grupo variado de gente que protesta –por lo general gente empobrecida que protesta– con tanta influencia en la política estadounidense como la que tiene una cajera de unos grandes almacenes en la estrategia de la empresa para la que trabaja. Pero esto tampoco es un secreto, sólo hace falta leer *The Nation* o *In These Times* o la revista que reciben los miembros del sindicato United Steelworkers y te haces rápidamente a la idea de que los progresistas no hablan en nombre de los poderosos y los ricos.

Pero si hojeamos la revista *People* la impresión sobre los progresistas es bien diferente. Salen estrellas de cine que van a fiestas benéficas para causas como los derechos de los animales y los “desfavorecidos”. Cantantes que fueron famosos en los setenta expresan con su mejor traje de gala su preocupación por estas o aquellas víctimas. Famosos segundones de la televisión le dicen al mundo que deje de decir cosas malas sobre la gente con sobrepeso o los discapacitados. Y gente guapa de todas las razas viste a la última y transgresora moda, compran obras de arte transgresoras, comen en carísimos restaurantes transgresores y se irritan mostrando su cara sensibilidad punk o su cara imagen ecológica.

Aquí el progresismo es una cuestión de apariencia superficial, de vacía superioridad moral; es arrogante y condescendiente, un tipo de política en la que los guapos y bien nacidos le dicen a la plebe pisoteada y mal vestida cómo tiene que comportarse, lo que tienen que hacer para dejar de ser racistas y homófobos, lo que tienen que hacer para ser gente mejor. En un país en el que los principales elementos que forman el pensamiento de la gente sobre las posibilidades de la vida son

la televisión y el cine, no cuesta llegar a la conclusión de que vivimos en un mundo dominado por los progresistas: dibujos animados feministas para niños de diez años, seguidos de anuncios de desodorantes inconformistas; familias enteras que se parten de risa por un chiste sexual; incluso los programas para bebés tienen canciones en las que se indica cómo ser más enrollado.

Al igual que en cualquier otro sector, el negocio de la cultura existe en primer lugar para aumentar la riqueza propia, no la del Partido Demócrata. El objetivo de tener más espectadores adolescentes, por ejemplo, es lo que ha hecho que los chistes sexuales sean un clásico y no porque se pretenda favorecer a los progresistas en las elecciones. Alentar la identificación con un grupo y la expresión personal a través de productos es, de igual modo, el pan nuestro de cada día del consumismo, no de la ideología de izquierdas. Todas estas cosas forman parte de los fundamentos de la industria del entretenimiento. Están expuestas a la influencia de los ofendidos votantes estadounidenses tanto como lo está el ocupante del trono danés.

La incapacidad para comprender esto es una fuente de fuerza para el Contragolpe. Sus líderes montan en cólera contra la cultura progresista de Hollywood. Sus votantes logran echar a los progresistas de sus puestos de poder y después se sorprenden al ver que Hollywood ni se inmuta. Meten una legión de fanáticos del mercado libre en Washington y la industria cultural sigue sin darse por enterada. Pero al menos los políticos del Contragolpe que eligen están dispuestos a hacer algo distinto a los progresistas: se presentan en el Senado de EE.UU. y dicen que ‘no’ a todo. Y esto es lo esencial: en un mundo mediático en el que lo que la gente grita eclipsa lo que están haciendo, el Contragolpe vende la idea de ser el único disidente, el único movimiento que abre la puerta a los no sofisticados, a los que no saben vestir a la moda, a los devotos, a la gente que es el hazmerreír de los productos que dominan el mundo del entretenimiento. En este sentido el Contragolpe se está convirtiendo en el eterno alter-ego de la industria cultural, un rasgo de la vida americana tan permanente y extraño como el mismo Hollywood.

Pese a que rechaza la industria cultural, el Contragolpe también la imita. El conservadurismo proporciona a sus seguidores un universo paralelo, repleto de los mismos atractivos pseudoespirituales que la cultura dominante: autenticidad, rebelión, nobleza de las víctimas, incluso individualidad. Pero el parecido más importante entre el Contragolpe y cultura comercial dominante es que ambos se niegan a analizar críticamente el capitalismo. De hecho, la eliminación total de lo económico que encontramos en el populismo conservador sólo podría tener lugar en una cultura como la nuestra donde la política material ya ha mutado y lo económico ha sido sustituido en gran medida por las mencionadas satisfacciones pseudoespirituales. Esta es la mentira fundamental del Contragolpe, la estrategia manipuladora que hace posible todo ese disparatado espectáculo. Con todo su rechazo y su negativismo, se niega firmemente a contemplar que los ataques a sus valores, los agravios y el desprecio de Hollywood son todos productos del capitalismo, de igual manera que las hamburguesas de McDonald’s y los Boeing 737.

¿Quién tiene la culpa de este paisaje de distorsión, paranoia y de gente con buenas intenciones que ha perdido la razón? He dedicado gran parte de este libro a enumerar las formas que tienen los votantes de Kansas de elegir políticas autodestructivas, pero también me parece igual de evidente que los progresistas tienen una gran parte de culpa del fenómeno del Contragolpe. Es posible que los progresistas no sean los monstruos conspiradores todopoderosos que describen los conservadores, pero sus errores son pese a todo obvios. En algún momento de las cuatro últimas décadas, la ideología progresista dejó de ser relevante para grandes grupos de sus bases tradicionales, y se puede afirmar ciertamente que ha *perdido* lugares como Shawnee y Wichita con la misma certeza con la que podemos señalar que el conservadurismo los ganó.

Esto se debe en parte, en mi opinión, a la reacción más o menos oficial del Partido Demócrata a su creciente fracaso. El Consejo de Liderazgo Demócrata (DLC), la organización que produjo dirigentes como Bill Clinton, Al Gore, Joe Lieberman y Terry McAuliffe, lleva mucho tiempo presionando al partido para que olvide a los votantes de las clases trabajadoras y se concentre en grupos de profesiones liberales, más ricos y progresistas en cuestiones sociales. Los grandes intereses a los que el DLC quiere cortejar a toda costa son los grandes grupos empresariales, capaces de generar contribuciones a las campañas que superan con mucho los fondos que recauden las organizaciones de trabajadores. La forma de obtener los votos y –lo que es más importante– el dinero de estas codiciadas bases, según piensan los “nuevos demócratas”, es mantenerse inamovibles en temas como por ejemplo el derecho al aborto al tiempo que se hacen interminables concesiones en cuestiones económicas, prestaciones sociales, el NAFTA, la Seguridad Social, la legislación laboral, la privatización, desregulación y demás. Estos demócratas descartan de manera explícita lo que denominan con desprecio como “guerra de clases” y se esfuerzan en sintonizar con los intereses empresariales. Al igual que los conservadores, quitan la economía del menú. En cuanto a los votantes de clase trabajadora que hasta ahora eran el eje del partido, el DLC parte de la idea de que no tendrán a otro partido al que recurrir; los demócratas siempre serán ligeramente mejores en temas económicos que los republicanos. Además, ¿qué político en este país enamorado del concepto del éxito quiere ser la voz de la gente pobre? ¿Qué dinero se saca de eso?

Esta es, resumida drásticamente, la estrategia vergonzosamente estúpida que ha dominado el pensamiento demócrata de forma intermitente desde los días de la “nueva política” de principios de los sesenta. Con el tiempo ha obtenido muy pocos éxitos: hay que recordar que la palabra *yuppie* se acuñó en 1984 para describir a los seguidores del candidato presidencial Gary Hart¹. Pero, como ha señalado el comentarista político E. J. Dionne, el principal efecto a largo plazo ha sido que los dos partidos se han convertido en “vehículos de defensa de los intereses de la clase media alta” y el viejo lenguaje de la izquierda ha desaparecido rápidamente del universo de lo respetable. Los republicanos, por su parte, han estado ocupados creando su propio lenguaje de clase de derechas, y mientras hacían un llamamiento populista a los votantes de las clases trabajadoras, los demócratas estaban barriendo y metiendo debajo de la alfombra a estos votantes –sus bases tradicionales–, echando a sus representantes de las posiciones que ocupaban en el partido y arrojando los temas que interesaban a estos grupos al basurero de la historia. Habría sido difícil inventar una estrategia más desastrosa para los demócratas². Y el desastre sigue su curso. Por mucho que se esfuerzen en hacer ajustes, las pérdidas se van sumando.

No obstante, resulta curioso que los demócratas del DLC no estén preocupados. Parecen esperar al día en que su partido se convierta en lo que David Brooks y Ann Coulter afirman que es ahora: una congregación de los ricos y los que creen estar en posesión de la razón. Mientras los republicanos se sacan de la manga el venenoso estereotipo de la élite progresista, los demócratas parecen decididos a hacer honor a tal calumnia.

Estos demócratas contemplan una situación como la de Kansas hoy en día y se frotan las manos anticipando los frutos que van a recoger: “Espera y verás cómo las ‘cuestiones sociales’ de Ronald Reagan les acaban saliendo por la culata”. Basta con que los chiflados ultraconservadores aprieten un poco más, piensan, y el Partido Republicano repelerá a los conservadores moderados ricos de las zonas residenciales para siempre, de modo que entonces entraremos en escena y ganaremos en sitios como Mission Hills, haciéndonos al mismo tiempo con todos los premios que son capaces de entregarnos sus habitantes.

Aunque disfruto viendo pelearse a los republicanos entre sí, no creo que la historia del

enfrentamiento entre sus dos facciones en Kansas sea motivo de alegría para los progresistas. Quizá algún día el sueño del DLC se haga realidad y los demócratas se hayan desplazado tanto a la derecha que ya no se diferencien para nada de los republicanos moderados a la antigua, y quizás entonces las clases pudientes acudan a sus brazos en masa. Pero en el camino habrán abandonado por completo las cosas por las que se identificaba a los progresistas: la igualdad y la seguridad económica. Y las habrán abandonado, no lo olvidemos, en el momento histórico en que más las necesitamos.

Hay una lección para los progresistas en la historia de Kansas y no es que ellos quizás también sean invitados, algún día, a tomar té en una mansión de ricos. Se trata más bien del fracaso total y definitivo de su decisión histórica de rehacerse como el *otro* partido del libre mercado. Lo lógico sería que la gente de Wichita, Shawnee y Garden City acudiera en tropel al partido de Roosevelt, en lugar de abandonarlo. Pero en términos culturales, esta opción ya no está a su alcance. Los demócratas ya no conectan con la gente que está en el extremo perdedor de un sistema de libre mercado que cada día es más brutal y arrogante.

El problema no es que los demócratas defiendan de manera monolítica el derecho al aborto o que se opongan a los rezos en las escuelas; es que al abandonar el lenguaje de clase que antes los identificaba claramente de los republicanos se han quedado más vulnerables a las cuestiones culturales como la posesión de armas, el aborto y el resto de asuntos cuyo atractivo paranoico se vería normalmente desplazado por los intereses materiales. Vivimos en un entorno en el que los republicanos hablan constantemente sobre las clases –interpretándolas a su manera, claro está–, mientras que los demócratas tienen miedo a sacar el tema.

La estrategia política demócrata asume sin más que la gente sabe dónde está su interés económico y que por lo tanto actuará por instinto. Piensan que no hace falta ninguna retórica de clases con ataques a las empresas por parte de los candidatos o portavoces del partido y que ciertamente no hace falta que un progresista se ensucie las manos fraternizando con los descontentos. Basta, creen, con que la gente mire lo que hay en cada lado y comparen: los demócratas son un poquito más generosos en las prestaciones sociales, algo más estrictos en regulación medioambiental y cargan menos contra los sindicatos que los republicanos.

El error gigantesco en este argumento es que la gente no comprende *espontáneamente* su situación desde un punto de vista global. No se puede esperar que conozcan de forma automática las alternativas que tienen ante sí, las organizaciones a las que pueden apoyar o las medidas que deberían reclamar. La ideología progresista no es una fuerza de la naturaleza kármica que entra en acción cuando el mundo empresarial se excede; se trata de una creación humana que está tan sujeta a reveses y derrotas como cualquier otra. Pensemos en el sistema de prestaciones sociales, impuestos, regulaciones y seguro social que está bajo constante asedio. La Seguridad Social y los organismos reguladores de la sanidad y la alimentación no han surgido de la tierra como por arte de magia en respuesta a los obvios excesos del sistema librecambista; son el resultado de décadas de movimientos, de luchas sangrientas entre huelguistas y las fuerzas del Estado, de agitaciones, avances educativos y una esforzada organización. Pasaron más de cuarenta años desde las primeras chispas de los movimientos de reforma izquierdista de la década de los noventa en el siglo XIX hasta la aplicación real de sus reformas en los treinta del siglo pasado. Mientras tanto las grandes clases acaudaladas seguían beneficiándose de la ausencia de impuestos, regulación y cuestionamiento.

Encontramos una demostración más reveladora de la importancia de los movimientos en la manera en la que afectan a las perspectivas de voto de los miembros de sindicatos. Fijémonos en el votante medio blanco: en las elecciones de 2000 eligió a George W. Bush por un margen considerable. Por contra, entre los miembros de sindicatos los votantes medios blancos se

decantaron por Al Gore por un margen similar. La misma diferencia se repite sea cual sea la categoría demográfica: mujeres, portadores de armas, jubilados y demás: cuando son miembros sindicales, su política se inclina hacia la izquierda. Este argumento es correcto incluso cuando los miembros de los sindicatos en cuestión no participaban mucho en las actividades de los líderes sindicales. El simple hecho de formar parte de un sindicato cambia de forma evidente la forma de considerar la política, los vacuna contra el desvío que se produce con el Contragolpe. En estos casos los valores morales son lo que menos importa, mientras que la economía, la sanidad y la educación son de una importancia primordial³. Los votantes de los sindicatos son, por decirlo de otra manera, la imagen contraria del conservador al estilo Brownback que no tiene ningún interés en la economía pero que se atormenta día y noche con vagos temores sobre la “decadencia cultural”.

Los sindicatos están de capa caída hoy en día, como todos sabemos, con una cuota de sólo el 9% de los trabajadores del sector privado desde una tasa histórica del 38% en los cincuenta. Los demócratas, más ansiosos por demostrar su fidelidad al mundo empresarial, apenas ponen trabas a este declive, que tampoco lloran en una izquierda terapéutica que para empezar nunca vio con buenos ojos a tipos de clase obrera como Archie Bunker*. El gran público, acostumbrado a pensar en organizaciones como si se tratara de productos de consumo, asume que los sindicatos han perdido su fuerza porque ya nadie quiere afiliarse a ellos, de igual manera que a la gente ya no le gusta la música de los Bay City Rollers porque no están de moda. Y en las oficinas de los especialistas en acabar con los sindicatos, de las casas de inversión en Wall Street y de los ejecutivos de los centros comerciales y supermercados la noticia se acoge de la misma manera que los aristócratas de toda Europa aplaudieron la derrota de Napoleón en 1815: como una victoria monumental en una guerra a muerte.

Mientras los progresistas se sientan a felicitarse por sus virtudes personales, la derecha entiende el significado fundamental que tiene la capacidad de crear movimientos y se han entregado a la tarea con una dedicación admirable. Es interesante analizar la amplia y compleja estructura de la “cultura de movimientos” conservadora, un fenómeno que apenas tiene ya equivalentes en la izquierda. Hay fundaciones, como las que dirigen los Koch en Wichita, que destinan sus millones a la lucha política a los niveles más altos, financiando departamentos, revistas y pensadores de la economía de libre mercado como Vernon L. Smith. También están las consultoras de análisis económico, Institute Hoover y American Enterprise, que envían dinero a raudales a los bolsillos de analistas de la derecha como Ann Coulter, Dinesh D’Souza y compañía, proporcionándoles todo lo que necesiten para que sigan produciendo libros y que estén en forma para pelear entre un asalto mediático y el siguiente. Grupos de presión, periódicos, alguna que otra editorial, etc. Y, en el nivel más bajo, los leales organizadores de las bases como Mark Gietzen, Tim Golba y Kay O’Connor, que van de puerta en puerta, organizan a sus vecinos e incluso hipotecan sus casas con el fin de impulsar el evangelio del Contragolpe.

Y este movimiento conecta con la gente que está en el nivel más bajo de la sociedad, se dirige a ella diariamente. Desde la izquierda no oyen nada, pero de los ultraconservadores les llegan explicaciones de todo. Mejor aún, les llega un plan de acción, un programa para conquistar el mundo con un asunto “cuña” o tema cultural polémico. ¿Y por qué no van a tener derecho a soñar con un concepto de la política como manipulación? Es lo que les han estado haciendo a ellos todo el tiempo.

El conservadurismo estadounidense depende, para alimentar su posición de dominio e incluso su existencia misma, de gente que nunca realiza ciertas conexiones necesarias en su visión del mundo, conexiones que hasta hace poco eran consideradas obvias y manifiestas en todo el planeta. Por ejemplo, la conexión entre cultura de masas, algo que la mayoría de conservadores odia, y el

capitalismo de libre mercado, que adoran sin reservas. O entre las pequeñas poblaciones que tanto aman y las fuerzas del mercado –cuya fuerza alaban con los términos más elevados– que están machacando lentamente esos lugares hasta convertirlos en polvo republicano⁴.

En este espectáculo abrumador de anti-conocimiento mi estado natal ha ocupado con gran orgullo la primera línea. Es cierto que Kansas es un caso extremo y que por otra parte todavía quedan en el estado zonas de clase trabajadora (Wyandotte County, partes de Topeka) que no se han pasado al bando del evangelio ultraconservador. Pero también es cierto que las cosas que empiezan en Kansas –la guerra de Secesión, la Ley Seca, el Populismo, Pizza Hut– tienen cierta tendencia histórica a extenderse por todo el país.

Quizá Kansas, en lugar de ser el hazmerreír del país, sea en realidad la vanguardia. Quizá lo que ha ocurrido allí apunta al lugar al que todos nuestros debates de política se dirigen. Quizá algún día cercano las opciones políticas de todos los estadounidenses se hayan reducido a dos facciones del Partido Republicano. Que los moderados se llamen “republicanos” o hayan adoptado el papel de demócratas dará lo mismo; los dos grupos serán lo que en Kansas llaman “conservadores fiscales”, es decir, “amigos de la gran empresa”, y las cuestiones que dieron forma al Partido Demócrata de nuestros padres se habrán olvidado para siempre.

Los sociólogos a menudo advierten contra una polarización excesiva en la distribución de la riqueza de un país, que es lo que sin duda ha ocurrido en las últimas décadas. Las sociedades que se olvidan de la igualdad, insisten los expertos, se ven abocadas de forma irremediable al terrible desenlace que parecen estar buscando. Pero esos sociólogos pensaban en un mundo antiguo en el que la ira de clases era un fenómeno de la izquierda. No contaban con Kansas, con el mundo que estamos creando.

Pensemos en el alineamiento político que Kansas está anticipando para el resto del planeta. El mundo corporativo –por razones que tienen que ver precisamente con su corporativismo– cubre a la nación de un estilo cultural diseñado para ofender y ofrecer un falso carácter subversivo; adolescentes descarados que llevan zapatillas a la última y desobedecen a sus padres; madres mojigatas que no toleran a las amigas liberadas y enrolladas de sus hijas; jóvenes alternativos que llevan camiseta en las que pone “FCUK”* se burlan de los ejecutivos mayores que no pillan el chiste. Se trata de ofender y Kansas responde ofendiéndose. En este estado la gente contempla impotente cómo su cultura, influida por las Costas Este y Oeste, va adquiriendo un tono más vulgar y ofensivo cada año. Kansas arde en deseos de venganza. Kansas se regodea cuando los famosos meten la pata diciendo algo estúpido o cuando les meten en la cárcel. Y cuando dos mujeres estrellas del rock se dan un beso lascivo en la televisión nacional, Kansas se tira de los pelos y pide a gritos la cabeza de la élite progresista. Kansas se lanza a las urnas. Y Kansas logra que le bajen los impuestos a las estrellas del rock.

Como sistema social, el Contragolpe *funciona*. Los dos adversarios se alimentan mutuamente en una especie de simbiosis invertida: el uno se burla del otro y el otro le da más poder todavía al uno. Esta forma de funcionar debería ser la envidia de todas las clases dirigentes del mundo. No sólo se *pueden* llevar las cosas mucho, mucho más lejos para favorecer los intereses propios, sino que se puede tener la certeza de que de hecho se *llevarán* mucho más lejos. Todos los incentivos apuntan en esta dirección, al igual que las necesidades culturales –nunca cuestionadas– del capitalismo moderno. ¿Por qué no han de seguir degradándose los valores de nuestra cultura si al degradarse el único resultado es que la gente que los degrada se hace cada vez más rica?

Cualquiera que realice el recorrido por Kansas City (Kansas) que recomienda la guía WPA de 1939 se dará cuenta de algo curioso: muchos de los lugares de interés ya no existen. Ya no está la

torre de la que se dice que es la más alta de la ciudad. Ni la “elaborada arquitectura de Renacimiento italiano” de la biblioteca pública. Ni las numerosas plantas de empresas cárnica. Ni la “vista panorámica” en el recodo del río Missouri donde arribó la expedición en barco de Lewis y Clark de 1803: el enclave desde el que se suponía que el viajero debía contemplar el paisaje ha desaparecido bajo la intrincada red de rampas de la autopista interestatal.

Este paisaje desfigurado es gran parte de la Kansas City que conoció mi padre: gracias a los días que pasó desde su infancia recorriendo sus calles en los desaparecidos tranvías, conoce el destino de las entonces grandiosas avenidas de la vieja metrópolis, las tiendas que ocupaban los edificios abandonados, el nombre y ubicación exacta de los barrios borrados del mapa. Recuerda las grandes bandas de música que tocaban en el salón de baile Pla-Moor, que fue demolido, las fotos de orgullosos artículos periodísticos donde aparecían ingenieros pegando billetes de dólar en su milésimo B-29 y las riadas de trabajadores que se dirigían a pie (una forma de transporte tan inconcebible en esta población en la actualidad como los barrios en los que vivían esos obreros) hacia el puente de James Street, ahora en desuso.

Al contemplar este panorama de desolación del Medio Oeste, este paisaje de fraternidad perdida y orgullo olvidado, no es raro preguntarse hasta dónde llegará todo este proceso. ¿Cuántos lazos afectivos estamos dispuestos a destruir? ¿Cuántos “jardines del mundo” vamos a abandonar a la esterilidad y la decadencia?

En mi opinión, bastantes. El sueño febril de martirio en el que se encuentra sumido el estado de Kansas tiene tanta fuerza como el sueño de justicia y fraternidad humana de John Brown. Y aunque el estado tenga que sacrificarlo todo –sus ciudades y su industria, sus granjas y sus poblaciones pequeñas, sus pensamientos y sus acciones– el brillo del espejismo no se difuminará. Kansas está dispuesta a llevarnos cantando hacia el Apocalipsis. Nos invita a unirnos a todos, a ofrecer nuestras vidas para que otros se beneficien en la cúspide; a renunciar para siempre a la prosperidad del americano medio en busca de una fantasía dorada de rectitud del americano medio.

Notas al pie

1. Ehrenreich, *Fear of Falling*, p. 196.
2. “La idea de que una clase alta ilustrada podría salvar al progresismo”, dice E. J. Dionne, “fue uno de los errores más graves de los progresistas. Esta postura ignoraba la cuestión electoral más básica: los votantes con más ingresos tienden a votar para salvaguardar sus propios intereses económicos y la mayoría de ellos, la mayoría de las veces, apoyarán a los conservadores. Los progresistas no pueden esperar que sustituirán los votos de los blancos con menos ingresos con las papeletas de una ‘coalición de conciencia’” (*Why Americans Hate Politics*, p. 12, 89-90).

Así es como Mike Royko, el columnista de Chicago, expresó la misma idea en 1972: “Cualquiera que reformase el Partido Demócrata de Chicago sin contar con los blancos probablemente sería como empezar su dieta disparándose en el estómago”. Citado en Mike O’Flaherty y Seth Sanders, “44,000,000 Ronald Reagan Fans Can’t Be Wrong!” *Baffler*, 15 (2002), p. 85.

3. Las estadísticas sobre los patrones de voto en los sindicatos son de “2000 Union Voter Survey”, un estudio encargado por el AFL-CIO (Federación Americana del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales) y llevado a cabo por Peter D. Hart Research Associates. Distintos miembros del sindicato comentaron que los temas que menos les importaban de las elecciones eran, por este orden: los valores morales, los impuestos y las armas. Le agradezco a Jim McNeill esta información.

* N.T. Personaje de la clase obrera tradicional de la serie de televisión *All in the Family* que se caracteriza, pese a su pertenencia a un sindicato, por sus prejuicios hacia las minorías, su intolerancia y su carácter reaccionario. En las elecciones Bunker apoya a Nixon y Reagan.

4. Véanse las meditaciones de David Brooks, tantas veces reeditadas, sobre la majestad populista de Wal-Mart, un gigante de venta al por menor que está haciendo todo lo posible para que lugares como las zonas rurales de Kansas se empobrezcan mediante la destrucción de los negocios de los pueblos, la reducción de los salarios, el colapso de los precios de los productos agrícolas, y de paso, cometiendo innumerables violaciones de la leyes laborales. “Paséate por uno de estos sitios”, escribía Brooks en un reportaje del 9 de junio de 2002 en *New York Times Magazine*, refiriéndose a Wal-Mart y a otras grandes superficies con descuentos, “y verás como estás en el nirvana del estadounidense medio. Puedes conseguir todo lo que necesitas para tener una vida plena y feliz”.

* N.T. La marca de ropa French Connection United Kingdom juega con el parecido de sus siglas con el término *fuck* [joder], estrategia que le traído muchas críticas pero también mucha popularidad entre los jóvenes.

EPÍLOGO II

EL APOCALIPSIS DE LA GUERRA DE VALORES*

La campaña presidencial de 2004, descrita a menudo por políticos de ambos partidos como la más importante de sus vidas, ilustró con numerosos ejemplos la utilización del Contragolpe como una estrategia electoral digna de análisis para los polítólogos durante las próximas décadas, de igual manera que los cadetes de la academia militar de West Point estudian las grandes hazañas de infantería y los alumnos de empresariales repasan las campañas de marketing que sacan millones de un anuncio con una melodía pegadiza.

El candidato demócrata, por su parte, adoptó el centrismo imperante en su partido, intentando acercarse al estadounidense medio, apoyó la guerra de Irak y desechó posturas de progresismo económico por temor a que le costaran el respaldo financiador del mundo empresarial. El riesgo de esta táctica de extrema precaución era que, al ofrecer tan poco a las bases del partido, los votantes demócratas tradicionales no tenían otra razón para acudir a las urnas el día de las elecciones que su rechazo a George W. Bush. Pero al menos, o esa era la idea, con este plan no habría peligro de que se atacara a los demócratas con las típicas acusaciones de tibieza progresista.

Para alguien que no estuviera familiarizado con la política estadounidense hubiera sido lógico pensar, al observar las estrategias en juego en 2004, que los demócratas eran el partido en el poder, dada la complacencia que mostraban y su poca disposición a criticar al presidente republicano. Mientras, los republicanos se decantaban por una opción totalmente distinta. Lo distintivo del conservadurismo del Contragolpe es que la postura política que adopta no es la del defensor del orden existente o la del aristócrata refinado sino la del trabajador medio al que ofenden las arrogantes imposiciones progresistas de la clase acomodada. Esta sensibilidad la resumió perfectamente durante la campaña Gary Bauer, antiguo candidato republicano a la presidencia, que explicó al *New York Times* que “el estadounidense de a pie no entiende por qué el mundo y su cultura cambian y por qué no tiene voz en estos cambios”¹. Son palabras poderosas, típicas de los lemas de lucha y búsqueda de la igualdad de la izquierda. El conservadurismo del Contragolpe, como nos recuerda el comentario de Bauer, parte de la indignación, no de la complacencia; se atribuye la voz de los sin voz, no de los poderosos. Y en este ciclo electoral alcanzó su expresión más completa y furiosa.

El único centrismo que se observó en el lado republicano fue el desfile de los moderados en la convención republicana del Madison Square Garden, en un ejercicio que parecía más diseñado con la intención de tranquilizar a los medios que de lograr más votos. Cuando las cámaras dejaban de grabar la historia cambiaba por completo y la campaña se convertía en lo que el estratega republicano Karl Rove llamaba unas “elecciones de movilización”, en las que la victoria sería del partido que lograra convocar mejor a sus fieles. En la práctica esto significaba que entraba en juego el más puro Contragolpe, con ingeniosas iniciativas en las votaciones de cada estado, multitudinarios mítines para politizar las iglesias e ideas paranoicas con las que se invitaba a los votantes a creer las peores maldades de los tiránicos esnobs progresistas, superando con mucho todos los ejemplos que he presentado en los capítulos anteriores. El comportamiento de Sam Brownback en la convención republicana ilustra perfectamente este caso. En su discurso ante los delegados y la mirada del resto del planeta, este ciudadano de Kansas tocado por la mano de Dios se presentó como un amable y bondadoso republicano que quería curar a los enfermos y detener las persecuciones religiosas en

todo el mundo; no obstante, en declaraciones realizadas ante una reunión privada de cristianos evangélicos utilizó el típico tono del Contragolpe, el del indignado victimismo del americano medio, quejándose ante un grupo de conservadores cristianos de que “la prensa nos machaca como si hubiera algo malo en la fe, la familia y la libertad”, y les animó a “ganar esta guerra ideológica”². Para las bases conservadoras, estas elecciones eran el Apocalipsis de la guerra de valores y ellos estaban en el lado que luchaba con el Señor.

Los residentes de Virginia Occidental y Arkansas recibieron correos electrónicos masivos de la Comisión Nacional Republicana en la que se les advertía de que los progresistas iban a prohibir la Biblia si se les dejaba. En otros estados se movilizaba a los votantes con propuestas de enmiendas constitucionales para contrarrestar la amenaza del matrimonio gay, que ya se había declarado ilegal en casi todos los estados pero que a pesar de todo los conservadores condenaban como una amenaza mortal e inmediata a la civilización misma. James Dobson, presidente de Focus on the Family [Lo Importante es la Familia], apoyó por primera vez a un candidato presidencial y, proclamando que “todos los valores que defendemos están en juego”, realizó mítines políticos ante multitudes de cristianos evangélicos de todo el país. Hasta los republicanos universitarios entraron en juego, difundiendo por todo el país cartas en las que se animaba a los destinatarios a enviar 1.000 dólares y un pin con la bandera para que el presidente supiera que “hay millones de personas que le entregan el escudo de Dios para protegerle ante los difíciles días que se avecinan”. Mientras, un grupo denominado American Veterans in Domestic Defense [Veteranos Americanos de la Defensa Nacional, AVIDD]³ adquirió el monumento a los diez mandamientos que se había retirado del Tribunal Supremo de Alabama el otoño anterior y lo exhibieron por todo el país para que esa reliquia sagrada, ese recuerdo tangible de la tiranía progresista y la persecución de los cristianos, metiera miedo en el corazón de los ateos y avivara las llamas del odio en los fieles.

Además de estas novedades en la guerra de valores, también se ofreció a los votantes una reposición del más antiguo de los melodramas del Contragolpe: la traición de los niños ricos durante la época de Vietnam⁴. Un grupo de antiguos compañeros de armas de Kerry que se autodenominó Swift Boat Veterans for Truth [Veteranos de Lanchas Patrulleras por la Verdad]* dio un paso adelante para declarar que el candidato era un mentiroso que no merecía las medallas que había ganado en combate y que sus posteriores actividades como pacifista equivalían a traicionar a los hombres con los que había luchado en el sudeste asiático. No importaba que las rabiosas acusaciones de este grupo se vinieran abajo ante el más mínimo análisis, de igual manera que no importaba que los altos cargos de la administración de Bush hubieran evitado ir a Vietnam mientras que Kerry fue voluntario, o que el Pentágono, dirigido por el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, convirtiera la guerra de Irak en una chapuza y hubiera enviando tropas al frente sin el equipamiento necesario. La versión del Contragolpe es más poderosa que los hechos, y según su mitología central los conservadores son *siempre* patriotas que trabajan duro, que aman a sus país, y se les persigue por ello, mientras que los progresistas, que son *siempre* ricos debiluchos o intelectuales hipnotizados por cualquier idea sofisticada, *siempre* dan la espalda a su país en cuanto tienen ocasión⁵.

Durante un tiempo, casi todas las noticias parecían confirmar la fantasía del Contragolpe. Por ejemplo, cuando los telediarios de la CBS investigaron en los años que pasó Bush en la Guardia Nacional y basaron sus conclusiones en documentos falsos, la vieja acusación de manipulación de izquierdas se convirtió de pronto en el tema estrella del momento. Mientras que las distorsiones de los veteranos compañeros de Kerry no habían desacreditado los esfuerzos de la campaña electoral republicana, la metedura de pata de la CBS se interpretó rápidamente, no como un error involuntario,

sino como una trama política, la prueba definitiva de que los grupos mediáticos del país iban a por los conservadores.

Después llegó un episodio que debe colocarse entre las estrategias electorales más desastrosas de los progresistas en toda la historia: en octubre el periódico británico *Guardian* lanzó una campaña para convencer a un condado de Ohio muy disputado de clase trabajadora que votara contra el presidente Bush. El plan consistía en que los lectores del *Guardian* en el Reino Unido escribieran cartas personales a los votantes de Ohio, cuyos nombres y direcciones había conseguido el periódico en los censos electorales. Pero, como era previsible, los ciudadanos de Ohio no se tomaron nada bien que unos listillos europeos les sermonearan sobre la estupidez de su líder nacional. De hecho, toda la historia encajaba tan a la perfección en la visión del Contragolpe que no hizo falta que columnistas y locutores de radio despoticaran contra los elitistas de izquierdas o “afeminados bebedores de té” que se las daban de saber más que ellos sobre lo que les convenía a los americanos, ya que la arrogancia del desafortunado incidente hablaba por sí sola⁶. El condado había ido a parar a las manos de Gore en 2000, pero en esta ocasión, al igual que el resto del estado y el país, eligió a Bush. ¿Y por qué no? Medios manipuladores, extranjeros engreídos: donde quiera que miraras el mundo se adaptaba a los estereotipos del Contragolpe.

Pero la evocación más poderosa del espíritu del Contragolpe viene de un testimonio personal, una historia de cómo un hombre se dio cuenta de que los progresistas no eran amigos de la gente de la calle sino precisamente lo contrario. En el pasado eran figuras como George Wallace, Norman Podhoretz y Ronald Reagan los que declaraban que ellos no habían dejado el Partido Demócrata sino que el Partido Demócrata les había dejado a ellos; en 2004 ese papel tradicional lo desempeñó Zell Miller, senador demócrata por Georgia, cuya estruendosa crítica a sus compañeros progresistas desde el estrado de la convención republicana causó gran regocijo entre las filas conservadoras. Aquí estaba Miller para asegurar a los creyentes en la visión del Contragolpe que todo lo que habían sospechado era verdad: que el verdadero problema de la política estadounidense era que los demócratas habían girado demasiado a la izquierda; que esos mismos demócratas estaban dirigidos por personas avergonzadas de su país que pensaban que “Estados Unidos es el problema, no la solución”; que su candidato presidencial era tan afrancesado –un típico insulto a los miembros decadentes de las clases altas– que “dejaría que fuera París quien tomara las decisiones cuando había que defender a América”⁷.

Curiosamente, se trata del mismo Zell Miller que había destacado como el temible guerrero de clases de la izquierda que lanzó aquel famoso ataque a Bush padre en un discurso de 1992 acusándole de “aristócrata” negligente que no sabía nada del trabajo duro y que después lanzó la memorable réplica contra Dan Quayle: “No todos podemos nacer ricos, guapos y afortunados, y por eso existe el Partido Demócrata”.

Pero en las elecciones de 2004 toda la rabia de clase estaba en el lado equivocado. Ahora eran los demócratas los cuestionados constantemente por su estilo de vida aristocrático, los que no parecían ser capaces de dar un paso sin pisar una mina que al estallar recordara su elevada posición. Y eran los agentes republicanos quienes se encargaban de soltar alegremente la palabra “elitista” contra los progresistas a la primera de cambio por sus comportamientos afectados propios de las clases altas. Por su supuesta pasión por el queso brie. Por el supuesto desconocimiento de sus esposas de las populares comidas con chile. Por su mansión. Por su yate. Por hacer snowboarding. Por el windsurf. Por las vacaciones con los famosos en la isla de Nantucket. La secretaria de comercio expresó la opinión de que Kerry “parece francés”. El líder de la mayoría republicana en el Congreso tomó la costumbre de empezar los discursos con el siguiente saludo: “Buenas tardes, o

como diría John Kerry: *¡Bonjour!*”. La Asociación Nacional del Rifle (NRA) creó una imagen que resumía de forma brillante toda la campaña: un caniche francés cuidadosamente trasquilado con un lazo rosa y una camiseta apoyando la candidatura de Kerry bajo el lema “Este perro no sabe cazar”⁸.

Y ahora era el hijo con acento texano de un aristócrata el queatraía a muchedumbres de admiradores en las moribundas poblaciones que vivían de la siderurgia y la minería. Era el enemigo declarado del sindicalismo el que convencía a tanta gente con discursos en público llenos de plegarias de que él “compartía nuestros valores”. El hombre que había bajado los impuestos a los dividendos de la bolsa y a las grandes fortunas heredadas se presentaba ahora, según el eslogan más revelador de la campaña, como “uno de nosotros”.

George W. Bush era auténtico; John Forbes Kerry, como todos los progresistas, era un pusilánime afectado, un elitista de Boston que no tenía ni idea de las luchas de la gente normal y corriente. A lo largo de la campaña electoral no dejé de oír ejemplos de esta forma de conciencia de clase trágicamente invertida: la señora de la limpieza que votaba a Bush porque no podía soportar que un rico llegara a presidente; los incontables votantes que se quedaron sin televisión por cable porque no podían pagar las facturas pero a pesar de todo llevaban pegatinas de apoyo a Bush en sus coches.

Con todo, el caso más penoso fue uno que vi con mis propios ojos: el del estado de Virginia Occidental, uno de los más pobres del país, atravesando un proceso de transformación en un reducto conservador. Se trata de un lugar en el que la mayor empresa privada es Wal-Mart y durante décadas se han librado batallas sangrientas entre los trabajadores y los propietarios de las minas que generaron una forma especialmente resistente de conciencia de clase. No es el típico lugar que vaya a ganar mucho con los recortes fiscales de Bush y su ofensiva contra los sindicatos. Pero si la clase social es una cuestión de autenticidad cultural y no de intereses materiales, John Kerry tenía las mismas oportunidades en este estado que el caniche de la NRA de cazar un pato. Mientras recorría los valles de Virginia Occidental y sus remotas poblaciones mineras, vi carteles de Bush hasta en las viviendas más humildes y las casas prefabricadas. Casi todos los votantes con los que hablé me decían que pensaban votar a los republicanos por sus opiniones respecto al aborto y la posesión de armas⁹. En la ciudad de Charleston un activista conservador me dijo que “cuando ves fotos de Bush en su rancho en Tejas, con vaqueros y un sombrero de cowboy, sabes que es auténtico. Yo fui a verle a Beckley hace un par de semanas y se veía que toda aquella gente, cuatro mil personas, le quería. Le querían. De una manera personal. Eso es algo que no puedes conseguir de forma artificial. Le quieren. Conectan con él, piensan que él les entiende y yo creo que es verdad”. Bill Clinton, Michael Dukakis y casi todos los demás candidatos demócratas desde Roosevelt ganaron en Virginia Occidental, pero esta vez los republicanos se impusieron por un convincente margen del 13%.

La impresión de que George W. Bush “entiende” las luchas de las clases trabajadoras se logró con la involuntaria ayuda de la campaña demócrata. Una vez más, el “partido del pueblo” prefirió sacrificar su visión económica progresista que le había ganado el apoyo de la gente por el altar del centrismo. Con un ejército de asesores, muchos de los cuales trabajan para las grandes corporaciones en los años en los que no hay campaña electoral, Kerry optó por no poner mucho énfasis en la corrupción imperante en Wall Street, o en denunciar las prácticas empresariales de Wal-Mart, o en dedicarle tiempo a hablar sobre la cuestión del salario mínimo¹⁰. La estrategia tenía una ventaja clara: la recaudación de fondos de Kerry fue casi igual a la del candidato republicano, mientras los periódicos rebosaban de apasionantes artículos sobre los millonarios de la Nueva Economía que ofrecían su magia emprendedora a los demócratas, y las páginas de sociedad daban jugosos detalles sobre las tácticas puestas en práctica por mujeres ricas de la alta sociedad para conseguir más

fondos¹¹. Y sin embargo no puede haber ninguna duda sobre los efectos reales de esta estrategia en última instancia. Como dijo el periodista Rick Perlstein en una crónica postelectoral: “Para un partido cuya principal ventaja competitiva frente a la oposición es su credibilidad a la hora de proteger a la gente de la inseguridad económica, cualquier cosa que comprometa esa credibilidad es desastroso”¹².

El abandono de los ideales progresistas en materia económica también impidió que los demócratas sacaran partido a la mayor contradicción de sus rivales electorales, es decir, la tendencia de los republicanos a dejar en segundo plano las cuestiones de los “valores” una vez que acababan las elecciones. Puede que los republicanos parecieran los auténticos guerreros de Dios desde las calles de Beckley en Virginia Occidental, pero por lo que vi en las celebraciones de la convención republicana era obvio que seguían siendo los defensores del mundo empresarial, cortejando a los más poderosos de sus votantes con su lenguaje habitual. Esa era la lógica presente en la fiesta de la joyería de la Quinta Avenida en honor de David Dreier –el hombre fuerte de Bush en sus planes de privatización de la Seguridad Social–, llena de asistentes con trajes a rayas y pequeñas bolsas rojas de regalos. Era también la lógica del opulento festejo de Grover Norquist en nada menos que el Club Náutico de Nueva York, donde caballeros y damas engalanados celebraban las bajadas de impuestos y se reían de las condecoraciones a los muertos o heridos en la guerra¹³ mientras recordaban proezas náuticas de la época del capitalismo salvaje de finales del siglo XIX, cuando los impuestos eran bajos, la mano de obra barata y todo estaba en orden en el mundo.

La más grandiosa de todas fue la fiesta organizada por un consorcio de grupos conservadores en el Gotham Hall de Manhattan, un tenebroso edificio que antes alojaba un banco y ahora, con sus columnas de granito y su bóveda dorada, recuerda al Panteón de Roma. En las numerosas barras del evento se servía, cómo no, agua noruega, cerveza belga y whiskey escocés a abogados de empresas y satisfechos agentes de Wall Street. La ocasión de la fiesta era un programa especial del locutor de radio Michael Reagan: el hijo del ex presidente se sentó en una galería por encima del escenario mientras las grandes celebridades del movimiento (entre ellos vi al musculoso J. C. Watts y la esquelética Ann Coulter) iban pasando en fila india como acorazados por el canal de Panamá ante el micrófono para soltar su ataque personal antielitista. Las superestrellas conservadoras celebraron su evento populista, los millonarios brindaron por sus héroes, y justo debajo de la bóveda del Gotham Hall vi una inscripción curiosamente adecuada al acontecimiento: “Si se tiene poco, no se puede perder mucho. Si se tiene mucho, hay que protegerlo”.

La guerra de valores contribuyó a proteger en gran medida los valores de los que tenían mucho en 2004. La mañana después de las elecciones los progresistas del país se sorprendían al oír que, según las encuestas a pie de urna, los “valores morales” eran muy superiores a todos los demás temas a la hora de determinar las opciones de los votantes¹⁴. Ese mismo día, algo más tarde, el presidente Bush, que había de ser reelegido, presentaba sus objetivos legislativos para el segundo mandato. Hacer que Estados Unidos fuera un país más moral no era una prioridad. En cambio, los objetivos eran principalmente económicos: iba a privatizar la Seguridad Social de una vez por todas y a “reformar” las leyes federales de impuestos. “Otro ganador es el mundo de las grandes empresas”, declaraba un titular del *Wall Street Journal* el 4 de noviembre, mientras empresarios de todo el país celebraban el resultado electoral como un visto bueno a los procesos de deslocalización y desregulación. La bolsa subió casi un 8% en las semanas restantes del año, en una vorágine alcista que anticipaba las lucrativas medidas que los republicanos iban a tomar con su renovado capital político.

En los círculos oficiales de Washington, las cuestiones de valores parecían disiparse como humo

una vez que acabaron las elecciones. El senador republicano Arlen Specter, posteriormente presidente de la poderosa Comisión Judicial del Senado, sólo esperó un día a que Bush hubiera sido elegido presidente para informar a la nación de que su comisión no iba a nominar a jueces que fueran a acabar con el derecho al aborto. La gran cruzada contra el matrimonio gay, que tanto había favorecido a los republicanos en tantos estados, se abandonó casi por completo desde la presidencia en enero. Al fin y al cabo, había cuestiones más apremiantes: la guerra con los abogados especializados en litigios multimillonarios contra empresas, por ejemplo, o la necesidad de convencer a la gente de que el sistema sanitario para la tercera edad, de sólidos cimientos, está en crisis¹⁵.

Mientras, los aturdidos demócratas organizaban tablas redondas en Washington, escribían sombríos editoriales en los que replicaban que ellos también tenían valores y se retiraban a sus hogares en Navidad para lamerse las heridas. Pero los paladines del Contragolpe ni descansaron ni bajaron la guardia y no perdieron tiempo ante lo propicio de la ocasión. Los triunfales conservadores, lejos de declarar una tregua navideña, intentaron sacar partido a su ventaja extendiendo el gran pánico navideño de 2004. De repente la Navidad era la época apropiada para sentirse indignado y los analistas de la derecha de todo el país crearon un clamor colectivo sobre cómo la élite progresista había arruinado la festividad preferida de todo el mundo con su infernal determinación por suprimir las inocentes tradiciones del buen cristianismo del americano medio. La provocación fue la decisión de unas cuantas poblaciones y distritos escolares (como siempre, todos los ataques del Contragolpe se basaban en los mismos tres o cuatro ejemplos) de quitar los belenes de la entrada de los ayuntamientos y eliminar los villancicos en las fiestas de los colegios públicos. La respuesta fue un multitudinario ejercicio colectivo de manía persecutoria. Los locutores de radio se unieron a los columnistas de los periódicos y los líderes evangélicos, presentándose como humildes ciudadanos de a pie a los que aplastaba la bota del arrogante progresismo, del “fascismo cultural”, de los “yihadistas de izquierdas que perseguían a Jesús”, “los nazis progresistas antinavideños”, los que creen que “Dios es el enemigo”. “Flagrante intolerancia religiosa”, protestaba un columnista. Negación de “los derechos de la gente a practicar su religión en libertad”, coincidía otro. “La auténtica libertad de credo para los cristianos está cada vez más amenazada”, añadía un tercero. “Las organizaciones de izquierdas quieren llevar a cabo una agresiva refundación de Estados Unidos a imagen y semejanza de su credo ateo”, opinaba Jerry Falwell. “odian la idea de la Navidad con un profundo odio visceral”, resumía Pat Buchanan¹⁶.

Sean Hannity se unió con Michael Medved para sacar un CD en el que los dos se dedicaban a deplorar, según un anuncio, “la reciente ofensiva de ataques culturales contra los aspectos cristianos de la Navidad”. Paul Werych se imaginaba víctima de una panda de matones progresistas que quería “ajustar cuentas con Dios” y aconsejaba a los lectores que fueran valientes y se enfrentaran a ellos diciendo: “Estamos aquí. No nos vamos a ir. Ni tampoco la Navidad. Haceos a la idea”. Como es habitual Ann Coulter sacó a relucir el mejor sarcasmo de mayoría perseguida, confesando a sus lectores que ella “pertenece a un pequeño culto religioso que celebra el nacimiento de Jesús”. Bill O'Reilly advertía de un “movimiento bien organizado” que seguía la “estrategia de minimizar el nacimiento de Jesús” porque, caramba, la religión “impide el matrimonio gay, el derecho al aborto, el uso legal de narcóticos, la eutanasia y muchas otras causas laicas”. (Un conservador mucho menos conocido añadía a esta visión su asombroso descubrimiento de que los progresistas comenzaron su “ataque coordinado contra la Navidad casi inmediatamente después de que el senador Kerry admitiera su derrota”, demostrando de este forma que formaba parte de su siniestro plan en las elecciones de 2006 y 2008)¹⁷.

En todo el país se celebró una Navidad como Dios manda al viejo estilo republicano –como las que siempre ha habido, aunque algo más susceptible– que puso fin a otro año malo para los progresistas. Los chiquitines de ojos radiantes apenas podían dormir tras enterarse de que los buenos americanos eran humillados por progresistas maquinadores desde los medios de comunicación y consejos escolares. Los padres de recta moral fantaseaban con desafiar a la Gestapo progresista cada vez que pronunciaban la subversiva expresión “Feliz Navidad”. Visiones de nobles ciudadanos perseguidos se proyectaban en la mente de todo el mundo, mientras los desconcertados demócratas se metían en la cama para hibernar durante otro largo invierno.

18 de enero de 2005

Notas al pie

* Apéndice añadido tras las elecciones presidenciales de noviembre de 2004.

1. Conviene recordar que Bauer es hijo de un conserje y que la organización que dirige lleva el nombre inconfundiblemente proletario de Campaña para las Familias Trabajadoras. “Democrats in Red States: Just Regular Guys”, *New York Times*, 22 de agosto de 2004.

2. Brownback intervino ante la convención en la hora de máxima audiencia del 31 de agosto; la reunión de cristianos conservadores se llamó Mitin por la Fe, la Familia y la Libertad, y para tratarse de un acontecimiento que en teoría no pretendía la cobertura mediática, generó gran seguimiento entre los medios. Véase: David Kirkpatrick, “A Senator’s Call to ‘Win This Culture War’”, *New York Times*, 1 de septiembre de 2004, y Julia Duin, “GOP Keeps Faith, But Not in Prime Time”, *Washington Times*, 1 de septiembre de 2004. En la misma reunión, los republicanos estrenaron una película llamada *George W. Bush: Faith in the White House*, distribuida posteriormente en las iglesias de todo el país, en la que se caracteriza al presidente, en palabras del columnista del *New York Times* Frank Rich, como “el guerrero imprescindible e insustituible de Dios en la Tierra”. Frank Rich, “Now on DVD: The Passion of the Bush”, *New York Times*, 3 de octubre de 2004.

3. En su página web, AVIDD describe su misión declarando que los “veteranos norteamericanos han defendido Estados Unidos contra sus enemigos extranjeros. Tenemos numerosos enemigos interiores sueltos en nuestro querido país”. La organización también ofrece amablemente una lista para aclarar cuestiones para los perplejos, en la que incluye entre los “enemigos interiores” al “sistema judicial”, la Reserva Federal, Hacienda, el sindicato de profesionales de la educación NEA, la fundación ACLU –que lucha por los derechos y libertades individuales garantizados en la Constitución–, los “medios manipulados por los progresistas y socialistas” y la “Conspiración de una Industria Inmoral del Cine”. Véase <http://www.avidd.org/template.php?page?=enemies>.

4. La supuesta riqueza de los miembros del movimiento pacifista de los sesenta casi siempre se menciona en las quejas conservadoras sobre dicha época. Por ejemplo, el panfleto anti-Kerry publicado por la American Conservative Union señala que “al igual que muchos niños de padres ricos, John Kerry se unió a la denominada Nueva Izquierda en su implacable ataque contra Estados Unidos”. *Who is John Kerry?*, p. 51.

* N.T. Los *swift boats* son pequeñas embarcaciones para acciones militares como la que Kerry dirigió durante la guerra de Vietnam.

5. El resentimiento de clase siempre late por debajo de la superficie en las acusaciones de los veteranos de Swift Boat. Los anuncios televisivos difundidos por el grupo se esmeraban en recalcar lo corriente de los empleos de los veteranos, y en un reportaje del *Washington Post* sobre el grupo se indica, tras señalar que el verdadero problema que tienen con Kerry es su implicación con el pacifismo, que “mientras Kerry se lanzaba a una destacada carrera política, ellos trabajaban de profesores, contables, topógrafos y trabajadores de yacimientos petrolíferos. Cuando se presentó a la presidencia, apoyándose en parte en su historial militar, su resentimiento estalló”. 22 de agosto de 2004, p. 1.

6. Cuando me enteré de la campaña de cartas británica, no podía creer que alguien tuviera tal desconocimiento de la sensibilidad política estadounidense como para hacer algo así, o al menos que hiciera algo así de manera *honesta*, es decir, apoyando al candidato que querían que ganara de verdad. Pero así fue. Véase Peronet Despeignes, “Brits’ Campaign Backfires in Ohio”, *USA Today*, 4 de noviembre de 2004, y Andy Bowers, “Dear Limey Assholes...”, *Slate*, 4 de noviembre de 2004, <http://www.slate.com/Default.aspx?id=2109217&>. El epíteto “afeminados bebedores de té” aparece en una de las muchas respuestas de residentes en Ohio al *Guardian*, según *USA Today*.

7. Casi tan interesante, al menos para mí, fue el hecho de que Zell Miller no se hubiera dado cuenta de todo esto hasta 2004. Había sido demócrata desde los cincuenta; todas sus acusaciones habían sido parte del Contragolpe durante décadas, y había dejado pasar los sesenta de Barry Goldwater y George Wallace, los setenta de Archie Bunker y Dirty Harry, los ochenta de Ronald Reagan, y los noventa de Newt Gingrich para decidir que ya era hora de pasarse a la derecha. El Contragolpe tiene una cualidad verdaderamente eterna.

8. De hecho, los caniches *son* perros de caza, criados hace cientos de años para cobrar patos del agua. Su pelo se trasquilaba así para ayudarles en este propósito, manteniendo su cuerpo y sus articulaciones calientes en el agua al mismo tiempo que el resto del cuerpo está libre del estorbo del pelo. Véase “Why Are Poodle Haircuts So Weird?” en *Slate*, <http://slate.msn.com/id/2095247>.

9. En este sentido estaban siguiendo los consejos de Charlton Heston, que recorrió el estado durante la campaña de 2000, animando a los votantes a romper con su tradicional apoyo a los demócratas con la fantasiosa idea de que los demócratas iban a acabar con su derecho a tener armas y de que este falso temor era mucho más importante que temas económicos “marginales”. Como dijo Heston en un discurso, “tenéis que olvidar lo que digan los sindicalistas o los presentadores de televisión... Olvidad todas las cuestiones marginales y votad libertad”. Visité Virginia Occidental en compañía de Serge Halimi, editor de *Le Monde Diplomatique*. Para leer más sobre lo que

vimos, véase <http://mondediplo.com/2004/10/02usa>.

10. Sobre los asesores de campaña de Kerry, véase Anna Sullivan, "Fire the Consultants", *Washington Monthly*, enero/febrero 2005. Sobre las conexiones empresariales de los asesores, véase la entrada del blog de Doug Ireland el 8 de septiembre de 2004, http://direland.typepad.com/direland/2004/09/jesse_jackson_1html. Sobre la falta de crítica por parte de Kerry a los republicanos por los numerosos escándalos de los años anteriores, véase el texto de Frank Partnoy "Why Nobody Mentioned Markets", en el *Financial Times* del 20 de octubre de 2004. Véase también el ensayo de Eliot Spitzer en el *New Republic* del 22 de noviembre de 2004, en el que el mismo argumento se presenta en mayor detalle, junto con la idea de que John Kerry era, irónicamente, el hombre perfecto para realizar esa crítica, puesto que había sido uno de los pocos demócratas nacionales que había apoyado a Spitzer en sus esfuerzos por limpiar la industria de los fondos de inversión.

11. Sobre los millonarios de la Nueva Economía, véase Matt Bai, "Wiring the Vast Left-Wing Conspiracy", *New York Times Magazine*, 25 de julio de 2004. Sobre las mujeres de alta sociedad, véase Diana Kapp, "Insider", *San Francisco*, junio de 2004, que detalla los esfuerzos de dos "obsesas de los zapatos" de Bay Area para convencer a sus compañeras "del estilismo" que donaran su presupuesto para zapatos a la campaña de Kerry.

12. Véase "The Wal-Mart Factor", *Boston Globe*, 7 de noviembre de 2004, donde Perlstein critica a los demócratas por no aprovechar el gran tema del año: la extendida insatisfacción de la gente con el modelo de grandes almacenes de Wal-Mart.

13. Durante esta fiesta me dieron una tira decorada con un Corazón Púrpura (condecoración del ejército estadounidense otorgada en nombre del presidente a los heridos o muertos en servicio) grapada en una nota en la que se ridiculizaban las heridas de guerra de Kerry. El mensaje evidente era que si a un progresista le daban el Corazón Púrpura, es que esta condecoración era una broma. Muchos de los asistentes llevaron la tira puesta toda la fiesta.

14. Los "valores morales" importaban más al 22% del electorado (un 80% de los cuales votó al presidente Bush), mientras que el tema "economía/empleo" importaba a un 20% y el "terrorismo" e "Irak" a un 19% y 15% respectivamente. Esta encuesta ha sido muy criticada posteriormente por su vaguedad y con razón. Por ejemplo, mientras que las otras opciones eran muy específicas, "valores morales" no estaba definida en modo alguno. ¿A qué se refería esta opción? ¿Acaso la preocupación por la economía o la guerra en Irak no eran una cuestión de moral? Mi sospecha es que la pregunta estaba diseñada para identificar de forma específica a los votantes implicados en la guerra de valores, ya que "valores" había sido un eslogan habitual en la campaña de Bush. Sin embargo, si lo pensamos, no hay crítica capaz de subestimar ese 22%. Como tampoco se puede pasar por alto la sorpresa con que se acogió el resultado en los círculos progresistas.

15. Sobre el abandono de la Enmienda Federal del Matrimonio por el presidente, véase la infame entrevista concedida por Bush al *Washington Post* el 15 de enero de 2005. Véase también el ensayo de Robert Borosage, "Shafting Kansas", que apareció en TomPaine.com el 31 de diciembre de 2004.

16. "Fascistas culturales": de una nota de prensa distribuida por William Donohue de la Liga Católica por los Derechos Religiosos y Civiles, del 1 de diciembre de 2004, ampliamente difundida por internet (http://www.catholicleague.org/04press_releases/quarter4/041201_c-word.htm). "Yihadistas de izquierdas" y "Dios es el enemigo": de un ensayo de Mac Johnson en la web de *Human Events* (*Human EventsOnline*), fechada el 30 de diciembre de 2004. "Flagrante intolerancia religiosa": de un editorial de radio escrito por Connie Mackey, producido por el Consejo de Investigación de la Familia y fechado el 6 de diciembre de 2004. "Derechos de la gente a practicar su religión en libertad": de "ACLU Christmas Haters", de Kaye Grogan, fechado el 10 de diciembre de 2004, disponible en la página web de RenewAmerica, una organización dedicada a la política de Alan Keyes (<http://www.renewamerica.us/columns/grogan/041210>). "Auténtica libertad de credo para los cristianos": de "Mistletoe, Snow and Subpoenas?", de Eve Arlia, fechado el 10 de diciembre de 2004 y disponible en la web de Mujeres preocupadas por América ("Concerned Women for America", <http://www.cwfa.org/articles/7013/LEGAL/freedom/>). Falwell: "The Impeding Death of Christmas?", *Insight on the News*, 13 de diciembre de 2004. Buchanan: "Do They Know It's Christmas", *The American Conservative*, 17 de enero de 2005 (el ensayo también apareció en numerosas webs en diciembre de 2004).

17. El CD de Hannity/Medved, *Keeping Christ in Christmas*, se anunciaba de esta manera en una de las páginas web de Family (<http://www.family.org/resources/itempg.cfm?itemid=5111&refcd=OL05XRDRC&tvar=n>). Weyrich: "Make a Difference with 'Merry Christmas'", ensayo fechado el 20 de diciembre de 2004 que apareció en la web de GOPUSA además de en *Insight on the News* y la web de la fundación Free Congress de Weyrich. Coulter: "Merry Christmas, Red States!", *Human EventsOnline*, 23 de diciembre de 2004. O'Reilly: "Christmas Haters Have an Agenda", *New York Daily News*, 13 de diciembre de 2004. "Ataque coordinado contra la Navidad": de "How (and Why) the Left Stole Christmas", escrito por Noel Sheppard y fechado el 15 de diciembre de 2004; curiosamente se puede encontrar en una website llamada *IntellectualConservative.com*. El esfuerzo de Sheppard incluye un villancico navideño que dice: "Es horrible que NO parece Navidad / Allá donde vayas / Los izquierdistas están dándole otra vez, utilizando a sus presentadores / En una campaña para extender el desprecio".

DATOS SOBRE LAS ENTREVISTAS

Con el senador estatal David Adkins. En Prairie Village, Kansas, el 29 de abril de 2003.
Con David Bawden. En Delia, Kansas, el 27 de enero de 2003.
Con Michael Carmody. En Wichita. 4 de mayo de 2003.
Con Alan Cobb. En Topeka. 24 de julio de 2002.
Con Mary Kay Culp. En Shawnee. 23 de septiembre de 2002.
Con Hill Docking. En Wichita. 1 de mayo de 2003.
Con José Flores. Por teléfono. 30 de enero de 2003.
Con Mark Gietzen. En Wichita. 25 de agosto de 2003.
Con Dan Glickman. Por teléfono. 20 de septiembre de 2002.
Con Tim Golba. En Olathe. 2 de septiembre de 2002.
Con Bud Hentzen. En Wichita. 1 de mayo de 2003.
Con Wes Jackson. En Salina. 2 de mayo de 2003.
Con Steve Kraske. En Kansas City (Missouri). 4 de septiembre de 2002.
Con Chuck Kurtz. Por teléfono. 28 de septiembre de 2002.
Con el diputado estatal Bruce Larkin. Por teléfono. 29 de enero de 2003.
Con Jim Lawing. En Wichita. 1 de mayo de 2003.
Con Sue Ledbetter. En Wichita. 4 de septiembre de 2002.
Con el catedrático Burdett Loomis. Por teléfono. 17 de julio de 2002.
Con el diputado estatal Rocky Nichols. En Topeka. 27 de enero de 2003.
Con la senadora estatal Kay O'Connor. En Olathe. 21 de noviembre de 2002.
Con Judy Pierce. En Wichita. 5 de septiembre de 2002.
Con Arturo Ponce. Por teléfono. 9 de mayo de 2003.
Con Carol Rupe. En Wichita. 30 de abril de 2003.
Con Penny Schwab. En Garden City. 3 de mayo de 2003.
Con el catedrático Donald Stull. Por teléfono. 29 de enero de 2003.
Con Dwight Sutherland hijo. En Prairie Village. 22 de diciembre de 2002.
Con el diputado estatal Dale Swenson. Por teléfono. 8 de febrero de 2003.
Con Donn Teske. Por teléfono. 30 de enero de 2003.
Con Frank Velázquez. Por teléfono. 1 de julio de 2003.
Con la senadora del estado Susan Wagle. En Andover. 5 de mayo de 2003.
Con el catedrático Bill Wagnon. En Topeka. 24 de julio de 2002.
Con Whitney Watson. En Shawnee. 21 de julio de 2002.
Con Duane West. Por teléfono. 8 de mayo de 2003.
Con Bob Wood. En Wichita. 4 de septiembre de 2002.

NOTAS SOBRE LA CAMPAÑA A LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE ESTADOS UNIDOS DE NOVIEMBRE DE 2008*

Los conservadores y su carnaval de fraude 25 de junio de 2008

Me pregunto si, en los años del optimista amanecer de nuestra era conservadora, todos aquellos evangelistas seguidores de Adam Smith y enemigos de la intervención del Estado tenían idea de que estaban allanando el terreno para un personaje como el traficante de armas de 22 años Efraim Diveroli.

Diveroli, cuya imagen despeinada y mirada ligeramente confusa me recuerda a Jeff Spicoli, el personaje constantemente fumado de la película de 1982 *Aquel excitante curso*, fue el inverosímil adjudicatario de un contrato otorgado en 2007 por el gobierno para suministrar municiones a nuestros aliados en Afganistán.

El problema es que las municiones que vendió eran una auténtica estafa. El material, viejo y en gran parte defectuoso, procedía de China, con quien el Pentágono no tiene intercambios militares. Diveroli ha sido acusado en Florida de varios cargos, entre ellos el de presunto intento de defraudar al Estado.

¿Cómo es posible que un chaval que apenas parece capaz de comprar una lata de cerveza se haga con un contrato de defensa de 300 millones de dólares?

Será curioso ver las conclusiones del juicio. Quizás la historia de Diveroli sea la que finalmente sitúe la atención del público en el carnaval del fraude, el despilfarro y la especulación lucrativa que caracterizan a nuestro sistema de gobierno subordinado a la gran empresa. Quizá sea el caso que nos convenga para que les preguntemos a los políticos por qué contratan a Blackwater para hacer el trabajo de los marines y pagan a Kellogg Brown & Root (KBR) para que se encargue de la logística allá donde va el Ejército.

Y quizá se ponga en cuestión uno de los grandes dogmas de los gobiernos conservadores. Aunque es cierto que la externalización a empresas de los grandes contratos gubernamentales es objeto de alabanzas por los principales pensadores de ambos partidos y se ha puesto en práctica de una u otra forma desde los primeros días de la república, el compromiso ideológico con la subcontratación es uno de los grandes rasgos distintivos del gobierno conservador.

Las justificaciones pretendidas en principio eran el ahorro y la eficiencia. La “Comisión de Gracia” de 1984, en la que una legión de ejecutivos empresariales encargados de identificar áreas de despilfarro desvalijó al Estado, recomendó privatizar las actividades estatales como forma de ahorrar dinero. Ante el enorme déficit de la administración, el Estado tuvo que subcontratar servicios a las empresas para salvarse.

El argumento ideológico era muy claro: lo que el Estado puede hacer, el sector privado lo hace mejor, más rápido y más barato.

Pero había otra perspectiva ideológica tácita: cada empleo federal privatizado era un empleo arrebatado de las garras de la odiada burocracia de Washington. Cada dólar externalizado significaba tanto menos para los sindicatos burocráticos y tanto más para las amables empresas, los lobbies bien relacionados y los comités empresariales de acción política.

En la era Bush, la idea se llevó hasta el extremo en las grandes iniciativas nacionales –la ocupación de Irak, la gestión del desastre del huracán Katrina y el Departamento de Interior–,

confiándose la mayoría de tareas de la administración a empresas privadas. De vez en cuando leemos sobre trabajadores del Estado que dejan su empleo en la empresa pública para hacer el mismo trabajo por el doble de salario en una compañía privada.

También se oye hablar de los esfuerzos por cerrar o externalizar las agencias encargadas de supervisar las subcontratas. La semana pasada, el *New York Times* informaba sobre las penurias que soportaba un alto mando del Ejército encargado de los contratos con empresas, al que no le cuadraban los enormes gastos, poco desglosados, que suponían las actividades de Kellogg Brown & Root en Irak. Cuando amenazó con suspender los pagos a la compañía –¡a quién se le ocurre!– cayó en desgracia y el Ejército subcontrató su trabajo a una compañía que aceptó las cifras presentadas por la empresa.

Hay un hecho sobre la externalización de las funciones del Estado que resulta evidente: no ahorra dinero. Un periodista del *Washington Post* que examinó los contratos de reconstrucción tras el Katrina en 2006 vio que la “diferencia entre el precio real del trabajo y la tarifa cobrada a los contribuyentes iba desde el 40 hasta el 1.700 por ciento”. Para cubrir los tejados dañados con lonas, algunas empresas cobraron al Estado 1,50 dólares por metro cuadrado, mientras que otras hicieron el trabajo por menos de 10 centavos. ¿Quién se quedará con la diferencia?

La privatización también constituye un cambio fundamental en los agentes ante los que tiene que responder el gobierno. El periodista Tim Weiner estima que, en 2006, en torno a la mitad de la gente que trabajaba para la CIA en Irak y el Centro Nacional de Contraterrorismo eran empresas privadas, antiguo personal de la CIA que ya no tenía que darle cuentas al pueblo estadounidense sino a sus jefes. [...] Entre los nuevos empleados de la CIA, según Weiner, el lema es “Entra, sal y a cobrar”.

Los días en los que los conservadores se quejaban de la burocracia y exigían eficiencia en Washington parecen cosa del pasado. Cuando finalmente consiguieron poner en práctica sus teorías, los conservadores se las apañaron para conseguir uno de los mayores sistemas de despilfarro de la historia.

Ha llegado el momento de crear una nueva “Comisión de Gracia”, esta vez para que analice la sórdida historia de la privatización con todo detalle. El presidente Barack Obama debería hacerlo el primer día después de las elecciones.

La excursión europea de Obama 30 de julio de 2008

Mientras contemplaba la furia desatada por la derecha contra Barack Obama tras su discurso en Berlín no pude sino pensar en el pobre Coyote, tirándose de los pelos impotente mientras el Correcaminos atraviesa sin daño alguno una de sus trampas cuidadosamente preparadas.

A lo largo de los años los conservadores han empleado un capital considerable y han disfrutado de un considerable éxito convirtiendo a la “vieja Europa” en un auténtico sinónimo de todo lo que es afectado, esnob, refinado y, en suma, extranjero del elitismo. “Europa” era un simbolismo que creían haber moldeado más allá de la vuelta atrás, un pozo que habían envenenado para siempre.

¿Quién no recuerda cómo las patatas se rebautizaron como “Freedom Fries”, en lugar del antiguo nombre de “French Fries”? O cómo se decía que John Kerry tenía “pinta de francés”, o lo equivocados que están los europeos con sus seguros públicos de sanidad y su incapacidad para arrodillarse ante el Todopoderoso.

Pero de repente llega el senador Obama, haciéndole el juego al Contragolpe, dirigiéndose a una

multitud de 200.000 alemanes entusiasmados que ovacionaban al líder democrata mientras atravesaba el campo de minas de la guerra cultural.

Y qué capacidad para encolerizarse la de la derecha. El locutor de radio Rush Limbaugh insistió en su micrófono de oro que los devaneos de Obama eran otro ejemplo, cómo no, de elitismo progresista. “No vengáis a decírnos que somos idiotas contándonos lo listos que son los europeos”, escupió, canalizando el orgullo herido del corazón estadounidense.

A algunos la elección de Berlín les pareció siniestra y reveladora. Otros, que intentaron desesperadamente negar las anteriores visitas de Obama a las bases militares, le criticaron por no visitarlas más a menudo. Pero lo que más ira provocó fue la presentación de Obama ante los berlineses “como un conciudadano del mundo”, lo que generó unas estremecedoras especulaciones entre algunos conservadores sobre estas ambiciones de “un solo mundo”.

Cualquiera que analice el discurso de Berlín sin el prejuicio de que Obama es un demonio defensor del proletariado verá que está lleno de universalismo vacío. El internacionalismo del senador, lejos de tener un fondo vagamente comunista, me recordó a la insignia “Ciudadano del Mundo”, una de las primeras condecoraciones al mérito que reciben los Boy Scout.

Pero, a continuación, el elocuente senador nos lleva de regreso a la era del triunfalismo del Nasdaq. La relevancia fundamental de Berlín, según Obama, es que es un sitio “donde cayó un muro”, un acontecimiento que pronto hizo que cayeran “otros muros en todo el mundo. Desde Kiev a Ciudad del Cabo... las puertas de la democracia se abrieron. Los mercados se abrieron también y la difusión de la información y la tecnología redujo las barreras a la oportunidad y la prosperidad”.

Quizá algunos quieran ver en estas palabras un guiño a Rosa Luxemburgo. A mí me recuerdan un anuncio de Merrill Lynch del embriagador año 1999, en el que se ve a una niña de 10 años en mitad de escenas de gozosa liberación en Berlín y Suráfrica. Toda la gente del mundo estaba unida entonces, supuestamente bajo la mirada benevolente de Una Gran Casa de Valores.

La versión impresa del anuncio, un resumen del alucinitorio momento que se vivía, dice así: “El Mundo tiene diez años. Nació el día en que cayó el Muro en 1989... La extensión del libre mercado y de la democracia por todo el mundo está permitiendo a más gente de todas partes que convierta sus aspiraciones en hechos. Y la tecnología... tiene el poder de borrar no sólo las fronteras geográficas sino también las humanas”.

[...] La caída del Muro de Berlín significaba que el libre mercado era el único camino. El que más lejos fue es Friedman, para el que este acontecimiento simbolizaba la “democratización de las finanzas”, gracias a la cual el “ciudadano de a pie” podría participar en la acción que antes se reservaba a los expertos de Wall Street. Desafortunadamente, una de las formas que eligió Friedman para ilustrar esta idea era la conversión de hipotecas en títulos de inversión, que según él serían un gran éxito entre el público, “para ti y para mí y para la tía Beverley”*.

Poco después del Nasdaq se derrumbó. Y en estos momentos parece que tú, yo y todas nuestras tías nos vamos a pasar años rescatando a los liantes que se metieron a ganar pasta en títulos respaldados por hipotecas**.

Supongo que Obama se sintió obligado a ofrecer algo de optimismo en sus discursos al otro lado del océano. Lógico. Pero ahora que ha vuelto, debería mirar a su alrededor y darse cuenta de que nuestro dios Mercado nos ha fallado.

Queda muy bonito decir, como quizá haya hecho Barack Obama en exceso, que las elecciones de noviembre de 2008 son elecciones sobre “esperanza” y “cambio”, pero estas palabras anodinas ocultan lo que creo que es el verdadero deseo público: el rechazo.

Cuando llegue noviembre, los votantes tendrán la oportunidad de liberarse de un gobierno que han llegado a odiar. La tarea de Obama es ayudarles en este proceso.

Cuesta creerlo después de toda la cháchara republicana de hace unos años sobre una “mayoría permanente”, pero el público está ahora más unido en su antipatía hacia los republicanos de lo que lo ha estado en mucho tiempo (quizá desde el Watergate o desde la administración de Hoover).

Para mí este cambio en la opinión pública es sorprendente. Estas últimas semanas he estado haciendo presentaciones de mi nuevo libro, un relato de las maneras, a veces ingeniosas, en las que los conservadores han ido socavando las instituciones públicas.

Es la segunda vez que escribo un libro en el que critico al movimiento conservador; la otra fue en 2004. Entonces, cuando hablaba en la radio y llamaban los oyentes, casi la mitad sólo quería informarme de que estaba diciendo payasadas.

Esta vez, por contra, los defensores de la fe son pocos. A veces llaman para decir que también critique con la misma dedicación a los demócratas. A veces quieren iniciar debates filosóficos sobre la libertad, la igualdad y la justicia, o sobre los problemas inherentes al gran gobierno y el Estado.

Pero según creo recordar, nadie ha defendido al actual gobierno. Quizá sea pura casualidad. Quizá los programas en los que he estado sólo los escuchan progresistas. Quizá mañana me lleve los azotes que sin duda me he ganado.

Pero es posible que también podría tratarse de un reflejo del sentir nacional. Las tasas de aprobación de Bush oscilan en la actualidad en torno al 26-29%, recuperándose ligeramente del 19% que llegó a tocar en febrero, el nivel más bajo alcanzado nunca por un presidente desde que se realizan estos sondeos (Jimmy Carter cayó hasta el 28%, Richard Nixon hasta el 23% y Harry Truman hasta el 22%).

Y es normal que así sea. Desde la FEMA o Agencia de Gestión Nacional de Emergencias* hasta el Departamento de Justicia, nuestro gobierno ha estado controlado por mercenarios, enchufados y especuladores financieros. Desde los grandes lobbies a los grupos de infraestructuras y construcción, Washington parece ahora una ciudad de depredadores, no de funcionarios públicos. Y uno tras otro, desde Tom DeLay a Ted Stevens, los grandes hombres de la era conservadora han ido cayendo en desgracia, dejándonos que paguemos nosotros los platos rotos de su insensatez.

Lo único a lo que los conservadores pueden aspirar todavía, en mi opinión, es a lograr que aumente el cinismo de la opinión pública contra el Estado, es decir que la gente traslade la culpabilidad de estos años de mal gobierno conservador a las instituciones públicas mismas que han degradado con tanto encono los conservadores. Por supuesto, hay montones de analistas que han alentado esta interpretación justiciera durante estos años y se congratularán al ver que el público se lo sigue tragando.

Como dice el analista político Douglas Schoen en su libro *Declaring Independence*, los votantes “son cada vez más escépticos... sobre la capacidad del gobierno de realizar cambios positivos”. Sin embargo, tan sólo unas páginas después de estos comentarios, el señor Schoen aconseja a los candidatos a la presidencia que eviten criticar al gobierno de Bush y parece aplaudir a Obama por su “respeto del bipartidismo”.

Pero esto sería un error. Si quiere ganar en noviembre, Obama no puede permitir que la derecha se beneficie del descontento provocado por sus propias acciones. Queda muy bien hablar sobre “esperanza” con una ventaja de 20 puntos en las encuestas, pero lo que tiene que hacer el candidato

demócrata, ahora que John McCain ha recortado distancias, es canalizar la irritación popular. No debería apartarse de la amargura que hay en la gente. Debería dirigirse a ella.

Obama debe comenzar ofreciendo, como mínimo, una explicación sobre por qué las cosas han ido tan mal en los últimos siete años. Debería decírnos por qué los fracasos de reconstrucción en Irak eran inevitables teniendo en cuenta la filosofía conservadora de que el “gobierno debería estar basado en el mercado”, como dijo Bush.

Además, atacar a McCain no tiene sentido. No representa nada. Tras su presentación inicial como un inconformista con el ideario republicano, se ha transformado en un cero a la izquierda, un adorno de una máquina a la defensiva. No tiene más contenido político que el cambiante elenco de derechistas cínicos que dirigen su campaña.

Por eso estas elecciones tienen que ser un referéndum sobre la forma de gobernar de los republicanos y sus destructoras doctrinas. Se trata de atribuir la culpa al que la merece.

Obama debería buscar el espíritu de Kansas en su interior 27 de agosto de 2008

Para encontrar una perspectiva distinta, decidí dirigirme a la convención demócrata en Denver en un viaje de dos días a través de Kansas, el más republicano de todos los estados. Kansas es mi estado natal: crecí en sus zonas residenciales y fui a sus escuelas públicas; me gusta pensar que absorbí sus valores y que sigo siendo fiel a ellos pese a que Kansas y yo hemos seguido distintos caminos políticos.

Todo esto se entenderá mejor si relato una conversación que tuve el sábado en Wichita, una ciudad de clase obrera, un lugar encantador pero en decadencia que seguramente nunca será sede de ninguna convención política. El hombre con el que hablé era el diputado del estado Dale Swenson, que entró en el congreso estatal en 1995 gracias a una de las olas republicanas que ha arrasado en el interior de Estados Unidos en las últimas décadas.

Swenson fue miembro de un sindicato durante años y trabajaba de pintor en Boeing, que fue una de las mayores empresas de la ciudad; según cuenta le despidieron cuando la compañía vendió su fábrica de Wichita en 2005.

Ciertamente no es habitual encontrar a un diputado en paro. Swenson dice que estos días llega a fin de mes tirando de ahorros e invirtiendo en bolsa. Cuando le conocí acababa de hacer un turno preparando perritos calientes y hamburguesas en un concesionario de Harley Davidson, un trabajo que hace, según él, para que le den crédito en la tienda, no por una paga.

Pero aún es más extraño encontrar a un legislador republicano con las ideas de Swenson. No le gusta el actual presidente, me dice, por haber construido el infame centro de Guantánamo, por la guerra de Irak y por querer “borrar la Seguridad Social”. John McCain, por su parte, “tiene valores orquestados por el mundo empresarial estadounidense”. Bill y Hillary Clinton tampoco salen mejor parados: “No creo que pueda perdonarles a los Clinton lo que hicieron en el tema del comercio libre”, en referencia a la firma del NAFTA o Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

En cuanto al tema del aborto, en el que la visión de Swenson es de un conservadurismo más convencional, adopta un enfoque social-demócrata, afirmando que los países con atención médica universal y bajas tasas de maternidad y paternidad tienen tasas de aborto más bajas. Cuando le señalo lo extraño que suena todo esto viniendo de un representante del Partido Republicano, me recuerda que los autores del Acta Davis-Bacon de 1931, que asegura un salario medio mínimo para los

trabajadores de los proyectos federales, eran republicanos.

El año pasado, el Partido Republicano de Kansas estableció una “comisión de lealtad” para eliminar las discrepancias en sus fieles después de que varias deserciones lo hicieran tambalearse. Mientras que estas medidas son con toda seguridad coherentes con la actitud del conservadurismo contemporáneo, no puedo evitar pensar en Dale Swenson como un político más cercano al lado radical de Kansas, a las tradiciones que contribuyeron a introducir al mundo al abolicionista John Brown y al Populismo, el movimiento radical de obreros y agricultores del siglo XIX.

Pero llega el momento de la convención demócrata en Denver y paso de la charla franca y las ciudades arrasadas por los tornados a los presentadores de televisión y las pantallas gigantes. Esta transición equivale a la commoción cultural que hemos sufrido en nuestra época: la política se convierte en una representación espectacular. Al entrar en Denver pasamos de hablar de los temas a especular sobre la forma en que los políticos se presentarán, sobre si la grandiosa producción teatral tendrá consistencia y si el público se tragará el engaño o verá la tramoya.

Aquí se generarán millones de palabras que diseccionarán unos discursos que se olvidarán en 24 horas. El discurso, ¿creará el ambiente adecuado?, se pregunta el locutor. ¿Moverá ficha? ¿Reconciliará a los delegados descontentos? A todos estos análisis, pronto relegados al olvido, se les unen las típicas estadísticas científicas, como el aparato de la CNN para medir el ruido en la sala de la convención y presentar de esta forma el veredicto exacto sobre el éxito o el fracaso de la oratoria de este o aquel político.

No es un evento político, es un evento de marketing. Aquí no se va a decidir nada. Todos lo saben y pese a todo han venido todos los medios de comunicación, que charlan en sus amplias tiendas con aire acondicionado sobre lo insulso que es todo. La única realidad tangible es la enorme exhibición de fuerza policial, escuadrones vestidos de negro y montados a caballo, en bicicletas, en coches, bloqueando los cruces, armados en todo momento con las siniestras armas de los antidisturbios.

El domingo, mientras estos policías me obligaban al dar el primero de varios rodeos inútiles en torno al perímetro del Centro Pepsi de Denver, fuertemente fortificado, un periodista extranjero resumía la convención como una “Pueblo Potemkin de democracia”*.

Y pese a todo entre la audiencia habrá algunos votantes como Dale Swenson de Wichita, republicanos a su manera que quizá hayan venido a comprobar si este año algún progresista habla de la manera que hablaban antes los progresistas. Es un momento populista, un momento de orgullo nacional. Para capturarla, Obama –cuya madre era de Wichita– tendrá que reventar la burbuja del Pepsi Center en busca del espíritu de Kansas en su interior.

Notas al pie

- * Incluimos aquí, con permiso de Thomas Frank, una selección de artículos publicados en el Wall Street Journal en los que el autor comenta la campaña a las elecciones de noviembre de 2008 en EE.UU. y los últimos años de gobierno conservador.
- * N.T. Alusión a la crisis crediticia que comenzó en verano de 2007 y que se propagó rápidamente debido a la titulización de hipotecas vendidas a terceros.
- ** N.T. Alusión al rescate por la Reserva Federal estadounidense –es decir, con dinero de los contribuyentes– de Bear Stearns, que estuvo a punto de entrar en quiebra en 2008.
- * N.T. Alusión a la mala gestión del desastre del huracán Katrina en Nueva Orleans.
- * N.T. Algo se define como *Pueblo Potemkin* cuando se quiere describir una cosa muy bien presentada para disimular su desastroso estado real. Fuente: Wikipedia.

OVER THE RAINBOW*

El enigmático espectáculo de un suicidio colectivo a gran escala siempre resulta fascinante. Pensemos en los cientos de seguidores de la secta de Jim Jones que ingirieron, obedientes, veneno en su campamento de la Guyana. En el terreno económico, eso mismo está sucediendo hoy en Kansas. Ése es el objeto de este excelente libro de Thomas Frank. La sencillez de su estilo no debe impedir que veamos su análisis político afilado como una cuchilla. Fijando su atención en Kansas, cuna de la revuelta populista conservadora, Frank describe con acierto la paradoja fundamental de su construcción ideológica: el desfase, la falta de cualquier conexión cognitiva, entre los intereses económicos y las cuestiones “morales”. Si ha habido alguna vez un libro que deba leer quien esté interesado en las extrañas torsiones de la política conservadora de hoy, ése es *¿Qué pasa con Kansas?*

¿Qué sucede cuando la oposición de clase de base económica (agricultores pobres y obreros contra abogados, banqueros y grandes empresas) se traspone/codifica como la oposición entre los honrados trabajadores cristianos y buenos americanos por un lado, y los progresistas decadentes que beben café a la europea y conducen coches extranjeros, defienden el aborto y la homosexualidad, se burlan del sacrificio patriótico y del estilo de vida sencillo y “provinciano”? El enemigo es visto como el progre que quiere minar el estilo de vida auténticamente americano por medio de intervenciones federales (desde la integración de los escolares negros hasta obligar a enseñar el evolucionismo darwiniano y las prácticas sexuales perversas). Así, el principal interés económico es el de liberarse del Estado fuerte que carga de impuestos a la población que trabaja duro para financiar sus intervenciones reguladoras: el programa económico mínimo es “menos impuestos, menos normas”.

Ataques evangélicos

Desde la perspectiva habitual de una búsqueda ilustrada y racional de los intereses personales, la incongruencia de esta posición ideológica es evidente. Los conservadores populistas están votando literalmente por su propia ruina económica. Menos impuestos y menos regulación significan más libertad para las grandes empresas que están quitando el mercado a los agricultores empobrecidos. Menos intervención estatal significa menos ayudas federales a los pequeños agricultores, etc. A los ojos de los populistas evangelistas norteamericanos, el Estado es un poder ajeno y, junto con la ONU, un agente del Anticristo: restringe la libertad del cristiano creyente, lo libera de la responsabilidad moral de la autodeterminación y, de ese modo, mina la moralidad individualista que hace de cada uno de nosotros el arquitecto de su propia salvación. ¿Cómo hacer cuadrar esta idea con la inaudita expansión del aparato estatal bajo el gobierno Bush?

No es sorprendente que las grandes empresas estén encantadas de aceptar esos ataques evangelistas contra el Estado, cuando el Estado trata de regular la concentración de medios de comunicación, de imponer restricciones a las empresas energéticas, de reforzar las normas contra la contaminación atmosférica, de proteger la naturaleza, de limitar la tala de árboles en parques

nacionales, etc. Es una ironía extrema de la historia que un individualismo radical sirva de justificación ideológica del poder sin límites de lo que la enorme mayoría de las personas percibe como un gran poder anónimo que, sin control público democrático alguno, regula sus vidas.

Por lo que se refiere al aspecto ideológico de su lucha, Thomas Frank dice una obviedad que, a pesar de serlo, necesita ser dicha: los populistas están librando una guerra que no puede ser ganada. Si los republicanos efectivamente prohibiesen el aborto, prohibiesen la enseñanza de la evolución, sometieran a la regulación federal a Hollywood y a la cultura de masas, ello se traduciría inmediatamente no sólo en su derrota ideológica sino en una depresión económica a gran escala en los Estados Unidos. El resultado es, por ello, una debilitante simbiosis: aunque esté en desacuerdo con la agenda moral populista, la clase dirigente tolera esta “guerra moral” como medio de controlar a las clases inferiores, es decir, como medio que permite a esas clases expresar su propia rabia sin que sus intereses económicos se vean afectados. Eso significa que la guerra cultural es una guerra de clase, pero desplazada, en contra de lo que piensan los que creen que vivimos ya en una sociedad sin clases.

De todos modos, eso no hace más que volver más impenetrable aún el enigma: ¿cómo es posible ese desplazamiento? La respuesta no se halla en la “estupidez” ni en la “manipulación ideológica”. Es evidente que no basta con decir que las primitivas clases inferiores sufren el lavado de cerebro de los aparatos ideológicos y que, por ello, no son capaces de identificar sus verdaderos intereses. Al menos deberíamos recordar que hace unos decenios la propia Kansas fue cuna de un populismo progresista en los Estados Unidos y la gente no se ha vuelto más estúpida en los últimos decenios. Tampoco basta con proponer la “solución Laclau”: no existe una conexión “natural” entre una determinada posición socioeconómica y la ideología que la acompaña, por lo que no tiene sentido hablar de “engaño” ni de “falsa conciencia”, como si existiera una norma que estableciera la conciencia ideológica “adecuada” inscrita en la misma situación socioeconómica “objetiva”. Toda construcción ideológica es el resultado de una lucha hegemónica para establecer/imponer una cadena de equivalencias, una lucha cuyo resultado es por completo contingente y no está garantizado por ninguna referencia externa como la “posición socioeconómica objetiva”.

Lo primero que hay que señalar es que hacen falta dos para librarse una guerra cultural. La cultura también es el argumento ideológico dominante de los progresistas “ilustrados” cuya política se centra en la lucha contra el sexism, el racismo y el fundamentalismo y a favor de la tolerancia multicultural. La cuestión clave es, por tanto, la de por qué la “cultura” está emergiendo como nuestra categoría central acerca de la vida y del mundo. Nosotros ya no creemos “de verdad”, sino que nos limitamos a seguir (algunos de) los ritos y costumbres religiosas como signo de respeto por el “estilo de vida” de la comunidad a la que pertenecemos (judíos no creyentes que respetan las reglas de alimentación kosher “por respeto a la tradición”, etc.). “En realidad no creo, pero es parte de mi cultura” parece ser la modalidad predominante de la fe abandonada/dislocada característica de nuestro tiempo: aunque no creamos en Papá Noel, en diciembre hay un árbol de Navidad en cada casa e incluso en lugares públicos. “Cultura” es el nombre que damos a todas aquellas cosas que hacemos sin creer de verdad en ellas, sin “tomárnoslas en serio”.

La segunda cosa a señalar es que, mientras profesan la solidaridad con los pobres, los progresistas codifican una cultura de guerra con un mensaje de clase opuesto. Con mucha frecuencia, su batalla por la tolerancia multicultural y por los derechos de la mujer marca la posición opuesta a la intolerancia, el fundamentalismo y el sexism patriarcal de los que se acusa a las “clases inferiores”. Su modo de resolver esta confusión es focalizar sobre términos de mediación cuya función es ocultar las verdaderas líneas divisorias. El modo en el que se utiliza la “modernización”

en la reciente ofensiva ideológica es ejemplar. Se empieza por construir una oposición abstracta entre los “modernizadores” (los que suscriben el capitalismo global en todos sus aspectos, económicos y culturales) y los “tradicionalistas” (los que se oponen a la globalización). En esa categoría de los—que—se—resisten se incluye a continuación a todos, desde los conservadores tradicionalistas y la derecha populista hasta la vieja izquierda (los que siguen defendiendo el Estado del bienestar, los sindicatos, etc.).

Esta categorización capta una parte de la realidad social (pensemos en la coalición de la Iglesia y los sindicatos que impidió en Alemania en 2003 la apertura dominical de los comercios). Sin embargo, no basta con decir que esa “diferencia cultural” atraviesa todo el terreno social, dividiendo estratos y clases diferentes. No basta con decir que esa oposición puede combinarse con otras oposiciones (por lo que podríamos tener una resistencia conservadora a la “modernización” global capitalista fundada en los “valores tradicionales”, y conservadores en lo moral que suscriben plenamente la globalización capitalista).

El hecho de que la “modernización” no haya funcionado como clave para la totalidad social significa que se trata de una noción universal “abstracta” y la apuesta del marxismo es que sólo existe un antagonismo (“lucha de clases”) que “sobredetermina” a todos los demás y sirve así de “universal concreto” de todo el campo. La lucha feminista puede hallar sentido si se engarza con la lucha por la emancipación de las clases inferiores, o bien puede funcionar (y desde luego funciona) como un instrumento ideológico con el que las clases medias y altas afirman su superioridad sobre las clases inferiores “patriarcales e intolerantes”. Y aquí el antagonismo de clase parece estar “dblemente inscrito”: es la específica constelación de la propia lucha de clases la que explica por qué las clases superiores se han apropiado de la batalla feminista. Lo mismo vale para el racismo: es la propia dinámica de la lucha de clases la que explica por qué el racismo directo es fuerte entre los trabajadores blancos de las clases inferiores.

La tercera cosa de la que hay que tomar nota es la diferencia fundamental entre la lucha feminista/antirracista/antisexistente y la lucha de clases. En el primer caso, el objetivo es traducir el antagonismo en diferencia (coexistencia “pacífica” de sexos, de religiones, de grupos étnicos), mientras que el objetivo de la lucha de clases es precisamente el contrario, es decir, “radicalizar” la diferencia de clases para transformarla en antagonismo de clase. Por eso la serie raza-género-clase oculta la diferente lógica del espacio político en el caso de la clase: mientras la batalla antirracista y la antisexistente se guían por la búsqueda del pleno reconocimiento del otro, la lucha de clases trata de vencer y someter, incluso aniquilar, al otro. Aunque no se trate de una aniquilación física directa, la lucha de clases tiende a la aniquilación del rol y la función sociopolítica del otro. En otras palabras, aunque sea lógico decir que el antirracismo quiere que a todas las razas se les permita afirmar y desarrollar libremente sus objetivos culturales, políticos y económicos, no tiene evidentemente sentido decir que la lucha del proletariado tiene por objetivo permitir a la burguesía afirmar plenamente su identidad y sus objetivos sociales... En un caso se trata de una lógica “horizontal” de reconocimiento de identidades diferentes mientras que, en el otro, se trata de la lógica del combate contra un antagonista.

Aquí, paradójicamente, es el fundamentalismo populista el que conserva esta lógica del antagonismo, mientras que la izquierda progresista sigue la lógica del reconocimiento de las diferencias, de la neutralización de los antagonismos haciendo coexistir las diferencias. Las campañas de la base conservadora y populista han hecho suya la vieja posición de la izquierda radical de la movilización y la lucha contra la explotación de las clases altas. Esta inesperada inversión sólo es una de una larga serie.

En los Estados Unidos de hoy, los papeles tradicionales de los demócratas y los republicanos casi se han invertido: los republicanos gastan los dineros del Estado generando déficits récord, construyendo de hecho un Estado federal fuerte y desarrollando una política de intervencionismo global, mientras los demócratas defienden una política fiscal rigurosa que, bajo el gobierno Clinton, llegó a abolir el déficit público. Hasta en la delicada esfera de la política socioeconómica, los demócratas (lo mismo vale para Blair en el Reino Unido) suelen desarrollar el programa neoliberal que busca la abolición del Estado del bienestar, la reducción de los impuestos, las privatizaciones, mientras que Bush ha propuesto una medida radical de legalizar la situación de millones de trabajadores clandestinos mexicanos y ha hecho más accesible la asistencia sanitaria a los jubilados. El caso extremo es el de los grupos *survivalistas* del Oeste de los Estados Unidos. Aunque su mensaje ideológico sea el del racismo religioso, todo su modo de organización (pequeños grupos ilegales que combaten contra el FBI y otras agencias federales) los convierte en un inquietante doble de los Panteras Negras de los 60.

Así pues, no sólo debemos rechazar el fácil desprecio progresista por los fundamentalistas populistas (o, peor aún, el lamento paternalista por lo manipulados que están), sino que debemos rechazar los términos mismos de la guerra cultural. Aunque, como es lógico, un representante de la izquierda radical debería apoyar, en el contenido concreto de gran parte de las cuestiones en disputa, la posición progresista (a favor del aborto, contra el racismo y la homofobia), no se debe olvidar que, a largo plazo, es el fundamentalista populista, y no el *progre*, el que constituye nuestro aliado. Con toda su rabia, los populistas no están lo bastante rabiosos: no son lo bastante radicales para percibir la conexión entre el capitalismo y la decadencia moral que deploran. Pensemos en el malvado lamento de Robert Bork acerca de nuestra “inclinación hacia Gomorra”: “La industria del ocio no está imponiendo la depravación a un público americano reticente. La demanda de decadencia está ahí. Eso no disculpa a los que venden ese material degenerado, como la demanda de crack no disculpa al traficante. Pero debemos recordar que el error está en nosotros mismos, en la naturaleza humana no limitada por fuerzas externas”.

¿Sobre qué se funda, exactamente, esa demanda? Aquí es donde Bork muestra su cortocircuito ideológico. En vez de señalar con su dedo la lógica misma del capitalismo que para sostener su expansión debe crear demandas nuevas, y admitir entonces que al combatir la decadencia consumista se está combatiendo una tendencia que se halla en el corazón mismo del capitalismo, sitúa el problema en la “naturaleza humana” que, dejada a sus anchas, acaba por querer la depravación y necesita por ello un control y una censura constantes: “La idea de que los hombres son criaturas naturalmente racionales y morales sin necesidad de fuertes limitaciones externas se ha deshecho con la experiencia. Existe un creciente mercado que pide a gritos depravación y lucrativas industrias dedicadas a ofrecerla”.

Inversión progre

Un punto de vista como ése representa, sin embargo, una dificultad para los guerreros de la cruzada moral contra el comunismo, dado que los regímenes comunistas de la Europa del Este fueron derribados por los tres grandes antagonistas del conservadurismo: la cultura juvenil, los intelectuales de la generación de los 60 y los trabajadores que seguían creyendo en la solidaridad frente al individualismo. Ese fantasma reaparece en Bork: en una conferencia, hizo una referencia en tono de

desaprobación a la actuación de Michael Jackson en la SuperBowl en la que se puso la mano en la entrepierna. “Otro orador me contestó con aspereza que precisamente el deseo de poder asistir a ese tipo de espectáculos de la cultura americana fue el que hizo caer el muro de Berlín. Esa me parece una razón tan buena como cualquier otra para levantar de nuevo el muro.” Aunque Bork sea consciente de lo paradójico de la situación, es evidente que no ve su aspecto más profundo.

Pensemos en la definición de Jacques Lacan de la comunicación lograda: yo recupero del otro mi mensaje en su (verdadera) forma invertida. ¿No es eso lo que les está sucediendo hoy a los progresistas? ¿No están, tal vez, recuperando su propio mensaje de los populistas conservadores en su forma verdadera/invertida? En otras palabras, ¿no son los populistas conservadores el síntoma de los progresistas ilustrados tolerantes?

El inquietante y ridículo *redneck* de Kansas que despotrica furioso contra la corrupción progresista, ¿no es acaso la misma figura en la que el progre se encuentra con la verdad de su propia hipocresía? Así pues, tendremos que ir (por citar la canción más famosa sobre Kansas, *Over the rainbow* del Mago de Oz) más allá del arco iris, más allá de la coalición arco iris de las luchas sobre cuestiones parciales, la predilecta de los progresistas radicales, y tener el valor de buscar un aliado en aquél que aparece como el enemigo extremo del progresismo tolerante.

Nota

* Publicado en *Il manifesto*, 7 de octubre de 2004. Traducción al castellano de Manuel Aguilar Hendrickson. Se publicó en el número 202 de El Viejo Topo (enero, 2005).